MANIFIESTO REDNECK



JIM GOAD



«Mi odio tiene la dureza del diamante […] es el aire que respiro, impregna cada célula de mi cuerpo […] y es mil veces más poderoso que todas vuestras buenas intenciones». Jim Goad está cabreado. Y no es para menos. Está harto de oír gilipolleces en los medios. Y ya iba siendo hora de que alguien saliese al ruedo cultural en plan kamikaze para poner las cosas en su sitio, sin pelos en la lengua y sin preocuparse del decoro y las buenas costumbres. Había dos alternativas: dejar un paquete hasta los topes de dinamita y estiércol en un edificio gubernamental o escribir este libro. Optó por la segunda. Como él mismo dice en el libro: «las preguntas bien dirigidas destruirán este gobierno sin que haya que malgastar una sola bala».

El *Manifiesto Redneck* es una devastadora defensa, razonada y oscuramente divertida, del grupo social más vilipendiado de Estados Unidos: el clan cultural al que la gente se refiere indistintamente como «rednecks», «hillbillies» o «basura blanca de tráiler». Con audacia y brillantez, demuestra que el secretito más sucio de Estados Unidos no es el racismo sino el clasismo y, con una inigualable habilidad para echar sal en las heridas, desmantela todas las ideas preconcebidas acerca de la raza y la cultura, arremetiendo a mazazo limpio contra las delicadas concepciones populares de gobierno, religión, medios de comunicación e historia.



Jim Goad

Manifiesto Redneck

De cómo los hillbillies, los hicks y la basura blanca se convirtieron en los chivos expiatorios de Estados Unidos

ePub r1.3

Titivillus 11.12.2018

Título original: The Redneck Manifesto: How Hillbillies, Hicks, and White Trash Became America’s Scapegoats

Jim, Goad, 1997

Traducción: Javier Lucini

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



NOTA DE LOS EDITORES

A lo largo de la obra, el autor utiliza varios términos de uso común en Estados Unidos (básicamente peyorativos) para referirse al objeto de su estudio: el trabajador blanco de clase baja estadounidense. Salvo en el caso de «white trash», que tiene una traducción poco chirriante y más o menos establecida («basura blanca»), hemos decidido dejar el resto en su versión original. La opción era traducirlos por los consabidos términos recurrentes: paleto, palurdo, cateto, pueblerino, patán, gañán o rústico, pero lo cierto es que no son solo ni exactamente eso. La iracunda erudición de la que hace gala el propio autor, declarado ciudadano de la Nación White Trash, es buena prueba de ello. Por otro lado, cada término tiene su origen y su idiosincrasia (a veces puramente geográfica) y, en la mayoría de los casos, el autor los explica en el texto.

El término «redneck» hace referencia a una circunstancia muy concreta, la nuca roja, achicharrada de tanto trabajar al sol, de los aparceros blancos pobres. Suele utilizarse para referirse peyorativamente a los sureños conservadores. Muy de interior, baja renta, lata de cerveza y bandera confederada.

El «hillbilly» también ha llegado a convertirse en un término insultante para referirse a los habitantes de ciertas áreas remotas, rurales o montañosas, sobre todo de la cordillera de los Apalaches y, en ocasiones, de los Ozarks, dos de las zonas más pobres del país. Denota aislamiento respecto a la cultura dominante (accidental o voluntario). Según Anthony Harkins, en su libro *Hillbilly: A Cultural History of an American Icon* , el término aparece impreso por primera vez a principios de siglo, en un artículo del *New York Journal* , con la siguiente definición: «Un Hill-Billie es un ciudadano blanco, libre y sin restricciones, de Alabama, que habita en las colinas (“hills”), carece de medios reseñables, se viste como buenamente puede, habla como le da la gana, bebe whisky en cuanto tiene la oportunidad y dispara su revólver cuando se le antoja». El estereotipo lo pinta como un blanco sureño con barba descuidada, muy mala dentadura, escasa educación, un rifle y un sombrero de paja destrozado que anda descalzo, casi en harapos, bebe whisky ilegal de elaboración casera, toca el banjo o el violín, tiene una camioneta que se cae a trozos y, en general, es feliz con lo poco que tiene. Ha dado lugar a un género musical: la música hillbilly.

En el capítulo 4, Jim Goad explica el origen de los términos «hick», «rube», «hayseed» y «yokel» como denominaciones peyorativas rurales que se construyen de manera similar a la de «hillbilly» (Billy de las colinas), tirando del nombre propio de un varón imaginario que, supuestamente, vendría a representar a *todos* los hombres del campo; en el caso de «hick» la palabra procede de una variante actualmente obsoleta del nombre «Richard», «rube» es una abreviatura rural de «Reuben». El caso de «Hayseed» apunta directamente a la vida rural, por lo de simiente («seed») y heno («hay»), más utilizado en el Medio Oeste rural. «Yokel» parece designar a un tipo de

granjero, el que lleva el yugo («yoke»), un pobre diablo.

En el mismo capítulo Jim se extiende un poco más con la etimología del término «cracker» y su derivado «corn-cracker». Encuentra su origen en Bretaña, en el siglo XVII, como sinónimo de bomba (como en el caso de «firecracker», petardo). Vendría a referirse a una persona de ira explosiva o demasiado ruidosa. También rastrea la raíz hasta el término «corn-crackers», los «cruje-maíz» o «chasca-maíz», porque machacar, o crujir, el maíz, era una de las pocas formas que tenían los primeros moradores de los bosques norteamericanos para obtener alimento. Otra explicación que apunta el autor es la de que «cracker» sea una reducción de «whip-cracker», una expresión inventada por los urbanitas sureños para etiquetar a los vaqueros rurales (chasqueadores) de Georgia y Florida que conducían a sus mulas y sus bueyes por tierras de pastoreo valiéndose de un látigo. Los afroamericanos modernos, que son quienes parecen utilizar más la palabra «cracker», alegan que el chasquido del látigo no era el del vaquero sino el del negrero. También nos explica el autor que, a mediados del siglo XIX, poco a poco, los afroamericanos empezaron a favorecer el uso de la palabra «cracker» para denigrar al odiado blanquito, abandonando el término que hasta entonces tenía más solera: «po’ buckra», una mezcla de pobre («poor») y una palabra africana que viene a significar algo parecido a «demonio blancucho».

«Honky» también suelen utilizarlo los afroamericanos para humillar a los blancos, sobre todo en el Sur. Su origen es misterioso. Puede ser una variante de «hunky», que a su vez proviene de «bohunk», término despectivo con que se conocía a la población inmigrante magiar de Bohemia a principios del siglo XX. También puede proceder de los mineros de carbón de Oak Hill (Virginia Occidental), en la época en la que era un oficio segregado: los negros en una sección, los blancos en otra y los extranjeros que no hablaban inglés en una tercera que se conocía como «Hunk Hill», la zona de los Hunkies. Honky también puede ser una mutación del término «xonq nopp», que en idioma wólof de África Occidental significa «persona de orejas rojas» y, por tanto, «persona de raza blanca». Llegaría a Estados Unidos a bordo de los barcos negreros. Otro posible origen documentado es el apodo que, allá por 1920, la población negra daba a los blancos temerosos que iban en coche a los barrios negros y tocaban el claxon («honk») para que las prostitutas afroamericanas se acercasen y se fuesen con ellos sin necesidad de salir del coche y exponerse a indecibles peligros.

«Bumpkin», sinónimo de «yokel», se refiere a las personas que viven en las zonas rurales, algo necias y con escasa educación. Gente muy poco sofisticada y apenas interesada en la cultura. Visten como espantapájaros y no hay quien les entienda al hablar. Pueblerino y paleto suelen ser las traducciones más habituales.

Un «peckerwood» es un sureño blanco rural, por lo general pobre, sin cultura, ignorante e intolerante. El término ganó popularidad en el Sur profundo a principios del siglo XX con uso claramente peyorativo. Se le da la vuelta a la palabra «woodpecker», el pájaro carpintero que luce una mancha roja en la parte posterior de la cabeza, con lo que resulta que estamos hablando de un «redneck» en toda regla. En el folklore de comienzos del siglo XX se utilizaba como contraste simbólico con el «blackbird» (el mirlo, traducido literalmente,

«el pájaro negro») que representaba a los afroamericanos. En la subcultura carcelaria (y de banda motera) el término hace alusión a los presos blancos en general.

Tal y como se explica en una nota a pie de página, el origen del término «Bubba» se relaciona con un mote derivado de la palabra «brother» (hermano). Un apelativo cariñoso que suele darse a los hermanos mayores dentro del círculo familiar, o a un buen amigo. Su aparición en el Sur de Estados Unidos parece proceder de la lengua creole de los afroamericanos de las islas de Carolina del Sur, concretamente de la expresión Krio «bohboh» (niño), que entre los gullah aparece como «buhbuh». Bubba suele utilizarse fuera del Sur de manera ofensiva para señalar a una persona de bajo estrato económico y educación limitada.

«Linthead» es un término despectivo de principios del siglo XX, muy de las zonas montañosas del Sur, para designar a los empleados de la industria algodonera (de «lint», pelusa y «head», cabeza: cabeza llena de pelusa). Luego se generalizaría para referirse al típico blanco sureño de clase baja.

Y por último «shit-kicker». Persona del campo ruin y poco sofisticada, bastante lerda, que anda pisando o pateando bostas de vaca (de «shit», mierda y «kicker», pateador). El paleto de toda la vida.

AGRADECIMIENTOS

Gratitud de Varón Blanco Cabreado a quienes me inspiraron mientras estuve trabajando en este libro, a quienes de forma desinteresada me facilitaron consejos y sugerencias de documentación e incluso a quienes hicieron todo lo posible por echarme un cable y fracasaron estrepitosamente:

• Phil Anselmo • Jim Blanchard • Nicle Bougas • Alan Brabson • Ivan Brunetti • G. Lynn Burch • Lisa Carver • Ray Crowe • Francisco Martin Duran • Lorin Ferguson • Donna Gaines • Jane Greenhow • Rick Hall • Rob Hardin • Mark Hejnar • Michael A. Hoffman II • Scott Huffines • Phil Irwin • Darius James • Jeff Kelly • Alan «Hellstomper» King • Hollister «*Gun Fag Manifesto* » Kopp • Jeff Koyen • J. Keith Layne • Jessica Morgan • Michael Moynihan • Annalee Newitz • Karen Niziolek • Adam Parfrey • Randall Phillip • Dickie Joe Reed • Chip Smith • Peter Sotos • Steve Svymbersky • Sean Tejaratchi • Jesco White • Diane y Richard Willman • Matt Wray • Leroy Wright

Pero no me pidáis ningún favor. Y si no aparece vuestro nombre, bueno, quizá haya sido a propósito. Gracias también a todos los críticos que, sin darse cuenta, me han proporcionado su particular variedad embriagadora de inspiración pervertida.

Que caigan como copos de nieve bendiciones de basura blanca sobre quienes arriesgaron sus reputaciones en la industria editorial: Charlotte Sheedy, Neeti Madan, Chuck Adams, Cheryl Weinstein, Trish Todd, Bob Mecoy, Ted Landry y Andy Hafitz.

Besos torpes y endogámicos a todos los miembros de mi familia con los que me sigo hablando (¿qué pasa, hermanita?). Y, naturalmente, una caravana llena de afecto cracker para Igor, Eggy, Percy, Bjorn, Flavia y Debbie.

No hay agradecimientos para nadie más.

Dedicado a todos los que viven

entre Nueva York y L. A.

«¿Estás escribiendo sobre la basura blanca? Bueno, pues espero que no te burles de ellos como el resto de los medios».

UN TIPO QUE SIGUE VIVIENDO

EN MI ANTIGUO VECINDARIO

1

LOS NEGRATAS BLANCOS TAMBIÉN

TIENEN SENTIMIENTOS

¿No los odias? ¿A todos ellos, desdentados, endogámicos, incivilizados, violentos e irremediablemente IDIOTAS? Dios mío, ¿cómo no vas a odiarlos? No existe gente con menos honor. Con menos dignidad. Nadie más ignorante. Más simplón. Son una estirpe primitiva de modales prehistóricos, no aptos para otra cosa que no sea el derramamiento de sangre aleatorio y los delitos menores. Sus mentes atrofiadas e infrahumanas vegetan cautivadas por el alcohol barato, la fiebre de la lotería y las más necias supersticiones de la religión de los pobres. Dejan de pegar a sus esposas solo el tiempo que a estas les lleva escurrir otro mocoso deforme de sus entrañas. Van desparramando sus genes de segunda mano en una espiral degenerativa de disfunción. Engendran niños anencefálicos que respiran por la boca. Vulgares. Todos ellos. Sanguijuelas. Sin duda, la degradación de su raza.

Por suerte para ti, no he especificado de qué raza hablo. Si me hubiese estado refiriendo a la basura negra, podrían lincharme. Si estuviese hablando de la basura blanca no sería más que otro abanderado del permanente linchamiento nacional. La diferencia entre vil racismo y sátira rigurosa depende solo del color del negrata en cuestión.

No pasa ni un solo maldito día sin que se nos invite a odiar a la basura blanca. Nuestra maquinaria mediática y sus lactantes masas oprimidas muestran escasa compasión por el redneck. Nuestros magazines, comedias de situación y bombazos de taquilla rebosan de portazos dados por hicks, hayseeds, hillbillies, crackers y escoria de tráiler. A través de la incesante exposición a todas esas imágenes que recalcan la inconveniencia de semejante chusma, acabamos por husmear con desprecio la acre pestilencia del retrógrado Eurosudor. Poco a poco llegamos a la convicción de que los blancos de clase obrera son caricaturas bidimensionales, carnaza canalla de tripa cervecera, portadora-de-rifles y muy aficionada a comerse los mocos. Babosas homófobas llenas de picaduras de mosquitos que se rascan las pelotas, follan con cerdos y meten mano a sus hijas. Aprendemos a reírnos (y a tener miedo) de sus rostros arrasados por los granos y sus ojos lechosos y estúpidos. Nos reímos por lo bajo de los chutadores de anfetas y de los esnifadores de pedos. De los lanzadores de bostas y los manipuladores de serpientes. De las amas de casa abultadas y de los leñadores con peinado de cola de pato. De los licántropos de culo peludo que ocupan parques de caravanas próximos a las zonas designadas por el Superfund[*] [1] . De las mujeres obesas con rulos que posan desvergonzadas en bikini naranja con tetas caídas que ocultan las cicatrices de sus cesáreas. De sus hijos desaseados y perplejos de dientes verde-amarillentos acribillados de caries. De la piel escamosa color gris pálido de los hombres dentudos que inhalan trementina y revientan a hostias a

cualquiera que sea más inteligente que ellos. Rostro cadavérico tras rostro cadavérico de gente de campo de encefalograma plano. Vertederos ondulantes de blancura cuajada. Pis de gato y pañales sucios. Platos costrosos en el fregadero. Manchas amarillentas en sobacos de camisetas blancas. Millones de gilipollas blancos y apestosos que contaminan la nación.

Los estereotipos no son nuevos, lo que pasa es que de un tiempo a esta parte se han vuelto más crueles. Persistentemente. El Paleto Blanco Idiota siempre ha formado parte del elenco estadounidense. Pero hace cincuenta años las representaciones se inclinaban hacia lo benigno y lo cómico, desde Li'l Abner[2] a Ma y Pa Kettle[3] . A medida que nuestra percepción de una hegemonía blanca de lirio metido en el culo comenzó a fracturarse, las caricaturas se han ido volviendo cada vez más cruentas hasta degenerar en los crackers homicidas de *Easy Rider* [4] y los desastres genéticos revienta-ojetes de *Deliverance* [5] .

Gente muy de viñeta. En la actualidad apenas se ve al redneck como otra cosa que no sea una caricatura. Todo un filón de experiencia humana, de literatura potencial, desestimado como un chiste, al igual que, hace una o dos generaciones, las nociones populares a propósito de la cultura negra en Estados Unidos quedaron relegadas a las caricaturas de Sambo[6] y a las estatuillas de jockeys para jardín. En nuestra barraca de tiro étnica, el redneck es el único monigote que queda en pie. El resto de las dianas se han ido retirando discretamente por deferencia a leyes no escritas de sensibilidad cultural. Ya no tenemos a Stepin Fetchit[7] , pero Jim «Ernest» Varney[8] sigue irguiendo su feo careto de pobre diablo[9] . En lugar de *Amos'n'Andy* [10] , tenemos a Beavis y Butt-head[11] o a Darryl y Darryl de *Newhart* [12] . Veda abierta para la basura blanca. El parque de caravanas se ha convertido en el retrete cultural de los medios de comunicación, el único lugar aceptable en el que verter nuestras inclinaciones racistas.

Para reforzar esta descabellada afirmación mía que suena tan inverosímil, he llevado acabo un pequeño estudio pseudocientífico sobre el modo en que la prensa dominante recurre a los términos «negrata» y «redneck» para referirse a la raza. Ratón en mano y a golpe de clic, me fui abriendo camino por los archivos digitales del *Detroit Free Press* desde 1987 hasta los seis primeros meses de 1995, a lo que hay que añadir un sondeo más limitado del *San Francisco Chronicle* desde agosto de 1994 a mayo de 1995. La búsqueda se saldó con ciento setenta y tres resultados de la palabra «negrata» frente a los ciento quince casos de la voz «redneck». Debido a las limitaciones de mi software de internet, no pude buscar expresiones como «basura blanca», aunque parece razonable que tanto «redneck» y «basura blanca» como «cracker», «honky», «hillbilly» y «hick» se registren con la suficiente frecuencia para obtener, al menos, una paridad numérica bastante aproximada con «negrata» y sus sinónimos. Pero no es hasta que uno se pone a analizar el modo en que se utilizan los insultos (y la identidad de quien los lanza) que las cifras en bruto empiezan a cobrar sentido.

Empecemos con los rednecks…

Redneck: 115 resultados

En términos generales, estas menciones pueden dividirse en las siguientes categorías:

ESOS DESPRECIABLES PAYASOS REDNECK: 39 RESULTADOS

—Rednecks representados como psicóticos y repulsivos («un redneck imbécil gordo y desaseado»; «un redneck oleaginoso»; «un redneck maníaco, retorcido y lleno de desprecio»; etc…).

—Rednecks estereotipados como borrachuzos («un redneck traga-cervezas»; «redneck mama-cervezas»; y seis casos de la expresión «bar redneck»).

—Rednecks retratados como dignos objetivos de sátira étnica («humor redneck» y la habitual plétora de chistes que comienzan diciendo: «Puede que seas un redneck si…»).

—Un par de referencias de esta categoría vinculan a los rednecks con dos viejas patologías sexuales, la endogamia y el incesto.

REDNECKS COMO EXTRANJEROS: 26 RESULTADOS

—La experiencia redneck tratada como algo procedente de otro planeta, aislada de lo corriente, tanto geográfica como ideológicamente («remotas aldeas redneck»; «un rústico Sur redneck»; «territorio redneck» y «una ciudad redneck de Texas»).

—El culo del mundo redneck queda retratado sistemáticamente como un lugar adverso del que cualquier persona sensata habría de huir. Tras escapar, se celebra al redneck rehabilitado que se disculpa por sus raíces («el marido de Lily, Ralph, ha ascendido de su origen redneck […] para fastidiar a su esposa, socialmente superior» y «Soy producto de la zona redneck donde me crie y a través de la franja horaria del Este y del budismo he intentado cultivar otra faceta de mi personalidad»).

YA SE SABE LO QUE ES UN REDNECK: 22 RESULTADOS

—Estas menciones resultan reveladoras por su falta de descriptividad, pues tienden a dar por sentado que la mente del lector ya se encuentra bastante repujada de imágenes de archivo de lo que representa el redneck. Se presume que el estereotipo está ya tan plenamente materializado que no necesita mayores explicaciones («mujeres redneck»; «un sargento instructor redneck»; «éxtasis redneck»; «una gran caminata redneck»; etc…).

REDNECKS E IDENTIDAD ÉTNICA: 28 RESULTADOS

—La palabra «redneck» utilizada por los blancos para describirse a sí mismos de un modo desafiante (las matrículas en las que se lee REDNECK Y ORGULLOSO; letras de canciones que dicen: «Me llaman redneck/y reconozco que eso es lo que soy»).

—En cinco ocasiones se cita a negros que recurren a la palabra para describir a la escoria blanca. Esto, qué interesante, nunca se considera racista.

—Se señala a los rednecks como la fuente principal de la discriminación («un miembro redneck del Ku Klux Klan»; «un redneck fanático»; «racismo redneck»; etc…).

—Por último, en solo seis de los ciento quince resultados totales, el término «redneck» se analiza como un posible insulto racial. Seis de ciento quince; menos de un cinco por ciento. Las otras ciento nueve veces en que se utiliza se hace con la certeza imperturbable de que difamar a los rednecks es lo correcto.

No pasa lo mismo con los negratas.

Negrata: 173 resultados

«Negrata», por supuesto, ocupa un recoveco situado mucho más allá del «joder» en nuestro Panteón de lo Indecible. Como era de esperar, cada vez que afloraba un «negrata» iba acompañado de una cierta repulsión implícita o explícita por el uso de la palabra. La palabra que empieza por «N» es condenada universalmente como un «apelativo feo e insultante», una «obscenidad» o «la palabra más sucia, inmunda y asquerosa del idioma estadounidense». La información referente a «negrata» puede que se analice mejor si la dividimos en tres categorías:

BLANCOS QUE DICEN «NEGRATA»: 133 RESULTADOS

—Muchas de estas referencias implican meteduras de pata racistas muy publicitadas de Grandes Idiotas Blancos como Ted Danson, Marge Schott y Mark Fuhrman[13] . Varias más dan cuenta de controversias y pleitos surgidos a raíz de que algún funcionario público o cualquier otro caucásico insensato haya soltado un «negrata».

—Nada menos que en ciento nueve de estas menciones se trata del trauma experimentado por el mero hecho de ser llamado negrata, equiparándolo con un «linchamiento verbal» que en varios casos conduce directamente a la violencia. En siete casos se justifica que el negro ataque después de que a un humano de tez más clara se le ocurra etiquetarle como un negrata.

NEGROS QUE DICEN «NEGRATA»: 33 RESULTADOS

—Negros que recurren al «negrata» de manera autorreferencial, una reivindicación invertida de una expresión que otros utilizan para menospreciarles. Es idéntico al modo en que algunos blancos pobres se refieren obstinadamente a sí mismos como rednecks.

—En once casos (con más frecuencia que las diez ocasiones en que se refieren a sí mismos como negratas), negros que ponen el término en boca de blanquitos. En otras palabras, que acusan a los blancos de decir «negrata» sin

ninguna evidencia de que en realidad lo hayan dicho («¿Qué? ¿Es que nunca habías visto un negrata?»; «Siguen mirándote como si fueses un negrata» y «Un hombre negro con un millón de dólares es un negrata con un millón de dólares»).

—Negros que rechazan el término con rotundidad («Esa cosa del negrata no existe»; «Yo nunca he sido un negrata, así que la palabra nunca me ha molestado»; etc…).

—Negros que reconocen que la utilización por parte de los blancos de la palabra «negrata» se ha reducido notablemente («Ya nadie te sale con lo de "negrata"»; «Ya no se escucha la palabra "negrata"». «Ya nadie dice eso» y «Nadie me ha llamado nunca "negrata"»).

«NEGRATA» TRAS UN INSULTO ANTIBLANCO: 7 RESULTADOS

—Un hombre negro al que echaron de un autobús después de que el conductor blanco dijese: «Que el negrata vaya a pata», se queja del trato de ese «conductor redneck».

—Un activista negro que se queja de haber sido llamado «negrata» cuando pregunta en la universidad: «¿Por qué debería rogar a un cracker que me integre en su sociedad cuando no quiere?».

—Al reseñar una pelea callejera en la que blancos y negros se habían insultado mutuamente recurriendo al «negrata» y al «honky», el comentarista solo lamenta el uso de «negrata».

—En un colegio, un profesor blanco insiste en que él «jamás de los jamases dice "negrata" delante de sus alumnos» y remarca su pretendida amplitud de miras añadiendo: «Llamo a los blancos "basura blanca" cuando son basura».

Como el diablo blanco que soy me he reservado la estadística más incriminatoria para el final: siempre que aparece la palabra «negrata», el escritor está citando a otros. Pero en ochenta de los ciento quince casos en que aflora la palabra «redneck» (más de dos de cada tres veces) es el propio AUTOR el que la utiliza como sustantivo o adjetivo para denigrar a los blancos de clase baja. Pensadlo: ningún escritor en ningún periódico estadounidense puede decir «negrata» sin ser despedido. Pero si la nuca es roja hay luz verde.

La edición de 1989 del *Websters New World Dictionary* refleja este doble rasero semántico. A la definición de una sola palabra de la voz «*negrata* », (Negro) le sigue un descargo de responsabilidad de sesenta y seis palabras:

«USO: en su origen una simple variante dialectal de Negro, hoy el término negrata es aceptable solo en el inglés afroamericano; en cualquier otro contexto se considera, por lo general, poco menos que tabú debido al legado de odio racial que subyace en la historia de su uso por parte de los blancos y su permanente utilización como calificativo violentamente hostil por parte de una minoría».

Compárese con la definición de «redneck»:

«Sureño rural, blanco y pobre, a menudo, específ., considerado ignorante, racista, violento, etc…».

Nótese que el *Websters* no se detiene a discutir la descripción de los rednecks como «ignorante[s], racista[s], [y] violento[s]». Tampoco menciona que quienes recurren a la palabra «negrata» suelen considerar ignorantes, violentos y, en ocasiones, también racistas a sus objetivos. Mientras que casi se disculpa por utilizar la palabra que empieza por «N», el *Websters* deviene casi conspiratorio en su aversión por el redneck.

Esos rednecks han de ser una gente de lo más abominable.

Todos hemos oído que la basura blanca es «la peor clase de basura» que existe, por lo general dicho sin una sola gota de ironía por personas que se consideran a sí mismas estridentemente antirracistas. Pues bien, ya podéis poneros a patear mi culo de blanco hambriento de melanina hasta hacerlo picadillo, pero a mí todo esto me parece de lo más contradictorio. Yo pensaba que la Primera Regla de la Etiqueta Racial era que a nadie se le debía permitir insultar a un grupo al que no perteneciese. Y aun así los negros, los judíos, los asiáticos y los hispanos (y, más significativamente, los blancos ricos) pueden proferir «redneck» o «basura blanca» con total impunidad. De hecho, cuando lo sueltan suele considerarse una manifestación en cierto modo heroica y corajuda, como si David le hubiese estampado al matón de Goliat un pedrusco de un kilo en toda la frente.

Para que no suene a racismo, los defensores de tales infamias se apresuran a señalar que no se refieren a *todos* los blancos; solo a la basura blanca. Y no se demoran en añadir que no tienes que ser pobre para actuar como basura blanca. Yo solo puedo replicar que los racistas blancos insistieron durante años en que no odiaban a *todos* los negros, solo a los que actuaban como negratas. Y tampoco tienes que ser pobre para actuar como un negrata.

El multiculturalismo es un club de campo en el que no se admite la entrada a la basura blanca. Su negativa a considerar «basura blanca» y «redneck» como términos específicos de raza y clase les obliga a tener que lidiar con un montón de contradicciones que, de no ser tan potencialmente peligrosas, resultarían hasta cómicas. En su pronunciamiento por reparar viejos agravios, quienes se ceban en la basura se explayan sin descanso acerca del primitivismo de la basura blanca al tiempo que ignoran ciertas realidades desagradables del África moderna. Las manifestaciones de la estupidez de la negritud estadounidense se despachan como algo «cultural», mientras que los pecadillos de la basura blanca se condenan como simple y llana imbecilidad. Si un médico negro da la impresión de avergonzarse de los raperos gangsta que se frotan el escroto y de los sudorosos predicadores negros, enseguida se le etiquetará de vendido y de traidor a la raza. Pero cuando es un abogado blanco el que se abochorna de los hillbillies que se rascan las pelotas y de los sudorosos predicadores blancos, su repulsión se considerará absolutamente comprensible. Si un blanco manipula serpientes venenosas para probar su fe en Jesús, es un imbécil. Pero si el tipo es negro y sacrifica pollos vivos para apaciguar a las deidades vudú, lo suyo se respeta como expresión cultural

válida. Está bien mencionar la endogamia caucásica, pero no los índices afroamericanos de embarazo adolescente. Se puede cargar contra la basura de tráiler, pero no contra la escoria del gueto. Puedes burlarte de los camioneros, pero no de los lowriders[14] . Los anuncios de la campaña «Acabemos con el Hambre» del Tercer Mundo afirman que los bebés viven en la pobreza porque, de alguna manera, se han visto forzados a ello, mientras que los rednecks solo pueden culparse a sí mismos de su precariedad.

No voy a negar la estupidez de muchos de los rednecks que habitan en los parques de caravanas. Y, con espíritu igualitario, tampoco ocultaré el hecho de que muchos de los negros del gueto y los hispanos del barrio muestran el mismo coeficiente intelectual que un grano de arena. Desde luego, la clase cracker es ignorante de muchas cosas. ¿Pero acaso no lo son también los hombres de las tribus hutu?

Contradicciones. El hirviente asco progresista que despierta la basura blanca se evapora bajo la elevada fricción de la vehemencia de su propia ilógica. El análisis de la clase progresista se desmorona en el mismo instante en que se observa bajo la luz de… bueno, del propio análisis de la clase progresista. Este «análisis» comprende de buena gana los imperativos económicos que existen tras las bandas callejeras, pero no tras los destiladores ilegales de las zonas rurales; acepta a los Crips y a los Bloods[15] , pero no a los Hatfield y a los McCoy[16] . «Celebra la diversidad», aunque frunce el ceño sistemáticamente ante la experiencia de la clase obrera blanca. De algún modo, el obrero blanco siempre parece quedar excluido de la ecuación multicultural, se ve que posee una tez demasiado pálida para formar parte de sus coaliciones multicolores. Las patologías de la basura blanca casi nunca se contemplan como respuesta a factores ambientales, mientras que la conducta de los pobres de ascendencia no-europea siempre se disculpa bajo ese prisma. Abundan las coartadas socio-ilógicas para los actos aberrantes de cualquier otro grupo; en el caso de la basura blanca se consideran consecuencia de cierta forma de podredumbre innata. Si te dispones a argumentar que, sencillamente, los rednecks carecen de «lo bueno» (que engendran violencia, estupidez y otros rasgos de carácter indeseables), acabarás cayendo en una tesis eugenésica y socavarás cualquier pretensión de progresismo o igualdad. En el momento en que te adhieras a la igualdad, antes o después, te verás obligado a abrazar a la basura blanca, y a mí no me eches la culpa si no soportas el olor.

Para justificar el *Anschluss* [17] ideológico contra la basura blanca, habría que proclamar que los hillbillies detentan un grado impío de poder. Como los izquierdistas vienen sosteniendo desde hace años, los únicos racistas auténticos son gente con poder para oprimir a otros de un modo sistemático. Y aquí es donde los expertos alternativos y los bocazas progresistas fracasan en su ataque contra los rednecks. Hablan de la basura blanca y del privilegio blanco como si fuesen términos intercambiables. Como la mayor parte de los ejecutivos de empresa son varones blancos, concluyen erróneamente que la mayoría de los varones blancos son ejecutivos de empresa. Pintan a la basura blanca como rematadamente estúpida pero, al mismo tiempo, capaz de sacar adelante una conspiración intercontinental que acabará por esclavizar a casi todos los habitantes del planeta que exhiban un exceso de melanina. Aseveran

burdamente que gente que no puede ni costearse la plomería de casa controla la llave de paso de las tuberías de la riqueza global. Se describe a los rednecks como la personificación del poder blanco, cuando el único momento en que puede que se topen con un blanco poderoso es cuando el jefe les ladra en la fábrica.

Los ornamentos de estilo épico del kitsch redneck, bajo cualquier grado de escrutinio honesto, solo pueden contemplarse como fantasías de los impotentes, no de los influyentes. Como reacción a su debilidad inarticulada, la basura blanca desarrolla un sistema rúnico de exageración wagneriana: los «monster trucks[18] », los «funny cars» con combustión de nitro[19] , los luchadores de más de dos metros, los Elvis mesiánicos, la grandilocuencia heavy metal y las ideas de potencia masculina extraídas de películas sangrientas. Y, en última instancia, sus fantasías se materializan en las guerras masivas a las que se les embarca para que sean engullidos como hamburguesas perladas de grasa.

Mientras compilaba mis notas para este ensayo comencé a preguntarme si podría pasar un solo día en el que no escuchase a alguien soltar mierda sobre la basura blanca. Así que sintonicé mis peludas orejas de conejo con la radio y la televisión. Enfoqué mis incisivos ojos de roedor en periódicos, revistas, fanzines e internet. Ni un solo día hice click sin toparme con furibundas invectivas contra yokels endogámicos o, al menos, con alguna caricatura condescendiente de Billy Bob. Y sigo a la espera.

¿Y por qué me perturba tanto toda esta insidia contra la basura?

Porque están hablando de MÍ.

Durante muchísimo tiempo no quise admitirlo. Darse cuenta de que eres basura blanca es como que te diagnostiquen un cáncer: primero viene la negación, luego una fase de «pataleta», luego la aceptación reticente. Con un poco de suerte serás capaz de convertir las malas noticias en algo bueno.

Ser basura blanca es similar a ser miembro de una secta en la que uno no se da cuenta de lo que está pasando hasta que sale de ella. El vecindario de mi juventud parecía perfectamente normal… hasta que me largué. Al igual que los demás rednecks, reuní mis pertenencias en un mantel de cuadros rojos y blancos, lo até al extremo de un palo y me puse en camino hacia la gran ciudad. Después de que me llamasen basura blanca (¿qué era eso?) dieciséis o diecisiete mil veces, empecé a pensar que los urbanitas podrían tener razón. Admitir que estaban en lo cierto fue para mí doloroso aunque, con el tiempo, de manera gradual, acabaría siendo algo glorioso: sí, yo procedo de una clase blanca económicamente desfavorecida. Pero no ando pidiendo cupones de comida. Ni siquiera exijo cuarenta acres y una mula. Aunque sería agradable que mostraseis un poco de simpatía por el redneck. De lo contrario, mi hermandad hillbilly mutante y yo tendremos que matarte.

Como Marie y Donny Osmond[20] , yo soy un poquito country y un poquito rock’n’ roll. Soy urbanita y alimaña de campo a partes iguales. Mi madre era basura urbana de Philly[21] ; mi padre escoria rural de Vermont. Juntos

huyeron a un Dogpatch[22] de hormigón situado a ocho kilómetros de la Ciudad del Amor Fraternal para vivir los candorosos sueños consumistas de la basura suburbana que se generaron tras la Segunda Guerra Mundial. Soy producto directo de basura mezclada y polinizada.

Manzana tras manzana de zona residencial de ladrillo, un desastre Lego estilo Levittown[23] , nuestro vecindario era una reserva de rufianismo obrero[24] . Las casas baratas, con sótanos habilitados a modo de salas de estar con orgulloso artesonado de un contrachapado de calidad ínfima, siempre olían a metano y a fruta podrida. Recortes de uñas de pies y pelotillas de mocos acechando bajo los sofás. Los hombres muy peludos y muy borricos, las mujeres solo algo menos peludas pero igual de borricas. Me acuerdo de tipos corpulentos con camisetas manchadas de césped peleándose en los jardines delanteros. Recuerdo árboles de Navidad derribados cuando las familias borrachas resolvían sus asuntos a puñetazos. Los ojos se me empañan al pensar en las chicas adolescentes masca-chicles que escribían números de teléfono en la pared de la cocina y esperaban que algún motero traficante de speed les concediese un anillo bañado en oro, un apartamento de un solo dormitorio y una camada de bebés.

Genéticamente, mi vecindario estaba dividido a partes iguales entre italianinis e irlandeses de mierda, y ninguna otra etnia aparente en varios kilómetros a la redonda. O eras un bailón-de-gigas de cara pecosa como yo, o un espaguetini de tez aceitunada. Los irlandeses de nuestra manzana hacían poco por eliminar el estereotipo de no ser más que una horda embrutecida de fracasados de nariz chata. Popeyes gruñones por todas partes. Una panda de duendes devastados por la cirrosis, muy de blandir cachiporras con sus pantalones marrones de trabajo, sus resplandecientes zapatos negros y sus calcetines blancos. Un patatal rara vez labrado lleno de tréboles humanoides, alcohólicos y sin escolarizar, de mirada férrea y olor a barbería. Aunque el lienzo étnico de mi madre también estaba salpicado de pinceladas británicas y escocesas, y mi padre era un edredón andrajoso repleto de parches de Dublín, Londres y Quebec, en nuestro vecindario nos consideraban irlandeses. Por lo tanto, bebíamos y estábamos siempre de muy mala hostia.

Eran los italianos y sus desvergonzadas y ostentosas manifestaciones de papismo los que hacían que nuestro vecindario oliese fuerte a basura de casco urbano. Las familias italianas que conocí intentaban enmascarar su condición social de pobres diablos recién desembarcados con vistosas montañas de oropel manufacturado. Entrar en uno de sus hogares era como darse un paseo por el Museo Liberace. Espejos biselados en el techo. Estatuas recargadas de aguadores en pelotas con coronas de laurel. Fundas de plástico transparente y moqueta de felpa dorada. Cenas domingueras en casas de amigos con salsa poco espesa y azucarada de espagueti y una nube incesante de remordimiento sexual romano, ardiente como las emisiones del aire acondicionado. Pagliaccis[25] rotundos y patéticos. Siempre una abuela medio sorda con la cabeza envuelta en un pañuelo y medias gruesas cubriendo sus tobillos hinchados del viejo mundo. Virginidad imposible y un führer apenas disimulado en la figura del Papa. Saciaban su sed de sangre con los ultraescabrosos folletos antiabortistas a todo color que nuestra iglesia repartía los domingos en el vestíbulo a la salida de la misa. Los italianos

parecían venidos de otro planeta y eran mucho más teatreros que los irlandeses. Casi parecían negros. Y por ninguna otra razón aparente que la de haber llegado antes a las costas americanas, nosotros nos considerábamos eugenésicamente superiores a ellos. Los italianinis eran nuestros negratas.

La basura comenzaba en casa y mi tazón de sopa estético siempre se vio cubierto por el enorme manchurrón de ketchup del aderezo de la basura blanca. Esto gracias, sobre todo, a la tutela cultural de mi hermano mayor. Allá por los años sesenta me instruyó para poder tener las entrañas bien atiborradas de comida basura de Philly, ahogada en manteca de cerdo y un montón de chiles picantes. Comí pastel de carne desbaratado y quemado[26] y aprendí a mutilar mi dicción. Engullí bocadillos abarrotados de fiambres mortíferos y me esforcé por tirarme pedos a tiempo. Mi hermano me llevó a las carreras de «dragsters», hizo que me obsesionase por el gore escalofriante de EC Cómics[27] y se aseguró de que me supiera al dedillo la letra entera de «Greasy Grimy Gopher Guts[28] ». Una noche de verano de 1965, más o menos un año antes de que el gobierno le enviase a Vietnam con un arma, me dejó que le acompañase a un programa triple de pelis gore en el autocine local. Treinta años después, sigo recordando aquellas películas. La primera, *Color Me Blood Red* , era sobre un pintor psicótico que mata mujeres y utiliza su sangre para conseguir el deseado tono carmesí para sus cuadros. La última película del cartel, *Blood Feast* , iba de un proveedor de catering egipcio que extraía órganos humanos de sujetos casi vivos para preparar festines en honor a la diosa Ishtar. Movidas fuertes para los ojos de un niño de cuatro años, pero en realidad no mucho peor que lo que mi padre hacía en casa con mi madre y mis hermanos mayores.

Emparedada consanguíneamente entre *Color Me Blood Red* y *Blood Feast* , estaba la epopeya de la venganza redneck, *Two Thousand Maniacs!* La película transcurre en la mítica localidad sureña de Pleasant Valley (población: 2000 habitantes), que se dice que fue diezmada por los victoriosos soldados de la Unión en 1865. Cien años más tarde, los lugareños masacrados se resucitan a sí mismos y capturan a seis yanquis como ofrenda sacrificial para los fastos del centenario. Mientras los yanquis murmuran en sus habitaciones de hotel acerca de la misteriosa hospitalidad de los habitantes de Pleasant Valley, «rústicos Daniel Boone» y «pretenciosas Daisy Mae», un hayseed en bombachos llamado Rufus se extasía ante lo «finamente» que se había comportado al principio una de las chicas norteñas. «Para esta noche, no le va a quedar nada de toda esa finura, Lester», le babea a su compinche. En efecto, esa misma tarde, le cercenan a la chica el brazo con un hacha… y luego, al caer la noche, lo asan a la barbacoa en un festival[29] a ritmo de banjo. Atan los miembros de su novio a cuatro caballos que desgarran su larguirucha complexión en cuatro direcciones. Al día siguiente, espachurran a otra mujer yanqui bajo un enorme pedrusco conocido como «La Roca Tambaleante». Obligan a su novio a meterse en un barril atravesado con puntas de clavos y lo hacen rodar por una colina hasta que muere perforado. Mientras miraba la gigantesca y sangrienta pantalla rebosante de todas aquellas carcajeantes caricaturas redneck, le dije a mi hermano: «Me recuerdan a la gente de donde vive la abuela».

Me estaba refiriendo a la abuela Goad, nuestra abuela paterna, que se parecía

mucho a la abuela Clampett de los *Beverly Hillbillies* [30] y se vestía casi igual. La abuela vivió y murió en Windsor, Vermont, mi conexión directa con la basura campestre. La gente de Windsor también me recordaba a los personajes de *Petticoat Junction, Green Acres* o cualquiera de las telecomedias cracker que proliferaron en los años sesenta. Pero detrás de las risas enlatadas hervían las presiones económicas. Desde que el abuelo Goad, el borracho del pueblo, abandonó a la abuela con cuatro hijos que alimentar, ella salió adelante cocinando para leñadores. Pensar en su dulce de mantequilla de cacahuete, su panceta, sus bollos de mermelada y su salsa «amarillenta» aún hace que mi boca serrada se haga agua. Lo más probable es que nunca vuelva a probar una comida como esa, porque nunca volverá a existir gente como esa.

Nuestra familia solía pasar buena parte de cada verano en Vermont, en casa de la abuela, de la tía Berle o del tío Junie. ¿Te resultan lo bastante redneck ESTOS nombres? Dormíamos apretados como escarabajos patateros en viejos cobertizos astillados con contrapuertas oxidadas. El aire limpio y oloroso a madera contrastaba agradablemente con el aire vomitivo de Philly. Un puente cubierto medio podrido cruzaba el río Connecticut hasta las colinas color verde marihuana de New Hampshire. Mientras mi tío se iba a trabajar como un esclavo a la fábrica local de Goodyear, los chicos Goad nos dedicábamos a perseguir perros callejeros o a buscar renacuajos. Había momentos en que Vermont resultaba casi perfecto. Sus leñadores y sus vendedores de lombrices eran la gente más amistosa y honesta que he conocido en mi vida. Nunca aprendieron a avergonzarse de lo que eran.

Yo no tuve tanta suerte. No recuerdo haber sido aleccionado de un modo explícito, pero de alguna manera llegué a saber que no debía enorgullecerme de mis parientes yokel de Vermont. Puede que viese florecer esta vergüenza instintiva por primera vez cuando empecé a asistir a la escuela primaria. El campo local de adoctrinamiento para jóvenes católicos, la Escuela Elemental de la Cruz Sagrada, se alzaba en la confluencia del muy obrero y redneck Clifton Heights y el más administrativo y blanquito Springfield. Yo era de Clifton Heights. Springfield tenía un club de campo con hoyos de golf; Clifton Heights tenía bares en cada esquina para jugar a los dardos. Los hombres de Springfield bebían cócteles; los hombres de Clifton se mataban a beber. Springfield contaba con prórrogas por estudios; Clifton con bajas de Vietnam. Springfield era feliz, correcto y tranquilo; Clifton estruendoso, chapucero y miserable. A los hombres de Springfield se les permitía cagarla cien veces; a los hombres de Clifton, solo una. Al cumplir veinte en Springfield tenías toda la vida por delante; en Clifton tu vida se había ido por el sumidero.

Los chavales de Springfield se mofaban de Clifton como si fuese Harlem y, al principio, su condescendencia clasista me resultó muy chocante. Me había pasado mi más temprana juventud pensando que vivía en el centro del universo, solo para enterarme de repente de que era un barrio bajo. Había crecido acostumbrado sin problema a una jerarquía social de dos niveles (los omnipotentes obreros irlandeses y los repulsivos obreros italianos), para enterarme de pronto de que yo era el negrata de otra gente.

Al conducir por Springfield en nuestro Chevy Impala color mosca verde botella, recuerdo a mis padres señalar enormes jardines con el césped

cortado a navaja y hogares del tamaño de Graceland. Comentaban que eran casas de clase media y yo me preguntaba en qué clase nos dejaba eso a nosotros. No estaba muy seguro de por qué otros vecindarios eran más prósperos que el nuestro, solo sabía que de algún modo se habían apartado de nuestro rebaño. Cuando mi padre le estuvo haciendo chapuzas de fontanería al propietario del bar donde solía ir a beber, íbamos en coche hasta una finca de ricachón más allá de Springfield. El lugar contaba hasta con un arroyo privado poblado artificialmente de peces luna. Mientras mi padre raspaba la mierda de las tuberías de cobre del dueño del bar, yo nadaba en la piscina del jardín de atrás con el hijo de aquel hombre. Hasta entonces yo ignoraba que existía gente con piscina en el jardín de atrás. Nosotros no teníamos ni jardín de atrás, teníamos un callejón.

Mi padre se comportaba en casa como Mussolini, pero cerca de su cliente adinerado era como un botones entusiasta. Recuerdo ver al dueño del bar sacarse del bolsillo un fajo de cinco centímetros de grosor y, uno a uno, ponerse a extraer billetes para papá. Mi padre se quedaba mirando el dinero en las manos de aquel hombre. Tan deferente. Como correspondía, yo también me portaba con inusual cortesía con mi compañero de piscina y no llegué a salpicarle ni una sola vez. Jamás actuaría así con los chavales de mi barrio.

Poco a poco aprendí a renegar de mis raíces. Las imágenes de la basura blanca que transmitían los medios comenzaron a resultarme repulsivas. El cantante de country Porter Wagoner parecía encarnar todo lo que estaba empezando a odiar de mi posteridad como basura blanca. Vamos, antes saltaría por un aro de nabos en llamas que negar que Porter Wagoner era el ser humano más feo que había visto en mi vida. Ahí junto a la insosteniblemente tetuda beldad hillbilly Dolly Parton en su redifundido programa de televisión de mediados de los años setenta, tieso y cigüeñudo en su traje de fantasía rojo faisán, con ese copete dorado sobre una cabeza más escuálida que un cacahuete, Porter Wagoner hacía que me sintiese avergonzado.

La última vez que mis padres me arrastraron a Vermont fue en el verano del 78, justo antes de mi último año en el instituto. Dado que me hallaba atiborrado de los blues de falsos negros de los Rolling Stones y de la política cenagosa de una generación formada al amparo de la frecuencia modulada, las formas de tiro al plato y remo en charca de mis parientes paternales me avergonzaron más que nunca. Aquel otoño, para mi redacción «Qué hice en las vacaciones de verano» de clase de lengua, satiricé al «clan Goad» pintando a mi familia de Vermont como burdos glotones hillbillies. Provocó vendavales de carcajadas engreídas entre los miembros, en su mayor parte femeninos, de la clase, jovencitas poéticas que se parecían a Ben Franldin.

La conciencia de clase se estaba convirtiendo para mí en algo así como una obsesión permanente. Entré en la universidad un poco demasiado tarde para disfrutar de ser blanco y justo a tiempo para que me culpasen por lo que habían perpetrado unos blancos muertos que jamás había tenido el gusto de conocer. Lo mismo daba que mis ancestros hubiesen instalado la plomería de las pirámides, yo seguía siendo el opresor. No encajaba ni con los yogurines pijos ni con los rockerillos siniestros de pelo teñido, así que opté en su lugar

por el inconsciente ademán de la basura blanca, el rockabilly retro. Y sin importar cuánto desodorante me echase, seguía emanando *eau de garbage blanc* . Mi novia de entonces, cuyo padre se levantaba un cuarto de millón al año dibujando planos en casa, me dijo al principio que pensaba que yo era un farsante del extrarradio. Ella, con su casa inmensa y sus cursos de verano en París, era indudablemente más punki que yo. Me alentó a leer la revista *Ms* [31] . y a reconocer mi papel en la sistemática opresión a la que se veía sometida. Una vez, cuando ya vivíamos juntos, se quejó de que estaba cansada de vivir «en la precariedad». Dado que yo siempre había vivido así, no sabía por qué se quejaba. Luego, cuando voló de vuelta a Pittsburgh para sacarle más dinero a su papá, yo tuve que conducir un taxi en mitad de la nieve para sacarme mi parte del alquiler.

Porque no fue hasta que me puse a TRABAJAR para ganarme la vida que me di cuenta de que ser basura blanca no era algo vergonzoso… Era algo cabreante.

Odiaba a mis padres como personas, pero llegué a entender su apuro social y el modo en que este debió alimentar su amargura. Mis papis solían intimidarme con historias terroríficas de la Gran Depresión. Mi padre —al que le encantaba leer— se vio obligado a dejar el instituto para ayudar a mantener a sus hermanos y a su madre vendiendo leche chocolatada a los mineros de la cantera. Mi madre hablaba de semanas interminables sorbiendo gachas aguadas y preguntándose si acabaría muerta de hambre. Ambos vestían ropa andrajosa por culpa de la codicia especulativa y desenfrenada de otra gente. Esa «otra gente», como podréis suponer, no era lo que llamaríais «basura blanca». Y después, cuando comenzó el reflujo de la Depresión, esa misma «otra gente» envió a mi padre a Alemania con un rifle, a dar su vida para proteger unos intereses militares e industriales que escapaban a su comprensión.

Desde que nací, mi viejo trabajó ochenta horas a la semana: cuarenta con un casco bajo las crudas llamas de una refinería de Gulf Oil, y cuarenta como fontanero, dejando que la mierda, el óxido y el pulverizador de termitas de las familias blancas forradas de pasta rezumase en sus manos ampolladas de redneck. Para ayudar a pagar las facturas, mi madre y mi hermana trabajaban de camareras en el club de campo, recogiendo apuradamente los sándwiches de ensalada de huevo a medio masticar que se dejaban las mujeres blancas adineradas. A pesar de ser un capullo malhumorado, mi padre fue un hombre razonablemente brillante, en apariencia capacitado para algo mejor que la fontanería o la plataforma petrolífera. No puedo evitar pensar que en parte se debió a que nadie esperó nunca que fuese mejor. En el momento en que se dio cuenta de que jamás conseguiría algo mejor que limpiar mierda o refinar petróleo, empezó a actuar como basura. Se convirtió en esclavo de la bebida, las carreras, los cigarrillos, el café, los remedios estomacales y los breves estallidos intermitentes de violencia desesperada.

El vejestorio atiborrado de beicon murió mucho antes de mi boda en Las Vegas en 1987 en el interior de una casa remolque de un parque de caravanas Tropicana. El tipo que nos casó fue el reverendo Walker Goad; encontramos su nombre en la guía telefónica. Yo padecía la misma falta de perspectiva ancestral que sufrían muchos estadounidenses blancos, pero ni siquiera

estaba seguro del origen étnico de mi apellido ni de cuándo llegaron a América los primeros Goad. Walker, un reverendo enorme y calvo que podría haber sido defensa de un equipo de fútbol americano, me explicó amigablemente que el nombre era británico. Dijo que los primeros Goad de América fueron convictos embarcados en Inglaterra para cumplir sus penas de prisión como siervos contratados en las plantaciones. En otras palabras, que mis antepasados fueron esclavos blancos. Cuando se abolió la esclavitud, toda esa gente fue la que se convirtió en montañeses furtivos y corn-crackers, insectos de cadena de montaje y camioneros, más de trescientos años de desesperanzados trabajos de mierda goteando sobre mis espaldas.

Si las afirmaciones de Walker eran ciertas, aquello me daba una ascendencia completamente distinta a la de los blancos acaudalados. Significaría que mis antepasados fueron negratas en el Reino Unido, y no han dejado de ser negratas aquí. ¿Es justo decir que nací con las mismas oportunidades que Thomas Jefferson? ¿O que un expatriado forrado taiwanés o un inmigrante kuwaití? Los que se ceban con la basura no se molestan en ponderar en serio tales preguntas argumentando falazmente que los rednecks tuvieron su oportunidad y la cagaron.

A eso de las tres de la madrugada, cada día, me desgarro del sueño como un feto decidido a abortar. A veces tengo que abofetearme la cara para asegurarme de que no me vuelvo a quedar dormido. Otro comprimido de efedrina, otro tazón de café homicida. Mi culo chorrea sangre a causa de todas las variedades de speed que absorbo para mantenerme despierto y poder currar. A menudo soy un estropajo tan derrengado que no hago más que mirar mis notas durante horas. Pero no puedo permitirme cerrar los párpados. Trataré de escribir más o menos hasta las siete, momento en que tanto yo como la parienta nos preparamos para ir al curro. Ella es mecanógrafa en una fundición de acero. Yo hago trabajos de preimpresión en una imprenta. Hacia el atardecer intento exprimir sobre el papel unas cuantas palabras más de mi interior antes de dejarlo. Y después me vuelvo a despertar instintivamente a las tres de la madrugada. Hago dos turnos completos, igual que hacía mi viejo. Si me salto un día de trabajo pasaré hambre. Y si no escribo por la noche me muero.

De camino al trabajo en el coche atajo por un cuadrante suburbano muy bien cuidado que me recuerda mucho a Springfield. Fortificaciones insondables. Altos arbustos cubistas. Aspersores de césped traqueteando en círculos arrogantes. Mujeres blancas con jersey blanco, pantaloncitos blancos, calcetines cortos blancos y deportivas blancas aguardando en la cuneta al autobús que se lleve a sus empalagosos hijos al colegio. En el trabajo se me recuerda por partida doble la diferencia de clases entre blancos. Mi jefe ha contratado a su mujer y a su hija para que se ocupen de las llamadas telefónicas, coman donuts y se limen las uñas mientras yo me deslomo ocho horas sin descanso. Mientras mis extremidades bailan de manera robótica el mambo del currante, mi mente rememora todos los curros en los que he tenido que recibir órdenes de alimañas ricachonas, hijos de papá con la mitad de cerebro y cien veces más pasta que yo. Esas jodidas temporadas de friegaplatos, chef de fritangas, taxista y dependiente de zapatería. Las ocasiones en que dormía en mi coche agujereado y dejaba que se me pudriesen los dientes porque no podía permitirme ir al dentista. El curro de

media jornada en un periódico semanal alternativo donde escuchaba a los progresistas de limusina hablar constantemente mal de la basura blanca, resistiendo en silencio sus pullas como si estuviesen contando chistes de polacos y no se diesen cuenta de que yo era polaco. Así que a veces, de camino al trabajo, fantaseo con esas mujeres blancas ricas y sus hijos desangrándose y arruinando la inmaculada blancura de sus ropas.

Porque siempre era la gente de su vecindario la que más se cebaba con la basura blanca. Como los negros pobres les hacen pensar en sus pecados, se abstienen de cebarse con los negratas; como los blancos pobres les hacen pensar en sus éxitos, se cagan en los rednecks y se descojonan de ellos. ¿Cómo debería referirme a los caucásicos que no son basura? ¿Oro blanco? ¿La Gente Valiosa? ¿Los auténticos beneficiarios del imperialismo blanco? Se trata de la misma clase de gente que crea en los medios imágenes negativas de la basura blanca, los escritores que utilizan «redneck» como adjetivo. Denigran la basura blanca igual que uno insulta a un familiar bochornosamente ebrio. Y al hacerlo desvían de sí mismos el resentimiento que sienten los no blancos hacia la basura blanca. Es una especie de proyección de culpabilidad, casi como un padre que viola a su vecina y luego culpa a su hijo del crimen. Porque no son los multiculturalistas de la Ivy League quienes sirven como carne de cañón en nuestras guerras, sino los negratas y los rednecks. No son los teóricos sociales propietarios de apartamentos en el East Village los que mueren de neumoconiosis, sino los mineros de Virginia Occidental. La incesante repulsión de los medios por la basura blanca puede ser, de manera consciente o no, un mecanismo a través del cual los blancos ricos convierten a los más pobres en chivos expiatorios. Se trata de una cómoda y efectiva estratagema de divide y vencerás. Durante la mayor parte de la historia de Estados Unidos se esforzaron por conseguir que los rednecks culpasen a los negratas. En los últimos treinta años o así, han alentado a los negratas para que culpen a los rednecks. Una cosa está clara: el día que los negratas y los rednecks unan fuerzas, serán imbatibles. Pero la gente de su barrio no quiere que sea así.

Así que me revienta leer una columna difundida en varios periodicuchos firmada por un tal Tad Friend que parece haber forjado su carrera criticando a la basura blanca como si fuesen ladillas. En el artículo titulado «La Nación de la Basura Blanca», Tad nos avisa de una «epidemia de basura blanca» y bufa con desaprobación que:

«[…] lo vergonzante de la conducta de la basura blanca […] no es ese encantador flamenco de plástico en el jardín delantero de la cultura norteamericana ni el atisbo de una libertad existencial. La auténtica basura es antisocial y violenta. La auténtica basura es un continuo berrinche hirviente a punto de estallar. La auténtica basura es una eterna edad difícil[1] ».

Lo que Tad se olvida de mencionar es que la auténtica basura es muy posible que no pudiese permitirse la instrucción de la universidad a la que a él le enviaron sus padres. La auténtica basura estaba demasiado ocupada disfrutando de todas las maravillosas patologías físicas y mentales que nunca se ven en *The Beverly Hillbillies* . La auténtica basura se estaba preocupando de no dar ese paso en falso que los acabaría convirtiendo en indigentes. La auténtica basura estaba viviendo de atún, fideos ramen y macarrones con

queso, y muriendo en plena juventud por no poder permitirse todos esos médicos. La auténtica basura estaba forcejeando con la rabia tóxica y agobiante de saber que la cosa nunca iba a mejorar. La auténtica basura no disponía de tiempo para el ingenio, la creatividad ni la elegancia. La auténtica basura tenía dos trabajos y aun así no llegaba.

La auténtica basura es también algo que sigue siendo útil a sus generadores. A medida que la aldea global se convierte en algo más real que un vago McLuhanismo, los trabajadores blancos estadounidenses solo son otra mano de obra barata. En realidad, no tan barata en comparación con los sueldos que aceptarían los malayos y los dominicanos. La basura blanca es residuo industrial en términos humanos. Edsels raciales[32] . Efluvio genético, cartones de leche arrugados en la pila de desechos del progreso.

Pero más allá de una conspiración económica Bilderbergiana, hay una razón muy sencilla por la que los trabajadores de cuello blanco odian a la basura blanca: los rednecks fueron los abusones del instituto. Por lo general, esa fue la única ocasión en la que los progresistas blancos de cuello blanco se vieron obligados a mezclarse con la basura blanca. El instituto fue probablemente el experimento social más igualitario que se les obligó llevar a cabo en la vida, y no han dejado de huir de esa pesadilla desde entonces. Porque esa es una forma de huida blanca con frecuencia pasada por alto: huir de las propias raíces. El redneck les recuerda lo que fueron antes… y de lo que tuvieron la increíble suerte de poder escapar. Es una antipatía ancestral de raíces muy profundas. En la basura blanca los blancos ricos ven a los primitivos demonios del paganismo nórdico que les gusta pensar que lograron «civilizar» lejos de sí mismos.

Así que convierten a la basura blanca en el pináculo de lo fuera de onda. Pero estas cosas siempre se las ingenian para cambiar. Temo una ola inminente de Simulacro Basurero, que ya se insinúa en esa moda afectada que anda propagándose de un tiempo a esta parte por las insulsas revistas nacionales. Comenzando en algún momento de la época de *El negro blanco* de Norman Mailer, los aburridos estudiantes blancos de arte impregnaron la vacuidad de sus vidas con la «autenticidad» de la experiencia negra. ¿Reclamar la identidad del blanco-oakie puede ser la próxima última moda? Si hay algo más irónico que unos adolescentes blancos haciéndose pasar por negros, es unos adolescentes blancos haciéndose pasar por blancos. A veces, a los falsos negros se les llama «wiggers[33] », ¿deberíamos llamar a los falsos blancos «nudnecks[34] »?. Que no te sorprenda toparte con una cosecha bien abundante de falsas variedades de Tex y Edna[35] reacondicionando viejas autocaravanas Winnebago y vestidos de Elvis, emulando a la basura blanca en una perversa manifestación de comedia carnavalesca. Vaciarán una lata entera de Cheez Whiz[36] posmoderno encima de su tributo a la basura blanca, asegurándose de que no pienses ni por un segundo que de verdad estén adoptando a esa gente ni su modo de vida. Como siempre, engullirán la parafernalia estilística y desecharán la experiencia como si se tratase de una cáscara de plátano.

Como burbujas de pobreza blanca, los chistes de rednecks siguen arreciando. Pero la auténtica basura no se molesta. Se vuelve violenta… ¿verdad? Ahí

fuera, en los parques de caravanas, parece estar fraguándose una especie de Segunda Revolución Americana. Bajo la vigente sábana empapada de Prozac de la contemporización multicultural de los medios, a los blancos de clase obrera se les niega cualquier identidad aparte de la cháchara de la culpabilidad. Su resentimiento no es de fiar. Así que no te hagas el sorprendido cuando forjan una identidad solo por ser odiados y usados como chivo expiatorio. A medida que se desvanecen las oportunidades para la mano de obra no calificada, la basura blanca puede que se vuelva desagradable. Y se politizará de un modo que te hará retorcerte. Estos «lunáticos paranoicos de derechas» tienen razón en una cosa: el resto del mundo VA a por ellos. No es raro que correteen por los bosques vestidos de camuflaje, arremetiendo contra el enemigo oculto. No es raro que su resentimiento de clase se manifieste en los potentísimos estallidos de las bombas de fertilizante. A la basura blanca no le quedan sueños. Pero toda esta endogamia, mala nutrición, cerveza barata y anfetaminas de banda motera nos ha proporcionado una ventaja evolutiva. Todos esos trabajos revienta-almas y toda esa condescendencia de los blancos ricos nos ha arrinconado en una esquina. Y, como las ratas suburbiales que siempre habéis dicho que somos, solo nos queda la opción del contraataque. Cuesta mucho despertar nuestra furia, pero no nos presionéis. La siguiente escaramuza étnica a gran escala de Estados Unidos puede que sea interracial: basura blanca vs. dinero blanco.

Personalmente, no puedo sacar nada de tiempo de mi apretada agenda para el extremismo político. Ni para la moderación política. Pero me siento más cómodo viviendo entre la basura blanca. No es exactamente lo que llamaría hermanamiento, sino, claramente, un sentido de experiencia compartida. He intentado vivir doce años en la movida multicultural de la gran ciudad, solo para darme cuenta de que la mayor parte de los partidarios del multiculturalismo (gente blanca y rica) no me quería. Así que me mudé a un vecindario redneck, un barrio de currantes y de basura blanca. Alquileres bajos. Clase baja. Bajos fondos. Camioneros, soldadores, traficantes de meta, pit bulls, cercas podridas. Un puente colgante color sopa de guisante desvaído cruza el río Willamette hasta las colinas verde marihuana de Forest Park. Casi idéntico a Vermont, pero en una costa totalmente distinta. De todos los vecindarios de Portland, este (St. Johns) es el más notorio por su alto cociente de basura blanca. Aunque aquí viven más negros y mexicanos que en casi todas las demás zonas de la ciudad. Por razones económicas, la basura (ya sea negra, parda o blanca) siempre ha vivido codo con codo en Estados Unidos. Son los blancos de Tarjeta Oro los que siempre pagan lo que sea para autosegregarse, dejando que los rednecks, los negratas y los putos hispanos se peleen por las galletas que sobraron ayer.

Podéis considerarme un cínico que pretende venderos la sofisticación del mecánico, un separatista de clases con predilección estética por las manifestaciones basureras de la ansiedad del obrero blanco. Pero eso es MUY difícil de meter en una chapa. Así que no hay problema, llamadme redneck. No voy a llorar. No me voy a disculpar por vivir en la marmita purulenta de lo desplazado y lo deforme. Sus características más repugnantes me parecen extremadamente atractivas. Tal y como yo lo veo, sus costras, sus moretones y sus dientes perdidos son declaraciones de sus formas arraigadas de un modo inconsciente en la clase. En mi manzana, mujeres arterioscleróticas se pasean por ahí con forma de modelo primitivo de Bomba-A, meneando sus

piernas pálidas y fofas bajo el raro sol estival. Madres adolescentes con ojos morados y marcas de pinchazos en los brazos empujando carritos de bebés y deteniéndose a pegar la hebra con traficantes de meta que TAMBIÉN tienen los ojos morados. Niños retrasados allá donde mires. Me siento en el astillado porche delantero de mi chabacano nidito de amor oregoniano y miro cómo lucha toda esta gente para escapar de su fealdad, solo para volver a quedar atrapados en ella una y otra vez. Esto queda muy muy lejos de los hipsters. Aquí me siento como en casa.

En cuanto te vuelves basura, ya no hay vuelta atrás. El clima actual solo ofrece abnegación, por lo que me siento muy cómodo viviendo en el pasado. Es como salir del armario; yo he salido del tráiler. Asumo la vergüenza. Me regodeo como un cerdo de rostro pálido en el vertedero de mis iguales. Estoy orgulloso de ser una especie en peligro de extinción, un santo moderno de la Diáspora Cavernícola. Ahora estoy vitoreando a los Dos Mil Maníacos para que linchen a unos cuantos yanquis. Y escucho a Porter Wagoner casi a diario. ¿Me duele cuando me llaman basura blanca? No, en cierto modo me alienta. Soy un fénix resurgiendo de la basura. Eternamente plebeyo. Si no es basura, no vale una mierda.

2

EXISTENCIA FEUDAL

LAS RAÍCES DE LA EUROBASURA

Aquí es cuando me pongo mis zapatos de profesor de historia. Os juro que prefiero esputar gargajos contra postes telefónicos antes que intentar revisar la historia, pero la estrecha miopía visionaria de las ideas populares acerca de la blancura estadounidense me han obligado a levantar el culo y subirme a la tribuna.

La historia escrita, como la postura del misionero, es una acción ejecutada desde arriba mirando hacia abajo. La mayoría de los textos históricos llevan el inequívoco acento de la gente que habla con una cucharilla de plata en la boca. Así que aquí estoy yo, con siete huecos esparcidos por mis piños, cargando con la dudosa tarea de reescribir la historia americana. Me he visto arrojado al papel de arqueólogo cultural: un excavador de basura. Vengo resentido y con un mazo en la mano, preparado para reventar unas cuantas rótulas ideológicas. Estoy aquí para follaros con el puño de los hechos.

La propia historia es una novela sadomasoquista de curso incesante. La historia es muchísimo más enferma, sangrienta e injusta de lo que los historiadores nos dejarán ver jamás. Cuando finalmente se decidan a escribir la historia real, todos necesitaremos medicación. Será demasiado deprimente.

Los libros de historia fueron escritos por hombres blancos muertos, eso seguro, pero por hombre blancos muertos ricos. Y SIGUE pintando mal para los ricachones. A lo largo de toda la historia, los ricos han sido solo un diminuto porcentaje estadístico de todos los blancos. Durante el Oscurantismo y el Medioevo, incontables millones de huesos de campesinos europeos se convirtieron en polvo blanco bajo la tierra, privados de la única promesa que alguna vez les hicieron: la vida eterna. ¿Qué clase de historia habrían contado ellos si les hubieran dado la oportunidad de hablar?

Tuvimos la Cuestión Negra. La Cuestión Judía. La Cuestión Irlandesa. Finalmente, la Cuestión Redneck. ¿De dónde ha salido el redneck? ¿Cómo llegaron aquí esos cretinos con dientes de mula, cara de langosta, unicejos, folla-hijas, jode-ovejas, mascadores de tabaco y tan de anda-ven-y-chúpasela-un-rato-a-papi? Mientras se nos anima a reírnos de su simplona degradación, en ningún momento se nos obliga a pensar en su origen. La basura blanca tiene que haber salido de alguna parte; en serio, no brotaron la semana pasada del culo de Jed Clampett[37] , ¿verdad?

La basura blanca pobre, junto a los empresarios de la élite de los hacendados que les trajeron aquí, es el grupo inmigrante con raíces más hondas en este país. Ya trabajaban en gran número en las plantaciones antes de la llegada de

los primeros cargamentos importantes de esclavos africanos. Y aun así, es probable que la basura blanca pobre sea el grupo social estadounidense menos consciente de su genealogía.

Aceptaré la premisa de que la basura blanca existe en este momento en Estados Unidos. Pero eso desentierra otras dos cuestiones: cómo llegaron aquí y cómo se convirtieron en basura. Y qué sucedió primero, ¿lo de llegar aquí o lo de convertirse en basura? Así que, con todas mis disculpas para Alex Haley, los dos siguientes capítulos servirán como un sucedáneo de *RAÍCES* para rednecks. Al igual que toda la comida que uno ingiere ha de pasar por un tortuoso proceso de descomposición antes de emerger por el otro extremo como una larga ristra de blandos zurullos, me propongo demostrar cómo el «sistema» transforma a los seres humanos en basura. No será agradable, pero el negocio de limpieza y recogida de basuras nunca lo ha sido.

Ser basura blanca en Estados Unidos, más que como una situación socioeconómica, se percibe por encima de todo como una actitud personal. Se piensa que es una elección más que un aprieto. Aquí la gallina, allí el huevo. ¿Los hillbillies van descalzos porque quieren o porque no pueden permitirse el lujo de comprarse unos zapatos? ¿Van por ahí desdentados a causa de un extraño sentido de la moda o porque el dentista más cercano está a más de ciento cincuenta kilómetros y es demasiado caro? El chaparrón de esputos viscosos de la imaginería antiredneck, de un modo consciente o no, apunta hacia la SITUACIÓN que hay tras la ACTITUD. Se mofa de alguien no por nada que haya hecho, sino simplemente por su procedencia.

Para algunos, afirmar que nuestra imaginería popular es hostil hacia los rednecks puede parecer tan descabellado como decir que a los malditos nazis tampoco se les está dando un trato justo. Me atrevería a decir que por ahí corre el mito del poder redneck en este país. Tal y como lo ven mis suspicaces y estrábicos ojos inyectados en sangre, uno de los problemas principales es semántico: la gente confunde el término «good ol’ boys[38] » con el término «old boys’ network[39] ». Muchas veces he escuchado cómo se utilizan indistintamente, o cómo se usa uno donde debería ir el otro. Esta metedura de pata ocurre con tanta frecuencia que la gente se piensa que son sinónimos.

Se trata de un error de proporciones megatónicas. Confundir a los «good ol’ boys» con la «old boys’ network», es confundir la tripa cervecera del redneck con la obesidad engreída del pez gordo capitalista. Tal y como se define para mis propósitos, los «good ol’ boys» y los que configuran la «old boys’ network» se sitúan en polos opuestos. Los «good ol’ boys» son picapedreros rupestres; los miembros de la «old boys’ network» son unos Rockefeller. La «old boys’ network» representa a las élites consolidadas que han estado envolviendo en sus garras blancas un porcentaje desproporcionado de riqueza y poder desde hace siglos. Los «good ol’ boys» son los tíos de los tráilers de aluminio y de las camionetas oxidadas que siguen preguntándose cuándo les llegará por fin la oportunidad para ingresar en la «old boys’ network».

Los que los odian suelen argumentar que los rednecks son reaccionarios insatisfechos que temen perder su poder en manos de los nobles y triunfantes campesinos del Tercer Mundo que no dejan de proliferar. Yo surjo de las

tinieblas como el monstruo del Lago Ness para replicar airadamente que los rednecks jamás (ni aquí ni en Europa) han detentado nada que pueda considerarse un mínimo control sobre el poder. Bueno, si os referís a «poder» en el sentido de ser capaces de darle una paliza a los intrusos en sus vecindarios, entonces sí; si os referís a «poder» en términos de capacidad para enviar soldados al extranjero, no. Poder para cometer pequeños hurtos, sí; poder para cobrar impuestos, no. Poder para disparar a alguien con un fusil de chispa, sí; poder para lanzar misiles nucleares, no. Poder para destilar whisky, sí; poder para declararlo ilegal, no.

Pero para algunas mentes, el parque de caravanas y el Capitolio son indistinguibles. La representación en los media del Hinchado Diablo Blanco rara vez discrimina entre el cracker paupérrimo y el esclavista acaudalado. La falta de distinción ha provocado la impresión de que se trata del mismo tío. Esta fábula aún generalizada en la cultura popular de una Norteamérica blanca sin clases está fundada en la endeble premisa de que todos los blancos estadounidenses son galgos de sangre azul que en su momento saltaron de la línea de salida con la misma riqueza y las mismas oportunidades, y que la basura blanca pobre debió de haber despilfarrado su fortuna en metanfetaminas baratas[40] y en máquinas tragaperras. Para hacer frente a los rednecks, culpar-a-la-víctima es el modo normativo. El espécimen humano *Redneckus Americanus* , por todas sus presuntas costumbres odia-negratas, se ha convertido en nuestro Negrata Nacional.

Bromeo con lo de negratas, por supuesto; te aporreo, querido lector exquisito, con la palabra «negrata» solo para llamar la atención sobre las susceptibilidades relativas con respecto a unas pequeñas y ridículas aglomeraciones de vocales y consonantes. La gente tolera el uso progresista de la palabra «redneck» mientras hace que la expresión «negrata» asuma proporciones blasfemas.

¿Por qué ese doble rasero? Muy sencillo: LA PRESUNTA HISTORIA DE LA OPRESIÓN.

La gente tiende a excusar el ejercicio de cebarse con la basura con un: «Oh, bueno, su experiencia histórica ha sido completamente distinta a la de los afroamericanos». Como el espinoso pez globo que son, hincharán sus carrillos y escupirán tibios y melodiosos flujos de aire acerca de cómo los rednecks no tuvieron ni remotamente la misma historia de pobreza, sufrimiento y explotación que los negros americanos. De su investigación exhaustiva por producciones televisivas y semanarios alternativos gratuitos, han concluido que es IMPOSIBLE que un varón norteamericano blanco sea oprimido, con independencia de cómo cojones definan la opresión. Porque ellos SABEN que la hégira del chico blanco ha sido un enorme y monolítico polo de coco de privilegio cutáneo y que hay que ser muy estúpido para ser blanco y no triunfar en este país. Cuando ellos hablan de «igualdad» se expresan estrictamente en términos raciales y de género, como si los varones blancos hubiesen gozado alguna vez de una verdadera igualdad entre ellos, como si la experiencia del varón blanco en América hubiese sido un período vacacional estándar ininterrumpido.

Y lo que es más importante, te recordarán que todos los rednecks vinieron

aquí VOLUNTARIAMENTE y que los europeos NUNCA sufrieron la degradación de la esclavitud, ni aquí ni en Europa. Perdónalos, Señor, porque no tienen ni puta idea de lo que hablan.

La disonancia cognitiva es muy hijaputa. La gente no querrá admitir que estaba equivocada con todo esto. Darse cuenta de que uno está equivocado es como estar disfrutando de un grasoso tazón de tallarines y descubrir un largo y grasiento pelo rizado en el fondo. La negación es un río que, por lo general, fluye en una sola dirección; la negación de lo que resulta demasiado horrible admitir. La gente rara vez niega lo indeciblemente bello. ¿Qué puedo deciros? Alguna gente quiere justicia; otros quieren mamadas. La mayoría solo parece querer irse a dormir y olvidarse de todo.

Abrid vuestros ojos. Solo duele la primera vez. Alejad la cámara… solo un poquito… y la imagen adoptará una forma muy distinta. Mi intención no es minimizar la culpa de la que ya estáis más que enterados, sino sugerir que hay mucha más culpa de la que podéis haber sospechado.

Trataré de probar con resignación que según las reglas vigentes, «redneck» es un término intolerante. Según las reglas vigentes, la ininterrumpida campaña recriminatoria de los medios contra el redneck constituye incitación al odio. Según las reglas vigentes, los rednecks son más una clase víctima que una clase opresora. Y luego explicaré por qué las reglas vigentes están llenas de mierda.

El redneck, tal y como se suele entender, es una entidad estadounidense, pero el paradigma, el arquetipo, el anteproyecto, el modelo, el puto antecedente socialmente evolutivo del redneck norteamericano fue el campesino europeo en sus distintas manifestaciones a lo largo del Oscurantismo y de la Alta Edad Media. Los cimientos para que un pequeño grupo de élites blancas despreciase y abusase de una gran masa rural de desposeídos blancos se construyeron al menos hace mil años, puede que incluso antes.

Así que cuando dicen «el hombre blanco», yo digo: ¿QUÉ hombre blanco? Destapemos un bote de ambientador y desmitifiquemos esta cosa del varón-blanco-privilegiado, ¿os parece? Esto nos lleva a la pregunta: ¿algún blanco ha sufrido en algún momento en el transcurso de la historia del planeta?

Mi respuesta es un rápido, rotundo y arrogante sí. De hecho, la mayor parte de los blancos de América quizá pueda presumir un poco de opresión ancestral, si esa es vuestra idea de diversión. La mayoría de los blancos (sin duda un mayor porcentaje de los descendientes de esclavistas) tienen antepasados que fueron esclavos en algún que otro momento de la historia.

Hubo una vez en la que todos los miembros de la «old boys’ network» fueron esclavistas. Y todos los «good ol’ boys» esclavos.

Hace mucho tiempo, en las llanuras ensangrentadas y azotadas por el viento de Europa, no había nada parecido a un gobierno, ni nada parecido a la «clase» tal y como se entiende en la actualidad. La gente vagaba sola o en pandilla. Quienes vagaban solos, por lo general, caían presa de quienes vagaban en pandilla. Y las pandillas más grandes se comían a las pequeñas.

Es dudoso que fuese una existencia utópica. La vida era corta, cruenta, ingrata y asolada por la enfermedad. Por otra parte, podías fijar tus propios horarios. Y cuando los hombres se mataban entre sí, casi siempre tenían que mirarse a los ojos.

Por necesidad, esos clanes organizados a la ligera o bien se hacían más fuertes o bien quedaban despedazados en manos de invasores sorbedores de sangre y empaladores de cráneos. Las sociedades tribales basadas en la caza y en la recolecta eran absorbidas (casi siempre a través de la fuerza) en una red de estados centralizados agrarios y esclavistas. Los hombres que cazaban animales tenían la libertad limitada por los hombres que cazaban hombres.

Bajo el Imperio Romano, los bárbaros fueron la basura rural de su tiempo. La palabra «pagano» proviene del latín *pagus* , que significa «campo», y los romanos lo utilizaban en tono despectivo para referirse a los moradores del campo. Del mismo modo, «bárbaro» se refería originariamente a los tipos rústicos que vivían al amparo de los matojos. Tanto «pagano» como «bárbaro» son, por tanto, antepasados verbales remotos del «hillbilly».

El escritor romano Ammianus Marcellinus describió a los hunos como «una raza salvaje sin parangón… Es cierto que tienen forma humana, aunque muy burda… Profieren toda clase de aullidos aterradores… Como bestias toscas que son, ignoran completamente la distinción entre el bien y el mal[(1)] ». A mí esto me suena a hillbillies.

Después de su gira por Britania, Julio César escribió acerca de clanes de «gente de tierra adentro no agrícola» a los que denominó *interiores* . Se decía que esas tribus bizarras no romanizadas se pintaban la piel de azul con un tinte de origen vegetal y los observadores romanos los llamaron «pictos» (de *pictus* , es decir, pintados). Algunos piensan que los pictos son los progenitores de los montañeses celtas de Gales, Escocia e Irlanda Occidental. Las tribus godas, por lo visto, tenían varios apodos para referirse a los pictos, y todos ellos podían traducirse por «insignificante» o «nada». Otros cronistas se refirieron despectivamente a ellos como los «Piernas Azules». Las tribus que dominaban Britania, las que vivían sobre tierra en casas de madera, llamaban «moradores de mansiones» a los pictos de las cavernas, lo que puede que sea el primer sinónimo ancestral de «la basura de tráiler». Otros anotaron que entre los pictos «cada mujer estaba con su hermano», posiblemente el primer antecedente histórico de los chistes modernos sobre la endogamia[(2)] . Seguro que los romanos se reían de los pictos del mismo modo que los neoyorquinos se ríen de los hillbillies.

Pero Roma, a pesar de su poder, nunca estuvo segura del todo. Sus fronteras en constante evolución siempre se vieron bordeadas por bandas ultraviolentas de asesinos implacables. Las hordas decapitadoras más allá de las garras del emperador siempre constituyeron un problema. Al final los romanos pasaron de una guerra de desgaste a una tentativa de asimilación. Luego vinieron los sobornos monetarios en un intento patético de rascar el picor bárbaro. Después vinieron los visigodos, los vándalos y los ostrogodos, que destrozaron Roma en pedacitos.

Mamá Europa fue donde empezaron a apilarse los vertederos de la basura blanca. Y tras la caída de Roma, difícilmente podía encontrarse un mejor contenedor de basura. Suele pensarse que la historia moderna de Europa occidental surgió de las cenizas de Roma. Pero (¡uf!) qué nacimiento más doloroso. El colapso de Roma precipitó un Nuevo Desorden Mundial. No lo llamaron Oscurantismo por gusto. Europa se estaba aniquilando a sí misma una y otra y otra vez. Invasiones. Masacres. Plagas. Hambrunas. Canibalismo. Infanticidios. Descuartizar, tajar, incendiar, saquear, pisotear, aplastar, violar, destripar. Enanitos para el césped en forma de cabezas empaladas. Guerra, guerra, guerra, guerra, guerra, guerra, guerra…

Y después, humo y silencio. Europa era un inmenso lodazal carbonizado, lunar y muerto. Se habían abierto gigantescos agujeros negros a lo largo y ancho del continente que se habían tragado todo. Un cartógrafo contemporáneo denominó a esas zonas despobladas «soledades[3] ». Donde la vida no había sido completamente diezmada había negros muros de miseria. «Parece que el mundo se aproxima a su fin[4] », clamó el papa Gregorio I.

Algunos tuvieron la suerte de poder salvar sus cráneos del garrote abriéndose camino hacia las colinas y los bosques. Como esto marcó el primer éxodo a gran escala de campesinos blancos de una sociedad miserable, podría etiquetarse a esos refugiados europeos como los primeros, tímidos, hillbillies.

Abajo, en las llanuras, las agitaciones habían lanzado al aire a las poblaciones campesinas europeas como millones de hormigas sacudidas de una manta de pícnic. Cuando volvieron a aterrizar, los viejos propietarios de las plantaciones romanas tenían las gargantas cortadas y se hicieron con el poder los que tenían las armas más grandes y las porras más pesadas.

Como los griegos y los romanos antes que ellos, los bárbaros patearon culos y tomaron esclavos. Los códigos esclavistas de los bárbaros permitían la extirpación de casi cualquier cosa que se pudiese cercenar de un cuerpo humano, incluyendo los genitales. Si un esclavo no estaba labrando el campo de manera satisfactoria para su amo ostrogodo, se arriesgaba a que le desmembrasen ambos brazos. Se cuenta que el duque Rauching, un noble franco, se corría de gusto viendo cómo mataban a sus esclavos achicharrándoles con antorchas entre las piernas. En Britania, durante el Oscurantismo, se lapidaba hasta la muerte a los esclavos que robaban, mientras que a las esclavas acusadas de robo se las quemaba vivas. En 1410, un código esclavista veneciano permitía la tortura física de las esclavas sospechosas de practicar brujería contra sus amos. A los esclavos italianos declarados culpables de envenenamiento o de conspirar contra sus propietarios se les sacaban los ojos, se les amputaba la nariz y los labios y se les despedazaba la carne con tenazas al rojo vivo. Tales atrocidades tenían lugar casi siempre en las calles de las ciudades o en las plazas públicas, a modo de advertencia para otros esclavos y para los campesinos de mentalidad rebelde.

A lo largo de toda la antigüedad, los esclavos europeos fueron comprados, vendidos e intercambiados por ganado. En el Oscurantismo se estimaba que las esclavas irlandesas valían tres vacas lecheras. Bajo los reyes francos,

cualquiera que fuese declarado culpable de asesinar o robar al esclavo de otro, estaba obligado a reembolsar al propietario con un caballo o con su equivalente monetario. En la Britania anglosajona, el propietario de un esclavo asesinado tenía derecho a una compensación de ocho bueyes.

Y no nos olvidemos de los eslavos. En tiempos remotos a los eslavos se les identificaba muy habitualmente como una población esclava, la propia palabra «esclavo» surge como una adulteración de «eslavo». Comprobadlo en el diccionario si no me creéis. Sobre todo capturados por las vecinas tribus germanas como parte de la añeja rutina de violación y saqueo de los boches, los esclavos eslavos pasaron a ser otra simple mercancía (al igual que las pieles, la cera, las especias y la miel) en los mercados internacionales. Durante siglos, los traficantes de esclavos venecianos estuvieron surtiendo de eslavos capturados a los harenes y las plantaciones de Siria y Egipto[5] . Pensad en ello: especímenes eslavos de un blanco níveo importados como esclavos y eunucos a Oriente Medio y al oscuro continente africano. Y para que no penséis que hablo de algo que ocurrió hace miles de años, el comercio de esclavos blancos establecido entre los italianos y Egipto continuó al menos hasta el siglo XV, dos siglos antes de que se forzase a los africanos a hacinarse en las bodegas de los barcos que partieron rumbo al Nuevo Mundo.

La necesidad de esclavizar es en realidad ciega al color. Los africanos eran imperialistas; solo que no se les daba muy bien. La calle de un solo sentido del punto de vista del imperialismo blanco tiende a olvidar que el imperio africano de Cartago poseyó temporalmente una porción de Europa y envió a multitud de guerreros blancos conquistados a trabajar como esclavos en el norte de África. También pasamos por alto que los moros africanos invadieron el sur de España en el siglo VIII y lo tuvieron bajo su dominio durante prácticamente quinientos años en los que se dedicaron a mandar a incontables cristianos blancos al cautiverio en Egipto y en el Mediterráneo. Puede que hayáis oído hablar de la funesta y desacertada Cruzada de los Niños de 1212, en la que miles de menores europeos partieron a raudales hacia el sur para recuperar el Santo Sepulcro; el remate raras veces citado de la historia fue que muchos de los desventurados niños fueron capturados por tratantes de esclavos musulmanes y enviados a Egipto.

Las cosas no iban mucho mejor en casa. Casi todo el mundo era siervo. El siervo estaba atado al territorio. Así que vamos a hablar de los siervos… y del territorio. El campesino era un gusano insignificante. Un peón era alguien sobre el que peerse. La vida del campesino no era vida. El siervo era pobre e inculto, no tenía modales ni haciendas. El siervo era blanco. También era basura. Y estoy seguro de que después de pasarse todo el verano labrando el campo, tenía la nuca roja. Era también desdentado, sucio y olía mal. Básicamente, no tenía voz y el pensamiento universal era que se MERECÍA su situación.

El feudalismo, como cualquier forma de gobierno, surgió como un tinglado de protección. Y también como cualquier forma de gobierno, uno se veía en la necesidad de protegerse de los protectores. La ecuación señor-siervo era la tradicional relación amo-criado, pitcher-catcher, enchufe-masculino-en-receptáculo-femenino. La diferencia entre invasores bárbaros y señores feudales era que los señores te mataban lentamente, y lo hacían por tu propio

bien. Los señores eran mosquitos peludos con ropajes sueltos que succionaban la tierra y a los campesinos hasta dejarlos secos. Tal como dijo un observador: «Los señores intentaban esquilar y devorar a sus súbditos(6) ». Para los señores, un siervo era poco más que estiércol humano que se utilizaba para fertilizar sus propiedades agrarias. Molaba ser el señor.

La palabra «siervo» es un término francés que deriva del latín *servus* , que significa «esclavo». Los romanos se refirieron a su campesinado no urbano como *servi rustici* , «esclavos rurales». Los textos medievales utilizan con frecuencia los términos «campesino», «siervo» y «esclavo» indistintamente. La servidumbre era comparable a la esclavitud en todos los aspectos importantes: los siervos trabajaban en plantaciones gigantescas para el beneficio único y exclusivo del señor. Desde que nacías hasta que morías seguías siendo siervo, o tal y como reza un dicho alemán: «solo el aire ya te hace siervo(7) ». Los hijos de un siervo, nacían automáticamente a la servidumbre. A los siervos no se les permitía irse de la plantación y si lo hacían el señor podía recapturarlos amparado por la ley. También tenía derecho a golpearlos, fustigarlos, violarlos y asesinarlos con total impunidad. A los siervos se les prohibía comprar, vender o poseer propiedades, aunque a ellos sí se les podía comprar y vender. A los siervos no se les dejaba tener armas; varios textos de la época se refieren a ellos como «los desarmados». Los siervos estaban segregados de la clase señorial por un estricto código de apartheid: no se les permitía casarse con nadie de la aristocracia ni de fuera de la hacienda señorial. Siendo propiedad, las familias de siervos se veían frecuentemente divididas en transacciones legales. Los códigos legales no reconocían a los siervos como seres humanos.

Los grandes hombres eran pocos, la gente pequeña abundaba. Del aproximadamente millón y medio de habitantes británicos registrados en el Domesday Book[41] de 1086, menos del tres por ciento se enumeran como terratenientes(8) . La estructura de clases era la misma en toda Europa; según un historiador: «Millones de hombres se vieron así sujetos al dominio de unos pocos miles(9) ». Así que en tiempos medievales solo un trocito de uña de la población blanca podría decirse privilegiada. El resto eran esclavos.

En Inglaterra a los miembros de la clase servil se les llamaba «villanos» en lugar de siervos. Del latín *villanus* , aldeano. La palabra «villano» en inglés moderno (el MALO de la película) desciende directamente de un término que se utilizaba para describir a la basura blanca carente de libertad, explotada y oprimida, que labraba en las plantaciones.

La literatura medieval traza límites entre «cortesano» y «villano(10) », entre «príncipes» y «el vulgo(11) », entre «libres» y «pobres(12) »; incluso entre «héroes» y «granjeros(13) ». Los franceses tienen un término en argot para referirse a su campesinado (*bouseaux*) del que se deriva la palabra «bozo» (payaso, zopenco, bobo). Traducido literalmente, *bouseaux* significa «boñiga de vaca(14) ». Las fábulas cómicas francesas sostienen que el siervo era «una criatura apestosa, nacida de la bosta de un asno(15) », y que saboreaba el aroma de los montones de mierda. Otro escritor cómico se refiere a los

campesinos como «brutos feos[16] ». Guillermo el Bretón identificaba cuatro clases de humanos: clérigos, caballeros, urbanitas y rústicos, señalando que solo los rústicos estaban «entontecidos[17] ». Prototipo literario, al siervo se le retrataba uniformemente como cretino, rastrero, animalesco y vago. «El montañés», se queja un escritor, «nunca se sienta a gusto frente a un telar, es como poner un ciervo en un arado[18] ».

Hasta hoy, casi todas las sociedades poseen términos peyorativos para referirse a su campesinado. Se dice que los israelíes se burlan de los pastores yemeníes. Los rusos, que llamaban a sus campesinos *moujiks* («gente de nada») se refieren a sus hicks contemporáneos como *zhlobs* . A los de este mismo tipo social, los singapurenses los llaman los *ah beng* y los australianos los «yobbo». En Bosnia, mientras la artillería no dejaba de forzar a la gente de las montañas a descender con su ganado a las calles de Sarajevo, los habitantes de la ciudad se quejaron hace poco de la avalancha de *papaks* vulgares y cabrunos.

Al Gran Populacho Blanco se le suele retratar como abiertamente sensual (mucho más cómodo con las funciones corporales que la nobleza) y estúpido, alegre e infantilonamente satisfecho con su suerte. Al campesinado rara vez, o nunca, se le representa como miserable. Las pinturas medievales de siervos dóciles en su tiempo libre son extraordinariamente similares a las estereotipadas caricaturas de los esclavos negros del Sur de Estados Unidos, dentudos y alegres Sambos con sus banjos.

Pero retratar a los rústicos como bobos y patanes bufonescos nunca mitigó del todo el miedo elitista a que los yokels pudiesen algún día transformar las rejas del arado en espadas y buscar la venganza contra las clases altas. Según un historiador feudal, «el consejo para andarse con ojo con la servidumbre es un lugar común en la literatura destinada a las clases altas[19] ». Las caricaturas dibujadas por la élite siempre han presentado al hombre común de la clase baja como un simplón, sí, pero como un simplón *peligroso* . Se cuenta que el rey Enrique I de Inglaterra recibió tres «visiones nocturnas» en las que campesinos sedientos de sangre le asaltaban con «herramientas rústicas[20] ».

En la literatura medieval británica se solía simbolizar al campesinado con el personaje ficticio de Pedro el Labrador, una especie de señor Green Jeans[42] honesto que estaba encantado de pasarse con una yunta de bueyes desde el amanecer hasta la puesta del sol. En los países francófonos, se conocía un personaje mítico casi idéntico, Jacques Bonhomme. En lengua franchute, *bon homme* significa «buen hombre», un precursor del «good ol’ boy». Los nobles franceses se referían con desprecio a sus campesinos como «Jacques», del mismo modo que hoy podrían llamarlos «Bubba[43] ».

En 1323 y 1328, en las ciudades flamencas de Ypres y Brujas respectivamente, Jacques Bonhomme se deshizo de su mítico sopor y se reencarnó en las revueltas campesinas conocidas como las jacqueries. En estas se presentaron los Varones Blancos Cabreados de su época. Liderada por dos trabajadores, uno de ellos, en efecto, llamado Jacques, la jacquerie

declaró la guerra a los ricos y al clero, solo para ser aplastada por una coalición de comerciantes burgueses y nobleza terrateniente. En el norte de Francia, treinta años después, estalló otra jacquerie, se dice que con una fuerza de cien mil Bubbas franceses, y fueron de nuevo derrotados sin piedad. Veinte mil rebeldes franceses fueron ejecutados, y a los que sobrevivieron se les castigó con tasas astronómicas. Otro grupo contemporáneo que se hacía llamar los Capas Blancas exigió verse libre de impuestos. Un escriba de un escalón superior declaró la idea como «una osadía lunática[21] » presagiando los actuales intentos de vincular las protestas por los impuestos con la enfermedad mental. Los Capas Blancas, como era de esperar, fueron aniquilados. Similares levantamientos de las clases menos favorecidas ocurrieron en Italia y en España, con similares resultados.

La Revuelta Campesina Inglesa de 1381, en esencia una rebelión contra los opresivos impuestos de capitación y las restricciones salariales, fue descrita por los apologistas de la corona como «treinta mil demonios[22] », una representación de «los pobres que favorecían a los rústicos[23] ». Dirigidos por un soldado llamado Wat Tyler, la Revuelta de los Campesinos predicaba la destrucción de la jerarquía de clases a través de la aniquilación de la propia clase alta. A través de un breve rayo de acción violenta, la rebelión se hizo con el control de Londres durante un día, aproximadamente. Presentándose ante la realeza entre una multitud de rebeldes callejeros, Wat Tyler hizo una deliberada exhibición tragándose una cerveza de un modo considerado irrespetuoso por la Corona y fue apuñalado a muerte por uno de los agentes del rey. Wat Tyler fue un antepasado mártir del eructante redneck de tripa cervecera que odia al gobierno. En el caos que siguió al asesinato de Tyler, la rebelión fue sofocada. Los líderes de la revuelta fueron ejecutados. La principal diferencia entre la violencia campesina y la violencia del rey era que los funcionarios reales escuchaban las confesiones antes de decapitar a sus víctimas.

Toda esta violencia social ocurrió en un contexto en el que un diminuto germen había descabezado casi toda Europa. La peste bubónica, una bacteria transmitida por las pulgas a las ratas, succionó la vida de unos veinticinco millones de europeos. Los cuerpos humanos se retorcían y se pudrían encima de montones de residuos humeantes, su carne medio muerta hurgada por lobos y cuervos. En combinación con las diezmadoras hambrunas y las guerras casi constantes, Europa se hundió hasta un estado no muy distinto al de la miasma bárbara de mil años atrás. Los campesinos heridos y sangrantes buscaban en vano algo que echarse a la boca entre la inmundicia y los hierbajos secos.

Cuando Europa volvió tambaleante a la estabilidad, un proceso ominoso con el nombre en apariencia benigno de «cercamiento» comenzó a arrancar a los campesinos de la tierra. Los mismos nobles que antes habían pedido que los campesinos permaneciesen *encadenados* a la hacienda, ahora los estaban expulsando. Los terratenientes adinerados, al darse cuenta de que sus propiedades serían mucho más provechosas si se dirigían de manera privada como supergranjas, comenzaron a vallar (cercar) esas áreas y a sacar a patadas a los arrendatarios en masa. En las superficies agrarias a las que los británicos se referían como «comunales», ya no se querían plebeyos.

Y si los campesinos iban a ser expulsados de la tierra, solo tenía sentido que los culpasen por ello. «Los pobres de Northamptonshire», resollaba un lamebotas de la realeza, «habitan en bosques y desiertos, y viven como zánganos, dedicados al robo, entre los que se cría la misma prole de los vagabundos y los renegados». El rey Jaime I describió las zonas rurales como «viveros y receptáculos de ladrones, renegados y mendigos». Los pobres rurales de Inglaterra eran vistos como un detrimento para la economía explosiva de la nación. «Los pobres aumentan como pulgas y piojos», escribió John Moore en 1653, «y esta plaga acabará devorándonos a no ser que cerquemos(24) ».

El efecto neto del cercamiento fue que los campesinos rurales se convirtieron en mendigos urbanos. La población de Londres, cerca de unos insignificantes sesenta mil a principios del siglo XVI, había estallado casi en un mil por ciento para el año 1700. La economía urbana era incapaz de absorber aquella masiva inyección humana. Londres se convirtió en una Calcuta caucásica, apestando con el alcantarillado abierto y un proletariado miserable, asqueroso, irascible, cubierto de úlceras y propenso al crimen.

La Corona respondió criminalizando la propia pobreza. En una prefiguración de lo que serían las flagelaciones de esclavos negros en América, la ley británica permitió que se diese latigazos a los mendigos hasta que les chorrease la sangre por la piel blanca y desnuda, torturados por el «crimen» de pedir comida. Surgieron las prisiones de deudores en las que uno podía ser condenado de por vida a una humedad oscura y mohosa solo por haber sido incapaz de llegar a fin de mes. Otros londinenses desnutridos fueron encarcelados en casas de trabajo[44] regentadas con una disciplina deshumanizadora en lo que la Corona alegaba que era un acto de beneficencia.

Los escritores afines a la monarquía, puede que sabedores de las revueltas campesinas de los siglos precedentes, llegaron a etiquetar a sus masas urbanas desarraigadas como «la chusma». A la basura urbana de Londres también se la llamó «el vulgo profano», «la infame multitud», «el fracaso y la escoria de la gente», «el populacho cismático», «la más mezquina e ignorante clase de gentuza», «los sujetos más vulgares y oscuros del mundo», «los canallas y muy degradados y estercoleros bellacos de todas las ciudades y pueblos» y los «hombres descamisados(25) ».

Pero con todo lo indigente que era la clase baja de Londres, podía encontrar una suerte de amargo consuelo en un hecho: lo tenían mucho, pero muchísimo mejor, que los irlandeses. Si consultáis un mapa de la zona de Gran Bretaña próxima a Irlanda, veréis un enorme cachorrillo de perro comiéndose a otro más pequeño. En 1610, el rey Jaime (el mismo soplapollas que colonizó América) comenzó a enviar barcos cargados de escoceses al norte de Irlanda. Aunque sostuvo que lo hacía «con todo su indecible amor y su tierno afecto» por la gente escocesa, en verdad fue un ingenioso plan para someter a Irlanda a través de la colonización social, mucho mejor que una conquista militar.

En caso de duda, culpad a los británicos. Lo que hizo la Corona a los

irlandeses es directamente análogo a lo que hizo con los indios americanos. Los irlandeses fueron expulsados de sus territorios ancestrales. Su tradicional lengua gaélica y su modo de vestir fueron prohibidos. El catolicismo, que había sido la religión nacional, fue proscrita del mismo modo. A mediados del siglo XVII los sacerdotes que oficiasen la extremaunción a un creyente serían sentenciados a muerte. Los irlandeses fueron deliberadamente condenados a la inanición, masacrados y esclavizados, y su tierra fue entregada a colonos británicos y escoceses. Los católicos, que poseían el sesenta por ciento de Irlanda en 1641, solo poseían el cinco por ciento cien años más tarde.

Los británicos siempre han considerado a los irlandeses como una raza aparte. La literatura británica acostumbraba a hacer mención de «los salvajes irlandeses(26) » y los «simples irlandeses(27) ». Se les comparaba sistemáticamente con los antiguos bárbaros. Un escritor llamado Fynes Moryson los acusaba de endogamia desenfrenada y vinculaba dormir en una casa irlandesa con aventurarse en la caverna de una bestia salvaje(28) .

La zona de Irlanda controlada por los británicos pasó a ser conocida como la Empalizada y de los salvajes tréboles irlandeses que salían en estampida con presunta barbarie de ella se decía que vivían «más allá de la Empalizada». Los británicos conquistadores se referían a estos rebeldes celtas como «woodkernes». La palabra «kerne» era sinónimo de «campesino con poco armamento». Así que «woodkerne», que significa campesino armado que habita en los bosques, es un predecesor del «hillbilly». Se decía que los woodkernes eran carniceros salvajes muy dados a la pugna incesante y al moonshining[45] . La policía real los perseguía por las colinas con sabuesos. Una vez capturados, a los woodkernes se les disparaba tranquilamente en la cabeza sin juicio.

Con toda la brutalidad con que la Corona se ensañó con los irlandeses, no fue nada en comparación con lo que un führer puritano llamado Oliver Cromwell llegaría a hacer. Después de hacerse con el poder de la monarquía, los Puritanos Parlamentarios alardearon de que matarían a todos los católicos de Irlanda. Cuando Oliver Cromwell y su Nuevo Ejército Modelo cruzó a Irlanda en 1650, había aproximadamente un millón y medio de habitantes en Erin. Cuando se fue a los nueve meses, más del CUARENTA POR CIENTO de los residentes de Irlanda habían sido masacrados, murieron de inanición o fueron deportados. «Lo que hizo Cromwell» señaló un escritor, «merece ser clasificado junto a los horrores perpetrados por Genghis Khan». En el siguiente medio siglo, cerca de medio millón de irlandeses fueron esclavizados y enviados a la Europa continental a dar sus vidas al servicio del ejército francés.

Los británicos de clase alta, que durante generaciones se preguntaron cómo deshacerse de su población «excedente», también volvieron la mirada hacia el Oeste. Dieron con un inodoro nuevo y fértil en el que descargar sus heces sociales. Se llamaba América.

3

UNA HISTORIA RÁPIDA DE LA CLASE

BAJA BLANCA ESTADOUNIDENSE

(Y UNA HISTORIA AÚN MÁS RÁPIDA DE LOS GOAD)

LOS BLANCOS EN ESTADOS UNIDOS. Pa’ mear y no echar gota, qué concepto más cargado de implicaciones. Ha adquirido el mismo tono siniestro que «VIH en tu riego sanguíneo» o «residuos radioactivos en el suministro de agua». Existe una noción primitiva, bíblica, muy de los-pecados-del-padre-bla-bla-bla, de que TODOS los blancos estadounidenses, en virtud solo de su nacimiento, acarrean en sus almas una mancha a causa de la esclavitud negra.

Culpa blanca. No se puede encender la tele ni la radio sin verse bombardeado por ella. Culpa blanca. Tras tubos y tubos de pasta dentífrica, sigo sin poder quitármela de los dientes. Culpa blanca. Intenté operarme para extirparme el tumor de la culpa, pero ningún médico pudo ayudarme.

Al final descubrí por qué no puedo librarme de mi culpa blanca. Es porque no la tengo. Aun así los mercaderes de la culpa siguen llamando a mi puerta como psiquiatras mandados por el tribunal para insistirme en que me trague la pastilla de la culpa. Me reprenden con un tono cada vez más condescendiente por ser demasiado corto de mente para poder llegar a captar la doctrina de la culpa colectiva.

Agachaos y a ver si captáis ESTO. Entiendo la culpa colectiva mucho mejor que vosotros. Estoy dispuesto a aceptar la culpa por todo lo que haya hecho, pero necesito PRUEBAS, sobre todo si se me va a obligar a pagar indemnizaciones. No lo aceptaré solo de oídas. A lo largo de mis investigaciones no he podido dar con ningún antepasado que poseyese esclavos, pero más de unos pocos fueron esclavos. Así que podéis coger vuestra afectada culpa blanca, plegarla como un avioncito de papel y, con el debido respeto, metérosla por vía rectal.

Es irónico que los libros de texto estadounidenses prediquen que todos los blancos vinieron aquí en busca de la libertad, cuando tantísimos de ellos llegaron encadenados. Sin embargo, el «ángulo de la libertad» es la totalidad panorámica de la historia recibida tal y como los libros de texto y las multimillonarias películas históricas de la tele lo bombean en tu cráneo. Con todo lo plagada que está de agujeros de queso suizo, nuestra impresión generalizada de la diáspora blanca americana va más o menos así: No hubo esclavos blancos. Todos los blancos DECIDIERON venir a América. Solo los negros fueron secuestrados, esposados y enviados a estas costas. Solo los negros sufrieron un espeluznante «pasaje medio» a través del Atlántico. Solo

los negros fueron golpeados, fustigados, vendidos en subastas y separados a la fuerza de sus familias. Solo las mujeres negras fueron violadas por los negreros. Solo los negros fueron brutalizados por sus amos hasta el punto de decidir fugarse.

¿Me llamaríais duendecillo malcriado si probase que hasta la última de esas apreciaciones es incorrecta? ¿Me etiquetaríais de Satán en persona si llegase a probar que son erróneas no solo en casos aislados, raros y azarosos, sino aplicado a la mayor parte de los blancos que vinieron a las colonias? ¿Tacharíais mi nombre de la lista de invitados a vuestra próxima reunión de vino y queso?

Pues vale. Estoy más que acostumbrado. Soy un cretino profesional. Mi apellido es también un verbo. «Goad», por si todavía no lo habéis pillado, significa provocar, aguijonear, incordiar. Jim Goad: Jim el Incordio.

El pequeño Jim Goad fue a una escuela primaria, a un instituto y a una facultad donde se le enseñó una versión incompleta de la historia, probablemente algo similar a lo que os enseñaron a vosotros. Seguro que habréis oído hablar de la «servidumbre por contrato», puede que solo durante unos quince segundos. Si los profesores de historia llegan a mencionarlo, es casi exclusivamente en un contexto comparativo, para subrayar lo mala que no fue en comparación con la esclavitud negra. Pudisteis tener la impresión de que la servidumbre por contrato era un acuerdo contractual benigno y voluntario, como el aprendizaje de un oficio. Al salir de la clase de historia, me iba con la idea de que una camarilla de arrogantes benefactores permitían a los blancos aprender una profesión en el Nuevo Mundo y fueron tan efusivamente benevolentes que hasta pagaron su pasaje para cruzar el Atlántico. Me imaginaba a Ben Franklin enseñándole a Oliver Twist a manejar una imprenta, o quizá a Tom Jefferson dándole lecciones de latín a Artful Dodger. Sonaba a un trato muy bueno, yo lo firmaría de cabeza.

Pero, ay, cuando el Joven Jim Goad se hizo adulto, había demasiada basura blanca a su alrededor y poquísimas explicaciones de su génesis histórica para satisfacer su mente atormentada. Así que me hice una pregunta: ¿Cuáles fueron las circunstancias históricas que trajeron al mundo a aquel pegote paliducho de porquería color marfil que fui yo? Comencé a explorar en mis ancestros esperando no encontrar un origen noble, sino campesino. Y parece ser que me topé con una mina de oro de basura.

Hará como un año, recibí por correo una voluminosa promoción de una empresa de Ohio de un libro de edición limitada titulado *El libro mundial de los Goad* . Por 39,95 dólares más gastos de envío y gestión, el libro prometía delinear la historia del apellido de mi familia. Apoquiné la lana y me puse a esperar junto a mi buzón. Los dos primeros tercios de *El libro mundial de los Goad* no tienen nada que ver con los Goad; en su lugar, se trata de un barato refrito histórico que recuerda mucho a mis viejos libros de texto de primaria. Ilustraciones rollo *Reader’s Digest* dibujadas al pastel que retratan personajes históricos mejor acicalados y más felices de lo que en realidad todos sabemos que fueron. Pero, casi a su pesar, esta sección aporta una valiosa desinformación chapucera:

«Muchos de los primeros inmigrantes que vinieron a América en esta época huyeron de Gran Bretaña y Europa por motivos religiosos [...] Los afroamericanos constituyen la única clase que inmigró en contra de su voluntad».

Sin duda ya lo habréis oído antes. Pero no es verdad. Un impresionante porcentaje de los primeros «inmigrantes» europeos a América fueron FORZADOS a salir de Europa por motivos que no tuvieron nada que ver con la religión. *El libro mundial de los Goad* también afirma que Gran Bretaña envió más de ciento veinte mil convictos a Australia, una penosa política penitenciaria de la que la mayoría de los norteamericanos parece estar al tanto. Pero no se dice ni pío de que Gran Bretaña enviase más de cincuenta mil convictos a América y solo comenzase a enviarlos a Australia después de que por aquí nos rebelásemos contra la Corona.

Aparte de semejante estrabismo histórico, *El libro mundial de los Goad* contiene una lista de presuntamente todas las familias Goad de América, junto a sus direcciones postales. Según mis diligentes cálculos, el sesenta y uno por ciento de los Goad americanos viven en el Sur y en lo que yo llamo «el Suroeste Redneck», Texas y Oklahoma. Virginia y Tennessee son, respectivamente, los dos estados Goad más importantes. Otro veintiún por ciento de familias Goad viven en el Medio Oeste. Menos de uno de cada cinco familias Goad estadounidenses viven fuera de estas áreas. Así que solo por cumplir con el escollo geográfico, la mayoría de los Goad somos rednecks.

El libro dedica tres páginas escasas a los «primeros inmigrantes Goad de América», pero solo por eso ya habría merecido la pena pagar lo que costaba. En 1635, el primer año en que aparecen registros de que mis antepasados paternos alzaron sus Goadescas cabezas en el Nuevo Mundo, cinco Goad afloraron en las colonias americanas o en las Indias Occidentales. Thomas Goad, de quince años, llegó a Boston. Otro Thomas Goad, también de quince años, desembarcó en Nueva York. William Goad, de dieciocho, plantó las uñas de sus pies Goad en el barro de Virginia. Ese mismo año, otros dos Goad llegaron a Barbados: John, de veintidós, y William, de veintiuno. Samuel Goad fue enviado a Barbados en 1654, seguido por otro Sam a «Barbados o a Isla Nieves» en 1661. Un tercer William Goad (recuerdo los mordaces insultos del patio del colegio, cuando me llamaban «billy goat[46] », cuando ni siquiera me llamo William[47]) se posó en tierra de Maryland en 1674. Y según una fuente citada con el título de *Convictos ingleses en la América Colonial* , un presidiario desterrado llamado Thomas Goad fue embarcado rumbo a estas costas en 1766.

Me revuelvo en la cama por las noches, empapado en sudor y tirando de mi ultrasedosa manta de Elvis: ¿Por qué solo Goad varones? ¿Por qué todos esos Goad vinieron hasta aquí solos, sin sus familias? ¿Por qué eran tan jóvenes aquellos Goad? ¿Por qué enviaron a un Goad convicto? ¿Y por qué tantos de esos malditos, sí señor, malditos, malditos y áridos Goad, fueron a Barbados?

Para seros franco, no tengo respuestas sólidas. Ni siquiera tengo deposiciones sólidas, ¿vale? Solo puedo especular y expectorar. En la actualidad, la mayor parte de las familias Goad de las islas británicas, según *El libro mundial de los*

Goad , residen en el sur de Inglaterra. Y casi todos los siervos por contrato de América fueron extirpados de un grupo de inglesitos holgazanes de mierda, en paro y potencialmente coléricos del extremo sur de Inglaterra[1] .

Aunque jamás os enteraríais de esto embobados ante vuestros televisores, casi todos los historiadores actuales coinciden en que la MAYORÍA de los blancos que vinieron a América en tiempos coloniales llegaron en condición servil. La inmensa mayoría de quienes se especializan en la investigación de la servidumbre por contrato opina que al menos la mitad, y puede que hasta dos terceras partes, de TODOS los inmigrantes coloniales blancos, llegaran encadenados[2] .

En Virginia y Maryland, durante el siglo XVII el cociente de siervos blancos fue incluso más elevado. Un estudio de Virginia entre 1623 y 1637 muestra que los siervos blancos superaban en número a los blancos libres en una proporción de tres a uno[3] . En Maryland llegó un momento en el siglo XVII que la relación fue de seis a uno[4] . Como se señaló anteriormente, al menos dos Goad fueron enviados a Virginia y a Maryland en el siglo XVII. Me la juego y apuesto a que al menos unos pocos de mis antepasados coloniales fueron traídos hasta aquí como siervos amarrados. Sin contar a Tom Goad, el convicto ya mencionado.

Existen las mismas posibilidades, o incluso más, de que algunos de aquellos Goad de Barbados fuesen esclavos blancos vendidos por Oliver Cromwell a los locos del látigo de las enormes plantaciones de azúcar de las Indias Occidentales. Barbados, un Hades sofocante más cerca de América del Sur que de América del Norte, pasó a ser el vertedero predilecto para arrojar a los enemigos políticos de Cromwell. Dio puerta de esta manera a tantos de sus oponentes que la práctica pasó a conocerse como ser «barbadoseado[5] ». Se decía que Cromwell había barbadoseado como mínimo a cien mil adversarios político-religiosos. A través de un decreto en 1651 Cromwell esclavizó a entre siete y ocho mil escoceses y realistas británicos que conquistó en Worcester y los mandó, con estruendo de cadenas, al Nuevo Mundo[6] [7] . También mandó a la esclavitud a los supervivientes irlandeses de la matanza de Drogheda. En la década de 1640, más del ochenta y cinco por ciento de los veinticinco mil esclavos que se estimaba que habían recabado en Barbados eran blancos[8] . En 1653, se calcula que la mitad de todos los blancos de Barbados eran esclavos políticos y religiosos de Cromwell[9] .

Henry, el hijo de Cromwell, ayudó a su papá a montar el tinglado de los esclavos blancos desde Londres, y en 1655 emitió un edicto por el que se establecía que aunque «se deba usar la fuerza» para apoderarse de las jóvenes irlandesas como mano de obra colonial, será, en cualquier caso, «en buena medida por su propio bien[10] ».

Al joven Hank Cromwell no le faltaba razón, siempre y cuando uno acepte que la muerte rápida a causa de la enfermedad, el agotamiento o la tortura sea por su propio bien. Como se desprende de casi todas las crónicas, los cerca de cien mil esclavos blancos de las Indias Occidentales rara vez sobrevivieron al

plazo de su contrato. Podríais decir que el clima era hostil para la complexión caucásica. Cientos de miles de británicos, escoceses e irlandeses color masa de galletas fueron trasplantados de su lluvia ancestral y su helador tiempo plomizo al calor de horno para cocer arcilla de las Indias Occidentales y América del Sur. Sus tobillos paliduchos de pronto se vieron plantados en tabacales, en refinerías de azúcar y en arrozales pantanosos.

La fase de aclimatación se conocía ominosamente como «maceración». Con la picadura de la probóscide de un mosquito se inoculaba la malaria en sus venas. La disentería se arrastraba dejando un rastro sangriento por los intestinos. A menudo les cocían vivos unas fiebres que les derretían los huesos. Según los relatos del siglo XVII tanto de Virginia como de las Indias Occidentales, alrededor del OCHENTA POR CIENTO de los esclavos/siervos blancos murieron en los primeros doce meses que sucedieron a su llegada[11] . Miles y miles de siervos blancos, hombres y mujeres, perecieron silenciosamente en la mugre tropical, por lo que su «maceración» dejó unos fiambres bien curados.

Lo de Barbados fue una barbarie. No solo estaba el llameante calor ecuatorial, perjudicial para el metabolismo europeo, además se decía que los tratantes de esclavos de Barbados eran particularmente crueles. Un comisionado de la isla, según parece, le sugirió a Cromwell pasarse a la esclavitud negra argumentando que como los esclavos negros eran una inversión más costosa y más permanente, los despiadados capataces pondrían «más interés en su preservación y los utilizarían con moderación[12] ».

Se dice que algunos negros de las Indias Occidentales siguen conservando vestigios de la lengua y la cultura gaélica. Los investigadores de la música han mantenido que la rara mezcla de ira y ritmo engendrada en las Indias Occidentales por la combinación de irlandeses y esclavos negros, produjo la génesis cultural del rock’n’roll. Pero si los esclavos blancos de Barbados siguen existiendo, es solo en letras y música. Casi todos fueron asesinados por un sistema sanguinario de esclavitud humana. Y algunos de ellos pudieron haber sido mis parientes lejanos.

Ya sería lo bastante grave si Barbados no hubiese sido más que una aberración, pero fue parte de un plan mucho más amplio de expulsión y esclavización forzosa que tuvo lugar en las Islas Británicas y en zonas de la Renania alemana. A partir de finales del siglo XVI, las entidades jurídicas de esas latitudes entendieron que el modo más eficiente para sofocar potenciales alborotos domésticos era deportar a los potenciales alborotadores domésticos.

Primero llegaron los reclutadores. Panfletos y pósteres. Un apretón de manos grasiento, una amplia sonrisa y un puñado de mentiras a propósito de esa nueva tierra soleada llamada América. Había cargamentos de vil metal aguardando en el negocio del envío de cuerpos humanos al Nuevo Mundo, pero el típico agente reclutador británico puede que no os lo pintase con tanta crudeza. Con un discurso de vamos-que-nos-vamos empapado de estridente ostentación y promesas imposibles, el reclutador de siervos voluntarios con contrato era un sórdido vendedor de coches usados que comerciaba con cuerpos humanos como si fuesen Ford Pintos oxidados. Como casi todos los

estafadores, primero tiraba de la persuasión y recurría a la fuerza solo en caso necesario.

Por lo visto, la fuerza fue necesaria a menudo. En Inglaterra, a los agentes reclutadores que eran lo bastante respetuosos como para no cascarte el coco y llevarte a rastras hasta un barco negrero se les llamaba «tambores», porque restringían su actividad a reunir reclutas como a ritmo de tambor. A los que te echaban algún narcótico en la cerveza o te doblegaban en un mugriento callejón oscuro se les conocía como «engarzadores» o «espíritus». El espíritu, quizá acompañado por otros diversos fantasmas, secuestraba a sus presas silenciosa y repentinamente. Si una persona desaparecía de un modo sospechoso, se pensaba de él o ella que se había desmaterializado, que «se lo habían llevado los espíritus». Según el historiador Richard Hofstadter, el espíritu era alguien que «emboscaba, secuestraba o convencía a los adultos para que embarcasen en los barcos con destino a América [...] A menudo sus víctimas iban casi de la mano[(13)] ». Gary B. Nash escribe que la práctica de «secuestrar y narcotizar a borrachos y vagabundos para enrolarlos de marineros era endémica. Muchos desafortunados moradores de los puertos se despertaban una mañana con una resaca demoledora para descubrir que estaban en la bodega de un barco que se dirigía hacia el Oeste por el Atlántico[(14)] ».

Una canción folk británica de la época conjura los pavorosos estragos subconscientes causados por las bandas de espíritus:

La noche que me casé

y me hallaba en la cama matrimonial

se presentó un furibundo capitán de barco

y se plantó junto a mi cama.

Sus hombres, me amarraron con firmeza

con una cuerda cruel y resistente

y me llevaron allende los mares

a trabajar durante siete largos años[(15)] .

Los adultos no fueron los únicos blancos que se secuestraron y se vendieron como esclavos para las colonias. La captura forzosa de niños sin hogar o huérfanos era un deporte muy extendido. Se conocía vulgarmente como «kid-nabbing[48] », más adelante deformado por los Cockneys para dar lugar al «kidnapping[49] ». Cientos de miles de niños británicos fueron pescados para llevar a cabo trabajos de esclavo no solo en las plantaciones coloniales, también se les forzó a inhalar los humos tóxicos de la doméstica maquinaria industrial británica[(16)] .

Como a los hombres, mujeres y niños secuestrados se les asignaban contratos falsos (o, en muchos casos, ni eso hasta llegar al Nuevo Mundo) resulta difícil calibrar qué porcentaje de siervos blancos por contrato vinieron hasta aquí en contra de su voluntad. En *The Mind of the South* , W. J. Cash conjetura que «el mayor número» de siervos contratados «parecen haber sido crios y adolescentes tentados en casa por engarzadores profesionales o directamente secuestrados[17] ».

Como pasaba con los esclavos negros de África, los esclavos blancos de Europa estaban siendo raptados y embarcados fuera del país no por puros motivos de odio humano, sino porque resultaba muy provechoso. Si uno desprende todos los horrores, de eso era precisamente de lo que trataba el negocio de los espíritus: de un negocio. Sin una fuerte motivación de lucro, el secuestro masivo de carne blanca no habría tenido lugar. «Uno podía secuestrar a un hombre al azar en los callejones de Londres y tener asegurada la venta en el Sur», escribe Thomas J. Wertenbaker en *The First Americans* [18] . En un anuncio de un periódico de Nueva York de 1784 se habla de un «tráfico de blancos[19] » aún boyante, y un fallo judicial de 1829 señala que «antes era un negocio considerable importar siervos irlandeses y alemanes[20] ».

Aunque el propio espíritu frecuentemente procedía de las clases bajas de Londres, no era más que un mercenario de mandamases tan aislados por su riqueza (comerciantes, jueces, navieros y propietarios de plantaciones en el Nuevo Mundo) que podían permitirse pagar a otros para que se hiciesen cargo del trabajo sucio. Sorprendentemente, el secuestro era en muchos casos una práctica autorizada jurídicamente. Una ley parlamentaria de 1618 permitía a los agentes de policía trincar por la fuerza a todos los niños huérfanos de más de ocho años y retenerlos en prisiones a la espera de ser embarcados hacia las plantaciones coloniales[21] . Otras leyes autorizaban la captura física de deudores y criminales. Una ley de la Commonwealth de 1652 permitía que los oficiales identificasen a sujetos «vagabundos o mendicantes» y fuesen «capturados y encarcelados» con el fin de ser trasladados en grilletes a las colonias[22] . Iniciativas similares brotaron por todas partes en las Islas Británicas en el momento en que los oficiales locales se percataron de que salía más barato embarcar hacia el oeste a su lumpemproletariado que seguir distribuyendo socorro a los pobres. Esperando librarse en masa de su clase baja destinándola a Nueva York, el Consejo Privado de la Corona Escocesa emitió órdenes en 1669 para que los oficiales locales acorralasen a todos los «mendigos fuertes y ociosos, a los vagabundos y a los egipcios, a las putas notorias y habituales, a los ladrones y a toda persona disoluta y de mal vivir[23] ». Se trataba de un nuevo método, genialmente efectivo, de deshacerse de la basura.

Una estimación publicada en 1670 afirmaba que ese año habían sido raptados diez mil sujetos británicos[24] . Un panfleto aparecido diez años más tarde calculaba que se seguían capturando diez mil británicos por año, cada año[25] . Si estas estadísticas son fidedignas, nos daría un total de cien mil víctimas británicas de secuestro solo en la década de 1670. En toda la historia de la

esclavitud en América se importaron menos de cuatrocientos mil esclavos negros[26] . Con toda la mala reputación que se ha ganado Amerikkka por la esclavitud negra, es probable que no recibiese más del seis por ciento de todos los esclavos africanos que embarcaron al hemisferio occidental[27] . (Psst: culpad a Brasil). Haciendo solo unas leves extrapolaciones de estas estimaciones británicas de secuestro, y conjeturando que cerca de diez mil blancos fueron también abducidos cada año durante un total de cuarenta años, la suma de inmigrantes blancos forzosos traídos a América igualaría o sobrepasaría el número de africanos forzados hasta estas costas en contra de su voluntad. Y este cálculo probablemente se queda corto, pues la servidumbre por contrato floreció durante más de doscientos años, no cuarenta. Y no estoy contando los cincuenta o sesenta mil convictos traídos a rastras en el siglo XVIII.

Así que aunque la creencia popular sea que no hubo blancos embarcados a América en contra de su voluntad, es muy posible que hubiese MÁS blancos que negros traídos hasta estas costas en contra de su voluntad. No se trata de una competición, pero no me diréis que no se complica un poco el asunto.

Cuando los pescaba una banda de espíritus, a los niñitos y no tan niñitos blancos recién esclavizados se les solía encarcelar en celdas infestadas de ratas en espera del siguiente barco disponible. De camino a la embarcación se les arrastraba por las calles encadenados y a vista de todo el mundo, con todos los latigazos, el marcaje a fuego y la pompa y ceremonia que se empleaba normalmente en semejantes exhibiciones. En otras ocasiones se les encadenaba directamente en la bodega del barco en espera de la partida.

Luego venía lo de la travesía del Atlántico que solía ser tan traumática y letal como en el caso de los esclavos negros. Al igual que los británicos, los alemanes también se dedicaron a desarraigar y patear el culo de su campesinado. Los «novopobladores» alemanes, el equivalente continental a los «tambores» y «espíritus» británicos, difundieron falsas esperanzas y sueños vacíos entre los alemanes palatinos, muchos de los cuales se habían quedado indefensos por los cambios políticos en *der Vaterland* . Gottlieb Mittelberger, un organista de iglesia alemán que en 1750 pagó su pasaje para un embarque de seis meses desde la tierra nazi a Filadelfia, escribió con incisiva indignación acerca de los novopobladores que prometían el cielo pero entregaban el infierno. Una vez en el mar picado, los pasajeros comenzaban a darse cuenta de que les habían embaucado:

«Durante la travesía el barco está llenó de lastimosas señales de aflicción: olores, vapores, horrores, vomitonas, todo tipo de mareos, fiebre, disentería, dolores de cabeza, calor, estreñimiento, forúnculos, escorbuto, cáncer, fiebre aftosa y afecciones similares […] En semejante miseria toda la gente que va a bordo reza y llora al unísono patéticamente […] ¡Pero la mayoría clama contra los ladrones de seres humanos! Muchos gruñen y exclaman: “¡Oh! ¡Lo que daría por estar de vuelta en casa, aunque fuese tirado en mi pocilga!”. O gritan: “¡Ah, Dios de mi vida, si pudiese tener, aunque solo fuese una vez, un trozo de pan bueno o un poquito de agua fresca! […]”».

Mittelberger escribió acerca de mujeres y bebés muertos arrojados a la

espuma del océano. Describe a pasajeros despiojándose sin parar. El agua potable estaba infestada de sal y la comida (la que existía) era:

«muy negra y estaba llena de suciedad y plagada de gusanos [...] Hacia el final del viaje teníamos que comer la galleta del barco, que ya se había echado a perder hacía mucho tiempo, incluso aunque no quedase ni un solo pedazo más grande que un tálero[50] [un dedal] que no estuviese lleno de gusanos rojos y nidos de arañas(28) ».

A pesar de las atrocidades que absorbieron los globos oculares de Mittelberger, él fue un pasajero *de pago* y recibió un trato de primera clase comparado con el que le dieron a los siervos alemanes encadenados bajo cubierta con aire viciado, luz escasa y ninguna libertad de movimientos. Y a pesar de todo lo deprimente que fue el viaje de Mittelberger, que solo de pensarlo se te cae el alma a los pies, hay un comentarista que dice que «no hay motivo para pensar que fuera particularmente inusual(29) ». En 1731 el *Love & Unity* zarpó de Rotterdam con destino a Philly con lo que se estima que fueron ciento cincuenta alemanes palatinos de los cuales murieron todos menos treinta y cuatro antes de llegar a la Ciudad del Amor Fraterno. La comida se volvió tan escasa que los especuladores se pusieron a VENDER ratas y ratones al mejor postor(30) .

Del mismo modo, los barcos de esclavos británicos a menudo eran poco más que ataúdes flotantes. Duncan Campbell, un comerciante inglés que embarcó a un montón de convictos blancos a América hasta que estalló la Revolución, apuntaba una tasa de mortalidad de un diez por ciento en la travesía del Atlántico como «pérdida moderada(31) ». Un historiador calculó que entre el diez y el quince por ciento de todos los blancos encadenados «por lo general morían en el viaje(32) ». Otros marcan el cociente de mortandad total como terriblemente superior.

Durante un viaje a América en 1638, cerca de tres cuartas partes de lo que se calcula que fueron trescientos cincuenta pasajeros murieron antes de llegar a su destino. Uno de los supervivientes de aquel barco dejó escrito lo siguiente: «Nos hemos pasado muchos días tirando a dos o tres por la borda(33) ». En 1720, un tercio de los pasajeros la palmó a bordo del *Honour* (34) . El año siguiente cerca del cuarenta por ciento de los que viajaron en el *Owners Goodwill* murió en la travesía(35) . En el viaje de 1768 del *Snow Rodney* la comida se acabó; a los pasajeros no les quedó otra que recurrir a mascar el cuero de sus propios zapatos(36) . En 1741 la travesía del *Sea Flower* de Belfast duró cuatro meses y acabó con la vida de cerca de la mitad de los ciento seis humanos que viajaban a bordo. Durante el trayecto, seis cadáveres humanos fueron mordisqueados por famélicos pasajeros caníbales(37) . El agua llegó a escasear tanto en la excursión de Londres a Maryland del *Justitia* en 1743 que los criminales transportados optaron por beberse su propia orina. Casi una tercera parte del cargamento humano del barco murió en el mar. El capitán de la nave, como casi todos los capitanes desfalcadores de provisiones que se vieron involucrados en el negocio, desplumó a los convictos muertos antes de deshacerse de sus cadáveres. Declaró que él era

el «heredero de todos los criminales que muriesen bajo su cuidado[38] ». Un gran tipo.

En 1771, otro *Justitia* (puede que el mismo) llegó a Virginia con su cargamento caucásico. «Acaba de llegar a Leedstown», reza el anuncio del *Virginia Gazette* , «el Barco *Justitia* con cerca de cien Siervos Saludables, Hombres, Mujeres *&* ; Niños [...] La Venta comenzará el Martes 2 de Abril[39] ».

¡¿La *venta* ?! Sorpresa, sorpresa, Gomer Pyle[51] : igual que esclavos negros, se vendían siervos blancos contratados al mejor postor. En 1623, un comerciante británico declaró que en Virginia «se vendían siervos por todas partes como caballos[40] ». En 1755, el gobernador de Maryland se hizo eco del símil del ganado: «Las fortunas de los hacendados consisten aquí en el número de siervos que se poseen (que se adquieren a precios muy elevados), igual que en las propiedades de los granjeros ingleses se basan en el número de cabezas de ganado[41] ». William Green, un convicto transportado, rememoraba el proceso de subasta: «Nos revisaban allí como los tratantes de caballos hacen en este país con estos animales, nos miraban los dientes y nos revisaban las extremidades para ver si resultaban adecuadas y convenientes para el trabajo que nos esperaba[42] ». A los siervos potenciales se les solía interrogar para determinar su temperamento y su entusiasmo general a la hora de ser tratados como mierda.

Al igual que con los africanos, las familias blancas solían romperse y sus miembros se vendían a diferentes postores. En las subastas, unos hombres a los que se conocía como «conductores de almas» eran quienes, por lo general, adquirían en lotes a los esclavos blancos recién llegados, los encadenaban en grupo y los arreaban a pie por zonas rurales, donde los iban vendiendo de la manera más rentable posible. «Nos arrastraban por el campo como ganado hasta llegar a un mercado de Smithfield y nos exponían a la venta en ferias públicas como a tantas otras bestias», se quejaba un siervo blanco[43] . «Los llevaban por el país como lotes de ovejas hasta que lograban venderlos provechosamente», se mofaba otro[44] .

Un siervo de cumplimiento forzoso era, por ley, «propiedad de su amo», tal y como estableció Johnstone, el gobernador de Florida Occidental en 1766[45] . Una ley de Carolina del Sur implantada en 1717 sostenía que «la titularidad de un blanco» debía ser un requisito previo para poder ser miembro de la Asamblea Estatal[46] . Un fallo judicial de Pennsylvania de 1757 declaró que un siervo blanco llamado Thomas Teaffe era, en efecto, «propiedad» de su amo[47] . Los siervos blancos figuraban como propiedad, junto al ganado, en las declaraciones tributarias, los vasallos junto a los caballos.

Como propiedad, los siervos blancos se compraban, se vendían, se intercambiaban y se heredaban como cualquier otro artículo desechable. Un amo intercambió un niño por dos venados para gran diversión de los demás siervos[48] . En 1657 el propietario de una sierva cambió a la jovencita degradada por un cerdo[49] . Muchos siervos blancos se canjearon por

tabaco[50] . John Rolfe, una de las primeras celebridades de la élite de Virginia, comentó en 1619 que se estaban intercambiando siervos blancos para solventar deudas de juego en partidas de cartas[51] . Los siervos vivientes a menudo eran indistinguibles de los artículos inanimados, tal y como queda de evidencia en este comentario hecho en 1765 por un empresario de Filadelfia: «Los principales artículos irlandeses que pueden comprarse por aquí son lino […] ternera, mantequilla y hombres, mujeres y niños siervos[52] ».

A pocos de estos siervos de cumplimiento forzoso se les podía calificar adecuadamente como aprendices, a no ser que penséis que «aprender» a recolectar tabaco, despejar ciénagas o extraer tocones sea una valiosa experiencia educativa. A la inmensa mayoría de siervos de cumplimiento forzoso se les utilizó como peones en las haciendas sureñas o en las granjas del Norte[53] .

Los esclavos blancos temporales tenían pocos derechos jurídicos. No podían votar ni ocupar un asiento en un jurado[54] . No podían casarse sin permiso de sus amos, quienes normalmente se lo negaban[55] . A las siervas se les tenía prohibido quedarse embarazadas, aunque sus amos las violaban[56] . Era su palabra contra la de ellas. Y su penalización no se quedaba en una buena y sangrienta sesión de latigazos seguida de un par de años de servidumbre añadida. Según la ley de Virginia el pequeñín heredaría su condición de esclavo hasta cumplir los treinta y uno[57] . En aquel entonces, eso constituía la mayor parte de una vida. En 1765, Virginia restringió sus leyes esclavistas de bebés fuera del matrimonio a veintiún años para los niños de la basura blanca y a dieciocho para las niñas[58] .

A los siervos blancos se les fustigaba bastante a menudo a lo Kunta Kinte. La presuntamente «privilegiada» piel blanca se desgarraba brutalmente plantación tras plantación. «Yo he visto a un capataz golpear a un siervo con una vara en la cabeza hasta hacerle sangre», remarcaba un observador, «por una falta de la que no merece la pena ni hablar, y más le valía ser paciente, o sería peor[59] ». En 1624 Elyas Hintone, un siervo blanco, fue apaleado por su amo con un azadón hasta matarlo[60] . Un siervo de Massachusetts llamado Marmaduke Pierce también fue aporreado hasta la oscuridad eterna por su amo, que quedó impune[61] . Una pareja de Nueva Inglaterra fue absuelta de asesinato en 1666 después de que la señora le cercenase los dedos de los pies a un siervo causándole una muerte lenta[62] .

Las siervas, por lo general, lo tenían peor que los hombres. El mismo amo de esclavos de Virginia que le reventó los faros a Elyas Hintone, fustigaba con regularidad a su esclava Elizabeth Abbott hasta en que «su piel se ponía en carne viva, se volvía muy negra y sangraba»[63] . Abbott huyó al bosque, donde murió a causa de las heridas infligidas en su carne. En 1663, se ensañaron tanto con la sierva blanca asesinada Alice Sanford que su cadáver fue descrito como «azotado hasta quedar hecho gelatina[64] ». Otra chica blanca fue azotada hasta la muerte por su capataz, la señora Ward, que fue declarada culpable por un tribunal y condenada solo a pagar una multa de

ciento treinta kilos de tabaco[65] . La sierva blanca Elizabeth Sprigs se queja en una carta fechada en 1756 de haber sido «amarrada y fustigada hasta ese grado en el que ya no sirves como animal […] No, salen más a cuenta unos cuantos negros […]»[66] .

Bajo tales condiciones, los suicidios proliferaron. Un exsiervo escocés comentó que «algunos de aquellos pobres esclavos engañados, para lograr poner fin a su cautiverio, pusieron punto final a sus vidas[67] ».

La tortura física de siervos blancos llegó a estar tan generalizada que la ley comenzó a tomarla en consideración. Un decreto de Virginia de 1642 señala el modo en que «el uso brutal de algunos siervos por parte de ciertos amos crueles trae demasiado escándalo e infamia al país en general». La ley procedió a prohibir el entierro privado de los siervos porque los amos solían ser «culpables de sus muertes» e intentaban ocultar los cadáveres[68] . Una ley de 1717 de Carolina del Sur mencionaba «usos brutales de siervos por parte de amos crueles[69] ». Treinta años más tarde, un forense de Maryland, alarmado por todos los cuerpos amoratados que pasaban zumbando por su oficina se quejó del «uso severo y los malos tratos de los amos a sus siervos[70] ».

Pero, por lo general, la ley no fue mucho más bondadosa que el esclavista individual. Dar latigazos a un siervo desobediente o fugado era legal siempre y cuando se hiciese bajo la dirección de un juez al que, presumiblemente, le gustaba mirar. En Maryland se autorizaban hasta treinta y nueve latigazos; a los amos solo se les prohibía golpear «excesivamente» a sus siervos[71] . Un siervo de Carolina del Sur que se había fugado dos veces en 1671 fue condenado a «desnudarse hasta la cintura y recibir treinta y nueve latigazos en la espalda[72] ». En una fecha tan tardía como 1785, el código legal de Virginia permitía que se «corrigiese con azotes[73] » a los siervos blancos engreídos.

La servidumbre de cumplimiento forzoso era lo bastante dura como para que los siervos intentasen fugarse con frecuencia, y los periódicos coloniales estaban repletos de anuncios de amos que trataban de reclamar sus propiedades de piel blanca. Aquellos anuncios de fugitivos comenzaron a aparecer a principios del siglo XVII y duraron hasta finales de la década de 1820. A los siervos se les describe casi siempre con marcas de latigazos y cicatrices de quemaduras, y se les atribuye una actitud «insolente», «arrogante» y «descarada[74] ».

Al capturarlos, se latigaba a los siervos blancos de manera rutinaria y luego se les penalizaba con tiempo extra añadido a su cautiverio. Había estatutos y fallos judiciales que autorizaban que se les cortase las orejas a los siervos fugitivos, que se les marcase a fuego con atizadores al rojo vivo o que se les pusieran grilletes y unos collares de metal en el cuello que se llamaban «llares». La ley de Virginia establecía que a los siervos que se escapaban por segunda vez se les «marcase a fuego una “C” en la mejilla bajo la prescripción de canallas incorregibles[75] ». En Virginia a los siervos fugitivos capturados

también se les obligaba a servir dos días extra por cada día que hubiese durado su fuga[76] . En Maryland, la proporción era de diez días por cada uno de fuga[77] . En Carolina del Sur llegó a ser un *año* extra por cada semana que el siervo se hubiese ausentado[78] . Hay registradas penas por fuga de cinco, siete, diez y hasta quince años[79] . Los siervos blancos fugitivos fueron un problema tan generalizado que la Constitución de Estados Unidos declaró que aquellos «que presten servicio o trabajen en un Estado […] y escapen a otro […] serán devueltos».

Hay quienes han estimado que hasta la mitad de todos los siervos blancos de cumplimiento forzoso durante los más de doscientos años en que el sistema fue legal en América, jamás sobrevivieron al plazo de su contrato[80] . Y por si todavía os queda alguna duda residual de que fuese un sistema despiadado que masticaba humanos y escupía cadáveres, tened en cuenta que estos vertiginosos índices de mortalidad se dieron entre una población integrada sobre todo por adolescentes cuyos plazos típicos pudieron haber sido de no más de siete años.

Sí, señor Charley, la vida de un siervo de cumplimiento forzoso no era más que un largo e insaciable festín de cerdos en ese bufé con postre, café y puro en que siempre han consistido los privilegios y los derechos culturales superiores de la piel pálida. Me pregunto qué habría pensado un esclavo blanco de hace doscientos o trescientos años, después de ser fustigado, encadenado, golpeado, violado, muerto de hambre, infectado o fecundado, de la actual y moderna doctrina del privilegio de la piel pálida de los bohemios del Soho. Seguro que querría matar a todos los escritores de Nueva York.

Los modernos traficantes de la culpa son simplemente incapaces de afrontar la realidad de los ESCLAVOS BLANCOS. Pero en tiempos coloniales, las palabras «siervo» y «esclavo» se utilizaban indistintamente. Durante cerca de cincuenta años confusos, después del asentamiento de Jamestown, apenas existió distinción entre trabajadores forzosos blancos y negros; el sistema de esclavitud negra racialmente definido y avalado por la ley, no floreció en un sentido numérico significativo hasta ya bien entrado el siglo XVII. Según un historiador: «No hay duda de que los primeros negros de Virginia ocuparon en la colonia una posición similar a la de los siervos blancos[81] ». Una ley de 1641 establecía que se marcase a fuego la piel de todos los siervos desobedientes, sin distinción de color[82] . En 1652 una ley de Providence y de Warwicke (luego Rhode Island) menciona siervos «de raza humana negra o blanca[83] ». Una ley de Pennsylvania de 1683 contiene la frase «ningún siervo blanco o negro[84] ». Así que existe una alta probabilidad de que si algunos de aquellos «inmigrantes» Goad del siglo XVII fueron siervos de cumplimiento forzoso, sudaron la gota gorda en los campos, mano a mano con los negros. ¿Y SEGUÍS pretendiendo que pague los desagravios?

En el curso de un debate parlamentario de 1659 sobre el tráfico de siervos blancos a las colonias, los legisladores utilizan la palabra «esclavos» en lugar de «siervos[85] ». Una ley de Virginia del año 1705 menciona el «cuidado de todos los esclavos cristianos», siendo cristiano un eufemismo de europeo[86] .

Un plumilla de la *London Magazine* escribió en 1751 que un convicto británico que embarcaba al extranjero pasaba a ser un «esclavo en América[87] ». Un observador colonial de los convictos que trabajaban en Virginia dijo: «Nunca en mi vida he visto semejante amontonamiento de razas pobres […] No se les utiliza mejor que a tantísimos esclavos negros[88] ». Una diatriba de 1777 que protestaba del tráfico de contratos afirmaba que el cuerpo de un siervo blanco era «sometido absolutamente igual que el cuerpo o la persona de un negro, hombre o mujer, que se vendiese legalmente como esclavo[89] ». En la década de 1820, Karl Anton Postl comentó que a los blancos no poseedores de esclavos «no se les trata mejor que a los propios esclavos»[90] .

Los siervos blancos de cumplimiento forzoso solían referirse a sí mismos como esclavos. En 1623, el siervo virginiano Thomas Best escribió que «el amo Atkins me ha vendido por ciento cincuenta libras esterlinas, como un condenado esclavo[91] ». Un siervo blanco llamado Robert Perkins dijo que su cautiverio incluyó «todas las penurias que padecían los esclavos negros[92] ».

Los historiadores modernos estarán de acuerdo. Howard Zinn afirma que «a los siervos de cumplimiento forzoso a menudo se les trataba tan mal como a los esclavos negros[93] ». Eugene Genovese sostiene que «en el Sur de Estados Unidos y en el Caribe, el trato infligido a los siervos blancos de cumplimiento forzoso rivalizó y en ocasiones excedió en brutalidad al infligido a los esclavos negros […]»[94] .

La razón de esto no es más que algo tan deficientemente etéreo como el odio humano. Es la misma razón por la que la gente en general está más dispuesta a machacar y meter más caña a un coche alquilado que a uno propio. «El negro», argumenta el historiador James Leyburn, «era una propiedad permanente y debía conservarse; el siervo era una inversión temporal que debía explotarse al máximo[95] ». En 1770, William Eddis, inspector de aduanas de Annapolis, razonaba que los esclavos negros, siendo «propiedad vitalicia», vivían «casi sin excepción, bajo unas circunstancias más confortables que las de los miserables europeos, sobre quienes el riguroso hacendado ejercía una severidad inflexible». Eddis observó que a los blancos, como esclavos temporales, se los «forzaba al máximo para que hicieran el trabajo que se les asignaba […] Sin lugar a dudas, hay muchas excepciones a esta observación aunque, en líneas generales, gimen bajo un cautiverio bastante peor que el egipcio[96] ».

Parece ser que algunos esclavos negros lo veían igual. «Preferiría ser un negrata» dice una canción popular de las plantaciones, «a un pobre hombre blanco[97] ». Elija Henry Hopkins, un exesclavo negro de Arkansas, dijo que «en tiempos de la esclavitud, un blanco pobre era mucho peor que un negrata[98] ». Era sabido que los esclavos negros contaban chistes de irlandeses para entretener a sus amos que, a menudo, situaban a los irlandeses a un nivel social inferior al de los africanos. «Mi amo es un gran tirano», decía una de aquellas pullas. «Me trata tan mal como a un vulgar irlandés[99] ». En 1855, cuando Frederick Law Olmsted, arquitecto paisajista

y escritor de viajes, preguntó a un tripulante de un barco de vapor de Alabama por qué los irlandeses se ocupaban de trabajos más peligrosos que los que hacían los esclavos negros, obtuvo este encogimiento de hombros verbal: «Oh, por aquí los negratas son demasiado valiosos para correr riesgos; si los irlandeses de mierda se caen por la borda o se parten la espalda, nada se pierde(100) ». Recuerdo una frase de *Sillas de montar calientes* [52] : «Muy bien, daremos algunas tierras a los negratas y a los chinorris, ¡pero NO QUEREMOS IRLANDESES!».

Enterrados al fondo del montón de basura esclava blanca estaban los trabajadores convictos blancos. Los convictos se diferenciaban de los siervos de cumplimiento forzoso en que se pensaba que se habían *merecido* el cautiverio, fuese cierto o no. Los convictos blancos fueron, posiblemente, el primer grupo que se vinculó verbalmente en América con la basura. Un autor británico les puso el apodo de «desechos ofensivos(101) ». Otro los llamó «la escoria de la sociedad(102) ». Un escritor de Boston se refirió a ellos como «excrecencias(103) ». En 1751, el *Virginia Gazette* decretó que la única forma que tenía Gran Bretaña de «mostrar un desprecio más soberano» hacia los colonos sería vaciar sus retretes sobre América(104) . Ben Franklin ofreció enviar a cambio serpientes de cascabel a los ingleses(105) .

Los trabajadores convictos blancos estuvieron goteando sobre las colonias a lo largo del siglo XVII, pero debieron llegar a componer una cuarta parte de TODOS los inmigrantes coloniales blancos (libres u obligados) del siglo XVII(106) . Durante el período en que Thomas Goad fue transportado a Maryland, se calcula que los convictos componían un cuarenta por ciento de todos los que entraron en dicho estado desde el otro lado del charco. Sobre uno de cada cinco de aquellos convictos de Maryland pesaba una condena que iba desde los catorce años a la perpetua(107) . Habéis oído bien: blancos esclavos DE POR VIDA.

Los convictos británicos empezaron a llegar aquí en masa (se calcula que cincuenta mil en el siglo XVIII), después de la aprobación parlamentaria de la Ley de Transporte de 1718(108) . La ley estipulaba que los criminales convictos podían «transportarse» al extranjero como trabajadores esclavos. A los esclavos convictos se les solía llamar «transportes». En severidad solo la pena de muerte superaba al transporte. Según un historiador, la deportación de convictos se convirtió «en Gran Bretaña en el máximo castigo a partir de 1718(109) ». Se consideraba preferible a la horca, pero mucho peor que ser azotado o marcado a fuego. Un juez británico concluyó en 1741 que un ladrón al que había declarado culpable no reunía los requisitos de «objeto de clemencia y, por tanto, ordeno que, en lugar de quemarle la mano, sea transportado siete años(110) ». Los criminales condenados solían suplicar que les latigasen o les quemasen en su lugar. Una ladrona llamada Mary Stanford solicitó que la ahorcasen en vez de ser expulsada al otro lado del charco(111) . Para el sujeto británico promedio de aquella época, América representaba un desierto salvaje y aterrador, más una Siberia que un Disneylandia.

La mayor parte de los convictos británicos transportados no fueron criminales

violentos. Como cuenta un escritor, «quienes cometían hurto mayor conformaban la mayor parte de los transportados [...] El típico malhechor destinado al transporte era, entonces, un trabajador varón joven que se daba al crimen por necesidades económicas[112] ». Hurto mayor se definía como robo de algo que superara un chelín. El salario diario del obrero no cualificado medio en aquellos tiempos apenas superaba el chelín. Supongamos que el obrero no cualificado de hoy gane siete dólares por hora, lo que se traduce en cincuenta y seis machacantes por jornada laboral completa. Por lo tanto, el hurto mayor constituía en aquel entonces el robo de cualquier cosa con un valor superior al de cincuenta pavos en moneda actual.

Muchos, si no la mayoría, de los convictos transportados puede que no hubiesen hecho nada más «criminal» que ser pobres. El transporte de condenados floreció durante un período en el que uno de cada diez ciudadanos se moría de hambre cuando las cosas iban bien, y casi la mitad pasaba hambre cuando las cosas se ponían feas. Se ahorcaba a sujetos británicos por robar pan. Podían echarte la soga al cuello solo por distraer fruta de la propiedad de un hombre rico[113] . Hubo un hombre que obtuvo un destierro a América de siete años por robar un cordero después de ser atormentado por los «llantos de su familia por no tener pan en una temporada en que fue incapaz de proporcionárselo[114] ». En 1771 una famélica mujer embarazada fue expulsada a América por robar un cuenco de sopa[115] . Este caso, lejos de ser una excepción, fue descrito por un investigador como «bastante común[116] ». Hubo incluso rumores de algunos trabajadores que fueron esclavizados solo por pedir que les pagasen[117] . Y hay pruebas de que los funcionarios públicos solían condenar a personas inocentes para obtener comisiones monetarias de los traficantes de esclavos[118] .

Al desembarazarse así de los pobres, los británicos ahorraban dinero en prisiones y asistencia social. Tal y como lo explica un escritor, los convictos eran «carteristas y ladrones que tenían más valor para la Corona en una plantación del Nuevo Mundo que pendiendo de una soga[119] ». La Corona acostumbraba a pagar cinco libras a los comerciantes por transportar a los condenados al otro lado del charco. En Londres, el negocio lo copaban unas pocas empresas acaudaladas. Un comerciante del lado colonial señaló que «las ventas de convictos subieron asombrosamente en muy poco tiempo[120] ». Los condenados generaban muchos más ingresos (aunque no para ellos mismos) de los que eran posibles en la vieja y brumosa Inglaterra. Se estimaba que el mantenimiento personal de un convicto costaba entre trece y quince libras al año[121] , mientras que su trabajo durante ese mismo período podía llegar a generar unos ingresos de entre cincuenta y ciento cincuenta libras para su propietario[122] . Si partimos del cálculo más bajo posible (el de treinta y cinco libras de beneficio anual para el amo) y lo multiplicamos por siete años, se llega a un beneficio MÍNIMO de doscientos cuarenta y cinco libras para el propietario del convicto. No es tontería para un convicto que pudo haber robado solo un chelín. La rentabilidad financiera del dueño de esclavos era posiblemente CINCO MIL veces la cantidad monetaria robada originalmente por el convicto. ¿Quién robaba a quién[123] ?

Economía. De eso se trató, se trata y se tratará siempre, sin más. El racismo solo es una pantalla de humo, una táctica cínica de distracción. Una vez que se entiende eso, el resto es fácil.

Los blancos integraron la mayoría de los trabajadores coloniales esclavizados a lo largo de casi todo el siglo XVII. Los esclavos negros alcanzaron la paridad numérica con los siervos blancos en algún momento, ya avanzado, del mismo siglo o a principios del XVIII[124] . La idea de la supremacía racial tuvo poco que ver con el cambio gradual de la esclavitud blanca a la negra.

Durante el lapso de tiempo de la servidumbre blanca de cumplimiento forzoso, los esclavos africanos de por vida siempre fueron mucho más caros que los esclavos temporales británicos. En la década de 1690, los esclavos negros seguían vendiéndose por dos o tres veces el precio de los siervos blancos, pero los megahacendados comenzaron poco a poco a inclinarse hacia la esclavitud negra. El motivo del cambio fue más económico que racial. «El afán de lucro fue lo único que favoreció la sustitución del trabajo blanco por el negro», declara el historiador Edwin J. Perkins[125] . En Inglaterra ya era de dominio público que el tráfico de siervos no era el programa de carita sonriente «Enrólate en el ejército y conoce el mundo» que prometían los tambores y los engarzadores. Para atraer nuevos «voluntarios», las colonias aprobaron leyes para proteger los derechos de los siervos blancos. El plan resultó contraproducente, pues encareció su mantenimiento. El suministro de siervos blancos disminuyó a medida que se fueron abriendo más mercados africanos, cimentando el cambio hacia la esclavitud negra.

También se decía que los hacendados habían percibido que los negros eran menos criminales y más dóciles que la basura blanca tocapelotas de sus coesclavos. Una última razón para la transición de la esclavitud blanca a la negra es tan abrumadoramente obvia que a menudo se pasa por alto: los negros son identificables visualmente por su color de piel. No se les *odiaba* tanto por ello como se les *identificaba* por ello. Según un comentarista en 1775, el problema de recapturar siervos blancos fugitivos siempre había estado en la dificultad de desentrañar «si eran siervos o no»; con los negros, sin embargo, podía «saberse siempre y proceder a su detención[126] ».

Así que fue el dinero y la ley del hombre blanco rico (y no el odio empedernido del blanco pobre) lo que favoreció la esclavitud negra sobre la servidumbre blanca de cumplimiento forzoso. Sí, la intensificación de la esclavitud hundió al hombre negro pobre; lo que rara vez se reconoce es que también exprimió al hombre blanco pobre.

Al enano de ébano Spike Lee le pone de muy mala hostia que a los esclavos negros emancipados se les engañase con la promesa de los «cuarenta acres y una mula» que les hicieron sus supuestos libertadores. Hasta le puso el nombre de esa promesa rota a su productora cinematográfica. A Spike no le falta razón al afirmar que a los exesclavos negros se les engañó, pero me pregunto si se habrá enterado de que a los exesclavos blancos también se les estafó de manera sistemática con lo de sus cincuenta acres y una azada. Joder, lo más seguro es que ni siquiera sepa que hubo esclavos blancos.

Al verse libres de su cautiverio, a los siervos blancos se les concedieron por ley unos «derechos de libertad». El mito popular es que la mayoría de los siervos recibieron una porción de tierra y vivieron felices y comieron perdices. Esto es una absoluta falsedad puesto que casi ningún estado garantizó un solo pedazo de tierra como parte de sus derechos de libertad. Maryland fue la excepción. Pero un estudio de aproximadamente cinco mil siervos blancos de cumplimiento forzoso de Maryland en la década de 1670 revela que solo una cuarta parte de ellos heredó el derecho de tierra de los cincuenta acres; de hecho, el número de quienes murieron en cautiverio es superior al de quienes recibieron la tierra(127) .

En lugar de tierra, a la mayoría de los exesclavos blancos solo se les prometió ropa, herramientas y/o una cantidad miserable de pasta. Una ley de Pennsylvania de 1700 establecía solo un par de trajes, un hacha y dos azadas(128) . Las azadas, hemos de presumir, eran herramientas de jardinería, no prostitutas[53] , a no ser que «desbrozar» y «excavar» fuesen eufemismos sexuales en la América colonial. A mediados del siglo XVIII, los derechos de libertad en Virginia para los siervos recién liberados ascendían a un único pago en metálico de tres libras y diez chelines(129) . En Carolina del Norte, en torno a la misma época, tres libras y a correr(130) .

¿Y hasta dónde podría ir un exesclavo blanco con tres libras esterlinas? ¿Sería capaz de adquirir ganado, tierra o esclavos; en definitiva, cualquiera de las cosas que aportaban seguridad financiera, sobre todo en el Sur? Ni de coña, simplones. Para los siervos de cumplimiento forzoso liberados «la probabilidad estadística de alzarse incluso a la posición de la clase media era mínima», escribe un historiador(131) . El cálculo aproximado que se cita con mayor frecuencia, facilitado por el especialista en servidumbre de cumplimiento forzoso Abbot Emerson Smith, es que solo uno de cada diez exesclavos blancos llegaría a «prosperar dignamente». Smith calcula que quizá otro de cada diez pudiese llegar a alcanzar cierto grado de autosuficiencia. No obstante, ocho de cada diez siervos o bien «morían en el período de servidumbre, regresaban a Inglaterra al acabar dicho período o se convertían en "blancos pobres(132) "». Un cura de Maryland observó que «los siervos blancos, al expirar los términos de su cautiverio, deambulan por el condado sin un trozo de pan que llevarse a la boca(133) ». El gobernador Bradford de Massachusetts lamentaba que «de una u otra manera, de aquí a veinte años, la cuestión será si la mayor parte de ellos no hará sino empeorar(134) ». En Carolina del Sur, Frederick Law Olmsted comentó que «los blancos pobres, refiriéndome, supongo, a los que no aportan al mercado nada a cambio de dinero que no sea su trabajo […] son peores, en casi todos los aspectos, que los esclavos(135) ».

Como les tenían prohibido casarse o formar familias durante el plazo de su servidumbre, los siervos blancos solían llevar una vida social fracturada hasta el momento de su liberación. Quizá la única cosa positiva de la esclavitud negra era que proporcionaba a los negros un sentido de comunidad. Esto no se le facilitó al exconvicto blanco. Bebía y moría solo. Y como ahora era un trabajador «libre» en una economía basada en la esclavitud, había quedado excluido del mercado. No tenía dónde ir salvo hacia abajo (económicamente)

y hacia fuera (geográficamente).

Spotswood, el gobernador de Virginia, también señaló que muchos exsiervos, expulsados de la economía sureña, se habían «asentado en la frontera[136] ». La basura blanca y pobre comenzó a ocupar la frontera de América en más de un sentido de la palabra.

4

LA VISTA DESDE FUERA

DE CÓMO LOS REDNECKS SE

CONVIRTIERON EN EXTRAÑOS

«Los blancos pobres de Sur, como resulta obvio, no han tenido suerte a la hora de ser retratados. Cuando no se les ha visto como unos rednecks brutos y violentos, a menudo han sido vistos como personajes de los que mejor sería no andar mofándose […] Del mismo modo que los rednecks parecen ser los últimos villanos étnicos identificables, también los hillbillies dan la impresión de ser los últimos idiotas étnicos admisibles […] Sendas tipologías despectivas de clase baja, los villanos redneck y los cómicos hillbillies, ejercen la misma función de “durmiente[54] ” que ejercieron cuando algunas damas y caballeros del Sur prebélico vieron que pensar en esa clase de términos les permitía pensar cosas reconfortantes sobre sí mismos».

JOHN SHELTON REED, *Southern Folk, Plain & Fancy*

«En los medios de comunicación hay muchos hillbillies que están ahí para hacer que el espectador urbano normativo de clase media se sienta mejor con respecto al sistema de dinero y poder que le tiene, a él o a ella, en sus garras. Siempre hay alguien por debajo nuestro, acreditando que la ramita en la que estamos posados es en verdad el peldaño de una escalera que asciende hasta algo que hemos de defender con nuestras vidas […] La mayoría urbana cada vez se aleja más y más de la auténtica experiencia rural y, por tanto, se ve más libre a la hora de disociar al hillbilly como una caricatura meramente cómica, algo de lo que se puede prescindir de un modo seguro e inequívoco más que algo simbólico de la memoria rural desterrada que se niega a permanecer desterrada».

J. W. WILLIAMSON, *Hillbillyland*

¡Yujuuu! Sudacas, negracos, chinorris, frijoleros, italianinis, pakis, perros judíos, hunos, espaldas mojadas, moros de mierda, mandingos y camelleros; ¿pensáis que sois capaces de reconocer un insulto racista cuando lo oís?

Seguro que sí. Y aunque la clase de abrevadero lleno de odio que vomite tales inmundicias pueda negar las acusaciones de que su jerga constituya «incitación al odio», es muy probable que aun así te sientas odiado. Es comprensible.

Así que ¿por qué determinados bípedos de piel pálida no van a enfurecerse cuando la gente de fuera se ceba con los rednecks, los hayseeds, los bumpkins, los crackers, los hillbillies, los peckerwoods, los Bubbas, los yokels,

los lintheads, los shit-kickers y la basura blanca pobre?

Da igual cómo se corte el leberwurst[55] , nunca dejará de parecer intolerancia. Pero los anula-rednecks, los trituradores de basura y los acosa-hillbillies que echan todo ese fuego por la boca se excusan con un pretexto muy ingenioso: «Nosotros no podemos ser intolerantes. Los intolerantes son lo REDNECKS». Es como un «¡pero mamá, él me pegó primero!». Desvían la atención de sus propios prejuicios odiando a los odiadores, y todo en nombre del amor.

Buen intento. Pero a mí me sigue sonando a odio.

Una de las principales denuncias que se hace a los rednecks es lo del presunto fardo de «temores» psicológicos que les lleva a menospreciar a cualquiera que sea diferente a ellos. Pero dadle la vuelta a la tortilla: ¿no es precisamente por eso por lo que la mayoría de la gente menosprecia a los rednecks; por ser DIFERENTES a ellos, en función de los índices más conocidos de diferencia social?

La gente parece necesitar un «otro». Da la impresión de que es imposible que las sociedades conciban un «nosotros» sin un «ellos» antagónico y permanentemente amenazador. Llamadlo mecanismo de chivo-expiación. Una caja negra pitando en la cabina de mando del corazón. Un recalcitrante fragmento de intolerancia de obsidiana. Una irredimible mota de odiosidad. Todo el mundo odia a alguien en algún momento. Lo que el mundo necesita ahora es odio, odio amargo. No me refiero a que necesite *más* o *menos* odio; simplemente necesita el odio que siempre ha necesitado.

¿Qué elementos constituyen un estereotipo negativo de intolerancia? Normalmente una combinación de significantes (marcas de identificación) que pueden ser tanto biológicos como conductuales, geográficos y culturales. Suele primar un significante *visual* basado en rasgos biológicos genéticos, como unos ojos achinados, unos labios gruesos de negrata o una nuca colorada en un cuerpo blanco como el hielo. Las caricaturas racistas con frecuencia reafirman la regresividad genética, como en el caso del chinorri infrahumano, el negraco simiesco o el hillbilly endogámico. Los rasgos conductuales se atribuyen a accidentes de nacimiento: los chinorris vienen de fábrica neuróticamente organizados, los negratas nacen vagos y los crackers son estúpidos. Los estereotipos a menudo mencionan problemas bacterianos: los chinorris cuecen gatos callejeros, los negratas huelen mal y los hillbillies desdentados tienen los pies sucios de tanto andar descalzos fuera de casa. También se atribuye con bastante frecuencia alguna disfunción o aberración sexual: los chinorris follan como conejos, los negratas joden como monstruos y los rednecks se tiran a sus madres. Los estereotipos también implican distancia geográfica: los chinorris viven en Asia o en Chinatown, los negratas en África o en el gueto negro y los rednecks en el Sur o en parques de caravanas. Todos esos lugares son, de manera implícita, tierras extrañas para el que calumnia; si bromeas sobre los parques de caravanas se da por sentado que no vives en uno.

Nuestra figurita redneck estereotípica, desplegable, de cartón piedra y de

recortable de caja de cereales, es un Marciano Social desde todos los frentes de la estereotipación racista: biológicamente (alimañas y escoria endogámica, degenerada y preña-madres); geográficamente (paletos xenófobos, subdesarrollados y rústicos que habitan entre los matorrales embutidos en tráilers); económicamente (basura pobre, descalza, desdentada e inútil que se dedica a rascar la tierra); culturalmente (trogloditas y patanes simplones, supersticiosos y palurdos) y moralmente (criaturas del pantano muy aficionadas a quemar cruces y a abusar de los bebés, junto a sus puercas esposas).

Cuando las pantallas de cine JumboTron te machacan la cabeza desde cada esquina con imágenes de yokels dentones, mastica-pajas, azotados por la pelagra y folla-cerdos, ¿te da la impresión de tratarse de gente que se burla de *sí misma* o más bien de *otros* ? La respuesta debería resultar obvia para cualquiera que no sea un supremacista urbano; la corriente dominante describe al redneck no como un igual, sino como una especie de marciano cultural. El redneck es el *observado* , no el *observador* .

Estereotipar es erigir una demarcación entre uno mismo y aquellos que no quieres tener a tu lado de la alambrada. Es como agarrar uno de esos rotuladores gruesos como linternas, de esos que en cuanto les quitas la tapa te marean con la onda expansiva de su emanación volátil, y dibujar una gruesa LÍNEA entre TÚ y ELLOS.

En 1728, un virginiano de postín llamado William Byrd II dirigió un comité cuyo propósito era trazar una línea reconocida legalmente entre las colonias de Virginia y de Carolina del Norte. El libro de Byrd publicado ese mismo año, *Histories of the Dividing Line Betwist Virginia and North Carolina* , deja claro que él consideraba sendos estados no solo como dos entidades geográfica y legalmente distintas, sino también como dos estados mentales diferentes. Si miras un mapa de Virginia a horcajadas de Carolina del Norte, verás que parecen los lados complementarios de una mancha de Rorschach, dividida de forma homogénea por una línea horizontal.

Socialmente, Byrd merodeaba entre lo más granado de principios del siglo XVIII, heredero de una inmensa superficie de Virginia que le legó su tío. Multiplicó su riqueza comerciando con la piel: pieles de animales muertos y cuerpos de siervos blancos y negros. Explotó sus tierras y a todas las criaturas, grandes y pequeñas, que había en ella, en beneficio propio. Para el coronel Byrd, Virginia era una gema destellante que reflejaba su propia opulencia.

Sin embargo, por debajo de la línea divisoria, la cosa era harina de otro costal. Carolina del Norte, al sur de Virginia, era una zona de valor negativo que Byrd apodó con mucha sorna como «Paletolandia». La imagen típica de los habitantes extranjeros a los que Byrd denominó «Paletos» era la de los colonizadores blancos, casi salvajes, de la zona rural de Carolina, una perezosa panda de bostezadores y rascatraseros, «indolentes desdichados», escribió Byrd, que «dejaban pasar la vida con su aversión al trabajo(1) ».

Los Paletos sobre los que Byrd escupía jugo de tabaco eran, de manera

uniforme, gente pobre, muchos de ellos antiguos siervos de cumplimiento forzoso y exconvictos esparcidos como cieno blanco por los bolsillos agujereados de la zona rural y las distantes praderas. A medida que los especuladores ricos (hombres de la ralea de Byrd) consolidaron su dominio sobre el gobierno de la costa y de las tierras, implantaron un sistema económico de dos niveles: terratenientes blancos ricos y esclavos negros sin propiedades. Los blancos más empobrecidos fueron expulsados hacia el Oeste por la fuerza huracanada de los vientos económicos.

Mientras Byrd culpaba a aquellos Paletos de sentarse y no hacer nada, lo cierto era que no había nada que pudieran hacer. El sistema de plantación, urdido y explotado por seseras como Byrd, había arrojado a una emergente clase de blancos pobres hacia los peores territorios de las colonias, una tundra muerta en su mayor parte inapropiada para el cultivo. Tierra divorciada del «continente» geográfico y económico. Tierra que aún estaba, en su mayor parte, bajo el control de los «alienígenas» nativoamericanos de piel roja. En el oeste colonial de los primeros tiempos (incluso al este de los Apalaches), la clase degradada de los «Paletos» solía recoger flechas en sus costillares. La clase de los hacendados del Este como Byrd mencionaban con frecuencia asentamientos «de siembra» de blancos pobres al oeste a modo de zona de amortiguador sacrificial contra los infieles[(2)] . Pero en lugar de culparse a sí mismo de la degradada situación de los Paletos, o al sistema que a él le enriquecía mientras los ignoraba a ellos, Byrd vierte la culpa sobre el lado paleto de la línea. Acusa de su condición de pobreza a sus presuntamente patéticos hábitos de trabajo, a su «predisposición a la holgazanería».

La zona rural de Carolina parece representar una temprana e importante línea divisoria cultural en la iconografía popular redneck. La gente a la que Byrd etiquetó de «Paletos» también recibieron el nombre de «pellejudos» por parte de los observadores del siglo XVIII que anotaron la tendencia (por necesidad) del hombre del bosque a cubrirse con pieles de animales. Entonces, como ahora, la mayoría de los escritores procedían de la élite, y se dice que los escribas de la región del este de Virginia que invadieron las zonas boscosas para observar cómo retozaban los blancos primitivos en su estado natural utilizaron el término «pellejudos» de manera peyorativa.

En 1737, Gabriel Johnston, gobernador de Carolina del Norte, describió a los tipos pellejudos y paletos del interior de su propio estado como «una escoria y una chusma de la peor calaña [...] que se construye casuchas lamentables y vive en una suerte de plenitud bestial». Al igual que Byrd, Johnston echaba la culpa de las condiciones de la frontera a la ética de alcantarilla de los propios hombres de la frontera, afirmando que estaban «consagrados a la calumnia, a la mentira, a las más viles trampas y engaños; una gente en cuyas cabezas no hay forma humana de hacer que venza la noción del interés público o convencerles de que vivan como hombres[(3)] ».

Un misionero anglicano llamado Charles Woodmason escribió sobre el interior de Carolina en la década de 1760, y en dos pasajes de lo más santurrones pudo haber inaugurado los estereotipos de la basura blanca como gente descalza y endogámica. Woodmason encontró a la gente de la frontera:

«intercambiando a sus esposas como si se tratase de ganado, y viviendo en un estado natural, de forma más irregular e impúdica que los indios [...] Ni calzado ni calcetines; los niños corretean medio desnudos. Los indios están mejor vestidos y alojados [...] Son tan rudos en sus formas como los salvajes comunes, y apenas se distinguen de ellos(4) ».

En 1783, un observador de Georgia, al comentar la extraña nueva camada de cavernícolas blancos que se apiñaba en los confines de la colonia, mencionó un término que llegaría a tener más longevidad que el de Paletos y el de pellejudos:

«Las colonias sureñas están invadidas por un enjambre de hombres procedentes de las zonas occidentales de Virginia y Carolina del Norte, y se caracterizan por el nombre de Crackers. Mucha de esa gente desciende de convictos que fueron transportados desde Gran Bretaña a Virginia en distintas épocas, y heredaron tanto libertinaje de sus antepasados que ahora son el grupo de hombres más abandonado de la tierra...»(5) .

La etimología de «cracker» es objeto de controversia. En Bretaña, en el siglo XVII, la palabra era sinónimo de «bomba» (como en «firecracker», es decir, «petardo») y venía a describir a una persona de ira explosiva o que hacía demasiado ruido. Muchos historiadores rastrean la raíz del uso estadounidense de la palabra hasta el término «corn-crackers», los «cruje-maíz» o «chasca-maíz» (¿os acordáis de «Jimmy cruje maíz, y a mí no me importa»?)[56] , porque machacar, o crujir, el maíz, era una de las pocas formas que tenían los primeros moradores de los bosques de pinos para obtener algo de alimento. Otra explicación es que «cracker» sea una reducción de «whip-cracker», un término inventado por la gente de las ciudades del Sur para etiquetar a los vaqueros rurales de Georgia y Florida que conducían a sus mulas y sus bueyes por tierras de pastoreo con ayuda de sádicos chasquidos de látigo.

Los negros norteamericanos modernos, que son quienes parecen utilizar la palabra «cracker» más que nadie, podrían alegar que el chasquido del látigo no era el del vaquero sino el del negrero. A mediados del siglo XIX, los negros de Estados Unidos, poco a poco, empezaron a favorecer el uso de «cracker» abandonando el término insultante más antiguo para referirse al odiado blanquito: «po’ buckra», que era una mezcla de la palabra «pobre» y un término africano que significaba algo parecido a «demonio blancucho».

El significante económico de «pobre» brota del mismo modo en la construcción «blancos pobres», que se dice que pasó a formar parte de la lengua vernácula norteamericana en el siglo XVIII. Esta construcción posee una historia reveladora, habiendo cambiado en el transcurso de los años de «blancos pobres» a «basura blanca pobre» hasta simplemente «basura blanca»; al derivar el énfasis de «pobre» a «basura», la atención de uno se desvía de las explicaciones económicas hacia pretextos conductuales y genéticos.

Al principio, los «blancos pobres» se percibían como extraños a la economía, una clase baja de piel clara distinta a la aristocracia blanca. El desprecio de

las élites por sus hermanos pródigos más pobres era observado y a menudo regurgitado por los negros. En *Mi esclavitud y mi libertad* , Frederick Douglass dejaba caer que incluso los esclavos reconocían a la basura en cuanto la veían:

«Es sabido que un hombre blanco libre, no poseedor de esclavos, en el campo, es el más ignorante y afectado por la pobreza de todos los hombres, así como el hazmerreír hasta de los propios esclavos; quienes suelen llamarlos despectivamente "basura blanca pobre"».

La pobreza (ya sea material, cultural o intelectual) ha llegado a ser el sello distintivo de la basura blanca pobre. En un ensayo de 1857 titulado «Los blancos pobres y analfabetos del Sur», el abolicionista sureño (y autodenominado hijo de basura blanca pobre), Hinton Rowan Helper culpabilizaba a la esclavitud de la plantación de empobrecer tanto a los esclavos negros (dentro del sistema) como a los blancos pobres (que fueron expulsados del sistema). Según Helper, a los blancos pobres se les concedieron escasos privilegios por el color de su piel:

«No obstante, resulta casi imposible describir con precisión la deplorable ignorancia y la sórdida pobreza de la clase a la que nos estamos refiriendo. Los siervos de Rusia tienen motivo para congratularse por no ser los negros ni los blancos no propietarios de esclavos del Sur. No puede haber en la Cristiandad gente que se encuentre más lamentablemente situada que estos últimos […] Muchos de ellos crecieron hasta alcanzar la madurez y se pasaron la vida sin haber poseído nunca más de cinco dólares[6] ».

Más allá de su indigencia económica, Helper vio en los blancos pobres del Sur una pobreza de capacidad mental, sofisticación religiosa y limitación moral:

«Miles de ellos mueren a avanzada edad, tan ignorantes del alfabeto común como si jamás se hubiese inventado. Todos llevan más o menos la impronta de la creencia en brujas, fantasmas y señales sobrenaturales. Pocos están exentos de hábitos de sensualidad e intemperancia[7] ».

Esa «sensualidad e intemperancia» sórdida, zorresca, tórrida, maloliente y babosa de la basura blanca conduce invariablemente al surgimiento de un estereotipo familiar, el de la ultrafecunda y popular Madraza. Ella expulsa bebés como si fuese un roedor inyectado de estrógenos, contaminando su pedregoso y campestre jardín delantero con «media docena de pequeños mocosos sucios, berreantes y cabeciblancos», tal y como los describió el escritor prebélico de Alabama Daniel Hundley. Su obra de 1860, *Social Relations in our Southern States* , incluye un capítulo entero titulado «Basura Blanca Pobre». Hundley traza su linaje basura hasta los siervos de cumplimiento forzoso y los trabajadores convictos de la América colonial. Pero más que darse cuenta de que los antepasados desfavorecidos pueden dar lugar a descendientes empobrecidos, Hundley se hace eco de William Byrd y culpa a los blancos pobres de no ser emprendedores:

«Se trata de los más perezosos animales de dos piernas que caminan erguidos sobre la faz de la tierra. Incluso sus movimientos son lentos, y hablan

arrastrando las palabras de un modo enfermante […] al tiempo que sus pensamientos e ideas parecen también arrastrarse a paso de caracol […] Muestran una estupidez natural o apatía de intelecto que casi sobrepasa toda expectativa[(8)] ».

Como Byrd el virginiano, el Hundley de Alabama procedía de la élite sureña de los hacendados (un hombre en el centro de la escena) que describía a la basura blanca pobre como moradores de «regiones escarpadas y montañosas […] que distaban mucho de los asentamientos ricos y refinados». Lugares como el de Hundley, por ejemplo.

A pesar de la afirmación de Hundley a propósito de que la gente de las colinas y la basura blanca pobre eran, en esencia, el mismo grupo, la tendencia semántica común a su época era distinguir a los «blancos montañeses» del altiplano de los «blancos pobres» de las planicies. Con esto no se insinuaba que los blancos montañeses no fuesen pobres, solo se trataba de una dimensión geográfica añadida. Por defecto, los «blancos pobres» vienen a designar a cualquier tipo de basura/cracker que no habite en las montañas. Hasta el día de hoy, «basura blanca» es quizá el menos específico con respecto a la zona de todos los términos que se utilizan para designar a la despreciada clase blanca estadounidense; sería correcto echar mano de él para referirse a un neoyorquino, puede incluso que hasta para un residente de Manhattan, mientras que llamarlo cracker, redneck o hillbilly estaría muy cogido por los pelos.

Las colinas. Qué metáfora más barata y facilona para representar un muro cultural. A diferencia de «basura blanca pobre», el término «hillbilly» es quizá la construcción más específica con respecto a la localización de todas las que nuestra sociedad utiliza cuando lo que en realidad quiere decir es «negrata blanco». Hillbilly, como negrata, fue un término inventado por gente de fuera, que no gustaba ni a hillbillies ni a negratas. Tal y como lo utilizan aquellos que no viven en las colinas, el término «hillbilly» reemplazó de manera gradual a «blanco montañés» a finales del siglo XIX. También se impuso a términos como «dunero» y «pinero». Originalmente se pronunciaba «Hill Billy» (o «Billie»), y describía al montañés bobalicón común, el típico Billy de las colinas. Es similar a llamar a alguien Ghetto Leroy (Leroy del gueto). Un sinónimo contemporáneo de Hill Billy era Country Jake (Jake del campo). Otras denominaciones peyorativas rurales se construyen de manera similar tirando del nombre propio de varones imaginarios que, supuestamente, representan a *todos* los hombres del campo; la palabra «hick» procede de una variante actualmente obsoleta del nombre «Richard», y «rube» («cateto») es una abreviatura rural de «Reuben». Otras designaciones parecidas, como «hayseed», apuntan directamente a la vida rural. Y «yokel» parece designar a un tipo de granjero, el que lleva el yugo («yoke»).

Por lo general, se piensa que la palabra «hillbilly» apareció impresa por primera vez en el *New York Journal* del 23 de abril de 1900:

«Un Hill-Billie es un ciudadano blanco, libre y sin restricciones, de Alabama, que habita en las colinas, carece de medios reseñables, se viste como buenamente puede, habla como le da la gana, bebe whisky en cuanto tiene la

oportunidad y dispara su revólver cuando se le antoja[9] ».

«Yahoo», otra denominación habitual para los bobos rurales, fue acuñada por Jonathan Swift en *Los viajes de Gulliver* , en 1726. El narrador se describe penetrando «en el campo, decidido a entregarme a los primeros salvajes que me encuentre». No tarda en toparse con los infames Yahoos, «que parecen ser los menos domesticables de todos los animales». Swift, que debería figurar como una suerte de profeta de la literatura hillbilly (se anticipa a *Deliverance* en casi doscientos cincuenta años) describió a los «execrables Yahoos» como una especie que había derivado de una sólida población de la planicie pero se había «retirado a las montañas y, degenerando progresivamente, se volvió con el tiempo mucho más salvaje que aquellos de su propia especie que permanecieron en la tierra de la que vinieron[10] ».

Mientras que hillbilly y yahoo señalan un lugar en el mapa, puede decirse que «redneck» designa un lugar del *corazón* , con mayor frecuencia un aneurisma mental que late con terquedad suicida y odio ponzoñoso. La palabra «redneck» se basa en un rasgo psicológico (después de todo, a los asiáticos y a los africanos no se les pone roja la nuca por plantar nabos a pleno sol), pero sospecho que el dolor punzante de una nuca caucasiana achicharrada por el sol simboliza una propensión a una ira irrazonable, a «enrojecer de ira». En nuestra paleta nacional, el color rojo siempre ha presagiado un extraño potencialmente violento. ¿Cómo explicar de otro modo las otras grandes «amenazas» culturales del pasado: los pieles rojas, el Ejército Rojo y los invasores de Marte, el planeta Rojo?

La palabra «redneck» señala una baja situación económica; los terratenientes ricos nunca tuvieron que arar los campos hasta que sus sudorosos cogotes blancos bullesen hasta volverse de un rojo langosta. Pero en sus primeros usos connotaba casi siempre la consciente actitud contraria de un rebelde. A los subordinados de los cabecillas escoceses que practicaban la guerra de guerrillas contra los británicos se los conoció como salvajes y vociferantes «redshanks» («piernas rojas»)[11] . A los esclavos blancos de las Indias Occidentales y del Sur de Estados Unidos se les llamaba «redshanks» por su necesidad heredada de protección solar factor 42[12] . El término «redneck» parece haber sido utilizado por primera vez para describir a los herejes del norte de Inglaterra[13] . En Estados Unidos se cree que la aparición impresa más temprana de «redneck» es en *Southern Tour* , un libro de viajes de 1830 de A. Royall, que aplicó el término a los presbiterianos que vivían en Fayetteville, Carolina del Norte[14] . En aquella época, los presbiterianos eran una minoría religiosa difamada con frecuencia, y el término «presbiteriano» se utilizaba como sinónimo de «Escocés-Irlandés», es decir, los antiguos escoceses de rodillas reventadas del Ulster que conformaban la mayor parte de la población de la frontera. Y durante la «Batalla de la Montaña Blair» de 1921, los reporteros de los periódicos se refirieron a los mineros en huelga del oeste de Virginia como «rednecks» porque llevaban pañuelos rojos para simbolizar su solidaridad contra los polizontes de la compañía minera[15] . Así que por estas derivaciones presbiterianas y de la minería del carbón, un redneck es un rebelde, alguien que se opone a una autoridad establecida como el Papa o la policía.

Mientras que «basura blanca» puede describir un obstáculo económico o conductual, y donde «hillbilly» sugiere un hándicap geográfico, la palabra «redneck» implica, por encima de todo, un ánimo reaccionario. Aunque el término fuera inventado por gente de fuera para describir a mindundis blancos de clase baja que labran la tierra, la rígida e imperturbable obstinación rebelde de la palabra hace que sea el término abrazado con más frecuencia por los propios extraños a los que se hace referencia. Hasta el día de hoy, «redneck» connota desafío; estúpido o de otra clase.

Un redneck, tal y como yo lo defino, es alguien que, a la vez, es consciente y se siente a gusto con el papel que le han designado de cretino cultural. Mientras los hillbillies y la basura blanca pueden actuar como idiotas porque no pueden evitarlo, un redneck lo hace para joderte. Un redneck es alguien que sabe que le odias y te lo restriega por la cara. Un hillbilly no sabe que es un payaso, y es feliz; un redneck sabe que es un villano, y le gusta. Del mismo modo que las mulas testarudas suelen ser capaces de hacer que sus amos parezcan imbéciles, el redneck tiene la molesta capacidad de mofarse irónicamente de la gran fascinación/repulsión pública que causa.

Esta endiablada y consciente habilidad de poner el mundo del revés es evidente en los primeros modelos ficticios de basura blanca que emergieron en la literatura norteamericana. «Arkansas Traveller», una canción popular de la década de 1840, vino a representar una plantilla en la galería nacional de situaciones cómicas. Alguna modalidad de la estampa del Viajero de Arkansas debería resultarle familiar al lector; un urbanita, perdido en el campo, se tropieza con un personaje hayseed que languidece perezosamente en el exterior de una choza o una granja en ruinas. A través de una serie de encogimientos de hombros y evasivas, respuestas rollo zen tipo «No pues llegar ahí desdaquí» a las francas preguntas del chico de ciudad, el payaso campestre efectúa una inversión de papeles. Coloca las orejas de burro en la cabeza del intruso urbano. La situación del Viajero de Arkansas parece un elemento indeleble de la ficción norteamericana y no es necesario que transcurra en el Sur; de pequeño, recuerdo que el personaje hayseed siempre lo interpretaban granjeros de Nueva Inglaterra con un acento impostado de paleto yanqui.

El bumpkin rural que se burla del invasor urbano se convierte en una pieza clave de la mitología norteamericana alrededor del mismo momento en que el negro dentudo del minstrel[57] se convierte en un tipo reconocible. El tonto sabio del campo es comparable a la caracterización del «embaucador» del folclore africano, por lo general un animal antropomorfizado que se libra de las situaciones amenazantes a través de su burlona astucia mental. Aunque no sea un negro, Bugs Bunny es un embaucador.

Los embaucadores redneck, esos blancos de los insultos capaces de darle la vuelta al remate del chiste para que se vuelva como un boomerang contra el que suelta el chiste, inunda la escuela literaria de mediados del siglo XIX conocida como la del Humor del Sudoeste. Lo que ahora se conoce como Sur Profundo era por aquel entonces una zona fronteriza llamada el Viejo Sudoeste, un cuadro campero de barro rojo habitado por blancos salvajes y sencillos que solían comerse el mismo barro. «Comebarro» era un término

que a menudo se aplicó al remoto morador del Sur aún no asentado. Comer barro, lo que los frikis de la ciencia denominan geofagia, ha sido una práctica perennemente documentada. Los hombres lo comían para aumentar su virilidad, mientras las mujeres lo mascaban para potenciar su fertilidad. Aunque comer barro fue en cierto momento práctica habitual entre sureños, tanto negros como blancos, el comedor de barro estereotípico es, invariablemente, una persona blanca.

Ransy Sniffle, a quien por aparecer en 1835 en el libro de Augustus Baldwin Longstreet *Georgia Scenes* se le considera uno de los primeros embaucadores redneck de la ficción norteamericana, era un comebarro. También Yellow-legs, el bromista Eddie Haskellesco[58] de *Some Adventures of Captain Simon Suggs* (1845) de J. J. Hooper. Yellow-legs pincha al rectísimo Suggs hasta el punto en que este le amenaza con darle una paliza:

«Te sacudo más barro de encima en un minuto del que puedas llegar a comerte en un mes, puto enano cometierra con cara de ciervo(16) ».

Sut Lovingood, un broncas redneck de la zona oriental de Tennessee creado por el escritor George Washington Harris, no era específicamente un cometierra pero, no obstante, le gustaba revolcarse en la mugre. Como se muestra en *Sut Lovingood: Yarns Spun by a Nat'ural Born Durn'd Fool* (1867), el hogar cubierto de mierda de los Lovingood recuerda a la hacienda rural de la vida real ya descrita por Daniel Hundley; animales y excrementos allá donde mires. Los fabrica-bebés Hoss y Mam Lovingood (que facilitan el esperma y los óvulos literarios de Pappy y Mammy Yokum[59] , Ma y Pa Kettle[60] , Snuffy y Loweezy Smith[61] , los ancianos Clampetts[62] , etc…) bendicen a su bebé Sut con una docena y media de hermanos y hermanas. Todos ellos viven literalmente entre animales de granja, criaturas primitivas que se estofan en sus sucios fluidos campestres.

Sut comprende que es un idiota (reconociendo que su sesera estaba «casi to el tiempo descolgá(17) »), pero como los Three Stooges[63] , echaba mano de sus artimañas de populacho para desbaratar el baile de disfraces de la gente estirada y engreída. Sut Lovingood, como Ransy Sniffle y Yellow-legs, era un alborotador de cojones. Después de todo, estos personajes solo eran marionetas ficticias que reflejaban los miedos y los prejuicios de sus creadores, los cuales, sin excepción, los miraban desde un punto de vista supuestamente superior.

Como estereotipo ficticio, el blanco pobre entró originalmente en la conciencia nacional con una marioneta de un payaso hillbilly en una mano y una marioneta de un villano redneck en la otra, un foráneo cultural con limitada habilidad para el logro y una inmensa capacidad para la destrucción. Siempre en equilibrio entre entretener al público y asesinarlo.

En el café-teatro de tres al cuarto que danza en nuestros cráneos colectivos, el redneck sigue interpretando dos papeles: el idiota risible y el horrendo villano. Esto es análogo al Sambo payaso sorbedor de sandía que también podría rebanarte la garganta y violar a tu hija el día menos pensado. Reírse de un hillbilly es una manera de esperar que el hillbilly no sea quien ría el

último.

En la Guerra entre Estados, el Sur intentó convertirse en una tierra extraña. El Norte no permitió al Sur que lo hiciera. El Norte ganó la guerra. Desde entonces, el Norte convirtió al Sur en una tierra extraña.

Después de conquistar la región a la fuerza, después de arrancarle los *cojones* [64] económicos y comérselos para cenar, los voceros de la supremacía norteña empezaron a tramar modos para que el Sur se sintiese permanentemente avergonzado. Las representaciones literarias de la ex-Confederación posteriores a la Guerra Civil, casi todas publicadas en editoriales sensacionalistas del Norte, nos hablaban del Sur primitivo, el Sur aislado, el Sur retrasado, el Sur diabólico, el Sur ignorante, el Sur horrible, el Sur de linchamiento y soga, el Sur culpable, culpabilísimo.

Los principales medios nunca se han ubicado en los lugares donde crece el algodón. El *ethos* del redneck, en términos generales, ha sido propagado por aquellos que detentan una titularidad en ausencia de la herencia cultural redneck. En la década de 1850, se decía que el Sur albergaba solo una décima parte de las editoriales nacionales(18) ; hasta no hace tan poco, en 1981, la región publicaba un exiguo tres por ciento de todos los títulos editados en Estados Unidos(19) . Después de la Guerra Civil al viejo eje urbano/rural, élite/pobreza, se le otorgó la dimensión añadida de Norte/Sur, que venía a traducirse, más o menos, como cielo/infierno. Todo lo que queda al sur de la línea Mason-Dixon se convierte en Paletolandia.

En un ensayo injurioso del *Evening Mail* de Nueva York publicado en 1917 titulado «The Sahara of the Bozart», el cascarrabias de Maryland, H. L. Mencken, ofreció una de las más oscuras jeremiadas de la historia en contra de la cultura sureña (o la falta de ella). Mencken, ese bicho raro que se las ingenió para ser a la vez antisureño y antisemita, al menos envidiaba a los judíos algunas contribuciones a la civilización; por el contrario, le parecía que el Sur era «casi tan estéril, artística, intelectual y culturalmente, como el desierto del Sahara». Mencken no culpaba a la esclavitud de la pobreza cultural del Sur, sino a la basura blanca pobre que, según él, aumentó de manera relevante después de que la Guerra de Secesión acabase con los intrépidos hacendados prebélicos. Mencken estaba equivocado; salvo por unas pocas muescas y moretones, la aristocracia sureña sobrevivió a la Guerra de Secesión relativamente ilesa (si acaso complementada por una nueva clase invasora de aristócratas norteños). Pero en la época de Mencken era costumbre culpar a la basura blanca de todos los problemas de la zona.

La Guerra de Secesión creó una nueva forma de apartheid cultural, una nueva escisión nosotros/ellos que ha persistido hasta los tiempos modernos. Según un estudio llevado a cabo en 1966 por Norval Glenn y Leonard Broom, las diferencias culturales entre los blancos sureños y el resto de blancos estadounidenses era mayor que la división cultural existente entre los blancos estadounidenses y los negros en general(20) . Los yanquis y los rednecks son más diferentes entre sí que los blancuchos y los negratas. Mientras que los bosquejos cómicos prebélicos de personajes habían preparado al país para mofarse de un *tipo* social, la Guerra de Secesión concedió a Estados Unidos

todo un puto *lugar* al que poder odiar. El Sur se ha convertido en el negrata cultural de Estados Unidos, en términos geográficos.

Lo que más tememos, dice el Hombre de la Montaña, es aquello que no conocemos. El otro. El de fuera. El extranjero. El *forrastrero* . La zona de los Apalaches se considera a menudo como el Sur extremo, un Sur destilado, lo que la heroína de alquitrán es a los panecillos con semillas de amapola. A los escritores viajeros de finales del siglo XIX que se arrastraron a lo doctor Livingstone por los Apalaches esperando recolectar suficientes objetos exóticos para apaciguar a los aburridos y embotados lectores urbanos, la zona les pareció un acuario cultural de acceso prohibido, sede de formas de vida prehistóricas. Un escritor se refirió a la gente de la montaña como «nuestros ancestros contemporáneos[(21)] »; otro describió la cultura de los cerros «capturada como formas de vida inferior en piedra[(22)] ». William Wallace Harney metió las narices en las montañas Cumberland en 1869 y tituló su posterior ensayo «Una tierra extraña y gente peculiar[(23)] ». El narrador de una obra de ficción de 1878 describe las montañas Blue Ridge de Virginia como sede de «otro mundo y otra raza de seres humanos[(24)] ». Un sociólogo de Chicago describió las montañas sureñas como «una frontera retrasada[(25)] ». Para los invasores urbanos de los Apalaches, estos «ancestros contemporáneos» representaban varias incómodas contradicciones; eran extranjeros en su propio país; cavernícolas en un mundo moderno; basura rodeada de riqueza; defectuosos genéticos en un mundo atestado de igualdad. Perfectos extraños. En *Our Southern Highlanders* (1913), Horace Kephart escribió que los montañeses sureños habían «conformado un gueto en medio de una civilización que se haya tan distante de ellos como si existiesen en otro planeta[(26)] ».

Aún hoy, los norteños (refiriéndome a todos los no-sureños, incluso a los sureños que odian la idea de ser sureños) no se han desembarazado de la necesidad de sentirse superiores al «Sur». Y cuando dicen «el Sur» parecen referirse únicamente a los «blancos sureños pobres» y ponen mucho cuidado en dejar de lado la condena moral a cualquier negro o blanco acomodado que pueda estar viviendo por allí abajo. Un crítico cinematográfico de la revista *Time* despreció al «Sur profundo (léase superficial[(27)])». En el *New York Post* , Murray Kempton lamentó «el imbécil optimismo que es la maldición de los georgianos[(28)] ». Los titulares del *San Jose Mercury-News* son condescendientes y aleccionadores: NASHVILLE SIN SU MAQUILLAJE y CÓMO HACERSE SUREÑO, EN VARIAS INCÓMODAS LECCIONES. El *New York Times* , que en 1912 se jactó con un titular sobre los «Ignorantes chicos de las montañas[(29)] », habló recientemente de los «idiotas fraternales del interior [...] con coeficientes intelectuales muy por debajo de 50[(30)] ».

Si se cree a los escritores de Nueva York, resulta que la isla de Manhattan es un nenúfar libre de crímenes y radiante de armonía social, con todos los males culturales mantenidos en cuarentena en el culo del mundo. En un artículo de opinión del *New York Times* aparecido en 1994 titulado «El juego del odio», Bob Herbert resopla al apuntar que cuando los demagogos sureños racistas se pronuncian en las manifestaciones, «las turbas de las chozas y las granjas destartaladas del interior se alegran tanto que apenas pueden

contenerse. Son mejores que cualquiera(31) ». Lo que Bob Herbert soslaya, igual que otros incontables supremacistas urbanos como él, es que obviamente él se cree muchísimo mejor que «las turbas del interior». Todo el mundo necesita un negrata.

Tal y como yo lo veo, cualquier lugar situado a más de setenta y cinco kilómetros de Nueva York o Los Ángeles puede ser, perfectamente, Texas. Por definición de clase y actitud, un redneck no ha de ser necesariamente del Sur; el descascarador de maíz de Nebraska, la rata del desierto de California, el leñador del Noroeste y el langostero de Maine, todos encajan en el perfil. Pero dado que la Norteamérica de las gentes de bien ha designado el Sur de Estados Unidos como el hogar de los redneck (hasta los foráneos necesitan un lugar donde dormir), un acento sureño suele marcarle a uno como redneck, te guste o no. Por eso a los aspirantes a locutores del Sur se les exige que tomen lecciones de oratoria para perder ese acento extranjero; los magnates de nuestros medios no quieren que nadie pueda llegar a tener la impresión de que se está dando un punto de vista sureño. Los escritores hostiles a Dixie[65] con frecuencia adoptan la forma de hablar sureña cuando citan a algún yokel al que quieran hacer pasar por ignorante (tos sabéis de lo que me hablo), cuando hacer eso mismo con una inflexión negra o hispana siempre se considerará un estereotipo intolerable en estos tiempos que corren, tan ilustrados.

Pero la luz implica oscuridad y las almas progresistas parecen buscar sus homólogos regresivos. El historiador sureño C. Vann Woodward señaló que la actitud norteña de darse aires e inconmensurable superioridad cultural con respecto a los sureños es idéntica al modo en que los europeos se consideran infinitamente más cultos que los norteamericanos(32) . En *Southern Folk, Plain & Fancy* , John Shelton Reed sostiene que las representaciones norteñas de los sureños adoptan sistemáticamente la forma de un «estereotipo del ello(33) ». La falta de autocontrol de una personalidad dominada por el ello conduce a la relajación sexual, al descuido despilfarrador y a estallidos inexplicables de violencia repentina. Es por eso que una personalidad con un ello predominante, al igual que el propio ello, debe estar controlada constantemente por fuerzas externas. Los negratas fueron en cierta ocasión estereotipos del ello en las representaciones de la cultura popular. En respuesta, los negros norteamericanos a menudo han llegado a ver a los blancos como estereotipos del *superyó* : fríos, poderosos, arrogantes y muy proclives a la mentira. Irónicamente, así es como piensan también muchos blancos sureños de los norteños.

Como el ello de Estados Unidos, los rednecks sureños han sido elegidos como la tribu más primitiva del planeta, el producto de muchísima más inmundicia, estupidez y mala genética que cualquier aborigen o esquimal que os podáis imaginar. El basura-blanca cavernícola es un hillbilly al que se representa como un negrito de la jungla paliducho que, en vez de lanzar jabalinas, se lía a garrotazos. Bueno, los anquilostomas que invaden su riego sanguíneo a través de los cortes de sus pies descalzos pertenecen a una forma de vida superior a los espermatozoides con los que preñan a sus hijas. Nuestros personajes hillbillies (aunque libros como *The Bell Curve* [66] ofrezcan pruebas de lo contrario) *tienen que ser* el clan más mentalmente atrofiado de

la tierra. Tienen que serlo, y punto. El resumen de la trama de «Hillbilly's Problem», un episodio de la serie de televisión *Kids in the Hall* [67] muestra nuestra necesidad de un redneck retrasado: «Un hillbilly adolece de ciertos problemas después de que su vaca le golpee en la cabeza». Nuestros estereotipos rednecks deambulan por la vida con la boca abierta y los ojos vidriosos con una mirada de serenidad disociada, como si le hubiesen golpeado con una estaca. Los hay de dos sabores: idiotas y más idiotas, o como en la eterna maldición que pesa sobre la estirpe de Ernest P. Worrell en *Ernest Scared Stupid* [68] se van idiotizando cada vez «más y más y más» hasta el punto en que «si sus coeficientes intelectuales fuesen más bajos, serían plantas de interior».

Avanzada la película, el cara-camello de Ernest (el más notorio descendiente actual de Ransy Sniffle y Yellow-legs) lamenta que su familia proceda de «lo más hondo de la reserva genética». El cretinismo de la basura blanca es un tema popular entre los foráneos y, por lo general, se identifica su origen en la presunta perversidad sexual de «primos besuqueantes» de la gente de campo. Un escritor de viajes de finales del siglo XIX comentó que los clanes de la montaña «se casaban hacia arriba y hacia abajo, hacia un lado y el otro hasta que todo hombre acaba siendo su propia abuela(34) ». Para el observador ordinario, los rednecks más que de una reserva genética proceden de una charca genética. «Lo mismo eres un redneck», dice uno de los primeros chistes sobre rednecks de Jeff Foxworthy[69] , «si tu árbol familiar no se bifurca». Y uno identifica a una virgen sureña, según el dicho, en cuanto ve a una chica que corre más rápido que su padre y sus hermanos. Un documento académico de 1936 titulado «Deficiencia mental en un clan montañés intensamente endogámico» demuestra que el ADN cateto degenerativo no era solo un filón para el humor, sino también una escuela de investigación seria(35) .

Después de la Segunda Guerra Mundial y de la nube de cenizas que Hitler dejó sobre Europa, la idea de la eugenesia (los genes humanos pueden imponer rasgos positivos o negativos) adquirió un rango semejante al de una religión prohibida. Aseverar que los asiáticos o los judíos podrían heredar inteligencia, o que los negros y los hispanos podrían engendrar estupidez, se convirtió en un pecado cultural mortal. Solo persistió una inmaculada excepción a nuestra religión popular de la eugenesia-es-charlatanería: la del hillbilly endogámico. Entonces, y solo entonces, se desempolvaron las apolilladas teorías del determinismo genético y se les dio nuevo pábulo. Con el hillbilly la eugenesia se transforma como por acto de magia en una ciencia exacta, nada de pseudociencia. Jamás se mencionaría la forma de procrear aplicada a la situación de los no blancos; el hecho de que la forma de procrear se llegue *siquiera* a mencionar muestra un intento de atribuir un rango étnico foráneo. Con un linaje degenerado como el del perro callejero más sarnoso y un ADN a tan solo un peldaño de la doble hélice, el hillbilly endogámico viene a satisfacer la necesidad de un extranjero etnoeugenésico por parte de una sociedad multicultural.

Con esto no pretendo sugerir que yo pienso que no hay basura blanca retrasada, ni que la estupidez no pueda criarse; lo importante aquí es la pretendida *necesidad* de los sofisticados de considerar estúpidos a los

hillbillies. Yo solo puedo decir que la endogamia degenerativa literal es posible entre cualquier raza o clase de gente. Pero el hecho de que existan linajes incestuosos a cientos o miles de kilómetros de distancia no debería ser una cuestión de preocupación inmediata para un urbanita a no ser que cumpla una necesidad metafórica. El tópico de la endogamia se da con tanta frecuencia en la estereotipación de la basura blanca que su función simbólica suplica un análisis.

La clave puede residir en el hecho de que las primeras alusiones literarias a la endogamia de los montañeses solían ir acompañadas de afirmaciones a propósito de que la gente de las montañas en Estados Unidos, aun compuesta por una reserva genética regresiva, al menos, culturalmente, poseía aguas cristalinas. La mayoría de los buitres de papel y tinta del siglo XIX que se abalanzaron sobre las montañas mencionaban, con cierta envidia, que la vida montañosa se acercaba mucho a la preservación de las viejas costumbres populares inglesas, que el aislamiento geográfico era una especie de formaldehído cultural. Hay quien incluso afirma que la voz cansina de los montañeses que tanto les caracteriza suena más al inglés que hablaban los antiguos que el acento inglés de la época actual.

Es posible que en el desprecio a los hillbillies por su endogamia haya un lado oculto: una muda animadversión por su obstinado apareamiento lejos del enloquecido monstruo urbano. El sistema es de por sí endogamizador, una poderosa fuerza de homogeneización cultural que ha logrado que la gente de los centros comerciales de Massachusetts resulte indistinguible de la gente de los centros comerciales de California. El subtexto de los chistes sobre la endogamia hillbilly da a entender que la gente de las montañas fue demasiado estúpida para reproducirse con el resto de nosotros. O, quizá, se trataba simplemente de una especie tan distinta que no quedaba otra que odiarla.

La ironía es que el clan más endogámico de la historia ha sido la realeza, no el campesinado.

Incurriendo en otra paradoja, quienes retratan a los blancos rurales como biológicamente contaminados suelen describirlos al mismo tiempo como moralmente puros. El desprecio por la endogamia hillbilly a menudo oculta un nostálgico apego romántico a un presunto monte Valhalla, cierta burda concepción de un Paraíso Perdido. Casi todos los escritores que se enmierdan los tobillos con la degradación de la basura blanca son incapaces de encubrir la envidia que sienten ante el hecho de que los extraños Pygmaliones ficticios que han creado exhiban una estupidez tan intensa que, por accidente, genera un primitivo código ético. Con demasiada frecuencia para considerarlo coincidencia, los bufones hillbillies que son tan estúpidos como la noche es negra, son al mismo tiempo tan honestos como largo es el día. Los habitantes de la ciudad con una necesidad simbólica de ver al hillbilly como un payaso descerebrado se autoconsuelan constantemente diciéndose que los humanos *adquirieron* algo cuando abandonaron las colinas y formaron las ciudades-estado, pero no pueden escapar a esos persistentes murmullos que afirman que también perdimos algo en el proceso civilizador. Escuchan un distante croar pantanoso de sapo que insiste en que el «progreso» no siempre avanza en la dirección correcta.

Al designar al campesinado blanco sureño como «el otro tipo», la realeza urbana extrae oro literario al examinar todas las posibilidades cómicas y trágicas inherentes a la colisión entre el ratón de ciudad y el ratón de campo. Los resultados literarios, cinematográficos y televisados nunca parecen proponer que estas culturas enfrentadas puedan llegar a un acuerdo. En su lugar, siempre se enuncia en términos de invasión: «¿Qué pasaría si invadiésemos el interior?» o «¿qué pasaría si el interior nos invadiese?». Eran los Douglas mudándose a *Green Acres* [70] o los Clampett arrastrando sus culos hasta Beverly Hills.

A los quince años, un chaval de Nueva Inglaterra llamado Alfred Eugene Caplin invadió el Sur haciendo autoestop por las montañas de Kentucky. La raza especial de gente que vio le impresionó tanto que se pasó las dos semanas que duró el viaje dibujándolos. Alrededor de diez años más tarde, Caplin estaba viviendo en Nueva York, tratando de abrirse camino como dibujante. En algún momento entre 1933 y 1934, mientras el país se hundía desesperadamente en los pozos más profundos de la Gran Depresión, Caplin y su esposa Catherine fueron a ver una función hillbilly en un garito de vodevil de Columbus Circle. Esta clase de espectáculo hillbilly era bastante común en aquella época. Bandas como los Skillet Lickers (los Lame-Sartenes) y los Seven Foot Dilly & His Dill Pickles (Dilly Siete Pies & Sus Pepinillos en Vinagre) tocaban «música hillbilly» antes de que se conociese como country-and-wéstern. Se enfrascaban en un parloteo intencionadamente paleto entre canción y canción y, por lo general, desempeñaban la función de unos negratas blancos cómicos entreteniendo a un público urbano de cócteles tintineantes. «Aparecían muy rígidos, con rostros impávidos e inexpresivos», explicaría la señora Caplin años después, «y hablaban en un solo tono, con acento sureño. Pensábamos que eran desternillantes(36) ».

Lo que resultaba raro de aquellos espectáculos itinerantes de negratas blancos era que los payasescos hillbillies normalmente los interpretaban *auténticos* hillbillies que sabían que su público jamás los aceptaría en sus propios términos. Al interpretar el ángulo payasesco intercambiaban de manera consciente su humanidad por el privilegio de ser aceptados como caricaturas.

Alfred Caplin había invadido las montañas de Kentucky y, bajo la forma de un espectáculo itinerante de paletos, las montañas de Kentucky habían invadido el Manhattan de Alfred Caplin. Como dibujante, Al Capp dio al mundo *Li'l Abner* , un emblema global de la guerra cultural entre Dogpatch y Gotham[71] .

Abner Yokum, paisano de Dogpatch, Kentucky, se describía en un anuncio promocional de 1934 como «un metro noventa de hillbilly que no sabe de qué va la cosa pero, de todas formas, piensa que es divertidísimo». Boquiabierto y con ropa andrajosa, el primer Abner de 1934-33 caminaba descalzo por los inhóspitos alrededores de Dogpatch alardeando de que «yo siempre me he ajuntao con otros animulos tontacos». Los animulos suelen adoptar forma humana en Dogpatch y, como animulos salvajes que son, pueden resultar peligrosos. Abijah Gooch es un auténtico hombre de Piltdown[72] y con su

narizón y su porte de pobre recuerda a las caricaturas de odio nazis de presuntos judíos anormales. Y al igual que esas caricaturas degradadas de judíos, el repelente Gooch desea a la rubia; siempre se halla a un paso de violar a la pechugona-pero-muy-tonta Daisy Mae. El personaje más aterradoramente prehistórico de Dogpatch es el llamado irónicamente Joe el Lampiño. Como un calvo que se llamase Ricitos o un gordo que respondiese al nombre de Flaquito, el chiste con Joe el Lampiño es que se trata de un ogro descomunal casi completamente *cubierto* de pelo; la nariz es la única parte de su cara que no se ve oscurecida por un manto hirsuto. Es capaz de contar hasta cinco, y de ahí no pasa. Su estupidez se corresponde con su talla amenazante: Joe parece rondar los tres metros y medio de altura y lleva un garrote del tamaño de un ser humano medio. Una figura menor que sobrevive en segundo plano en aquellas primeras tiras de *Li'l Abner* , Joe nos recuerda que Dogpatch es un lugar potencialmente peligroso.

La mayor parte del humor de las primeras viñetas de Capp surgía cuando Abner se veía atrapado en Manhattan. La tía neoyorquina de Abner, la Duquesa de Bopshire, tiene un sucio secreto: en realidad es una chica de Dogpatch que se llama Bessy Hunks, una hillbilly que se detesta y se ha moldeado a sí misma como una falsa dama de la ciudad. Los amigos cosmopolitas de la Duquesa de Bopshire se refieren arrugando la nariz a Abner, su invitado *déclassé* , como «basura montañesa», como un «pedazo de simio» y como «¡ese divino y deliciosamente estúpido hillbilly!».

Pero el idiota de Abner es también un inocente, mientras que los urbanitas son o embusteros (como la Duquesa) o estafadores financieros (como todos sus amigos). Al Capp parece sugerir que mientras que la vida en la montaña pudo haber sido ridículamente retrógrada, la vida en la ciudad podría ser vilmente avanzada.

Las conclusiones de este escenario cómico de pescado-fuera-del-agua se duplicaron de manera idéntica en la serie televisiva *The Beverly Hillbillies* . Mientras Abner había dejado los Apalaches por Nueva York, los Clampett cargaron sus trastos de las Ozark y se abrieron camino con sus ¡Ay-Ma!, hasta Beverly Hills. Y, al igual que Abner, se topan con personajes citadinos deshonestos que viven enloquecidos por la codicia. Jethro Bodine, como Abner Yokum, puede ser un enorme tronco de magnolio de supina estupidez, pero éticamente es mucho más puro que el señor Drysdale. Esa es la contradicción esencial del hillbilly: éticamente puro, aunque étnicamente contaminado.

The Beverly Hillbillies , por supuesto, no fue escrita por hillbillies. La mayor parte de los espectadores que la convirtieron en una de las series más vistas de la historia lo más seguro es que tampoco fuesen hillbillies. Lo interesante es que la mayoría de televidentes estadounidenses tendía a ponerse de parte de los hillbillies y en contra de los lameculos de ciudad, aun percibiendo a los hillbillies como invasores del exterior. El caso es que a pesar de que la Norteamérica urbana se permita a sí misma criticar los valores de la ciudad poniéndose las gafas de Granny Clampett, por decirlo así, la fantasía solo dura media hora; los estadounidenses urbanitas pueden haber deseado aprender algo de los hillbillies, pero indudablemente lo que no desean ni por asomo es *convertirse* en hillbillies. Esto es análogo al tipo blanco que

colecciona discos de blues pero jamás permitiría que su hija se casase con un negro.

The Beverly Hillbillies y otras telecomedias yokel de los sesenta, supusieron «un modelo más amplio de imperialismo cultural», según el escritor David Whisnant(37) . En su libro *Crackers* , Roy Blount Jr., dijo de la serie que era «una atrocidad que jamás se habría perpetrado en una época tan avanzada como los años sesenta con ningún otro grupo étnico». ¿Quién habría titulado una serie de televisión «Los Zampa-bagels de Bel Air(38) »?. No jodas. ¿Quién habría interpretado a Granny Clampett: la Tita Semita[73] ?. Los Gomer Pyle y Clem Kadiddlehopper[74] que se rozan con la sofisticación de la ciudad constituyeron un filón en la televisión de los años sesenta. Aunque siempre se trate de un personaje primitivo, no siempre es un inocente. En ocasiones no es más que una alimaña, alguien que nos hace sentirnos contentos de vivir en la ciudad. Cuando «dos hillbillies de Kentucky» llamados Pop y Moose Mallory invaden el 1313 de Mockingbird Lane en *Los Monster* soltando alaridos tipo «¡hoo-wee!» y «¡por la tierra de Gosén!»[75] la horrorizada familia Monster comienza a concebir formas de desalojar a sus indeseados huéspedes. Cuando Moose le babea a Marilyn: «¡Te lo digo, eres más maja que un cubo lleno de hígados de cerdo!», su escurridiza respuesta deja claro que no considera a Moose un compañero apto para el apareamiento. Aun siendo descendientes de una línea de Dráculas y Frankensteins, los Monster no son ni de cerca tan estrambóticos como los hillbillies. Del mismo modo, cuando la casa en Bedrock de los Picapiedra se ve invadida por el clan Hatrock (alias Hatfield), con sus pipas, su gatillo fácil y sus «¡Yeeeehaw!», los Picapiedra y los Mármol, cromañones, no pueden esperar a deshacerse de esas extrañas criaturas, muchísimo más primitivas que ellos.

En un episodio de la serie de televisión *Perdidos en el espacio* de 1966 titulado «Los cosechadores del espacio», el doctor Smith se enreda con un grupo de «hillbillies del espacio» que cultivan unas plantas que se alimentan de carne humana. Hay un cómic independiente de hace muy poco que se titula *Yuppies, Rednecks y Zorras Lesbianas de Marte* . En 1992, la compañía Walt Disney se puso a trabajar en un proyecto de animación que iba a titularse *Hillbillies Estúpidos de Marte* .

Estos invasores hillbillies ficticios comenzaron a brotar en un período en que los hillbillies de la vida real estaban invadiendo masivamente las ciudades norteamericanas. Más de dos millones de hillbillies abandonaron las montañas sureñas entre 1940 y 1970, excluidos de los cerros por la automatización de la industria minera y maderera. Fueron succionados por las ciudades del Rust Belt[76] con su promesa de empleos en las cadenas de montaje. En una pauta similar, durante la década de 1930, cerca de medio millón de los denominados oakies se desarraigaron de las tierras estériles del Dustbowl y se encaminaron a Cal-i-forn-iii-ay.

Títulos de artículos como «Los hillbillies llegan a Detroit» (1933), «Desde las montañas a los barrios bajos» (1956), «Los hillbillies invaden Chicago» (1958), «El gueto hillbilly de Chicago» (1964), «Sureños desplazados encuentran en Chicago un refugio impersonal» (1964) y «Los Apalaches transplantados» (1971), sugieren ligeramente que los hillbillies no siempre

fueron bienvenidos[39] . Los nativos urbanitas llamaban desdeñosamente a *todos* los inmigrantes blancos del Sur «hillbillies», ya procediesen de los cerros como si no, y la palabra cumplía la función de desprecio tanto desde el punto de vista de la clase como de la etnia. A pesar de ser blancos, a aquellos hillbillies se les trató como un grupo étnico distinto, todos apiñados en «el pequeño Kentucky» situado en el sitio más sórdido de la ciudad. En el Oeste estos guetos se bautizaron como «pequeños Oklahomas».

Los urbanitas blancos respondieron a los hillbillies invasores de una manera casi idéntica a la actitud «el-barrio-se-va-al-carajo» que se adoptaba estereotipadamente con los nuevos vecinos negros. «Estas zonas están arruinando el barrio, están devaluando el metro cuadrado», se lamentaba un xenófobo de Chicago al contemplar las barriadas hillbillies de finales de la década de 1940[40] . «Esa gente está creando un problema terrible en nuestra ciudad», se quejaba un residente de Indianápolis a mediados de la década de 1950[41] . Incluso lo advirtió un juez municipal de Chicago: «El barrio jamás prosperará hasta que no os libréis de ellos[42] ».

Un estudio llevado a cabo por la Universidad Wayne interrogó a los nativos de Detroit en 1951 acerca de qué clase de «gente indeseable» pensaban que «no estaría bien tener en la ciudad». Los encuestados señalaron el grupo que los investigadores etiquetaron como «blancos pobres del Sur, hillbillies» con un veintiuno por ciento frente al trece por ciento que señaló a los «negros[43] ». En «Los hillbillies invaden Chicago», Albert Votaw repite la opinión de que los inmigrantes sureños planteaban un «problema» mucho peor que el de los negros:

«El problema de integración más duro que ha de enfrentar la ciudad no tiene nada que ver con los negros. Se trata de un pequeño batallón de […] inmigrantes del Sur que, por lo general, son pobres, orgullosos, primitivos y rápidos con el cuchillo […] Sus hábitos sexuales en relación con el incesto y el estupro no casan en absoluto con la legalidad […] En cuanto al trabajo se dice que carecen de ambición […]»[44] .

Como sucedió con sus anteriores hermanos palurdos, la pobreza hillbilly se achacó a su presunta indolencia. Pero hay pruebas de que fueron víctimas de discriminación tanto a la hora de buscar alojamiento como trabajo. Un casero se jactaba de que «antes se lo alquilaría a un negro, a un mexicano o a un filipino que a una persona blanca del Sur[45] ». Un asistente social explicaba que a los inmigrantes hillbillies «se les discriminaba porque eran gente rural cuyas costumbres y peculiaridades parecían extranjeras a la gente urbanita[46] ». En *White Southerners* , Lewis Killian cita un caso en el que «en siete de las catorce plantas industriales estudiadas, los funcionarios declararon abiertamente que solo contratarían a trabajadores blancos del Sur cuando no hubiese nadie más que contratar[47] ». Killian también cita a un empresario de finales de la década de 1940:

«Le dije al guardia de la puerta de la fábrica que a los hillbillies les dijese que no había vacantes. Los guardias podían distinguir a los del Sur en cuanto abrían la boca[48] ».

El hillbilly de Kentucky que se jactaba ilusionadamente con su «¡Me voy a Detroooit!» a menudo se encontraba con que Detroooit hubiese preferido que se quedara en Kentucky. Y el oakie que esperaba vivir tiempos mejores en California solía acabar también como un despreciado extraño. Según el autor Henry Shapiro, los inmigrantes hillbillies que penetraban en zonas urbanas «se transformaban en extranjeros en una tierra extraña y entre una gente peculiar(49) ».

Con todos estos malditos hillbillies *auténticos* invadiendo las ciudades y devaluando las propiedades, el tema «Ma y Pa Kettle van a la ciudad» dejaba de parecer tan gracioso. Rara vez se encuentra uno con este tema cómico en la actualidad. Del mismo modo, las crónicas de viajes y los guiones que en el pasado acusaban al menos una tendencia ocasional al retrato de las zonas rurales como tierras edénicas donde poder retozar, ahora tendían a describir el Sur Salvaje, un Corazón de las Tinieblas donde moraba todo el mal humano. Este cambio tuvo lugar en los años sesenta y setenta, cuando se vetó reírse a costa de los negros. Como ya no se permitía repartir el odio, Estados Unidos derramó todo su odio y su maldad por la roja garganta del redneck.

Deliverance (1972) es más o menos igual de amable con los hillbillies que *El triunfo de la voluntad* [77] con los judíos. No es la primera película de terror hillbilly, solo es la que… ejem… penetró en la psique nacional de un modo más profundo. Y cuando alguien dice *Deliverance* («¡hiiiiiii!») normalmente solo se refiere a *esa* escena en la que ese tumor andante con tirantes inyecta rancios gargajos de esperma hillbilly en el ojete de chico de ciudad de Ned Beatty. El mensaje que la mayoría de estadounidenses parece ser que extrajo de *Deliverance* es que vagar por los cerros es arriesgarse a acabar con un ano sanguinolento. Es mucho mejor quedarse en la ciudad. De hecho, el problema no empieza hasta que los chicos de ciudad se apartan del río (de la corriente principal, de lo establecido).

Se puede decir que el cine no ha sido un promotor muy efectivo del turismo rústico. Otras películas de terror hillbilly como *Scum of the Earth, Moonshine Mountain* y *God's Bloody Acre* refuerzan el mensaje de que es MALA idea salirse demasiado del camino marcado. Típica de este género es la descripción que hacía el *San Francisco Chronicle* de una película en la que «dos parejas en la noche de graduación se pierden en la carretera por la que deambula un espeluznante redneck llamado W. E. con una grúa satánica, coleccionando cadáveres, citando obras literarias y metiendo a jovencitas adolescentes en sacos de arpillera». El guión de *Pulp Fiction* contiene una secuencia en la Casa de Empeños Mason-Dixie (sic), donde unos «hillbillies psicópatas» invaden rectalmente a un negro a puerta cerrada mientras el público escucha sonidos de «sodomía y a las Judds».

El villano redneck, si no es capaz de violarte, te asesinará. O te violará y luego te asesinará. O te asesinará y luego te violará. Y luego paseará tu cadáver metido en el maletero de su coche durante meses. Salvo en las películas del Klan y en otros thrillers del mismo palo, rara vez existe un *motivo* para la violencia cinematográfica del redneck. En *Easy Rider* , cuando el intolerante Bubbas aporrea a Jack Nicholson hasta matarlo y el malvado cracker de la

furgoneta se lleva por delante a Dennis Hopper, los villanos apenas dicen nada. Hemos de asumir que fueron criados para la violencia. Del mismo modo en que cuando los violadores rednecks de *Deliverance* surgen de pronto de entre los matorrales escupiendo maldad, no se da ninguna explicación (aparte del domicilio) para su degeneración. Se da por hecho que son criaturas de instinto, animales del pantano que te muerden si te acercas demasiado. Otra especie, completamente.

¿Es posible que ese culo del mundo sea tan peligroso como nos lo pintan? No. Con todo lo incivilizado que es, una supuesta trampa mortal hillbilly y psicótica como Virginia Occidental detenta unos índices de criminalidad violenta más bajos que cualquiera de las grandes ciudades en las que la mayor parte de esas películas se producen. De hecho, Virginia Occidental tiene uno de los índices más bajos de criminalidad violenta (y el índice más alto de posesión de armas de fuego) de todo el país[50] .

Pero para mucha gente predispuesta a odiar a los rednecks a toda costa, la amenaza de la violación y el asesinato redneck se toma al pie de la letra, algo que va más allá de un mero reclamo literario moñas con el que la nación examina sus propias ansiedades. En un artículo de 1973 de *Mademoiselle* titulado «El problema musical de mi país; y el tuyo», Richard Goldstein se mostraba convencido de poder identificar a un villano en cuanto lo viese:

«No hay una sola vez que me tope con un blanco sureño sin sentir que algo sanguinario se cruza entre nosotros. Como si, sean cuales sean sus instintos personales, su historial étnico le predispusiese a contemplar la castración y la violación como sus prerrogativas[51] ».

A Goldstein le importunaría saber que, según las estadísticas del *Uniform Crime Reports* del FBI de 1988, más del noventa y nueve por ciento de la violación interracial en Estados Unidos es de negros-a-blancos, pero ¿por qué dejar que los hechos enturbien una, por otro lado, pulcra moralidad[52] ?. Más de veinte años después, Goldstein se pondría a escribir ensayos con títulos como «Blancos llorones», más obsesionado aún con los varones blancos que estos con él.

Como entidades culturales, los rednecks se han devaluado más que los dólares confederados después de la Guerra de Secesión. Son humanos de saldo. Eso sí, su devaluación *no puede* tener nada que ver con el dinero ni la distribución de bienes. *No puede* achacarse al modo en que la ciudad siempre tiende a regir sobre el campo. *No se puede* de ninguna manera vincular al hecho de que el Norte venga dominando al Sur desde 1865. No tiene *nada* que ver con el hecho de que la gente (EN TODAS PARTES) tienda a demonizar a los de fuera. No, echadle la culpa de todo a los propios rednecks. Da igual que la economía basada en las plantaciones los empobreciese a todos; culpad a su holgazanería. ¿A quién le importa si ninguno de ellos poseyó esclavos?, culpadles por inventar el racismo. No tiene la menor importancia que sufran de una atención sanitaria mucho más paupérrima; culpad a la endogamia y a la mala higiene. Además, ¿quién les dijo que se fueran a vivir a las montañas? Es como el chiste de Sam Kinison durante la hambruna etíope (parafraseado): «¿Es que estáis locos o qué? ¡Vivís en el

desierto! ¡LARGAOS DE AHÍ!».

Estados Unidos ha tendido a proyectar todos sus pecados hacia el interior, hacia las regiones más apartadas. Culpar a un grupo inocente por las indiscreciones propias es una tradición ancestral de inspiración divina. El libro del Levítico ofrece instrucciones muy prácticas para el vetusto ritual del chivo expiatorio que, tradicionalmente, ha de celebrarse en el Día de la Expiación. Jehová le ordena a Aaron, un promiscuo sumo sacerdote de la Biblia, que «pose ambas manos sobre la cabeza de la cabra viva y confiese sobre ella todas las culpas de los hijos de Israel […] Y la cabra cargará con todas sus culpas hasta una tierra inhabitada; y él deberá dejar que la cabra se pierda en el desierto». Es un ritual extraño, una especie de exorcismo al revés; el sacerdote no expulsa el mal del cuerpo de alguien, sino que lo extrae de sí mismo (y de su pueblo) e inserta ese mal en el cuerpo de otro ser vivo, en este caso una cabra. El hillbilly excluido en los bosques escabrosos y culpado por los etnoimperialistas urbanos de pecados de una magnitud que va mucho más allá de lo que podrían llegar siquiera a tramar, viene a cumplir las funciones de un moderno chivo expiatorio estadounidense. Y con el hillbilly recibimos por añadidura un bono extra: es un chivo expiatorio que sodomiza chivos.

El asunto del odio de Estados Unidos por la basura blanca es, en última instancia, un odio a sí mismo. Proyección de culpa. Un modo conveniente de demonizarse o, mejor, de exorcizar el demonio y ubicarlo en cualquier parte lejos de sí mismo. Al proporcionarle colmillos al redneck, los estadounidenses descolmillan todas las tendencias de bárbaro blanco que temen en lo más hondo de sí mismos.

A la élite blanca, la basura blanca debe parecerle una enfermedad en remisión que anida dentro de *todos* los blancos, una enfermedad que puede aflorar de nuevo en determinadas circunstancias. Cuando los blancos de sangre azul manifiestan su repulsa por la basura blanca, rememoran de un modo bastante incómodo tanto lo que fueron como lo que pueden llegar a ser. También puede que sientan en silencio un poco de culpa por su implicación en el proceso de haber generado esa basura. Mofarse de los rednecks suele enmascarar una inquietud tipo «ahí voy yo de cabeza por la gracia de Dios». Mientras el envilecimiento del redneck es una manera de proclamar que la mierda propia no huele mal, esa especie de colonia verbal oculta el miedo a que la mierda propia pueda haber apestado en el pasado o pueda llegar a desprender una peste nauseabunda en el futuro.

Señalar con dedo acusador a la «gente *Deliverance* » se ha convertido en un modo fácil de expresar la urbanidad propia. Pero también puede ser una forma de expresar las propias inseguridades. Los no-sureños (y los sureños que se odian a sí mismos) con frecuencia han afirmado que el Sur de Estados Unidos tiene un «complejo de violación» relacionado con miedos a un alzamiento sexual violento de machos negros hostiles con sus espadas de ébano izadas para acabar con las bellezas sureñas de encaje blanco. Oh, sí, seguro. Lo que sea que cuadre con vuestras fantasías, a favor o en contra. Creo que es tan fácil como sostener que Estados Unidos, particularmente en las zonas no-sureñas, tiene un complejo de *Deliverance* . La Norteamérica urbana puede que tema subconscientemente una invasión masiva de

degenerados rurales barbudos ansiosos de saldar cuentas.

La mayor parte de nosotros tiene un redneck en la pila de leña[78] . Cualquier día de estos vendrán los crackers a instalarse en casa. Hola, holita, Amérrika. Pos sí que tienes una linda boquita.

5

TRABAJAR DURO

«Esta mañana, a pesar de la lluvia, estábamos de nuevo en nuestro trabajo. *Tenemos* que trabajar. Haga sol o llueva, con frío o calor, enfermos o sanos, con éxito o no, madrugando y hasta tarde, es trabajo, *trabajo* , ¡TRABAJO! *¡Trabajar o morir!* Por todas partes, arriba y abajo, en las laderas de las montañas y en las corrientes de los ríos, con la lluvia cayendo presurosa sobre sus cabezas, se hayan los mineros en su trabajo; y no por el oro, sino por el *pan* ».

DANIEL B. WOODS, *Sixteen Months at the Gold Diggings*

«Pensaba en aquellos que hacen el trabajo del mundo y a quienes nunca se les ha pagado lo suficiente ni se les pagará, y se levantan, y son abatidos, y al final siempre pierden».

EDWARD ABBEY, *In Defense of the Redneck*

La clase obrera no escribe muchos libros de historia. La clase obrera no produce muchas películas ni programas de radio. La clase obrera no tiende a contratar asesores mediáticos ni agentes teatrales. La clase obrera ha desempañado un papel insignificante a la hora de dar forma a su imagen popular.

Y esto es así porque la clase obrera está demasiado ocupada currando.

A la clase obrera le sobran los motivos para estar cabreada. Por desgracia, solo se da cuenta de ello la clase obrera.

Aclárame esto, cariñito: ¿qué parte de la ira de la clase baja blanca no tiene NADA que ver con el odio al negrata y emerge en su lugar de los traumas acumulados por ser históricamente una clase trabajadora sobre la que poder cagarse? ¿Cabe pensar que los llamados Varones Blancos Cabreados puedan estar más cabreados con sus jefes blancos que con sus compañeros de trabajo negros? ¿Qué grado de su intenso rencor podría surgir presumiblemente de generaciones de haber sido aniquilados en la primera línea del frente de la guerra, acribillados por la compañía de la empresa y triturados como salchichas en accidentes laborales? ¿Podría explicarse la hostilidad redneck no a raíz de la intolerancia sino de cientos de años de lento hundimiento en un desmoralizador zurullo gigante de deudas, trabajo excesivo y promesas incumplidas?

Si alguien llegase a concebir una máquina capaz de medir el odio (un odiómetro®) apostaría todas mis monedas falsas a que existe más odio entre jefes y empleados que entre negros y blancos. Es muy probable que en el

lugar de trabajo se dé más sadomasoquismo psicológico, más trato inhumano de hombre a hombre que en cualquier otra parte. Más ancha que el abismo entre la vainilla y el chocolate, incluso más gruesa que el muro que divide el Norte del Sur, es la brecha entre jefe y empleado.

Una fábula de guardería llamada el Sueño Americano (esa promesa de Ratoncito Pérez de un rebosante tarro de galletas gratis para cualquier niño que simplemente logre estirarse lo suficiente para alcanzarlo) ha mantenido a la mayoría de los norteamericanos en la negación amnésica de nuestras rígidas barreras de clase. Unos pocos elegidos jamás han *necesitado* soñar, mientras la mayor parte ha sido recompensada *únicamente* con sueños. La idea de que Estados Unidos se autoengaña con lo de ser una sociedad sin clases se ha expresado tantas veces que se ha convertido en un cliché. Pero es un cliché que se nos sigue olvidando.

Mientras la juventud de ahora se ve obligada a saber mucho sobre racismo, lo más seguro es que no puedan decirte una sola cosa sobre la historia del trabajo en Estados Unidos. Y es una lástima, porque les están cebando para el matadero, exactamente igual que a sus antepasados. ¿Nunca os habéis percatado de que la clase obrera blanca ya no es realmente un tema cinematográfico? Solo importa la raza, no la clase. Veréis un montón de *Matar a un ruiseñor* , pero cada vez menos *La ley del silencio* . Continuamos flagelándonos con lo de los vaqueros y los indios, pero no sentimos ninguna culpa ante lo que las compañías ferroviarias hicieron a los trabajadores del ferrocarril. No pasará ni un segundo sin que alguien ponga en bucle rollos y más rollos de policías blancos aporreando a tipos negros, pero nunca veréis metraje de los guardias de Pinkerton ametrallando a los mineros del carbón.

La mayor historia de Estados Unidos no es la del racismo, sino la de los recortes. Pero los pintamonas de los grandes medios apenas emiten un mínimo gorjeo acerca de nuestro cada vez más amplio apartheid económico. Casi todos los lameculos de las empresas mediáticas, ya sean las inscritas plenamente en «el sistema» como las «alternativas», dan la impresión de estar insalvablemente apartadas de la experiencia media de ese ser tan despreciable que es el obrero blanco. Su especialidad es el lameculismo del status quo y el barriobajismo más descarado; los reporteros del sistema alaban a los codiciosos tiburones yuppies, mientras los escritores alternativos idolatran entre lágrimas a las putas del crack. A no ser que seas un millonario blanco o un indigente negro, nadie querrá conocerte. Es digno de mención que ambos tipos de escritor (los apologistas del sistema y los fabricantes de excusas alternativas) suelen extraerse de las clases media y alta de Blanquilandia. Los cabeza-hueca blancos de clase obrera raras veces pueden permitirse el tiempo y el rechazo extenuante que requiere el desarrollo de una carrera de escritor. Así que es comprensible que los hijos de papá y los niñatos de fondo fiduciario malinterpreten la historia de la clase trabajadora. Comprensible, pero imperdonable.

De todo el odio que he generado a lo largo de mi vida (y he tenido mi buena parte), el noventa y nueve por ciento ha ido dirigido a los blancos ricos, sobre todo a mis jefes. Y si no era a un jefe, era a algún comerrabos de los medios que me chasqueaba la lengua con desaprobación igual que hacía mi jefe, ggrrr, recuerdo cómo me echaban la culpa. Yo me despertaba, arrastraba mi

flácido trasero de puerco al trabajo, engrilletado durante ocho o diez horas de abuso, fichaba a la salida, corría de vuelta a casa, me hundía frente al televisor y zapeaba por los canales para ver cómo todos los locutores me insultaban (un HOMBRE BLANCO MALIGNO) por haber sido la causa de todos los sufrimientos del mundo. No parecía tener la menor importancia que jamás en mi vida hubiese tomado una sola decisión que hubiese afectado a alguien. Ni UNA. Nací en una clase que me situaba en el extremo RECEPTOR de las decisiones. No tenía el menor puto CONTROL sobre la vida de nadie, y el dominio de la *mía* se veía comprometido por la necesidad de currar en un trabajo a tiempo completo. Joder, no hubiese podido oprimir a nadie NI QUERIENDO. Tal y como lo expresó hace poco un amigo: «Si tengo tanto poder, ¿por qué cojones me las veo tan putas para pagar el alquiler todos los meses? ¿Si es verdad que tengo sometido al hombre negro, cómo es que no puedo hacer que me lave los platos?».

El privilegio cutáneo es, en buena medida, un mito vendido por quienes se sienten incómodos ante la idea del privilegio de clase. No se trata de la piel, se trata de la clase. No es epidérmico, es jerárquico. El sociólogo Max Weber definió una vez «clase» como «oportunidades en el mercado[1] ». Casi todo el mundo, menos los políticos y los idiotas ricos, se da cuenta de que no todos nos precipitamos del útero sanguinolento con las mismas oportunidades. No todo el mundo nace con la misma oportunidad de evitar el trabajo deshumanizador. No todo el mundo tiene las mismas posibilidades de eludir el servicio militar. No todos nacemos en vecindarios igualmente libres de crimen. No todo el mundo tiene la misma oportunidad de ir a la universidad. No todos podemos esperar enfrentarnos a los mismos riesgos ambientales y laborales. No todo el mundo hereda la misma cantidad de tierra o dinero de sus padres.

En el vecindario de mi deslustrada juventud conocí a un montón de brillantes hijoputas que ahora son mendigos y/o alcohólicos simplemente porque no se les dio mucho margen para joderla. Y como currante me vi obligado a inclinarme ante una caravana interminable de gente luminosamente ESTÚPIDA que solo presumía de que mamaíta y papaíto les habían bañado en oro.

Los chavales protegidos, mimados, debiluchos, atrofiados y resguardados que nunca TUVIERON que trabajar duro para sobrevivir, jamás tendrán la más remota idea de lo que estoy farfullando. Para ellos, la ira de la clase obrera les parece siempre estúpida, violenta y, por encima de todo, infundada. Los chavales que se posan como mosquitos sobre la riqueza de sus padres, los chavales «bonitos» con dientes bonitos del lado bonito de la ciudad, no cuentan con una explicación sólida para la existencia de la basura blanca, más allá de lo puramente conductual. Se limitan a menear la cabeza hasta que los copos de caspa revolotean suavemente hasta el suelo de mármol, preguntándose cómo es posible que alguien pueda llegar a ACTUAR de esa manera. Parecen pensar que si los rednecks simplemente se duchasen, se vistiesen bien y se quemasen las pestañas trabajando durante unas cuantas semanas, florecerían transformados en agentes financieros.

Algunos cabeza-huecas piensan que si el racismo desapareciera, también lo haría la injusticia. Parecen creer que la clase baja se esfumaría si la gente

dejase de discriminar basándose en la raza o el género. Como pasa con todos los pensadores idealistas, están trágicamente equivocados. Deshacerse de la discriminación no va a eliminar el desempleo. No va a desmantelar el sistema clasista. No va a borrar la línea entre los que sudan y los que no. Es muy simple (demasiado simple para que lo pillen los simplones), la igualdad social es imposible en un mundo compuesto por jefes y currelas.

La gente a la que del mosqueo se le retuerce el escroto y los labios vaginales en forma de pretzel ante el más leve insulto racista no se siente ni mucho menos tan molesta con obscenidades tales como «la guerra estimula la economía» o «porque siempre tendréis pobres entre vosotros». Estas máximas jamás se cuestionan. Pero esa manera de pensar (apropiadamente llamada Supremacía Económica, dado que antepone el dinero a las vidas humanas) ha matado a más gente, negros y blancos, que el racismo.

Se ha dicho que el racismo es el secretito más sucio de Estados Unidos. De ser así, Estados Unidos es un enorme bocazas que no es capaz de mantener muy bien un secreto. Lamento joderos el subidón, pero creo que alguien descubrió el pastel del Klan hace ya mucho tiempo.

Sin embargo, el clasismo sigue siendo un grano prácticamente sin rascar en el cochino culo de nuestra nación. Si cada estadounidense pensase en la clase en lugar de en la raza durante solo cinco minutos al día, sucederían algunas cosas revolucionarias. Y con lo de «pensar» en la clase no me refiero de una manera distanciada, como si se tratase de jugar a una especie de Trivial Pursuit marxista, me refiero a pensar en serio, considerando hasta qué punto la posición económica heredada afecta de verdad a las vidas humanas. El foco obsesivo en el enfrentamiento entre rednecks y negratas (totalmente desproporcionado en relación con cualquier disturbio racial comprobable) oscurece con éxito la posibilidad de lo que podría suceder si alguien expresara las cosas en términos de trabajadores contra jefes.

La psicología redneck se entiende mejor al explorar la historia del trabajo, no la teoría racial. Entre toda la retórica melosa sobre la igualdad racial, hemos perdido completamente de vista la igualdad económica. Los bustos parlantes de la televisión no dejan de hacerse los longuis con el tema de la injusticia racial, pero el hecho de que existan ricos y pobres es aceptado sin reservas. Mientras que se han quitado todas las fuentes para «blancos» y para «gente de color», aún quedan miles de restaurantes, pubs, campos de golf y vecindarios vallados en los que los pringados de clase obrera de *cualquier* color nunca serán bienvenidos. Tal y como están las cosas, resulta blasfemo excluir a alguien de tu barrio por otro color que no sea el verde dólar.

Hoy, a la persona que proponga la igualdad económica se le considerará igual de chiflado que quien crea en la desigualdad racial. Se traga como artículo de fe el hecho de que, sencillamente, no podemos sobrevivir sin jefes y trabajadores, sin inversores y el vasto bloque de capital humano en el que estos invierten. Podemos imaginarnos un mundo sin nazis, pero no un mundo sin jefes.

«Trabajo libre» es un oxímoron y solo los imbéciles creen que algo así puede existir. Es imposible trabajar para otro y ser a la vez libre. La mayoría de la

gente es libre de tomar una sola decisión en su vida: trabajar o morirse de hambre. El resto es competencia del jefe. Fijaos en cualquiera de los cientos de millones de ceños fruncidos que van cada mañana camino del trabajo, puestos en libertad en un mundo en el que todo lleva una etiqueta con su precio. Si el trabajo asalariado fuese realmente un contrato libre entre iguales, igual de fácil sería intercambiar los papeles de jefe y trabajador en la vida, ¿no? Y sería razonable que tanto el jefe como el trabajador se beneficiasen igualmente del trabajo de este último.

El trabajo es para los esclavos. Por mucho que nos guste pretender que el trabajo asalariado sea, de alguna manera, lo opuesto a la esclavitud, se trata solo de una mutación ingeniosa. Se ve que Karl Marx, ese rojeras cabrón de cara avinagrada, no pensó que el trabajo asalariado representara una mejora con respecto a la esclavitud forzosa[2] . Y las némesis ideológicas de Marx en el Banco de Inglaterra convienen en que el trabajo asalariado enriquece a los que ya son ricos. En una carta enviada en 1862 a sus amigotes inversores americanos, un representante del Banco de Inglaterra, el señor Hazard, se restregaba ansiosamente sus antenas de cucaracha ante la perspectiva de un Sur emancipado:

«Es probable que la esclavitud sea abolida por el poder de la guerra, y el cautiverio de esclavos. Tanto yo como mis amigos banqueros en Europa estamos a favor de esto, porque la esclavitud no es más que la propiedad de la mano de obra, lo que conlleva el cuidado de los trabajadores, mientras que el plan de Europa, dirigido por Inglaterra, es que el capital ha de ser quien controle la mano de obra con el control de los salarios…»[3] .

Mientras a los abolicionistas de Nueva Inglaterra se les reventaban los vasos sanguíneos lamentándose del espantoso Sur y de su cruel sistema esclavista, dos de cada cinco obreros de sus fábricas eran niños blancos de menos de dieciséis años (algunos solo siete) que solían trabajar muchas más horas que los esclavos sureños[4] . Igual que los cientos de miles de niños europeos que fueron incautados, drogados, golpeados y obligados a trabajar hasta matarlos en el siglo XIX, niños esclavos norteamericanos trabajaban con horarios demenciales en estancias oscuras y mal ventiladas, perdiendo sus miembros y sus vidas bajo la mirada cruel de sádicos adultos. Mientras que a los esclavos negros se les liberó presuntamente en 1863, niños de todas las razas siguieron trabajando bajo el látigo industrial hasta principios del siglo XX. Todos aquellos niños, eso sí, eran trabajadores libres.

Como también fueron libres los millones de antiguos esclavos sureños cuya emancipación solo logró que regresasen a las plantaciones como aparceros y granjeros arrendatarios. Cínico acerca de la tierra que se asentó tras la tormenta de polvo de la Reconstrucción, un escritor de un periódico negro dijo que la Guerra de Secesión daba la impresión de haber sido mejor negocio para los inversores del Norte que para los negros del Sur: «Los esclavos pasaron a ser siervos y se les encadenó a la tierra […] Tal fue la alardeada libertad adquirida por el hombre de color de manos de los Yanquis[5] ».

El sistema sureño de cosecha se ganó altísimas calificaciones en el Derby de Trabajos de Mierda. La centralización progresiva de la agricultura sureña,

financiada sobre todo por no agricultores que jamás habían vivido en una granja ni habían recolectado una bola de algodón, cercó muchas de las tierras de dominio público con las que incontables granjeros blancos independientes habían sobrevivido hasta entonces. Aunque nominalmente libre para competir en el mercado, el terrateniente rural se veía constantemente socavado por los grandes hacendados que contrataban ejércitos descomunales de escardadores. Al igual que la mayor parte de los pequeños empresarios de la actualidad, el granjero autosuficiente fue expulsado del juego por los Grandes, y casi todos los jugadores pequeños se vieron precipitados hacia el estercolero de la aparcería y el arrendamiento. Tanto a los exesclavos como a los exgranjeros blancos se les aplastó hasta hundirles en esa clase. A principios del siglo XX hasta los granjeros norteños trabajaban más horas que las que habían trabajado los esclavos en el Sur prebélico[6] .

Mientras resultaba cierto que el propietario de una gigantesca plantación sureña no era propietario de los cuerpos de sus aparceros de por vida, no era menos cierto que tampoco tenía que alimentar ni dar techo a esos cuerpos de por vida. Siempre podía contratar nuevos cuerpos. A los trabajadores que se quejaban se les cortaba inmediatamente el crédito y se les desalojaba de la granja, pasando a ser «basura despreciable» en una economía destruida en la que para poder sobrevivir era preciso contar con una cuenta de crédito. A quienes deseaban permanecer en la granja se les obligaba a postrarse ante los Grandes Patrones. Se decía que el arrendatario sureño (que se diferenciaba del aparcero en que poseía algunas herramientas propias) era un trabajador libre. Pero no tenía ningún control sobre el sistema de crédito, ningún control sobre la contabilidad, ningún control sobre la venta de las cosechas, ningún control sobre los vaivenes del mercado, ningún control sobre los precios en la tienda local del Patrón y ningún control sobre los matones a caballo que contrataban para golpearle al menor atisbo de que se estuviese volviendo perezoso. «Considerar a esa gente campesinado es subirles de categoría», afirma el historiador David E. Conrad, «pues, a diferencia de los campesinos de la Europa medieval, no contaban con la garantía de la tierra ni con derechos que tanto el arrendador como el gobierno estuviesen obligados a respetar[7] ».

Las familias de arrendatarios, en su mayor parte analfabetas y sin conciencia de la estafa a la que estaban siendo sometidas, se vieron atestadas en chabolas como cajas de cerillas, sin electricidad ni agua corriente. En una fecha tan reciente como 1935, menos de una de cada veinticinco granjas sureñas poseía cableado para instalar bombillas[8] . De los millones de familias arrendatarias del Sur, puede que dos de cada tres fuesen blancas, con lo que las filas de arrendatarios casi se dividían a partes iguales en la línea de color[9] . Sofocadas de calor en verano y temblando de frío en invierno, sin nada parecido a un cagadero externo en el que tener algo de privacidad, las familias de arrendatarios atendían sumisamente al repicar de la campana matinal que les llamaba al TRABAJO. Se pasaban años luchando con el tiempo caprichoso, la tierra muerta, hordas de bichos voraces, la malnutrición y la enfermedad debilitadora. Pero el peor insulto se les reservaba normalmente para fin de año, cuando llegaba el momento de hacer las cuentas. Lo que el arrendatario sureño casi siempre obtenía por todo su sudor, sus callos, sus músculos doloridos y su piel ajada era absolutamente

NINGÚN ingreso anual, es más, se encontraba endeudado con el Patrón. Más que ser una aberración, lo de tener ingresos anuales negativos era la norma. Se le tendría que extender más crédito con avidez, y el foso se iría haciendo más hondo hasta que ya resultase imposible salir de él y escapar. Tal y como lo expresó una arrendataria: «Esos siempre sabían arreglárselas pa que los pobres nunca tuvieran oportunidá de sacar ná[10] ». Algunos patrones explicaban benévolamente que el endeudamiento esclavista en realidad beneficiaba a los granjeros sureños pues la deuda garantizaba que los negratas perezosos y la basura blanca pobre siguiesen trabajando duro.

Incluso con la más fértil de las cosechas y los precios más halagüeños, un esclavo de la cosecha podía darse con un canto en los dientes si lograba rascar COMO MÁXIMO un par de cientos de dólares por el trabajo de todo un año. Pero cuando los precios se desplomaron a finales de los años veinte, lo único que podría permitirse sería un traje nuevo a cambio de otro año de trabajo desmoralizador. En la década de 1930, la nación se enfrentó al irónico espectro de los granjeros muriéndose de hambre. Los programas de «ayuda» del gobierno como la Ley de Ajuste Agrícola de 1933 canalizaron fondos directamente a los poseedores de las tierras, no a los que las trabajaban. Los terratenientes consolidaron de este modo su mando sobre granjas más grandes y cada vez más automatizadas. Imitando el movimiento de cercado inglés de unos siglos antes, desecharon a cientos de miles de granjeros de la tierras en las que habían trabajado sus familias durante generaciones. Los bulldozers aplastaron fácilmente sus barracas abandonadas. Con todo lo brutalmente ingrata que había sido la aparcería, ya ni siquiera volvería a ser una opción.

El granjero se siguió viendo cercado. En 1950, diez millones de estadounidenses se ganaban la vida arando la tierra. En 1980 ya eran menos de cuatro millones. En 1990, alrededor de dos. Y es muy probable que al menos medio millón más hayan desaparecido a estas alturas. Dudo que alguien que no sea granjero pueda apreciar hasta qué punto se ha jodido al granjero estadounidense. Dado que nunca he plantado más que semillas de marihuana, no me las daré de saber lo que es que se me presente un acreedor y me arrebate la tierra porque el gorgojo haya echado a perder la mayor parte de la cosecha del año. Solo declararé de un modo respetuoso que los granjeros, ya sean blancos, negros o pardos, han sido uno de los grupos más maltratados e infravalorados de nuestra historia. Mientras a cada minuto brincan de la pantalla de tu televisor paletos rurales cómicos, no verás muchos granjeros trágicos en horas de máxima audiencia. Puede que casi todos los canales de televisión sean propiedad de los mismos tipos que ahora son dueños de las granjas.

Del mismo modo, los Hatfield y los MacCoy homicidas están incrustados profundamente en el imaginario mítico de la cultura popular, mientras que el salvajismo infligido en los Apalaches por las compañías mineras y madereras durante la misma época se desconoce casi por completo. A medida que los ferrocarriles comenzaron a reptar por los bosques de los Apalaches a finales del siglo XIX, los chicos ricos en capital del Este se dieron cuenta de que los recursos naturales de las montañas, tan sumamente desaprovechados, eran una caja registradora a la espera de ser saqueada. En cuanto se bajaron del tren, se pusieron a aspirar toda la tierra que pudieron. Proliferaron

negociaciones de contratos fraudulentos entre lisonjeros agentes bien adiestrados de las empresas y montañeses confiados de los que apenas una cuarta parte sabía firmar con su nombre. Rascando una «X» en la línea de puntos, muchos habitantes de los cerros renunciaron sin saberlo a toda la riqueza mineral que había bajo el mantillo de sus tierras que pasaron a manos de los saqueadores de las compañías. Se despertaron una mañana para encontrarse con maquinaria estruendosa removiendo la tierra de sus jardines.

La vida en la montaña, todavía resentida por el anárquico saqueo guerrillero que siguió a la Guerra de Secesión, se vio aún más dislocada por la ávida voracidad de tierras de los de fuera. La Comisión Tributaria de Virginia Occidental profetizó en 1884 que, si se mantenía la tendencia, el estado no tardaría en «pasar a manos de personas que no viven aquí y a quienes nuestro Estado no les importa salvo para embolsarse los tesoros que yacen enterrados en nuestras colinas [...]». La Comisión predijo que una vez que los empresarios ausentes hubiesen dejado la región seca de madera y carbón, la población local se quedaría «pobre, indefensa y desamparada[11] ». ¿Os habéis pasado últimamente por Virginia Occidental?

Casi todos los sinvergüenzas animadores del «Nuevo Sur» con sus medios de comunicación de «Hola, amiguitos», no compartieron la preocupación de la Comisión y, en lugar de eso, en vez de posicionarse con los yokels locales, se pusieron del lado de los muchachos de las compañías. Las clases altas de Kentucky y de Virginia Occidental sacaron más tajada de los inescrupulosos capitalistas conquistadores que de los corn-crackers de la región. Ese fue el motivo por el que los periódicos locales, propiedad de la gente bien, silenciaron el hecho de que las compañías mineras estuviesen matando a más gente que todas las ancestrales enemistades montañesas juntas.

No es coincidencia que surgiesen informes de prensa sensacionalista de rivalidades entre caníbales de las montañas al tiempo que a los habitantes de las montañas se les estaban arrebatando sus tierras de un modo fraudulento y generalizado. La edad dorada de las enemistades familiares duró más o menos desde 1875 hasta 1915; durante el mismo período, la titularidad de los Apalaches cambió casi por completo de manos locales a las zarpas de los de fuera. Y para los intereses capitalistas que se manifestaban a través de los periódicos, los montañeses desgarbados y violentos estaban bloqueando el camino del progreso. Se precisaba una excusa para quitárselos de en medio y dieron con ella en la bien probada Mancha de la Barbarie. Para excusar lo que equivalía a una violación económica, se tuvo que argumentar que los hillbillies lo habían estado pidiendo a gritos. Y por eso a los montañeses se les retrató tal y como se había retratado antes a los indios; unos primitivos imprevisibles que habían perdido sus derechos a la administración de la tierra debido a su prehistórica indolencia.

Para sentirse mejor por robar a los moradores de las montañas, se creyó necesario deshumanizarlos antes. El 12 de febrero de 1888, el *Louisville Courier-Journal* denunció las «inhumanas torturas» de los «salvajes blancos» de las colinas[12] . A los seis días, el *New York Times* señaló que «el carácter puramente salvaje de la población» podría necesitar la imposición de algunas «influencias civilizadoras» para alzar y modernizar a esas «sencillas criaturas

de la naturaleza[13] ». Al tratar de pintar los acontecimientos de colores más alegres, el promotor local J. Stoddard Johnston explicó que no había que culpar a los hillbillies si actuaban como ñus chillones; lo único es que sufrían por falta de un trabajo asalariado. Pero Johnston añadió que no había que inquietarse, porque «había llegado la ayuda a esas gentes abandonadas» bajo la forma de unos mesías de fuerza industrial[14] .

Los periódicos no parecían ni mucho menos tan preocupados por el hecho de que los montañeses se estuviesen rociando entre sí a base de perdigonazos como por el hecho de que las historias pudiesen llegar a filtrarse fuera de los Apalaches y disuadiesen a los inversores de espolvorear su camino con un poco de azúcar. «Los capitalistas», se lamentaba el *Wheeling Intelligencer* , «se niegan a venir y a hacer prospecciones porque dicen que les dan miedo nuestros forajidos. No puedes hacer que se adentren en el interior para inspeccionar nuestra tierras mineras y madereras porque temen que les tiendan una emboscada[15] ». Mientras el eco estruendoso de los trabucos de las montañas pudo haber espantado a uno o dos miedicas de ciudad, en general no fue cierto; los capitalistas estaban secuestrando tierras con la misma rapidez con que redactaban contratos fraudulentos. A decir verdad, los montañeses tenían más que temer de los capitalistas que estos de ellos.

Aun cuando menos del uno por ciento de la gente de la montaña se vio alguna vez envuelta en las enemistades, la vieja Mancha de la Barbarie se les pegó prácticamente a todos. Y aunque hubiesen muerto alrededor de cien personas a lo largo de toda la historia de la rivalidad en la montaña, más de cien morirían masacradas en la explosión de una sola mina de carbón.

¡BOOOM! Trescientos sesenta y un muertos aplastados en Monongah, Virginia Occidental, en 1907. *¡POW!* Ciento ochenta y tres cuerpos explotaron en Eccles, Virginia Occidental, siete años más tarde. *¡CRUNCH!* Ciento doce mineros de Virginia Occidental fulminados en Layland en 1915. *¡BAM!* Ciento noventa masacrados en Benwood, Virginia Occidental, en 1924. Incluso aunque la Primera Guerra Mundial dejase en su estela diez millones de cadáveres, los soldados norteamericanos estuvieron estadísticamente más seguros en los campos de batalla de Europa que los mineros del carbón en Virginia Occidental durante el mismo lapso de tiempo[16] . Los mineros de los Apalaches tenían el índice de mortalidad más pronunciado del mundo industrial. Se extraían cadáveres de las minas con la misma despreocupada indiferencia que si fuesen trozos de carbón, solo que el carbón era más valioso.

Demasiadas moscas muertas en el parabrisas. Mete otro cadáver bajo el martinete de la excavadora y observa cómo lo despachurra. Túmulos de trabajadores muertos. Su sangre cala sus camisas de currantes y empapa la tierra, fertilizando la economía. Entran jóvenes y saludables en la casa de la risa y son cagados por el otro extremo cojos, deformes y teñidos de cáncer. Todos esos cuerpos de mineros destripados no son nada inusual en el mundo del trabajo libre. La cruda maquinaria de las viejas casas de trabajo de Inglaterra siempre sirvió como artefacto accidental de tortura, triturando los dedos y los miembros de adultos y niños que estaban tan mortalmente cansados que no se daban cuenta de que se estaban inclinando más de la

cuenta sobre el metal rugiente. Los trabajadores norteamericanos del ferrocarril caían muertos a una velocidad de unos doscientos al año a lo largo de la década de 1890. Otros doscientos mil trabajadores del ferrocarril quedaron mutilados o lesionados durante esa misma década[17] . Solo en el año 1914, se estima que unos treinta y cinco mil norteamericanos perdieron la vida mientras trabajaban[18] . En la década de 1920, cerca de un cuarto de millón murieron en el trabajo y un millón adicional quedaron tullidos de por vida[19] . Durante la Guerra de Vietnam, no hubo un solo año en el que las bajas de soldados superase en Estados Unidos a los que morían en sus puestos de trabajo[20] . Y esa estadística solo cuenta las muertes por accidente, no todas las enfermedades fatales relacionadas con el trabajo como la neumoconiosis, la septicemia, los daños neurológicos y cualquiera de los incontables tipos de cáncer. Aún en la fraternal década de 1990, los puestos de trabajo estadounidenses se saldaron con cerca de quince mil cadáveres al año, sin contar las muertes relacionadas con las enfermedades relacionadas con el trabajo[21] . Los camioneros de largas distancias, esos trabajadores redneck arquetípicos, acababan cada año como animales arrollados. En 1992, se consignaron seiscientas una muertes de camioneros que se quedaron dormidos al volante por agotamiento[22] .

Mi tío Arnie murió a causa de un golpe de calor mientras trabajaba en una plataforma petrolífera de Texas. También corren rumores (difíciles de confirmar puesto que el rabioso borracho ya no está con nosotros) de que mi abuelo paterno murió de las múltiples heridas ocasionadas en un accidente de la cantera donde trabajaba. Hay motivos para sospechar que el cáncer que acabó con mi padre a los cincuenta y nueve años estaba relacionado con todas las toxinas que inhaló y sangró como fontanero y obrero de una refinería de petróleo. ¿Quién sabe cuántos de mis antepasados americanos, en la línea espermática que corre desde los iniciales siervos de cumplimiento forzoso y los convictos hasta mí, fueron devorados vivos por la máquina?

Las compañías mineras del este de Kentucky y de Virginia Occidental contaban con un método tradicional para tratar con los obreros que se habían quedado desfigurados, ciegos o lisiados en un accidente minero. Se denominaba desahucio. Después de pasar por ese dolor que te cauteriza el alma de convertirte en un discapacitado, al minero se le ordenaba severamente que abandonase las instalaciones junto con su familia, se le desprendía sin miramientos de su sustento y era improbable que volviera a encontrar un trabajo en su vida. Su casa no tardaría en ser ocupada por otra familia al frente de un hombre con un cuerpo capacitado para socavar día y noche la roca dura.

Pero incluso quienes lograban escapar de la muerte accidental y del desmembramiento tampoco tenían probabilidades de cumplir sus sueños en un pueblo minero de los Apalaches. Como con las plantaciones de aparcería más al sur, los jefes de las compañías controlaban cada casilla del tablero de juego. Escogían cuidadosamente a los testaferros del gobierno local y de las fuerzas del orden. Eran dueños del sector inmobiliario de la ciudad, de las escuelas, las iglesias, las tiendas, las gasolineras, los cines y los hospitales. Aunque los mineros tenían su sueldo, casi todo su salario regresaba a la compañía en forma de alquileres, servicios, herramientas y comestibles. A los

trabajadores se les solía pagar solo con vales, fichas de basto latón o aluminio canjeables únicamente en el economato de la compañía. Pero debido a los precios hiperinflados de aquellas «ladronerías», un vale de un dólar equivalía a unos sesenta centavos. Mientras los patrones recuperaban toda su inversión minera solo con la recolecta del alquiler de sus obreros (sin contar un centavo de la pasta que hacían vendiendo el carbón), el minero ordinario siempre acababa debiéndole el alma a la tienda de la compañía. Aunque los patrones y los obreros fuesen teóricamente iguales, todo el dinero se quedaba en un lado mientras que todo el trabajo se reservaba para el otro.

Cuando la industria del carbón se fue al garete con las crisis de precios y producción, fue sin duda culpa de la pésima gestión del Patrón. El minero estaba demasiado ocupado dejándose la piel en la mina para afectar la planificación empresarial. Pero fue el minero, no el patrón, el que se vio obligado a sufrir. Los recortes en la industria del carbón significaron que habría menos mineros trabajando más horas por salarios más bajos. También habría supervisores e ingenieros peor pagados, por lo que las muertes y las mutilaciones NO se recortarían. Después de doce horas de estar agachado en una oscuridad casi absoluta, inhalando polvo de carbón y picoteando rocas monótonamente, un minero podía darse con un canto en los dientes si podía permitirse un saquito de harina con el que poder alimentar a su familia. Pero cada vez más, incluso ese escenario de pesadilla estaba siendo eliminado como opción porque las horas de trabajo disponibles se estaban agotando en todo el territorio del carbón.

A los que se quejaban de las nuevas condiciones se les entregaban notificaciones de despido. A quienes intentaban sindicarse y hacer frente al poder de los patrones eran atacados a porrazo limpio por tropas policiales contratadas por la compañía que dejaban a los mineros arrastrándose por el suelo, con los cráneos reventados y ensangrentados. Aunque las compañías mineras estuviesen reduciendo personal, tenían bastante dinero para contratar polizontes armados, detectives privados y matones enmascarados para desbaratar los incipientes sindicatos a través de la violencia terrorista. Asesinatos tipo ejecución de organizadores sindicales estaban a la voz del día. Y aparte de aquellas milicias privadas que poseían, los Grandes Patrones tenían suficiente influencia política para contar con el apoyo de la milicia estatal o de la Guardia Nacional cuando viesen que no se podía doblegar a los mineros con facilidad.

La mayor parte de los diecinueve mineros asesinados en Pennsylvania por los polizontes de la compañía en la Masacre de Lattimer de 1897 fueron acribillados por la espalda. También los diez huelguistas asesinados por la policía en Chicago durante la Huelga de Republic Steel de 1937. Los nombres con que se conocen muchos de los conflictos sindicales de la época («Harían Sangriento», «Mingo Sangriento», «La Masacre de Matewan») muestran que fue un período estruendosamente violento. Típicas del odio antisindical endémico de la policía fueron las declaraciones jactanciosas que le dedicó el sheriff Cliff Corprew de Dadeville, Alabama, a los trabajadores en huelga: «Vamos a utilizar ametralladoras y vamos a acribillaros hasta acabar con todos vosotros, cabrones[23] ».

Ametralladoras (concretamente, ametralladoras Gatling) fueron las que utilizó

la Agencia de Detectives Felts para reducir a los mineros en huelga durante la Masacre de Ludlow de 1914 en el sur de Colorado. Sesenta y seis personas fueron asesinadas por los polizontes a sueldo de Rockefeller. Once de las víctimas fueron mujeres y niños que quedaron achicharrados como tostadas humanas cuando los guardias incendiaron las tiendas del campamento de los huelguistas. El megahipermillonario John Davison Rockefeller, preocupado por que su imagen pública hubiese podido quedar dañada, posó para varias fotografías dando limosna a los niños necesitados.

Aunque lo de la mano de obra contra los directivos tuviera toda la parafernalia de una guerra, las bajas fueron manifiestamente asimétricas. En toda la historia de la violencia laboral en el Sur, no murió un solo patrón.

Desde luego, los patrones siempre han recurrido a la fuerza para mantener el poder sobre los trabajadores. Pero la fuerza es tan inmediatamente fea, una exhibición tan clara del principio amo/esclavo, que suele provocar una reacción defensiva igualmente violenta. Métodos más sutiles de control del trabajador probaron ser mucho más eficaces.

La inmigración ha sido, históricamente, uno de esos métodos. Me he dado cuenta de que en el caso premilenario de los resfriados que afectaron a la sociedad norteamericana, cualquiera que cuestionase nuestra despatarrada política de inmigración era automáticamente tildado de racista. Enseguida sale a colación el mantra de «¡Dadme a vuestros rendidos, a vuestros pobres!…» que reza la placa de la base de la Estatua de la Libertad para avergonzar a quienes se atrevan a atacar la sabiduría de nuestra política de puertas abiertas. Esto, no obstante, ignora dos hechos bastante abrumadores. Uno, que esa cursilada de placa no se adosó a los pies de la Señora Libertad hasta muchos años después de que la inmigración masiva a través de Ellis Island quedase restringida por la ley. Dos, una importante proporción de aquellas masas inmigrantes, amontonadas como venían, fueron expedidas por los patrones de las compañías para que hiciesen de esquiroles y deflactores de salarios. Un detalle que a menudo se extravía es que Ellis Island floreció junto a unos niveles tremendos de violencia laboral. Si los sentimientos en contra de la inmigración hubiesen sido estrictamente racistas, líderes negros como Frederick Douglass y W. E. B. Du Bois no hubiesen suplicado a la administración capitalista que contuviese el flujo de inmigrantes europeos y, en su lugar, diese los puestos de trabajo a negros nacidos aquí. Y si todas las fuerzas antiinmigración de hoy estuviesen integradas únicamente por rednecks intolerantes, los sondeos de opinión no mostrarían negros nacidos aquí e hispanos superando sistemáticamente en número a los blancos en su rechazo al aumento de la inmigración[(24)] . La clase obrera, al margen del color, es plenamente consciente de que no estamos sufriendo escasez de mano de obra. Mirad cómo los grupos de interés especial se inclinan hacia el tópico, y puede que surja una imagen más clara: empresas monstruosas están financiando causas en favor de la inmigración, mientras los sindicatos y las organizaciones de trabajadores se oponen a ella.

Las encuestas demuestran una y otra vez que tres de cada cuatro estadounidenses desaprueban que haya más inmigración[(25)] . Al ignorar los deseos de los ciudadanos, George Bush conjuró en 1990 una imaginaria

«escasez de mano de obra» y consiguió que se aprobase por ley que se resquebrajasen las esclusas de un cuarenta por ciento más. En los últimos diez años han entrado legalmente en este país más inmigrantes que en la época de máximo apogeo de Ellis Island[26] . Esto sin contar los cinco millones de inmigrantes que se estima que se colaron por los torniquetes de manera ilegal. Y todo mientras los sindicatos estaban siendo desmantelados, las prestaciones laborales se eliminaban, los salarios se deshinchaban y la seguridad de un trabajo fijo se desvanecía.

Quiero dejar claro que me opongo a las políticas empresariales y que no estoy poniendo una sola molécula de responsabilidad sobre los inmigrantes. Sí, Gandhi, ya sé que la mayoría eran campesinos oprimidos en sus países de origen. Por supuesto, Madre Teresa, nuestra nación se fundó sobre la usurpación violenta de tierra, pero también fue así en todas las putas naciones del mundo. Con solo el cinco por ciento de la población mundial, ¿hay alguna razón más allá de la ñoña hermandad universal para que sigamos recibiendo más inmigrantes que el resto del planeta junto? ¿Es posible que detrás de todos esos globos multicolores y esos conmovedores apretones interraciales de manos tan fotogénicos esté el deseo de un excedente de mano de obra dócil? ¿Hasta qué punto el «¡Dadme a vuestros rendidos, a vuestros pobres!…» se traduce en «mantenednos bien surtidos de mano de obra barata»? ¿Cuándo empezamos a alimentar a los que ya estaban en la mesa en lugar de añadir más platos para la cena?

En las ciudades mineras de los Apalaches, las importaciones masivas de trabajadores esquiroles nacidos en el extranjero ayudaron a pulverizar la solidaridad de los sindicatos locales. La automatización acabó el trabajo. Al igual que la tecnología agrícola dejó a millones de aparceros sin hogar, la mecanización de la extracción minera empobreció la meseta de los Apalaches. Solo en la década de 1950, la región perdió un cuarto de millón de puestos de trabajo. Los niveles de desempleo, pobreza y hambre se encuentran ahora entre los más altos de la nación. Los bosques han desaparecido. Casi todas las minas son acumulaciones abandonadas de residuos. El aire, el agua y la tierra están envenenados con filtraciones sulfurosas. Neveras usadas, coches y otras máquinas muertas ensucian las antaño verdes colinas. Los niños juegan en pilas de basura, con mosquitos zumbando alrededor de sus cabezas y pequeñas protuberancias púrpura donde se les pudrieron los dientes. La región de los Apalaches es un Tercer Mundo Blanco, un chancro gigante ulcerado en la boca sonriente de la nación. Es la ciudad fantasma más grande del planeta. Aunque las compañías mineras siguen sacando provecho de la zona, pero lo hacen con máquinas, no con hombres.

En suma, parece que los Hatfield y los McCoy vivieron mejor que sus descendientes. Tengo un amigo que vive en Pike County, Kentucky, hogar de los McCoy. No hay mucho que hacer por allí en los tiempos que corren. El único trabajo que pudo encontrar fue en el ejército. Así que se alistó.

No importa lo mal que vaya la economía, el ejército siempre parece tener hueco para uno más. Me parece un pelín curioso que nuestro país nunca haya sido invadido (salvo cuando lo invadimos nosotros al principio), mientras millones de estadounidenses han comido balas, metralla y bombas en nombre de vaguedades tales como «los intereses vitales» y «la seguridad nacional».

Invariablemente, esos intereses vitales tienden a ser cosas como el petróleo y minerales antes que los cuerpos vivos de los jóvenes soldados. Incluso cuando los traficantes de la guerra puedan poner el grito en el cielo desde sus púlpitos acerca de cosas como Dios, la nación, la democracia o la protección de nuestras mujeres, siempre hay en liza un dinero obsceno y enmierdado cuando las naciones entran en guerra. Todas las guerras son guerras comerciales. De eso podéis estar seguros. Pueden imponerse excusas ideológicas sobre los incautos para persuadirles de que ofrezcan sus vidas, pero esa es una broma cruel de lo más letal. Si Saddam Hussein hubiese sido un dictador de un país situado en algún lugar del centro de África en el que no hubiese petróleo, nos la habría sudado mucho que actuase como Hitler.

Puede parecer extraño empezar de pronto a refunfuñar acerca de la guerra en mitad de un capítulo sobre los patrones y los obreros, pero dadme un minuto para que pueda explicarme, bastardos ansiosos. La relación entre quienes *orquestan* las guerras y quienes *luchan* en ellas es directamente paralela al modelo de quienes *financian* la economía y quienes *trabajan* en ella. A lo largo de toda la historia, los tipos más ricos han considerado la vida de soldado como trabajo de negrata. Los granjeros pobres y los exsiervos lucharon en la Revolución Americana sin que les pagasen, mientras los chicos adinerados evitaron el servicio pagando cinco libras esterlinas[27] .

Los reduccionistas raciales hacen fibrilar sus campanillas proclamando cómo la riqueza de nuestra nación fue construida gracias a la esclavitud negra que recolectó el algodón, pero puede que sea más seguro afirmar que se ha hecho más dinero manchado de sangre con la guerra que con cualquier otra cosa. La sabiduría popular dice que la guerra estimula la economía. Los buques deben ponerse en marcha. Hay que fabricar armas. Hay que coser uniformes. Hay que construir ataúdes. «La guerra es un negocio», se lamentaba el general exmarine Smedley D. Butler en 1935, harto de todo el asunto: «El único en el que los beneficios se cuentan en dólares y las pérdidas en vidas[28] ». Habría que añadir que los que arriesgan sus dólares raramente son los que arriesgan sus vidas. Y los soldados que no quedan hechos trizas en el campo de batalla regresan a casa para enfrentarse a una deuda tributaria rascaciélica y a un trabajo incesante. En esencia, se ven forzados a pagar (con intereses) por el «privilegio» de haber sido casi asesinados. Hombres que chapotearon en las trincheras llenas de sangre de la Primera Guerra Mundial, aquella «guerra que iba a acabar con todas las guerras», no tuvieron que esperar mucho hasta que golpeó la Gran Depresión. Y si sigues pensando que el racismo ha herido a más gente que la guerra, trágate esto: en Vietnam murieron más negros norteamericanos que los que fueron linchados en toda la historia de Estados Unidos[29] .

Cuatro de cada cinco soldados enviados a Vietnam eran chavales pobres o de clase obrera[30] . La gente de cuello blanco, por otra parte, estuvo escasamente representada. Los de cuello blanco obtuvieron prórrogas, los de cuello azul cartas de reclutamiento. La clase obrera aprendió a odiar la guerra vadeando junglas y arrozales; las clases altas aprendieron a odiar la guerra sentaditos en las aulas de Ciencias Políticas, asignatura 101. Vietnam supuso un auténtico hachazo para las relaciones de clases en la Norteamérica blanca y dejó una hendidura aún más profunda que la que ya había

desgarrado a la clase política. Los medios (lo recuerdo de cuando era niño) emitieron la batalla doméstica como un enfrentamiento entre «albañiles» de clase obrera en favor de la guerra y hippies de paz y amor. La sorprendente verdad, si hemos de creer los sondeos de opinión, es que la clase obrera estadounidense se opuso a la guerra con más intensidad que las familias de clase media y alta cuyos hijos probablemente eran hippies que iban hasta el culo de ácido proclamando el amor libre(31) . Después de todo, eran los hijos de la clase obrera los que estaban muriendo en Vietnam. Lo que se les escapaba a las clases altas era que se necesitaba TIEMPO LIBRE para meterse ácidos y asistir a las sentadas hippies.

Tanto los albañiles como los hippies odiaban la guerra, pero por motivos diferentes. Los albañiles se preocupaban por sus hermanos e hijos, los hippies se preocupaban por los vietnamitas. Y los hippies, que eran como camarones conservados en salmuera, a veces eran más dados a insultar a los títeres de clase obrera que no podían evitar ser llamados a filas que a culpar a los políticos ricos que los reclutaron. Así que la guerra cultural entre albañiles y hippies fue real, pero tuvo más que ver con la antipatía clasista que con la política bélica del gobierno. Los hippies estaban en lo cierto al afirmar que los albañiles estaban luchando una guerra injusta e innecesaria, pero se equivocaban al pensar que a los albañiles les quedasen otras alternativas en el asunto. Y los albañiles estaban en lo cierto al afirmar que los hippies eran hippi-ó-critas al juzgar una guerra que podían permitirse el lujo de evitar.

Los 58 191 estadounidenses que murieron en Vietnam fueron «recompensados» con un resplandeciente muro negro en Washington D. C. Los cerca de ciento cincuenta mil que sufrieron heridas no fatales y el medio millón o más que serían atormentados por el trastorno de estrés postraumático fueron recompensados con muy poco. Se estimó que hubo más excombatientes que se suicidaron a su regreso de Vietnam que los que murieron en el propio Vietnam. Pero en los Estados Unidos de América nos desembarazamos de la culpa al viejo estilo: haciendo películas.

Nuestro safari militar en Vietnam acabó en 1975, dos años después de que los salarios de los obreros estadounidenses alcanzasen la cota más alta de toda la historia. Desde entonces no ha parado de declinar. En dólares de 1973 ajustados por la inflación, los ingresos medios se desplomaron más del diez por ciento, mientras la productividad per cápita se disparó en casi un treinta por ciento. Los trabajadores habían estado produciendo más y se les estaba pagando menos. Para volver al punto donde él o ella estuviese en 1973, el trabajador estadounidense medio tendría que reventarse el culo seis semanas más que las que él o ella tenían que currarse antes(32) . Pero desde 1980 hasta el presente, los integrantes de la *Fortune 500* [79] duplicaron con creces sus participaciones y multiplicaron los salarios de los directivos en más de un seiscientos por ciento, todo ello al tiempo que despedían a más de cuatro millones de trabajadores(33) .

La mayor parte de los millones y millones de trabajos de clase obrera perdidos en Estados Unidos en los últimos veinte años no van a volver. Las máquinas se apoderaron de algunos, los trabajadores extranjeros consiguieron también buena parte de ellos, y muchos puestos de trabajo

simplemente desaparecieron. Y los nuevos trabajos que se han creado son asombrosamente mierdosos. Los empleos fijos ya no te garantizan que puedas cubrir tus necesidades fijas. Una tercera parte de los estadounidenses con trabajo fijo ni siquiera pueden alzar la barbilla por encima del umbral de la pobreza(34) . Con el siniestro aumento de la media jornada y el trabajo temporal, los estadounidenses cada vez tienen que hacer más malabarismos con dos o tres trabajos mal pagados y siguen sin ser capaces de pagar el alquiler. Una bola cada vez más grande de trabajadores no pueden encontrar curro. Y los que no han sido cercenados por la motosierra de los recortes están trabajando muchísimas horas más. Los únicos con trabajo fijo de este planeta que hacen más horas que los estadounidenses son los coreanos y los japoneses, pero son unos maníacos(35) . Los siervos europeos del siglo XIII tenían más tiempo de ocio que el trabajador estadounidense medio de 1996(36) . Esto es el progreso.

¿No se suponía que la tecnología iba a liberarnos y no a dejarnos en el paro? ¿Por qué el mercado de valores estalla y los sueldos permanecen estáticos? ¿Por qué nos dicen que hagamos sacrificios cuando sus sueldos triplican o cuadruplican los nuestros? Imbécil de mí, pensé que la cosa mejoraría para los trabajadores al final de la Guerra Fría, no que empeoraría. El «dividendo de la paz», por lo visto, se está gastando en algún lugar al otro lado del charco, donde puedes comprar más mano de obra por un pavo.

En algún momento no muy lejano del siglo XXI, las empresas multinacionales serán más poderosas que las naciones. Cincuenta de las cien entidades económicas más poderosas del mundo son ahora corporaciones; la otra mitad son países(37) . Los recortes domésticos de personal tuvieron lugar al mismo tiempo que los jefes consolidaban su poder y ampliaban sus operaciones en el mercado global. Los patrones saben que si los trabajadores empiezan a dar por culo por aquí, hay un aborigen en el interior de Borneo que aceptará alegremente el trabajo por treinta centavos al día. Las multinacionales asesinaron al obrero estadounidense. Lo fundieron, lo rajaron, lo castraron y lo machetearon hasta matarlo. Los patrones simplemente recogieron sus canicas y se largaron a otra parte. Pronto todo el planeta será conducido como un feudo de un pueblo minero de los Apalaches. Por todo el mundo acataremos la campana del amanecer de la plantación global.

Ayer le dijeron a mi mujer que la iban a despedir. Estaba trabajando como secretaria temporal en el departamento de gestión de riesgos de una compañía local de servicios. Se conoce que su jefe no considera la seguridad del trabajador como un riesgo que merezca la pena gestionar con cuidado. Era el undécimo trabajo temporal de mi mujer en menos de dos años, aquí, en Portland. Vi la rígida tristeza instalada en su rostro esta mañana mientras se untaba el maquillaje y se embutía en su vestido de empresa antes de enfrentar uno de sus últimos días en ese curro. Lleva trabajando sin parar desde que salió de la universidad, hace ya veinte años. Y he tenido que ver esa misma expresión en su cara once veces en los últimos dos años. Una expresión que me decía que había respetado sumisamente todas las normas, que había trabajado duro, y aun así las cosas seguían escapando a su control. Yo recordaba a todos sus jefes babosos. Recordaba a aquel que hace años le dijo que la había contratado porque tenía las mejores tetas de todas las

solicitantes. Recordaba al jefe que la humilló con sus notitas sobre cómo debería acortar sus viajes al cuarto de baño. Cuando se puso a llorar esta mañana, ¿qué iba a decirle? ¿Que las cosas iban a ir mejor? Todo indica lo contrario.

Ella siempre detestó tragarse su individualidad y trabajar en equipo. «Trabajar en equipo» en realidad significa ser una hormiga obrera ciega que se adhiere al hormiguero. Significa no tener opiniones, sentimientos, hábitos ni aspiraciones que se desvíen de la Estrella de la Muerte que es tu empresa. Significa ser un androide de olor agradable. Significa ser, vestirse y sonreír exactamente como el resto del equipo. Significa reírse (u ofenderse) de los mismos chistes que los demás. Cuando el jefe dice salta, tú saltas con el brío sonriente del chimpancé de un organillero.

La oficina es un sarcófago. Todo tan desalmado como las alfombras de fibra sintética. Hasta el agua sabe insulsa. Cuidadito con lo que dices. Cuidadito con lo que haces. Contrólate. Sonríe, pero no demasiado. Ríete, pero de buenas maneras. Aunque no pongas el corazón, que lo parezca. Si sientes negatividad, lo que sea, muérdete los labios hasta hacerte sangre. Guárdatelo para ti. No dejes que ellos lo vean. No dejes que sospechen, NO… TENGAS… MALOS… PENSAMIENTOS.

Vuelvo a alguno de mis jefes. El ligón que se hacía la manicura y se quemaba la piel hasta adquirir un horrible color oxidado en el centro de bronceado. El de los suegros propietarios de un casino con el que financiaba sus pequeños proyectos personales, y las ganas que me entraron de estrangularlo con su coleta cuando me despidió para reducir gastos. La mujer que comía sándwiches de ensalada de huevo y leía revistas New Age que me pellizcaba sádicamente cuando se enfadaba. El niño de mamá de mejillas sonrosadas con su muñeco de Pee Wee Herman y sus golpetazos condescendientes. El que heredó el negocio de su padre y se sentaba con los pies en la mesa a hablar por teléfono con sus estúpidos amigotes de copas. La pareja casada que entre sí no follaba, pero se tiraba a todo lo que entraba por la puerta. El gordo supervisor de telemarketing de cincuenta tacos que flirteaba con adolescentes de dieciséis años en sus cubículos telefónicos. Los gángsteres psicóticos, evasores de impuestos de la venta del calzado y sus novias recauchutadas. Los compinches con barba que los viernes se largaban prontito para jugar al golf. El cristiano renacido que me ladraba órdenes con un altavoz estéreo incrustado en la pared.

Ninguno de aquellos jefes era particularmente brillante. Cómo no, heredaron su fortuna. Aunque raramente se reconozca, la riqueza heredada (al igual que la pobreza heredada) constituye un sistema de patrimonio de manera muy similar a la supremacía blanca.

Nacido para trabajar. Recuerdo cuando se cayó la transmisión de la parte inferior de mi taxi, por suerte mientras aguardaba al ralentí en un semáforo en rojo. Recuerdo la columna de dirección entera de mi taxi desprendiéndose sobre mis rodillas mientras iba conduciendo, y cómo tuve que girar bruscamente para no matarme. Recuerdo pasarme doce horas metido en el taxi para volver a casa con cinco pavos. Recuerdo donar fluidos corporales y que me clavasen un montón de agujas en el centro de investigación médica de

la universidad para rascar algo de dinero y poder ir tirando. Recuerdo haber perdido un alto grado de inocencia cuando me enteré de que mi jefe estaba cobrando a los clientes noventa dólares la hora por un trabajo por el que yo me estaba sacando doce pavos por el mismo tiempo. Recuerdo haber ganado solo diez dólares por hora en 1995, sin prestaciones ni vacaciones, por hacer el mismo trabajo que en 1987 me proporcionaba dieciséis dólares con todas las prestaciones. Aunque mi mujer y yo tenemos títulos universitarios y no tenemos hijos, los dos trabajamos a jornada completa y las pasamos putas. Mi padre no terminó el instituto y pudo mantener a su esposa y cuatro hijos sin ayuda de nadie.

Ya no hay esperanza, y eso es peligroso. Nos han dejado un mercado laboral desprotegido, castrado, desmoralizado, degradado, devaluado, desilusionado y reducido. Un húmedo encogimiento de polla en el gélido viento invernal. Ya no suenan las sirenas de las fábricas. Todo está en silencio. Perfora la tarjeta. Ficha en la puta salida. Vete a casa y restriégate toda la porquería de la piel. Trata de olvidar. Ya no te necesitan. Pero ¿quién va a limpiar toda la mierda cuando el circo se largue de la ciudad?

La de los jefes contra los trabajadores nunca ha sido una lucha justa. Más que ser un libre intercambio entre iguales, casi siempre ha adoptado la forma del chuloputas cabreado abofeteando a su zorra engreída.

En España, en tiempos de Colón, apenas un dos por ciento de la población poseía el noventa y cinco por ciento de la tierra[38] . En Norteamérica, en la época de la Revolución, más de dos quintas partes de la riqueza la acaparaba el uno por ciento de la gente[39] . Los trescientos cincuenta y ocho multimillonarios que hay actualmente en el planeta se sientan sobre un botín superior a la suma de lo que posee casi la mitad de la población mundial[40] . Y cada uno de esos trescientos cincuenta y ocho seres humanos, estoy seguro, se siente igual que tú y que yo.

Se calcula que veinticinco millones de estadounidenses blancos viven hoy por debajo del umbral de la pobreza[41] . Buena parte de ellos trabajan a jornada completa. Buena parte no puede encontrar un trabajo a jornada completa. Buena parte se ha rendido. Buena parte de sus antepasados lucharon y murieron más o menos con la misma mierda. Creo que los trabajadores ya han hecho suficientes sacrificios. Ha llegado el momento de reducir a los jefes.

¿Cómo cambiará el país cuando los millones que siempre han estado tambaleándose por debajo del umbral de la pobreza comiencen a caer en picado en la fosa? La desesperanza absoluta sabe muy bien cómo sacar a la gente de su estupor a base de hostias. Si la mayor parte de los blancos estadounidenses *se vuelve* basura blanca, puede que de repente la furia redneck deje de parecerles tan poco molona. Cuando todos esos graduados pacifistillas de camiseta desteñida, rastas, pantalones de campana, barbas mocosas y cejas perforadas de centro de estudios superiores se den cuenta de que nunca cobrarán más de entre 5,50 y 7,50 dólares la hora por trabajos de media jornada y sin prestaciones, su ecuación de furia de clase obrera igual a atraso intolerante se evaporará en menos de un segundo. Sus ideas finolis

sobre etiqueta cultural dejarán de parecerles una necesidad material tan inmediata y acuciante.

El otro día fui a una tienda de piezas de recambio de la zona norte de Portland para devolver unos pistones que no encajaban en el motor de mi pequeño coche japo. Dos Tipos Fornidos muy rectos estaban trabajando detrás del mostrador. Mientras uno de los Tipos Fornidos hojeaba tranquilamente las páginas amarillas de un gigantesco catálogo de repuestos, el otro se puso con el papeleo del reembolso de mis pistones. Mientras picaba interminables series de números en un teclado bastante curtido, nos pusimos a hablar sobre el lamentable estado del trabajo en Estados Unidos. «¿Sabe a dónde nos encaminamos?», me preguntó de un modo inquietante y al momento se respondió a sí mismo antes de que me diera tiempo a abrir el pico: «Al feudalismo empresarial, ¿sabe lo que es eso? La oligarquía, la élite, va a seguir exprimiéndonos hasta dejarnos secos, dándonos lo justo para vivir y nada más». Yo no dije nada, sorprendido momentáneamente ante el hecho de que un empleado de una tienda de repuestos de coche se me hubiese puesto a hablar de oligarquías y feudalismo. «Oh», intervino el otro tipo, «no querremos decir nada malo sobre las corporaciones y el gobierno, ¿verdad?». En el transcurso de quince segundos fui testigo de más discurso político que en años de ver la tele o leer periódicos.

Siempre es peligroso que los trabajadores se pongan a pensar. Cuando tipos que venden pistones para ganarse la vida ven las cosas con más claridad que los pelotas y vendidos de los medios, yo diría que tenemos problemas.

La clase obrera estadounidense ha muerto.

¿Qué va a pasar ahora?

6

OCIO DURO

DEMASIADA LLUVIA. Desde lo del diluvio de Noé, al Señor se le olvidó apagar el sistema de riego de la costa noroeste. Salvo por un breve y hostil estallido veraniego, la zona se ve siempre encapotada bajo un cielo sombrío del color de un centavo sucio. Y como si no bastase con las nubes del cielo, también cuelgan nubarrones bajos, como sanguijuelas, de las oscuras colinas verdes que bordean el río. Y las nubes tienen la costumbre de abalanzarse sobre las aceras bajo la forma de una niebla glacial de textura lechosa. Mantos de lluvia tintineando sin parar, acribillando metódicamente los charcos de las carreteras. El suelo empapado solo puede absorber la humedad hasta licuarse, provocando avalanchas de lodo, desprendimientos de rocas y deslizamientos de casas. No hay riesgo de sequía. Esta ciudad está mojada.

DEMASIADA INDUSTRIA, tanto muerta como viva. A veces, con el viento, puedes percibir el vago olor a pedo de las virutas de madera húmedas de la fábrica de celulosa situada a treinta kilómetros o más al norte, en el tóxico río Willamette, no muy lejos de donde se alza la planta nuclear Trojan, cerrada definitivamente. Más cerca de casa, operadores de residuos peligrosos con trajes blancos de astronauta chapotean por los corrales desolados de una fábrica de creosota abandonada. Almacenes de ladrillo erosionados por la lluvia con ventanas reventadas y maleza que llega a un metro de altura. Filas de remolques de camión oxidados, pilas de cabinas destrozadas y carteles pintados a mano que exclaman: ¡COMPRAMOS CHATARRA! Las fundiciones de acero, las refinerías de petróleo, las estaciones depuradoras de aguas residuales y las chimeneas que escupen incesantemente partículas venenosas, rebosan de vida. Vías ferroviarias que se entrecruzan con los finales de línea de las terminales de autobuses y lúgubres almacenes de camiones. Una retaguardia industrial adosada a una economía postindustrial. Eso es.

DEMASIADO COLESTEROL. Comida que convierte a los cólones más ágilmente peristálticos en mausoleos de frío granito. Trabajadores resacosos y medio dormidos que se agazapan para desayunar en los restaurantes baratos locales, obstruyendo sus arterias igual que el fango tóxico obstruye el río. Es una dieta hiperbólica: huevos, mantequilla, sirope, tortitas, salchichas, crema agria y patatas fritas chorreantes de grasa enterradas en una salsa campestre y bajo un arsenal de beicon. Demasiada grasa, lo mismo que si te metieras manteca de cerdo a manos llenas directamente de la lata, o que te pusieras a bucear en los contenedores del callejón de una clínica de liposucción. Antes grasa que fibra, antes mamíferos que vegetales. Aquí ni tofu ni arroz integral. Si no tienes que disparar o apuñalar a tu desayuno, es que no es comida. Y sienta tan bien al entrar como al salir. La comida de verdad es lo bastante fuerte como para matar a un hombre.

DEMASIADO CAFÉ. El vapor de las máquinas de expreso asciende igual que

cae la fría lluvia. En una franja de dos manzanas, justo al doblar la esquina de donde vivo, hay ocho establecimientos donde la manada de búfalos matinal puede comprar café para poner en marcha sus ventrículos. Dos de esos sitios se dedican casi en exclusiva al café y lo reparten en combinaciones multiplicadas algebraicamente de palabras acabadas en «ccino» y en «spresso», un culto pagano de adoración obsesiva al grano característico del escarpado Noroeste.

DEMASIADOS BARES. Cinco de ellos en la misma franja de dos manzanas, sin contar la tienda de licores. Están Slim's, Dad's, The Bluebird, The Wishing Well y el Dooley's, donde hay chicas que bailotean desnudas alrededor de una barra de bomberos. Todos esos bares cuentan con video-póker y con máquinas de condones en los baños. Tres de esos abrevaderos están abiertos hasta las siete de la mañana y siempre hacen buena caja.

El vecindario se llama St. Johns y hay demasiado de todo menos dinero. El valor de la propiedad en la comunidad del norte de Portland se encuentra entre los más bajos de la ciudad, más bajo incluso que en el sector nordeste, compuesto primordialmente de guetos negros. St. Johns se encuentra en la punta de una extensa península. Es el glande del pene de la zona norte de Portland. La punta de la polla. Dependiendo de hacia qué lado enrosques el cráneo puede parecerte el principio o el final. El alfa o el omega. San Juan, recordad, fue el psicópata alucinado que escribió el libro del *Apocalipsis* . Pero en estos tiempos no creo que San Juan se dejara pillar muerto en un sitio como este. Si San Juan vivió aquí en algún momento, debió coger a tiempo las de Villadiego. O quizá fue perseguido por una turba vociferante con antorchas. Huyó y se llevó consigo el apóstrofe[80] .

Hace cien años o más, merodearon por estas calles embarradas marineros anegados y leñadores cargados de semen, maníacos de permiso en busca de cabezas que machacar y virginidades que reventar. Un reportero local se refirió a aquellos tipos como «cieno(1) », pero apuesto a que no se lo dijo a la cara. A principios del siglo XX, el norte de Portland fue sede de casas de trabajo de resonancia medieval como la Portland Chain Co., la Forrester Fertilizer Co. y la St. Johns Ice & Coal Co. Durante la Segunda Guerra Mundial corrió la voz de que la zona había recibido una importante infusión de antiguos oakies que se habían quedado tirados, sin trabajo, en el norte de California.

St. Johns es uno de esos raros lugares tan consustancialmente exagerados que resultan casi imposibles de caricaturizar. Es uno de esos sitios de obreros de cuello grueso con un anillo de roña, anchos de hombros y muy aficionados a ponerse hasta el culo de birras y whisky con cerveza. St. Johns no tiene orquesta sinfónica, solo actuaciones baratas de garito y karaoke country. No hay museos de arte, a no ser que cuentes las pinturitas del terciopelo negro de las barras de bar. No hay extensiones de viñedos, sino camiones cargados a diario de Coors enlatadas. No hay terapias de curación con cristal, sino montículos fangosos de cristal de meta. Los residentes no tienen ni la más remota idea acerca de la diplomacia global, pero todo el mundo sabe cómo acabó él con el ojo morado y por qué ella abortó a su bebé.

A casi todos los comentaristas de fuera y a los modernos hechos a sí mismos, esta zona les parece grotesca. Cuando le suelto a la peña de Portland que vivo en St. Johns, hacen una pausa y me dedican una mirada de lástima como si les hubiese dicho que soy adoptado. O eso, o se ríen. Para muchos habitantes de Portland, St. Johns es un chiste, un divertido remanente local de la Nación Apalache de la que siempre se han reído y a la que siempre han temido.

Yo vine por su carácter, que es lo bastante duro para partirte un diente. Todo el lugar posee en sus papilas el fuerte sabor de un pueblito norteamericano que se ha vuelto rancio. De una bonita magdalena que está siendo devorada por hormigas. Las cosas son pintorescas, pero se pudren por los bordes. Es como Norman Rockwell con úlceras de herpes. Tarta de manzana con cuchilla de afeitar dentro. La calle principal después de haber sido objeto de vandalismo. No cambiaría St. Johns ni por todos los perforadores de pezones de la zona noroeste de Portland, los almuerzos energéticos del centro, ni por uno solo de los sorbedores de acidófilos que se sientan rollo loto en las llanuras que se extienden al sudeste de la ciudad.

La calle Lombard es la avenida principal de St. Johns, sede de todos los restaurantes, bares y cafeterías que mencioné antes. Sus aceras mojadas son pasarelas de un interminable desfile de moda de basura blanca. Tías de aspecto mohoso y tíos de rostro arrugado. Moteras drogadas y viejos estibadores cabreados. Gente que ha perdido tantos dientes que los mofletes se les derriban sobre la barbilla, tipo Popeye. Una adolescente en pantaloncitos cortos se rasca picaduras de pulgas y fulmina con la mirada a los coches que pasan. Un cretino estornuda sonoramente y sigue andando con un moco de ocho centímetros pendiéndole de la nariz. Un metalero condenado a una silla de ruedas con una barra de acero en la columna dice que está emocionado por la inminente gira de reunión de los KISS. Ladronzuelos de escaparate en escaparate, intentando vender carne roja robada en un supermercado local.

Los cuerpos que deambulan por la calle Lombard presentan dos formas: calabaza y judía verde. Esferas o líneas verticales. Sebo o hueso. Obesidad morbosa o delgadez anoréxica. Y por lo general se trata de glotones o consumidores de crank.

El general Custer abastece a los consumidores de crank y no es muy difícil dar con él. No se llama general Custer, pero me imagino que no tiene ningún interés en que le vuelvan a arrestar. Le colgué ese mote por el pelo rubio y por sus hábitos de acicalamiento decimonónicos. Custer vive con su compinche, un pitbull color arena, en una comunidad improvisada de camionetas y casas rodantes destartaladas aparcadas en un solar cubierto de cristales detrás de uno de los bares locales. Custer es un enlace entre los que elaboran el crank y los que se lo meten. Es muy probable que ayude más a los residentes de St. Johns a afrontar las mañanas que todas las cafeterías juntas.

El crank es al café lo que el homicidio sexual es a un beso de buenas noches. Es la oveja negra de la familia de las metanfetaminas. También llamado cristal de meta, zip o monstruo, para los trabajadores balbuceantes el crank es como combustible para cohetes. Aunque supuestamente sea una droga recreativa

(algo divertido), el crank suele consumirse para facilitar el rendimiento laboral. Trata tu riego sanguíneo como si fuera una cadena de montaje e impulsa la cuota de producción. Cuando alguien esnifa una raya bien gruesa de cristal de metanfetamina, invoca a un ángel invisible que le pone el cañón de una pistola en la cabeza y le ordena que siga trabajando. La heroína se lleva toda la buena prensa, pero es sobre todo para holgazanes que pueden permitirse quedarse dormidos a mitad de una frase. St. Johns es un vecindario de clase obrera. Esta gente necesita permanecer despierta. Así que es un vecicrankdario.

El crank es un fríe-seseras casero de riesgo biológico producido por químicos ilegales blancos que siguen la tradición empresarial de la destilación ilegal de alcohol de sus ancestros. El speed es droga de blanquitos, desde los rostros pálidos que lo cocinan y los fantasmas Casper que lo trafican hasta los blancuchos esmirriados que lo esnifan o se lo inyectan. Muy pocos schwartzes[81] son adictos al crank. Los hermanos, y casi todos los demás, ni rozarán esa mierda. ¿Y por qué es tan de blancos? ¿Se trata de una simple preferencia genética? ¿Alguna predisposición suprarrenal? Puede que sí, pero lo más seguro es que tenga más que ver con pautas de distribución. Las bandas de moteros y los camioneros de largas distancias, en cuyas filas siempre han predominado los varones blancos, fueron los Johnny AppleSpeed[82] de Estados Unidos. Diseminaron vitalidad ilícita a millones de caucásicos que no podían permitirse estar cansados.

Pero más que atraer a todos los blancos, el crank se inclina más bien a la baja, hacia la basura blanca. Mientras, los del escalafón más elevado se empolvan la nariz con la más pura cocaína peruana, claro que ese estimulante de clase alta cuesta muchísimo más que la meta cocinada en la bañera de un parque de caravanas. El crank es bastante más barato que su prima más ostentosa, y su efecto es mucho más duradero. Mientras que un tirito de cocaína puede sacudirte lo que dura un episodio de *Senfield* , el crank bueno te durará al menos ocho horas, un turno de trabajo entero. Pero el crank también causa estragos psicológicos más prolongados. Es la cocaína de los blancos pobres, análoga al papel que juega el crack entre los negros pobres.

Yo me he metido crank unas cuantas veces, sobre todo en época de exámenes finales en la universidad, cuando tenía que currarme un montón de bolos o cuando sudaba tinta por el día en un trabajo de jornada completa y editaba una revista por la noche. Cógeme la mano y te diré lo que se siente. Justo después de la esnifada viene una quemazón, un dolor que te empaña los ojos, como si alguien te hubiese insertado un soplete por la nariz. Cuanto más fuerte sea el ardor, mejor será el crank. Sigues resoplando y estremeciéndote. El polvo del cristal se mezcla con la mucosidad nasal y se escurre como el limo de una caverna por el fondo de tu garganta. El sabor es un popurrí de pescado crudo, virutas de acero y líquido desatascador. Sabe como si te hubieses tragado el néctar tóxico destilado de toda la Revolución Industrial. El hecho de que el crank se corte frecuentemente con cosas como líquido revelador, insecticida o disolvente, lo único que hace es potenciar su *ethos* de residuo de fábrica.

Luego llega el subidón. Una remesa potente de crank puede agujerearte el

coco como un sacacorchos. Todos los electrolitos de tu cerebro prenden y se pondrán a zumbar como un motor V-8. Setecientos cincuenta trillones de dedos microscópicos masajeándote el cuero cabelludo. Sientes como si te hubiesen atornillado los pies a la toma de corriente de una bombilla gigante. Tu campo periférico se perfila con una neblina húmeda. Tu corazón está preparado para chorrear entre tus costillas como un preso tratando de escurrirse entre los barrotes de una celda. Tus ondas beta están que se desbordan cuando sube la marea. Y, me cago en la puta, el trabajo se hace. Tu cuerpo actúa mientras tú te recuestas y miras. Sin el más mínimo esfuerzo, como si otro se ocupase de todo el currele.

El crank exagera y parodia el ciclo de trabajo. Como con todas las variedades de vicio redneck, sobrestima las cosas. Subidones más altos y bajonazos más bajoneros. Pero al igual que los fines de semana no duran eternamente, tampoco el subidón. El crank es un placer consciente del sufrimiento que vendrá luego.

Todos los cohetes tienen que aterrizar en alguna parte. Esta montaña rusa no sube tan alto como para no volver a bajar. ¡CRASH! El resacón del crank es como si alguien te drenase la sangre de las venas y te las volviese a llenar con grumos húmedos de arena fría. Con la cabeza como una lámpara de globo y un remolino en el estómago, el único misterio es si te desvanecerás o vomitarás antes. Los cristales y los diamantes que han estado navegando por tu cabeza se convierten en tormentas de granizo, fragmentos de cristal de luz blanca que te laceran el interior del cráneo. Abrasadora paranoia esquizofrénica. Lesiones cerebrales que brotan como acné juvenil. ¿Y qué si cada capilar, desde mis pulmones a mi cerebro, estalla en un chaparrón de sangre? ¿Qué si entro en coma para no regresar jamás? ¿Cuánto tiempo me pasaré acurrucado en posición fetal antes de que remitan las olas del shock? Si esto es recreativo, ¿por qué todas esas sobredosis, ataques al corazón, heridas de bala, laboratorios que vuelan por los aires, perros amenazantes y repentinos estallidos incendiarios de ultraviolencia?

Aunque el consumo de crank no conoce género, se ceba más en el rostro de la mujer. Uno puede identificar a las chicas del crank corriendo todo el día calle Lombard arriba y abajo, con la espalda tensa como un arco de tiro, hundiendo los pies en un acelerador imaginario y con el pelo cayéndoseles a la acera en mechones tamaño quimio. Mi excasero me habló de una puta de St. Johns adicta al crank que no se conformaba con un poco cuando podía chutarse mucho más. Un amigo la invitó a una raya de crank y ella la esnifó con entusiasmo de oso hormiguero. Con cuidado de no tragar se fue corriendo a casa con el solvente cristalino aferrado a su membrana nasal, como si su nariz fuese la boca de una ardilla y el crank una pequeña y agradable bellota. Al llegar a su casa, se sonó en la mano para extraer el gargajo de crank, depositó la guarrada en una cuchara, la cocinó con una llama y se inyectó el moco anfetamínico en el brazo. Es una auténtica veterana siempre dispuesta a ir un paso más allá en la carretera de la autodestrucción. Hay otra chica de St. Johns (bueno, aparenta cincuenta, pero probablemente ande por los veinte) con la cecina que tiene por piel en la cara tan marchita por el consumo constante de crank, que parece víctima de quemaduras. Siempre está pellizcándose, retorciéndose y estremeciéndose como una hoja seca por la calle Lombard. Con la piel amarillenta muy estirada sobre unos huesos

frágiles de pajarillo, cubierta con un despliegue de harapos mugrientos y una cinta para sujetarse el largo cabello desaliñado, se parece a Steve Tyler, de Aerosmith, si el cantante hubiese decidido hace años tomar el camino hacia la más abyecta indigencia en lugar del que llevaba al superestrellato pop internacional. Parece una bruja gitana de las que leen las manos. Es la encarnación demacrada del exceso recreativo. Una exageración andante. DEMASIADO sobre un par de piernas.

La diversión de la clase obrera es siempre demasiado. Opera bajo la estética de la sobredosis. Nominalmente es ocio, pero suele parecerse más a una prueba de resistencia. No haces el amor, follas a muerte. No te ríes, te meas encima de risa. No escuchas música, le das candela al volumen hasta que te sangran los oídos. No te limitas a beber, bebes hasta quedarte ciego. No quieres colocarte. Quieres quedarte BIEN JODIDO, VOLADÍSIMO, ARRASADO. No le pegas un puñetazo a alguien, le sacas la mierda a hostias, le pateas hasta reventarle y le das una paliza hasta que mee sangre. Si no puede matarte o dejarte mutilado de por vida, no es un deporte. Si nada estalla que dé gusto verlo, no es una película. Y no quieres ver un solo asesinato, quieres asesinatos en masa, preferiblemente aniquilación termonuclear.

Se trata de exageración para explotados. Drama de altura para baja capacidad de atención. Una escuela de arte que debe más al *Libro Guinness* que a la Margen Izquierda. La imaginería es Brobdingnagiana[83] . Paul Bunyanesca[84] . Empapada en hipérbole. Superlativa. Grande nunca va a ser tan bueno como más grande, y eso siempre será una mierda comparado con lo mucho más grande. Claro que siempre estará lo ultragigante…

La diversión de la basura blanca es una diversión desesperada. Una diversión dolorosa. Una diversión arriesgada, sangrante, homicida, aterradora. Es diversión que en cualquier otro contexto no parecerá diversión ni de coña. Tiene algo de ruleta rusa, de asfixia autoerótica, de carreras de coches de «a ver quién se caga antes» y de esos chavales suicidas argentinos que «surfean» sobre los vagones en marcha del metro de Buenos Aires. Pero aunque el nihilismo pueda llamar tu atención, también hay un lado positivo. Sacudirse en barro, sangre y cerveza puede ser una experiencia purificadora. Y a no ser que hayas experimentado personalmente el gozo de hacer pedazos todo lo que hay en una habitación, no te atrevas a juzgar lo que hace otro hombre.

El espectáculo requiere una determinación violenta, una irrevocabilidad fulminante. En los deportes clásicos de la basura blanca como el hockey sobre hielo, los rodeos o las carreras de resistencia, la diversión siempre radica en el riesgo de lesiones corporales graves que corren los participantes. La lucha, ya sea real o coreografiada, es una de las diversiones imperecederas del recreo redneck. En la indómita frontera colonial, los combates de arrancar ojos eran frecuentes. El objetivo era plantar el pulgar lo más adentro posible de la cuenca ocular de tu oponente para poder sacarle el ojo del cráneo. Así fue como se crearon incontables Cíclopes hillbilly, y todos se lo pasaron en grande. Si en la refriega se arrancaba de un bocado alguna nariz ocasional, una oreja o un dedo, todo formaba parte de la diversión.

La vida es mejor con derramamiento de sangre. Un reciente video-catálogo de lucha que me llegó por correo promete el disfrute con el maltrato:

¡¡¡Este espectáculo presenta combates en los que la gente acaba con chinchetas clavadas en la cabeza, oponentes con quemaduras graves y en conjunto hasta quinientos puntos de sutura!!!

¡¡¡Sean testigos de cómo la temeridad besa el hormigón, huesos rotos al reventar contra mesas y la acción más extremadamente sangrienta de todo el país!!!

COMBATES A MUERTE CON ALAMBRE DE ESPINO, NADA DE CUERDAS... TONELADAS DE SANGRE Y HERIDAS GRÁFICAS DE ALAMBRE DE PÚAS... Y RECUERDEN QUE SON MUJERES[2] ....

En el pasado hubo un estadio de lucha en St. Johns donde ahora hay un complejo de apartamentos subvencionado por el gobierno. El especialista de lucha en Portland, Phil «Whiskey Reber» Irwin, asistía a los combates que se celebraban aquí. Dice que los tarugos pendencieros más populares atraían a toda una camada de seguidoras suculentas, bellísimas salvo por el detalle de que lucían algún defecto drástico. Está buenísima, pero ¿qué le ha pasado a su otra pierna? Sugerentes maracas globulares, pero ¿por qué habla a través de un agujero quirúrgico en la garganta? A esa le pondríamos un 10 indiscutible de no ser por ese patrón masculino de calvicie severa.

Endomorfos hinchados de esteroides continúan estrellándose contra la lona todos los domingos por la noche en Vancouver, Washington, en la otra orilla del río Columbia, frente a Portland. Carnazas humanas del circuito de lucha z se amenazan y se lanzan los unos contra los otros en las reducidas dependencias del salón de actos de un instituto. La línea entre el Bien y el Mal no puede estar más clara: Rambos Virtuosos contra Ostrogodos Gruñidores, Indios Honestos contra Afrikáners Infames, Rompecorazones Guapos contra Ogros Calvos y Sebosos. En la pelea principal a la que asistí, ataron al perdedor greñudo a las cuerdas con una correa de cuero y le afeitaron la cabeza al cero mientras fingía estar inconsciente. En esto no hay finales ambiguos.

El verdadero espectáculo, naturalmente, está en el público, con sus puños alzados y sus cánticos corroe-gargantas de «¡U-S-A!... ¡¡¡YU... ESS... EII!!!». Humanos obesos sentados con las piernas abiertas para acomodar triponcios del tamaño de pequeños planetas. Amas de casa haciendo estallar globos de chicle, agitando banderas en una mano y con la otra bamboleando a su progenie afectada de cólicos y en pañales. Cabezas con forma de una infinita variedad de calabazas y legumbres. Cojeras trágicas. Bastones de madera. Andadores metálicos. Deformidades faciales. Grandes marcas púrpuras. Espasmos de daño neurológico, balanceos, adelante y atrás, en las gradas. Te crees que están aquí para ver a un curandero. Todos gritan como locos porque esta noche los buenos ganan y los malos pierden. La lucha siempre emite un veredicto más resueltamente positivo que en las vidas personales de todas las desfiguraciones rugientes que ocupan hasta el último asiento, desde la primera fila hasta el gallinero.

A la señora Manners[85] y al señor Blackwell[86] , como es de esperar, les horroriza todo este derramamiento de sangre y esta sordidez sin sentido. El Esparcimiento Redneck no está en su onda. Pero es muy probable que nunca hayan sido inmovilizados hasta la cuenta de tres en situaciones que claman una catarsis desgarradora. Los buitres de la cultura desdeñan el exceso como artísticamente inferior a la sutileza. Los guiñadores y mete-codazos de las plantas superiores contemplan desde arriba el boato literal, camorrista y decibélico de la parranda obrera como simple y llana estupidez. Como siempre, se equivocan. La crudeza, como el refinamiento, suele ser menos una elección consciente que una respuesta instintiva a tu propio entorno. Las fantasías de potencia recargada atienden a las necesidades emocionales de los Walter Mitty[87] de la basura blanca.

Distintos gustos. Unos necesitan látigos, otros necesitan plumas. A los encargados de tomar decisiones y a quienes firman cheques les gusta agradable y fácil. Golpear con languidez bolas de golf o desplomar sus cuerpos bronceados en el jacuzzi con el minibar a mano. Quieren jazz tintineante de hilo musical, bombones verbales expresados con ironía y lanzados con ingravidez sobre cenas a la luz de las velas, y tratamientos faciales con aguacate mientras toman el sol en el Club Melanoma. Los mandamases no necesitan Monster Trucks. Tienen Monstruo-dólares. Ninguna avidez de pirotecnia heavy metal cuando ya tienes el dedo en el botón de encendido. Los burguesitos no requieren fantasías violentas de dominio porque su poder es un hecho consumado. Ninguna necesidad de imaginería sísmica cuando tu vida ya está de por sí empapada de exceso. Ni la más mínima urgencia de diversión desesperada cuando no hay desesperación.

El trabajo y el ocio son el yin y el yang existencial de la basura blanca, solo que al yang le toca el palito pequeño. ¿Cincuenta semanas de curro por dos de vacaciones? ¿Cinco días de trabajo por un miserable par de días en el fin de semana? No puedes bajarte de la puta cinta corredora. ¡Jane, haz que esta cosa pare[88] !.

Lo que pasa es que cuando te revientas el culo toda la semana acabas sin paciencia para lo blandengue. Si te has pasado todo el día extendiendo alquitrán caliente en un tejado, no creo que Mozart y una copa de coñac vayan a quitarte todas las contracturas del cuello. Después de pasarte ocho horas escuchando una taladradora, las melodías de los musicales de Broadway solo te producirán migrañas. El entretenimiento bajo en sodio no bastará tras las minas de sal. No te puedes lavar las manchas de sangre haciendo pompas de jabón con una varita. No utilizas una pistola de agua para matar a un elefante. Te enfrentas al fuego con fuego. El castigo ha de ser proporcional al delito. Es el viejo principio de desvestir a un santo para vestir a otro, lo mismo da lo uno que lo otro, lo mismo me da que me da lo mismo, dar gato por liebre y como me rasques te rasco.

Toda carga de trabajo conlleva una carga de ocio igual y opuesta. Cuando te pasas el día cargando dieciséis toneladas tienes que dar con una manera de descargar. Si te pasas la semana martillando clavos, en cuanto llega el finde lo único que quieres es pillarte un buen clavo.

A la llave para darle cuerda al soldadito de plomo que llevas en la espalda no se le puede dar más vueltas. Llevas toda la semana con una espina clavada y con una palomita de maíz metida entre los dientes. Es tiempo de purificación. Ya sea real o metafórico, algo tiene que morir esta noche. Ha de hacerse algún sacrificio, pagadero en fluidos corporales. Divertirse un poco antes de que llegue el lunes, aunque te mate. De todos modos, el lunes no traerá nada nuevo.

Fuera los malos humos y adentro los buenos. Tienes que desangrarte la oficina de dentro. Sacártela a hostias de la cabeza. Borrarla. Necesitas una liberación epiléptica. Lo bastante estruendosa para acabar con todo el ruido. Lo bastante luminosa para cegarte. Lo bastante fuerte para estrangular todos los malos sentimientos. Sacudirte con tanta fuerza es una forma de vudú. Algo DEFINITIVO tiene que pasar. Esto es esparcimiento como un proceso de arremeter contra uno mismo. Placer autoinfligido. Catarsis a través del exceso. Ocio autoabusivo. Puede implicar volarte accidentalmente la mitad de la cara al tratar de impresionar a tus amigos con tu último truco ingenioso con la pistola. U olvidarte del condón y pillar algo chungo. O inhalar un crank de lo peor y quedarte vegetal. Hay que destrozar ventanas, lanzar piedras, volcar los dispensadores de periódicos, acuchillar neumáticos y prender fuego a los contenedores de basura. Esto es lo que ocurre, tal y como siempre nos advirtieron nuestros padres, cuando la payasada se nos va de las manos. Como no te andes con cuidado acabarás rompiendo un cuello o sacándote un ojo.

Placer que se desliza hacia el dolor. La botella de whisky contiene tales posibilidades. El conductor borracho personifica este principio del «placer que se transforma en dolor». Ir totalmente pedo es placer que no puede ver el dolor en el horizonte. Mirad todos esos borrachos felices convertidos en porquería en accidentes de tráfico, ahogados en su propio vómito o quedándose dichosamente dormidos en un callejón solo para ser asesinados. Están tan extasiados que son incapaces de verlo venir. Puede que esta noche algún memo desequilibrado se sienta lo suficientemente suelto, lo bastante borracho, para abalanzarse de cabeza contra un camión Freightliner y esparza sus entrañas a lo largo de doscientos metros de asfalto. O puede que, como suele ocurrir más a menudo, pulverice a los pobres infelices de otro vehículo y él salga completamente ileso. Desde que han coexistido en la tierra el alcohol y los coches, es posible que nunca haya habido un conductor borracho que no se haya dicho a sí mismo que solo está divirtiéndose un poco. Dadle la vuelta al marcador: ¡¡¡diecisiete mil[(3)] cadáveres aplastados al año directamente atribuibles a conductores que han bebido más de la cuenta!!! Las muertes por crímenes de odio ni se acercan al cúmulo de cuerpos que dejan esos crímenes de placer.

El objetivo es aniquilar neuronas como si se tratase de células cancerígenas. No buscas iluminación de velas perfumadas, lo que tratas es de ver cuántos cartuchos encendidos de dinamita puedes lanzarte boca adentro sin llegar a explotar. Es «cojones contra la pared», «mover el esqueleto hasta vomitar», «gana el último que quede en pie». Con toda esa cerveza chapoteando en tus entrañas, necesitas esnifar una rayita de cristal de meta para seguir despierto. Enseguida otro chorro de malta y lúpulo para atenuar los filos del

crank. Luego un poco de crank encima de la cerveza encima del crank encima de la cerveza. Y después, como es natural, un poco de hierba o un Xanax o Klonopin para reducir la amarga reminiscencia de todo ese crank y toda esa cerveza. Y puede que unas cuantas tazas de café o unos cigarrillos. Pastillas para adelgazar, sedantes con receta, ácido, coca, hongos, polvo de ángel, óxido nitroso, nitrito de amilo, heroína de alquitrán y cualquier otra cosa que te puedas meter por la nariz, por la boca, por la vena o por el culo. Y quizá tres o cuatro rocas de crack del tamaño de una bola de chicle disueltas en un enema de zumo de ciruela antes de irte a dormir. Nos estamos divirtiendo, ¿verdad? ¿Cuándo deberíamos rendirnos?

Yo soy un desertor de la Universidad del Exceso. Mi abuelito paterno, el borracho del pueblo de Windsor, Vermont, aterrorizaba a su familia disparando con su rifle dentro de casa cuando estaba muy borracho y muy cabreado. Mi padre, y eso le honra, no tiene rifle. De niño fui testigo de tanta devastación causada por el alcohol que juré no probar ni una gota cuando me hiciera mayor. Todo eso cambió cuando me tuve que poner a currar para sobrevivir. Fue saltar el corcho y comenzar los problemas. Yo era un fiestero de grito primario especializado en pérdidas de conocimiento. *¿Dónde estoy?* Andando con una costra de mi propio vómito con tropezones naranjas. Andando por una playa en mitad de un enjambre de mosquitos coléricos. Despertarme y no saber por qué la rejilla del coche está aplastada y el radiador goteando. Despertarme en una celda con las sienes palpitantes y toda la cara llena de sangre seca. El sabor de mi propia sangre. Tan jubilosamente puesto hasta el culo de popper y latas de Schlitz que ruedo por el capó del coche de mi colega mientras él conduce febrilmente haciendo círculos como donuts en el aparcamiento del centro comercial. De nuevo el sabor de mi propia sangre. Tan encantado por estar ganando la pelea que no veo a su colega venirme por detrás para reventarme la cara con la bomba de acero del barril. De nuevo el sabor de mi propia sangre. Tan alegremente pedo que no necesito anestesia cuando me cosen el cráneo bajo las luces incandescentes de la sala de emergencias… en CUATRO ocasiones distintas. Parpadear ante los flashes con semejante cogorza que no me doy ni cuenta de que me están fichando en comisaría. Le puse fin de golpe a toda aquella diversión alcohólica hace quince años, de lo contrario lo más probable es que no estuviera hoy aquí tocándoos las pelotas.

¿Qué cojones está pasando? ¿Por qué todo este esparcimiento tan traumático? ¿Por qué en lugar de solucionar los problemas lo más frecuente es que se causen más problemas? ¿Por qué el recreo se parece casi siempre a una pesadilla? ¿Por qué las risotadas de bar suelen ir salpicadas de amenazas a voz en grito y de sollozos abatidos? ¿Por qué el bar de la esquina da la impresión de producir tantas muertes y desmembramientos como el curro? ¿Cuán duro hay que distraerse antes de ponerte a sangrar por todos los poros? ¿Por qué no me limito a daros algunas respuestas en lugar de reformular la misma pregunta una y otra vez?

Tengo una teoría. También tengo un bulto en los huevos, pero eso no os incumbe. Así que explicaré las cosas tirando de otra metáfora repulsiva: al morir, los músculos de tu esfínter se relajan hasta el punto de vaciar las tripas. Cuando estás vivo ejerces instintivamente la suficiente tensión anal para mantenerlo todo dentro. El ocio redneck es igual: libera tensión, pero se

cuida de no liberar demasiada. La mayoría de la gente perdería la estabilidad de sus vidas si alguna vez saltasen del tiovivo. Cuando no hay manera de salir del carrusel más te vale aprender a disfrutar del mareo. Si aprendiesen a relajarse un poco, jamás volverían al trabajo y entonces se morirían de hambre. La autoestima quizá les costaría sus puestos de trabajo. Si las aguas fuesen demasiado apacibles, verían el fondo con demasiada claridad. Deshacerse de todos sus problemas significaría deshacerse de sus trabajos, ¿y eso en qué lugar les dejaría? Iluminados, pero sin blanca. Seguro, el consumo de drogas y alcohol crea más problemas que los que resuelve. Pero precisamente por eso la gente se pone hasta el culo.

Lo que parece autosabotaje puede que en realidad sea un alarde del instinto de supervivencia. Es una mentalidad de batalla. Eres un guerrero de fin de semana. Los traumas, los resacones y las suturas en el hospital ejercen de ecualizadores. Toda esta sangre derramada y cristal roto no es un despropósito tan nihilista como parece. Es una manera inconsciente de mantener la vibra del curro. Al acabar en la cárcel el sábado por la mañana con dolor de cabeza y un ojo a la funerala, en realidad lo que haces es prepararte para ir a trabajar el lunes. Del mismo modo que las deudas te hacen seguir trabajando, igual pasa con la tensión. Tienes que estar como una puta cabra para acatar las órdenes de un jefe. Es antinatural. Así que ponerse hasta las cejas es un modo de amoldarte al rollo del curro. Mantenerte agitado y descentrado. Al clavo, martillo del jefe. El estómago revuelto. Fuego en el culo. Una zanahoria en un palo. Una ostra hambrienta apoderándose de otro grano de arena con el que irritar la mucosidad que la recubre. Una manera de mantener la locura suficiente para, ir a currar, para reinocularte el virus del curro. Cualquier cosa que te haga sentir tanto asco de ti mismo como para regresar una vez más al trabajo y recibir órdenes. Es pura adicción al trabajo en el sentido de no ser capaz jamás de relajarte. Un lento suicidio para complementar el lento homicidio del curro.

Hacer lo que no quieres hacer te mata por dentro. Pasan los años y sigues corriendo sobre el mismo sitio. Sigues de vuelta en la casilla uno. Sigues arruinado a fin de mes. Y felicidades, porque ahora te queda un mes menos de vida. ¿Para qué molestarte en hacer la cama si vas a volver a dormir en ella esta noche? ¿Para qué afeitarte si el pelo no deja de volver a crecer? Ni toda la cerveza de St. Johns podrá impedir que el lunes llegue. Mientras que la molienda parece eterna, la escapada es solo temporal. La autorrealización está bien, pero no paga las facturas de la luz. El entrenamiento sensitivo y las clases de yoga solo serán una tirita sobre una arteria cercenada. Así que, en vez de eso, hay que aprender a saborear el gusto de tu propia sangre.

Todo este ocio de la basura blanca, esta actividad redneckreacional, pone de manifiesto una necesidad de SENTIR lo que sea más allá de esa vida de currante en la que se te trata con el mismo afecto que se depara a un robot de juguete de plastilina. No tiene por qué ser bueno lo que uno sienta. Basta con que se SIENTA. El dolor no es la primera elección, pero lo aceptas cuando la única otra opción que te queda es el entumecimiento encogedor de gónadas de la sumisión obrera. El lugar de trabajo no es un lugar para seres humanos. Todo está asquerosamente reprimido, dictaminado y restringido. Así que, según la lógica, no está tan mal si me pongo a llorar sobre mi cerveza todo el fin de semana porque ellos no me han dejado sentir nada en toda la puta

semana.

Solo hay sesenta y cuatro horas desde las cinco de la tarde del viernes hasta las nueve de la mañana del lunes. En esta escasa porción de tiempo todo se viene abajo. Estos jadeantes perros sarnosos se agachan concentrados en la línea de salida para una carrera que consiste en ver a quién van a joder, quién va a acabar jodido y quién les va a joder a base de bien. Despejad la cubierta, muchachos, me da que la gran ballena blanca está a punto de estallar. Espero que hayáis traído servilletas de casa.

Estos bares descuajaringados de St. Johns se ponen a zumbar alrededor de las siete o las ocho del viernes por la noche. El zumbido va aumentando cada hora hasta la hora del cierre. Empuja la pesada puerta de madera con el cartel de SE PROHÍBE LA ENTRADA A MENORES para entrar y podrás escuchar el zumbido por ti mismo. Entrar a uno de estos garitos es como entrar en la boca de alguien que lleva una buena temporada sin cepillarse los dientes. Una sempiterna neblina gomosa de tabaco ha dejado una resina visible y tangible de nicotina en todas las superficies. Luces de Navidad y guirnaldas polvorientas grapadas por todo el bar, hasta en pleno verano. Las paredes están cubiertas de polaroids de los clientes habituales aullando, abrazándose e izando jarras de cerveza. Moho aterciopelado, trofeos de torneos de dardos y huellas de botas de trabajo embarradas por la moqueta. Víctimas de incesto sentadas en los taburetes de la barra junto a lisiados de la guerra. Un personaje de rostro arrugado tipo Manson con unos vaqueros costrosos colgándole del culo huesudo está tratando de convencer al camarero de la barra para que le acepte un cheque por discapacidad. Camioneros machotes como osos pardos mirando al vacío. Y una mujer que se parece a Buddy Hackett[89] está hablando del tamaño de las pollas:

«No sé…, dicen que se puede predecir por la talla de tus zapatos, pero no siempre es así. Mi anterior marido medía metro ochenta y calzaba un cuarenta y cuatro y medio extra ancho —y—, “*Mi salchicha tiene un apellido: P-E-Q-U-E-Ñ-A* …”».

Todo el mundo se ríe. Aquí, en el Flea Ranch, la grosería atiende a nuestras necesidades. La conducta refinada no llega ni a rascar nuestro picor. Cuanto más grosero, chusquero, chabacano y simplón sea el mensaje de la camiseta o la pegatina, mejor, SOY 51% SEÑORA Y 49% ZORRA-NO LO FUERCES… SOY UN COMEFELPUDOS… NO ME DES TU OPINIÓN, YA TENGO UNA… ME ROBASTE EL CORAZÓN, LUEGO ME CAGASTE EN LA BOCA.

Vamos, pasad, ¿queréis? ¿No conocéis a mi amigo Patología? ¿Y no os he presentado a Trauma, Abuso, Denigración y Frustración? Están todos aquí, en la pista de baile, sacudiendo las posaderas al ritmo de una melodía sensiblera de Neil Diamond. Cagando los residuos psíquicos que han ido acumulando toda la semana. Tened cuidado de no resbalar en ese charco de sangre, semen, pis y cerveza.

La camarera de la barra tiene un ojo a la virulé que dice que se ganó al intentar disolver una pelea de bar. Gente que acaba de salir del trullo. Gente preparada para volver al trullo a causa de algo que harán luego, un poco más

tarde, esta misma noche. La pareja que estaba discutiendo hace media hora ahora se está dando el lote. Dales media hora más y estarán echando un polvo. Unos cuantos zombis del video-póker, perfilados por el satánico resplandor azul de las terminales, dando toques reflexivos a la pantalla táctil, repartiendo, descartando, replanteando, doblando, perdiéndolo todo y, delicadamente, alimentando con más billetes de dólar arrugados los finos y anhelantes labios de acero de la máquina. Cuando no tienes dinero, ¿qué más te da gastarlo?

TRABAJADOR VIEJO: Hoy tienen que trabajar el marido y la mujer, y aun así no pueden mantenerse.

TRABAJADOR JOVEN: Yo no me puedo mantener, y eso que saco una buena tajada.

TRABAJADOR VIEJO: Es una vergüenza. Antes no era así.

TRABAJADOR JOVEN: La gente trabajadora fue la que levantó este puto país, y les importamos una mierda.

Huele la rabia. Los servicios están impregnados de una peste a orina de potencia ecuestre, constantemente en liza con esas pastillas desinfectantes mentoladas que hacen que se te revuelvan las tripas. Cuando te impulsas hasta el amarradero y dejas que el agua amarilla tintinee desde tu Begonia Rosada, tus ojos no pueden evitar mirar la máquina de condones, montada ingeniosamente en la pared a treinta centímetros por encima de los urinarios. Gomas estriadas. Que brillan en la oscuridad. Cosquilleo Francés. Anillos de pene. Regalos cursis de coña de temática sexual. Aceites lubricantes. Crema para prolongar la erección. Tatuajes de quita y pon diseñados de alguna manera para mejorar los preliminares. Los siempre populares tintes corporales de neón con sabores. Cualquiera de estos potenciadores del placer puede ser tuyo por tres monedas de veinticinco centavos en la ranura. Hay pegatinas de plástico pegadas en la máquina cromada que anuncian todos estos afrodisiacos de cuarto de baño. Una mujer de pechos turgentes, pestañas espesas y pantalones ajustados aparentemente fotografiada a finales de la década de 1960 te suplica que le estimules el guisantito con el último artilugio de goma con olor a almizcle y textura de placa de Stegosaurio. Algún bromista, probablemente echando mano de la llave del coche, ha rascado una polla monstruosa de aspecto muy tosco que serpentea hacia la entrepierna de la modelo de los condones. Lo más seguro es que se trate del mismo tipo que ha grabado la bandada de pollas levitantes que rodean la cara de la señorita Pestañas como serafines eyaculantes. Con todo lo grosero que es ya de por sí el anuncio, hace falta un notas totalmente pedo de St. Johns para dibujarle un sentido mucho más profundo.

Me imagino que el Factor Salpicadura del VIH es más reducido en la taza de un retrete que en un urinario vertical, por lo que yo suelo dirigirme a los cubículos cuando necesito cambiarle el agua al canario. He visto pelos púbicos grasientos en las tapas de esos retretes. He visto grumos de algo muy parecido al semen en las tapas de esos retretes. Y la misma taza suele estar llena hasta el borde de papel higiénico empapado, agua sanguinolenta y furibundos zurullos negruzcos (de otro) que giran como barracudas cuando

tratas de tirar de la cadena, pero nunca desaparecen.

¿Alguien tiene hambre? Hay una gran variedad de aperitivos de bar para satisfacer al epicúreo más exigente. Huevos encurtidos en frascos mugrientos. Salchichas encurtidas. Chicharrones encurtidos. Pimientos encurtidos. Pepinillos encurtidos. Palomitas de maíz tan viejas y rancias que la mantequilla que las cubre se ha coagulado en una especie de cera de vela amarillenta. Pretzels salados. Anacardos salados. Camarones secos salados. Bufé libre de lo que haya y fondues sírvete tú mismo de tomaína. Patatas fritas con sabor a crema agria y cebolla. Palitos de pan de pollo y cebolleta impregnados de una pasta de queso. Perritos de maíz con jalapeño[90] que llevan ahí desde ni se sabe. Aperitivos de carne en conserva ahumada con nogal con una costra de chiles secos molidos. Virutas de cheddar con sabor a pepperoni de imitación. Comida que flota confortablemente en una tripa que va hasta arriba de alcoholucho barato.

Una camarera anciana se toma un descanso para cantar una versión en karaoke de una balada country tipo el-amor-pasó-como-un-tractor-sobre-mi-corazón. Su pelo es la cola de un caballo gris, su cara el cauce de un arroyo seco. Y siente tan profundamente la letra de la canción que tienes que apartar la mirada. La música country es música de trauma con más bebida, drogas y asesinatos que todos los demás formatos de música popular juntos. Más emociones en carne viva. También más rabia obrera de coge-este-trabajo-y-métetelo-por-donde-te-quepa. Con todo su presunto espíritu reaccionario, las letras del country-and-wéstern abordan las indignidades de la vida obrera muchísimo más que cualquier otro formato pop. A los hippies de la música folk que tanto les gustaba demonizar a los trabajadores blancos agarrotados jamás se les ocurriría confesar el hecho de que ellos mismos le robaron todo el numerito a Woody Guthrie y a los bardos de las minas de carbón. Mientras la Nación Alternativa maúlla sobre la angustia de la moda personal, la Nación de los Apalaches sigue cantando acerca del desempleo.

Al tiempo que el ritmo honky-tonk se arrastra como un viejo zapato de cuero, pienso en Johnny Cash tragándose un bote entero de pastillas al día y derribando paredes de hotel. En el solitario ataque al corazón por sobredosis de Hank Williams en el asiento trasero de aquel taxi. En el accidente de coche que le mutiló la cara a Hank Jr. y en cómo ahora siempre va con gafas de sol. En las imágenes de las noticias de Jerry Lee Lewis trasladado en camilla al hospital de Memphis, sacudiéndose como víctima de una parálisis a causa de una supuesta alergia a una «medicación»; recuerdos de The Killer casándose con su prima de trece años y demoliendo pianos hasta desafinarlos y convertirlos en un montón de astillas y alambres. Ernest Tubb disparando una Magnum 357 en el vestíbulo del edificio de una aseguradora de Nashville. Faron Young reventando a tiros las luces de un bar de Nashville (y hace poco levantándose la tapa de los sesos). Spade Cooley pateando a su esposa hasta matarla. George Jones yendo en un carrito de golf hasta la licorería. Tammy Wynette tambaleándose por una carretera rural aturdida y cubierta de moratones. Artistas, todos ellos. Gente que hace feliz a los demás. Miserable.

«¡Empújame otra vez! ¡Venga, hijo de puta! ¡Estás muerto, cabrón!».

Las peleas de bar siempre empiezan por los motivos más peregrinos: una

mirada de reojo, un choque accidental…, pero la verdadera razón es siempre la frustración personal. Las mentes satisfechas no empiezan peleas. El otro tipo se convierte en un saco de boxeo única y exclusivamente por lo que ha estado pasando en tu vida. Y con todo lo feo que pueda sonar, sienta de lo lindo castigar a quien sea por el sufrimiento que sientes en tu interior. Follar o pelear. A medida que se acerca la hora de cierre y todos esos noctámbulos calentorros se dan cuenta de que no van a mojar el churro, los puños empiezan a volar.

Cuenta la leyenda que St. Johns se ganó su reputación de zona peligrosa sobre todo gracias a sus infames familias pendencieras, dos o tres grandes clanes, según a quién le preguntes. Estas polémicas parentelas vagaban de bar en bar, borrachos como cubas, en busca de culos que pellizcar y cabezas que reventar. Se dice que son el resultado de entremezclar linajes europeos y nativoamericanos, un cóctel peleón de rednecks y redskins (pieles rojas). Yo he visto a una de esas familias revientaculos entrar tambaleantes del ciego que llevan en un bar con sus sombreros emplumados de la Nación Yakima, y os juro que la atmósfera se electrifica. Hay algo innegablemente heroico en su sentido de los valores familiares. La familia que bebe unida lanza sillas y destroza botellas unida.

Actualmente, «Ma» es la que controla la mesa de billar, una señora de unos sesenta años con un rostro retorcido y simiesco. Su largo pelo peinado hacia atrás y aparentemente sujeto con mugre y aceite. Ma es una buscavidas. Se enfrenta a una ristra de sementales de tráiler bebedores de malta y los vence a todos. Su primera víctima es un tipo negro amigablemente regordete con la cabeza afeitada. (Aunque resulte irónico, en todos los bares redneck que he conocido hay más integración racial que en cualquier bar exclusivo y culturalmente sensibilizado que se os ocurra nombrarme). Acto seguido, Ma despacha a uno con pinta de estibador robusto que luce una barba parecida a una mopa de cerdas. Luego a un montañés larguirucho de rasgos severos y torturados. Cada greñudo y triponcio que se atreve a entrar en el cubil de Ma queda inmediatamente humillado por su hechicería billaresca.

Animando a Ma hay una mujer que parece mucho más joven con el pelo teñido de un tono rubio no-mires-directamente-al-sol. Vaqueros ajustados amenazadoramente para la circulación de la sangre, tensados contra la lógica para evitar que sus abundantes nalgas se desborden a borbotones como sandías simétricas. Tetas como melones fofos sobresaliendo desde dentro de un chaleco vaquero igualmente apretado, sus mamas de buena cosecha amordazadas solo por una blusa amarrada con estampado de leopardo. Su rímel es denso-mapache, como si se lo hubiese aplicado con un rotulador negro. Lleva la mano izquierda y la muñeca envueltas en un vendaje. Una de las fornidas víctimas de Ma, aún lamiéndose sus heridas, le pregunta a la Chica Mapache qué le ha pasado en la mano.

CHICA MAPACHE: Mi exnovio me retorció la muñeca [Se la levanta con la otra mano para su inspección y lanza una inapropiada sonrisa de dientes parduscos].

SEÑOR FORNIDO: Oh, así que por eso es tu ex, ¿no?

CHICA MAPACHE: Sí.

[El Señor Fornido cobra un repentino interés y hace crujir sus caderas sobre el taburete de la barra].

CHICA MAPACHE: En realidad, fue mucho más que una torcedura. Los médicos querían escayolarme desde el codo hasta la punta de los dedos. Yo les dije: «Ni de coña, vendadla y dejad que me abra». Mierda, me reí cuando me jodió el brazo. Pero mi hijastra de dieciséis años me dijo: «Más vale que vayas a que te vean eso».

Reírse de la tragedia. Llorar en el recreo. La Chica Mapache le cuenta al Señor Fornido que Ma es su prima. Dice que la destreza al billar de Ma, con todo lo buena que es, no ha vuelto a ser la misma desde que su hijo le rompió la muñeca en una discusión. He aquí dos mujeres, las dos con las muñecas jodidas. Mientras Ma rodea meticulosamente la mesa de billar en busca de la mejor jugada, me pregunto cuántas bolas de demolición de dos toneladas habrá tenido que esquivar a lo largo de su vida solo por ser basura blanca pobre. Que no se me malentienda. Ma parece totalmente feliz (más feliz que yo, eso seguro) y lo último que necesita es otro periodista misionero condescendiente. Pero las líneas de su rostro son jeroglíficos. Mientras cuela sin esfuerzo las bolas en las troneras laterales, me pregunto cuánta gente de su familia ha sido enviada a la guerra para no volver jamás, cuántos primos están en la cárcel, cuántos se han matado o han sido mutilados en accidentes laborales, cuántos miembros masculinos de su familia atizan a sus mujeres y cuántas madres abofetean a sus hijos en feas exhibiciones de frustración impotente. Ma es una Madraza arquetípica de la basura blanca. Como la estereotípica madre negra fuerte, su vida ha sido una lucha por imponer orden en el caos.

El tiempo no se ha portado bien con la mujer basura blanca. Labios rojos como rubíes, cardenales morados como uvas. Algas dentales en dientes de cocodrilo. Voz de cenicero y mirada vacía. Pelo en el sobaco que sobresale como maleza de una grieta en la acera. Piel translúcida con cráteres de microondas y todas las venas visibles. Marcas de pinchazos, localizadores y blusas de rejilla que lo transparentan todo. Cuerpos de formas perfectas con caras de noventa años. Estas chicas muestran mucho más uso y desgaste que los bombones caricaturescos de sus antepasadas. Salen como Elly Mae Clampett si el Tío Jed hubiese abusado de ella desde la infancia hasta los dieciocho. O como Daisy Duke con las rodillas llenas de costras, precipitándose con tacones altos para parar un taxi que le acerque a su cita en el dispensario de metadona.

Algunas chicas hacen el esfuerzo de rociarse perfume y cambiarse de bragas, pero en realidad no es necesario. Cualquier mujer, sin importar lo desfigurada que pueda estar, que se atreva a adentrarse en este bar con una vagina operativa y un par de buenas tetas lecheras, tiene garantizado poder agarrar como mínimo a un semental desesperado por la manguera y arrastrarlo al exterior por la puerta de atrás como si se tratase de un juguete de tiro. Hasta si un coño peludo sin cuerpo (un órgano solitario sin brazos, piernas, cabeza, culo ni torso) consiguiera de alguna manera frotarse sobre

uno de los taburetes de la barra, ese chochito amputado conseguiría dos bebidas gratis y tres propuestas de matrimonio en menos de un minuto. Así que ¿para qué estrujarse en taconazos y embadurnarse de maquillaje si de todas formas van a acudir? Aquí se considera una diosa a cualquier verdulera bigotuda dispuesta a bajarse los pantalones del chándal detrás del contenedor del restaurante. Así que relax, señoras, que os follarán tal y como sois.

Mujer basura blanca. Puede que sus hábitos higiénicos sean los de una cucaracha, pero las cucarachas pueden sobrevivir a una guerra nuclear. Ha visto demasiada brutalidad para retener cualquier mínimo vestigio de delicadeza. Pero lo que ha perdido en frívola feminidad, lo ha ganado en un espíritu cínico y belicoso que le viene de haber sobrevivido. Los golpes duros forjan mujeres duras. En el sentido de ser capaces de cuidar de sí mismas, son mejores feministas de la línea dura que muchas de las chicas resguardadas que propugnan tan ruidosamente la supremacía vaginal. Siempre he pensado que las mujeres de clase obrera (atrapadas en esa clase de condiciones sofocantes que casi siempre acaban provocando la violencia) necesitan el feminismo más que las jovencitas de buena familia que suelen practicarlo. Pero estaba equivocado. No se necesita ningún tipo de adoctrinamiento si ya sabes cómo sobrevivir. No necesitas teoría cuando dispones de la práctica. Y las chicas basura blanca suelen poder reducir a un grosero más rápido que la mayor parte de las feministas universitarias, con palabras o con un buen rodillazo en las pelotas.

«Soy una superviviente, chaval. Tuve un accidente de coche. Me quedé dormida con una aguja clavada en el culo, y aquí sigo».

Aquí sigue, aunque camina con una severa cojera. No llega ni al metro y medio, cuerpo turgente de gimnasta y lengua de marinero. Le está contando a un amigo lo de la tarde que fue a casa de un tío y el muy cabrón grosero se inyectó heroína y perdió el conocimiento en su cama y se puso azul. En lugar de intentar reanimarle, le vació la cartera y se largó. Cambia de tema y se pone a hablar de pitbulls, que puedes darlo todo por perdido cuando huelen la sangre, te apresan con sus fauces y ya no te sueltan.

¿No será la infame Chica Pitbull de St. Johns? Ha estado circulando un rumor sobre el General Custer, su pitbull y una chica impaciente de amor. Me ha llegado la historia por dos fuentes distintas. Parece ser que Custer, el traficante de crank, se estaba poniendo cada vez más amoroso con una chica local en su furgoneta. Pudo haber sido amor, o pudo haber sido un simple canje de coño-por-crank. Antes de metérsela, Custer se excusó y se dirigió a uno de los bares de la zona para pillar una goma de la máquina tragaperras. Al volver vio que la furgo se estaba balanceando y que salían gemidos fuertes del interior. Custer abrió la puerta trasera de la furgoneta para revelar el espectro bestial de su mascota pitbull tirándose a su novia drogata, sus piernas en jarras y aullando como una puta en celo. La chica había sido, por lo visto, la agresora y se había insertado manualmente el chisme del perro entre sus suaves paredes. Para Custer como que se perdió el romanticismo del momento. «Muchos tíos utilizan a sus perros para pillar cacho», bromeó con él más tarde el dueño de una cafetería local. «Parece que en esta ocasión, es el perro el que te ha utilizado a ti».

La fiesta nunca para. «Ojos de Queroseno» está un poco demacrada últimamente y se ha puesto a fumar cristal de meta en pipa de cristal. Tiene pinta de típica mecánica oxigenada con quemaduras químicas y botas de motero. Era sabido que llevaba varios días sin dormir trabajando en motores de coche y motos, afanándose por exprimir las últimas gotas de jugo de crank de sus venas secas y gomosas. Suele trabajar mano a mano con su marido, pero parece que ya no. No después de todos los rumores acerca de las repetidas puñaladas que ella le metió en la pantorrilla con un punzón de hielo. No después de los meses que se pasó entre rejas por haber ignorado la orden de alejamiento. Se ve que va a mantenerse al margen de una vez por todas después de que a su maridito finalmente le diese por contraatacar y le lanzase un meteoro de asfalto por la ventana del coche que fue a clavarse en su cabeza. Ella huyó al volante con la sangre cayéndole sobre los ojos desde su cabellera de rubia de bote. En cualquier caso, tiene otro novio. De dieciséis años. Es más joven que su hijo. Y el Joven Semental también se folla a Donna Summer cuando no se la está clavando a Ojos de Queroseno. No Donna Summer la cantante disco; sino el travestí negro traficante de coca que es idéntico a la Summer de la época de los pantaloncitos ajustados, los patines y *Bad Girls* . Y el Joven Semental, con lo burro e imbécil que es, ni siquiera sabe que se está follando a un tío.

A tan solo una manzana de la viscosa sordidez de la calle Lombard, un grupo de viejas amargadas de la iglesia desayuna en un saludable restaurante cristiano. Aquí hay buena comida. Sin parásitos intestinales en las patatas fritas caseras. Nada de alcohol. Ni condones en el baño. Ningún trapicheo de crank junto al teléfono público. Limpio, pero soso. Y estas marujonas se sientan a juzgar la inmoralidad del mundo como un grupo de magistradas del Tribunal Supremo. Su escaso pelo escardado hacia el cielo y tintado de azul clarito como un remolino de algodón de azúcar. Llevan dentaduras postizas y conjuntos de fibra sintética. Nunca sonríen, nunca dan el visto bueno. Sacuden la cabeza con censura piadosa ante las ordenanzas en contra de los azotes, los implantes de pecho y los embarazos adolescentes. Les desagrada toda la gente de color y los hispanos que se mudan al barrio. En sus tiempos jamás tuvieron que vérselas con estas cosas. Estas viejas vacas Guernsey están tirando de los últimos coletazos de su ensoñación sobre un amanecer eterno de clase media. Parecen disponer de unos ahorrillos en el banco. Y de lindos jardines. Y se sienten mortificadas ante el lamentable hecho de que el resto de St. Johns no sea tan moralmente irreprochable como ellas. El mundo ya no es como era en el día V-J[91] . ¿Qué fue de Edward R. Murrow, Ed Sullivan, Tex Ritter o Garry Moore? Apuesto a que John Wayne nunca esnifó drogas ni dejó que su perro se lo montase con su novia. Olvidaos del Nuevo Mundo. Bonitos coches de lujo con suave música estéreo y control de crucero. Sube las ventanillas, pon a Mantovani[92] y resiste contra la inmundicia.

Hace cincuenta años debió ser mucho más fácil y simple ser una chica de St. Johns. Las cosas parecen haber empeorado, el futuro es mucho más lúgubre para los jóvenes de ahora. Y es por eso, por supuesto, que los jóvenes están ahí fuera divirtiéndose demasiado.

7

REZAR DURO

A ver si lo he entendido bien: vuestra religión predica que, hace dos mil años, una virgen de Oriente Medio se quedó preñada de un fantasma. Y el engendro de aquel esperma etéreo creció para ponerse a caminar sobre el agua, multiplicar hogazas de pan, curar a los enfermos, resucitar a los muertos y expulsar demonios, literalmente. Y va y resulta que este Hijo Ilegítimo no era un fulano de lo más ordinario, era Dios en persona, reencarnado, que se sometió por voluntad propia a una sangrienta crucifixión sadomasoquista para pagar por NUESTROS pecados, cuando hubiera sido mucho más fácil (y menos desagradable) que Él nos hubiese creado a prueba de pecados desde un primer momento. Y este Bebé Milagro, hijo de una (carraspeo) virgen, resucitó de entre los muertos después de tres días y ahora se pilla un mosqueo que te cagas cuando los músicos de heavy metal injurian su nombre. Y Moisés dividió el Mar Rojo, Noé tuvo un arca, Dios hizo que lloviesen ranas sobre Egipto y Josué hizo que el sol se detuviera en el firmamento. Y a todo esto, aunque Adán y Eva solo diesen a luz dos hijos (uno de los cuales mató al otro), la raza humana se las ingenió de algún modo para multiplicarse fructíferamente evitando el pecado de incesto. Y los remotos isleños de la Polinesia hervirán eternamente en lava fundida si no abrazan el evangelio, aunque jamás hayan tenido la oportunidad de escucharlo. Y el Dios que te concedió una pililа te desintegrará con un rayo como te atrevas a meneártela aunque fue Él mismo quien la creó en Su eterna sabiduría.

¿Es eso? ¿Me he perdido algo? ¿Es esta la soplapollez que estáis tratando de venderme? No es la Historia Más Grande Jamás Contada, es la más descabellada. ¿Y me decís que es posible que una tercera parte de la gente que puebla la tierra se crea este cuento de hadas? ¿Que muchos están dispuestos a matar o morir por ella? Eso acojona. ¿Estáis seguros de que no se trata de una especie de novela de ciencia ficción o de una teoría de la conspiración sacada de una de esas revistuchas de supermercado?

No, como siempre, se trata de negocio. Las escrituras sagradas de todas las religiones principales del mundo son sandeces. Mentiras. Invenciones. Mitificación peligrosa. Todas las religiones están equivocadas. Todas. Y cuanto más insisten en estar en lo cierto, más se equivocan. No existe nada parecido a una religión que tenga sentido. Todos los líderes religiosos son unos embusteros y unos estafadores. No confiéis en ellos. Y, sobre todo, no les deis vuestro dinero. Si alguien va y te suelta que conoce a Dios personalmente, reviéntale la nariz de un puñetazo. Jesús Trolero, Judío Fulero, Nazi Patrañero, Musulmán Embustero. Tranquilos, chavales. Ninguno tenéis razón. Y sé que aquí estoy pisándole los pies a casi todo el mundo, pero vamos, hombre. ¿De verdad os creéis esa mierda? ¿Resurrección? ¿Pueblo escogido? ¿Alá vengativo? ¿Rezáis a un Dios que ama a los cristianos (y a nadie más) o a los judíos (y a nadie más) o a los musulmanes (y a nadie más)? Es ridículo. Jesús está muerto. Moisés está muerto. Mahoma está muerto.

Buda, finito, kaput. Cada uno de estos sabelotodos se ha convertido en polvo. Esta observación debería bastar para zanjar la cuestión de si tenían o no la última palabra en algo.

La construcción «religión de chiflados» es una redundancia. También «falso profeta». Y «secta» es una palabra tendenciosa utilizada por religiosos con mucha pasta para describir a cualquier grupo que amenace su zona de influencia. Es un término calumnioso al que recurren los exsectarios que se convierten en profesionales. Aun así persiste una tendencia entre los lerdos de mente estrecha a distinguir entre religiones «legítimas» y «extraoficiales». Esto muestra un malentendido básico en las premisas declaradamente piradas sobre las que se fundan todas las religiones importantes del mundo. TODAS son bobaliconas teorías ontológicas de la conspiración, ni más ni menos plausibles que el Mago de Oz. En momentos de honestidad como, digamos, cuando se les pone el cañón de un arma en la cabeza, la mayoría de los líderes espirituales admitirán que no tienen ni la más remota idea de por qué estamos aquí, en la tierra. A la hora de la verdad, ¿cuál es su autoridad? NADA más allá de unos disparates alucinatorios cocidos en el desierto hace miles de años. ¿Cuánta sangre se ha derramado sobre el mito imbécil de la resurrección de Cristo? ¿Cuánta tensión árabe/israelí se liberará cuando ambos bandos admitan que nunca han hablado directamente con Dios?

Dios. El Gran Kahuna. El Jefe de los Idiotas. *Il Capo di Tutti Capi* . El Anfitrión Más Molón. El Gángster Original. Un concepto de retrasados mentales, incluso para una película. Y aun así nuestro planeta rebosa de cenutrios dispuestos a asesinar a quien sea porque piensan que Dios es un inseguro de la hostia y no puede soportar que le calumnien. Su imagen mental de Dios, como siempre, es una semblanza refractada de sí mismos: alguien tan vulnerable emocionalmente que necesita rodearse de un séquito de aduladores que le besen el culo y se acobarden en Su presencia. Uno diría que Dios tendría que ser un poquito más decidido y no necesitar que le estuviesen dando continuamente palmaditas en la espalda. Un Dios interpretado por Frank Sinatra. ¿Qué clase de Creador enfermo, inmaduro y portador de ultimátums es ese?

¿Por qué me enciendo tanto bajo el alzacuellos del cura? Porque la religión organizada ni siquiera se acerca a declararse culpable. De TODO. Nuestro sentido no intervencionista de la tolerancia religiosa no debería pasar por alto los numerosos pecados de la religión organizada. Durante mil años, la brutalización de los siervos europeos se excusó como voluntad de Dios. Los promotores originales de la esclavitud negra y del genocidio nativoamericano fueron más propensos a hacerlo en nombre de Jesucristo que por la causa de la supremacía blanca. Cristóbal Colón, a quien últimamente se viene pintando como el Hombre del Saco original del imperialismo blanco, fue más bien un imperialista cristiano: «En nombre de la Santísima Trinidad, mandemos a todos los esclavos que se puedan vender», le escribió a un socio comercial[1] . El aristócrata virginiano William Byrd no llamó negratas a sus esclavos negros, los llamó «descendientes de Cam[2] ». Las atrocidades del Destino Manifiesto no se explicaron con teorías eugenésicas de supremacía biológica, se excusaron con la exhortación bíblica de aplastar a los paganos y arrebatarles las tierras.

Las religiones masivas no dejan de ser menos absurdas porque haya más gente que las siga, más bien son más descerebradas. Están llenas de majaretas, grillados, tarados y mongólicos. Si en lugar de un solo apóstol lunático, son un billón las personas que creen en el hijo resucitado de una virgen, eso es un billón de veces más delirante. Todas las ideas que promueven la cohesión social son mentirijillas construidas burdamente para suavizar lo que de otro modo podría verse como otra forma oscura de control. Pero las religiones más grandes no se desestiman como cultos descabellados porque los arquitectos sociales son muy conscientes de su efectividad a la hora de absorber y distraer la inquietud. Los castillos en el aire hacen que los castillos en vida no te urjan tanto, ya llegarán luego.

Con esto no quiero decir que los sistemas mitológicos no puedan cumplir una función positiva para el creyente, solo que no se debería confundir una postal con irse de verdad de vacaciones. Con todo lo perturbada que es la religión, mucha gente parece seguir necesitándola. El Cristianismo, el Judaísmo y el Islam la palmarán antes que la necesidad humana de religión. La Búsqueda de Dios es eterna. Las religiones se pueden dar con un canto en los dientes si se les concede más de diez minutos.

Contemplo la religión como cualquier otro existencialista de pacotilla. La necesidad de *creer* es más fuerte que la necesidad de creer en algo *real* . En *El hombre en busca de sentido* , el superviviente de un campo de concentración nazi Viktor Frankl señalaba que no fueron los cuerpos más vigorosos los que sobrevivieron a los campos, sino los prisioneros que tenían las ideas más fuertes por las que vivir; ya fuese una creencia filosófica o religiosa, o la promesa de reunirse con su familia. La idea no tenía por qué ser factible (muchos miembros de las familias de los prisioneros ya habían muerto), pero la esperanza era lo que les hacía seguir adelante. Las ideas, aunque sean falsas, pueden ser más poderosas a la hora de mantener a alguien con vida que un metabolismo sano o un apetito saludable.

Como soy un ignorante, me imagino que estoy tan cualificado como cualquier otra persona para hablar de religión. No tengo ni la más remota idea de por qué estoy aquí en esta bola de tierra, y mucho menos por qué estás tú. Yo me considero agnóstico, pero eso suena a que tengo congestión nasal. Soy un muchacho sencillo. La vida nunca se ha dignado a besarme con fenómenos paranormales. Nunca he tenido una charla personal con Dios. No puedo decir que me haya desaparecido un tumor a través del poder de la oración. No he visto ningún objeto volante sospechoso. Ningún Bigfoot escarbando en mi cubo de basura. A veces he estado lo bastante relajado para sentirme lo que podría denominarse como «en unidad con el universo», pero de ahí no paso. Hay veces en que uno desea sentirse conectado con el universo, otras no. Me vuelvo más religioso sacando a pasear a mi perro que entrando en cualquier iglesia de este planeta. He recogido mierdas que me han aportado una satisfacción espiritual muchísimo más exquisita que doce años de colegio católico.

Si hay un Dios, está claro que una de sus mayores habilidades es esconderse. Me atribuyo la teoría de la Broma Cósmica, que Dios nos puso en movimiento solo para Su sádico deleite personal. Pero yo no puedo creer en un Dios tan cruel como para obligarme a vivir eternamente. No creo en la otra vida, más

allá del hecho real del reciclaje biológico. Cuando estiras la pata te descompones en un mantillo y así ayudas al crecimiento de la vida vegetal, que alimenta a las vacas que luego se comen los humanos. Cuando te mueres te conviertes en comida. Los *Homo Sapiens* vivos se dan un banquete con tu protoplasma reciclado. Qué buen rollo. Hace que merezca la pena levantarse por las mañanas.

Lo mejor de la espiritualidad personal, en contraposición a la religión organizada, es que puedes ir improvisando sobre la marcha. Tienes la capacidad de adaptar tus creencias a tus necesidades específicas. La religión es como la masturbación, una de esas cosas que se practican mejor en soledad. Lo que me chamusca los calzoncillos es cuando se echa mano de la metafísica como herramienta social en lugar de como paliativo personal. La religión institucionalizada toma un principio sencillo y perfecto y se dispone a demolerlo. Inyecta un elemento social innecesario y destructivo en algo que es mejor dejar en la esfera personal. Al igual que el gobierno organizado, la religión organizada te exige el alma para luego poder devolvértela.

Cada vez que dos o más se reúnen en Su nombre suele liarse parda. Curiosidad espiritual individual BIEN, religión organizada MAL. Vota sí a lo inquisitivo. No a la Inquisición. En la medida en que la religión alienta experiencias disociativas extáticas y epifanías ideológicas trascendentales, yo digo: a por ello Rocky Balboa. Las religiones son como los agujeros del culo, todo el mundo tiene uno. Si quieres rendir culto a tu secador de pelo de setecientos vatios, a mí como si te la pica un pollo. Lo que sea que te enfríe los motores. Que te aplaste la mosca cojonera. Que te recorte las uñas. Que te encere el guardabarros. Que te lubrique el eje. Que te engrase el volante. Que te ponga a flote. Que te apriete el gatillo. Que te masajee el músculo. Que te ize el mástil. Cualquier cosa que apacigüe tu alma calentorra y fatigada. No tiene por qué ser real, basta con que cumpla con su cometido.

La vida de la mayoría de la gente está tan atiborrada de vejaciones sin sentido y áreas confusas de gris vacuidad, que un sentido religioso intenso al que poder lanzarse en picado en plan kamikaze, puede marcar la diferencia. La religión no es otra cosa que falsa esperanza para los auténticamente desesperanzados. El impulso religioso surge de un modo más encarnizado entre los campistas infelices. Todas las religiones expresan insatisfacción con el mundo tal y como es. Los anhelos religiosos son un intento de curar la depresión o la alienación. Cuando uno ya está viviendo en el Jardín del Edén no le hace falta un dogma abstracto que le asegure que las cosas al final van a ser diferentes. Una religión, despojada de todo su barniz, es cualquier sistema de creencias que intente lograr que un individuo (aunque solo sea un único imbécil solitario) sobreviva a la noche.

La religión se vuelve más estruendosa a medida que el cheque se reduce. Las iglesias con fachada de cemento hacen siempre más ruido que las catedrales de granito. La religión de clase baja tiende a ver el mundo como irredimible y eso les toca mucho las pelotas. Los aulladores, los que se sacuden, los gritones y los vociferantes siempre han salido de los rangos inferiores. Cuanto menos atendidas parezcan tus plegarias, parecer ser que más fuerte tienes que desgañitarte.

Y, *mais certainement* , son los gritones, los temblones y los pirados, los que me despiertan más simpatía. En un arenero cultural saturado de petulancia posmoderna e ironía hueca, yo le concedo las notas más altas a cualquier cosa que sea literal y sincera. No me preocupa mucho la veracidad o la falsedad de las creencias en cuestión; solo me impresiona que vayan en serio, colegaaaa. No tener miedo a quedar como un idiota es el primer pasito del bebé hacia la iluminación. Me agrada que la religión surja de la compulsión más que del deber. Más de una necesidad de respuestas que de un deseo de amoldarse. Una religión de emoción extrema y escapismo desesperado. Una religión a la que no le dé vergüenza el sudor y el melodrama. Una religión como Dios manda.

La innovación, religiosa o de cualquier otra clase, jamás ha surgido de lo establecido. Puesto que las confesiones más extendidas han tenido tiempo de sobra para consolidarse y sacramentalizar y codificarlo todo hasta la muerte, la espiritualidad de alto contenido en nitro suele quedar confinada a las herejías.

El territorio de la herejía siempre ha sido la frontera, no la ciudad. Cuanto más te alejes de las mecas religiosas establecidas, más probabilidades tendrás de toparte con cismas, facciones disidentes y focos realmente extraños de fe intensa. Los habitantes de las colinas en los Apalaches, a menudo retratados como los bufones de mínimo denominador común de la corriente principal del cristianismo, se han jactado de poseer los índices históricos más bajos de afiliación a una iglesia organizada de todo el país. Si acaso los hillbillies van a misa, suele ser para interrumpirla con disparos y gritos de rebeldía. Abandonados en tierra salvaje, más dependientes de sus propias artimañas que de las redes sociales, los montañeses desarrollan modalidades religiosas con un toque personal inconfundible.

La espiritualidad hillbilly no cristiana era un gumbo de bruja en el que se mezclaban supersticiones campesinas de Europa con folklore africano y nativoamericano. Como con la mayor parte de las modalidades de animismo preindustrial, pensaban que los espíritus estaban por todas partes. A los ángeles se les daba crédito por cosas buenas. Se culpaba al Diablo de la enfermedad, las desgracias o el tiempo de mierda. Presagios. Restregarte con sangre una «X» en la frente para conjurar una visión. Remedios populares que incluyen telas de araña y manos frías de cadáveres humanos. *Jack y las habichuelas mágicas* y tenias de treinta metros. Espejos rotos. Gatos negros. El séptimo hijo de un séptimo hijo.

Y luego está Jesús con acento sureño. La interpretación del cristianismo por parte del blanco pobre sureño siempre parece avergonzar al resto de la nación. Sanadores de la fe con tupés horteras balbuceando galimatías con su glosolalia. Predicadores de las Ozarks de rostros sonrosados desgañitándose hasta expulsar coágulos de sangre de sus pulmones. JESÚS SALVA plasmado en los graneros. Jimmy Swaggart eyaculando prematuramente con una prostituta de motel[93] . Oral Roberts[94] y su visión de un Jesús de doscientos setenta y cinco metros.

Para la mentalidad corriente, ninguna manifestación del cristianismo blanco

sureño parece tan nauseabundamente psicótica, tamaña prueba incontrovertible de la degeneración redneck, como los cultos de manipulación de serpientes de los Apalaches. Fundada en 1909 por el predicador pentecostés analfabeto George Went Hensley en Sale Creek, Tennessee, la manipulación de serpientes surgió de la interpretación literal de una cita atribuida a Jesús en el decimosexto capítulo del Evangelio según Marcos:

«Y estas señales seguirán a los que creyeren; en mi nombre echarán fuera demonios, hablarán nuevas lenguas; tomarán serpientes en las manos y, si bebieren cosa mortífera, no les dañará; sobre los enfermos impondrán sus manos, y sanarán».

A ver, ¿y a qué se podía estar refiriendo Jesús si no estaba hablando literalmente? ¿Cómo es posible interpretar ese pasaje en sentido figurado? Este fue un hombre que, presuntamente, llevó a cabo milagros literales y está diciendo que los verdaderos creyentes deberían ser capaces de hacer lo mismo. Según las instrucciones del propio Cristo, los manipuladores de serpientes, los bebedores de veneno y los sanadores de la fe son los únicos cristianos verdaderos. Los levantadores de serpientes se fían de la palabra de Cristo. Aquí nada de cagones.

Si Jesús estaba dispuesto a ser crucificado, ¿por qué no iban a ser Sus seguidores igual de suicidas? A los primeros cristianos no les importó ser pasto de los leones. Los manipuladores de serpientes de hoy constituyen la única secta cristiana dispuesta a ir un paso más allá. Es lo máximo a lo que puede llegar un cristiano sin crucificarse. La manipulación de serpientes es cristianismo que pone un poco de carne en el asador.

La serpiente, queridos, es una metáfora sexual. Manipular un reptil sin patas significa dominio de la carne. Fue una serpiente la que tentó a Eva. Aunque se representa a San Patricio expulsando a las serpientes de Irlanda con una flauta, la verdad es que su cristianismo misionero no le dejaba margen para cultos nativos celtas de serpientes. En varias representaciones artísticas de *La Madonna* , la Virgen María aparece aplastando una serpiente con el pie. El cristianismo nunca ha sido herpetológicamente correcto. Lo que perturba en un primer momento del espectro de unos cristianos manipulando serpientes es que de alguna manera parece precristiano, un vago recuerdo de las religiones de sexo y sangre de los templos paganos que se supone que el cristianismo había erradicado para siempre.

Los manipuladores de serpientes caucásicos no se diferencian mucho de los apuñaladores de pollos de la santería portorriqueña, de los lanzadores de maleficios del vudú haitiano ni de los yoguis hindúes que caminan sobre fuego. Pero a la mayor parte de los norteamericanos blancos no les verás de esa guisa. Las ceremonias religiosas babeantes y emotivas son en cierto modo vistas como una señal vehemente de elevación y esperanza si son practicadas por «gente de color», pero de insufrible atraso si se trata de blancos. Solo cuando es gente blanca la que se pone a ladrar y a soltar espumarajos se ve como motivo para alarmarse. Pero esto es casi su propia forma de racismo, hacer gala de una aceptación del primitivismo en cualquier especie menos en los blancos. Es como decir que actuar de un modo primitivo es «natural» para cualquier raza menos la caucásica.

«La manipulación de serpientes emergió en la zona este de Kentucky a principios de la década de 1930 como respuesta a la anomia social que resultó de la industrialización [...] Los ataques por parte de los medios y de las autoridades han reforzado la idea [de los manipuladores de serpientes] de que "el mundo" les es hostil [...] Rechazar la atención médica y dejar su destino en las "manos de Dios" es un rechazo simbólico del mundo».

DAVID L. KIMBROUGH, *Taking Up Serpents*

«La manipulación de serpientes se daba con más frecuencia no en las regiones más aisladas de los Apalaches, sino en zonas periféricas que estaban padeciendo el cambio de la agricultura de subsistencia a la industria. El culto ayudaba a sus miembros a sobrellevar la humillación que conllevaba ser pobre y hillbilly».

J. WAYNE FLYNT, *Dixie's Forgotten People*

Una agradable taza de estricnina, un soplete en la cara y una serpiente mocasín enroscada al cuello. Los creyentes afirman que no hay subidón mayor, y yo les creo. Dicen que es casi imposible permanecer como mero espectador, evitar ser absorbido por la vorágine. Probablemente se acerca a la excitación de las ceremonias religiosas de hace diez mil años. Yo solo he visto ceremonias de manipulación de serpientes en vídeo y siempre me ha entrado la incómoda sensación de que me he topado con una pareja en pelotas follando en mitad del bosque. Hay algo tan intensamente emocional en la ceremonia que si no formas parte de ella no puedes evitar sentirte como un intruso.

Frenético gospel hillbilly del espacio. Guitarra eléctrica de bordes dentados con punteos de pluuuuumas. Colas de serpientes de cascabel y panderetas. Gañidos, aleteos, ululatos y chillidos de creyentes. Los feligreses se ponen a zumbar como un enjambre de langostas. Hombres sudorosos tragando tarros de fruta llenos de estricnina o ácido de batería. Exorcismos en vivo. Curaciones milagrosas de humanos y animales. Gente «caída en espíritu» que se derrumba en el suelo en éxtasis serpenteante. Rumores de levitaciones. Hablar en lenguas desconocidas. Y la práctica de la manipulación del fuego en la que los auténticos creyentes se acercan llamas al rostro el tiempo suficiente para fundirse la carne. Lo más impresionante del manejo del fuego es que Jesús ni siquiera lo exigió como prueba de fe. A uno le da por suponer que se hace solo para ganar puntos.

Una creencia lo bastante fuerte para morir por ella suele mantenerte con vida. Suele. A veces no, a veces mueres por ella. Mejillas, muslos y muñecas hinchadas. Trozos gangrenados de carne muerta y ennegrecida. Sangre vomitada por todo el suelo de la capilla. Camisas y toallas empapadas de sangre. Tazas llenas de cosa roja. Si sus brazos se hinchan con ampollas purpúreas del tamaño de un balón de fútbol que requieren una amputación urgente, no es más que una muestra de lo mucho que aman al Señor.

«Me han mordido cincuenta y cuatro veces y nunca me ha pasado nada. He bebido estricnina como si fuese un refresco y he manejado un montón de

fuego».

PASTOR DEWEY CHAFIN, Jolo, Virginia Occidental[3]

«Me han mordido cuatrocientas veces hasta que me quedé tan moteado como una gallina de Guinea».

PASTOR GEORGE WENT HENSLEY, fundador del

movimiento de manipulación de serpientes moderno[4]

Una serpiente venenosa mordió una vez a Hensley en la nariz tan fuerte que se le partió un colmillo y ahí dentro se le quedó. Sufrió una mordedura fatal de serpiente en el verano de Florida de 1955. Al menos otros setenta y cuatro creyentes han muerto por colmillo desde que Hensley comenzó a predicar su evangelio hiperliteral en 1909. Esto sin incluir las cinco, como mínimo, muertes relacionadas con la ingestión de estricnina.

Me imagino que la mejor manera de evitar ser mordido por una serpiente es NO MANIPULAR UNA SERPIENTE. Yo no lidiaría con una cascabel. Si eso es lo que hace falta para probar mi amor por Dios, no amo a Dios ni por el forro. Imaginaos que acudís a una cita y ella o él os piden como prueba de amor que acariciéis a una siseante mocasín de agua. Pensaríais que están tronados. Así que ¿qué pasa con Dios? Me pregunto cómo se siente un cristiano que se está muriendo a causa de una picadura de serpiente al darse cuenta de que el problema no ha sido la falta de fe, sino DEMASIADA fe.

Ese es el problema de la religión. Cuanto más literal te la tomas, más desastres invocas. Jesucristo representa cada vez más un tiempo y un lugar que dejaron de ser relevantes para el redneck común de parque de caravanas. Cristo está un poco pasado. Ya no está a la altura. Lo más probable es que no haya tenido una erección desde la Edad Media. Jesús tuvo una racha buenísima (más larga que *Cats* o *A Chorus Line*), pero Su tiempo se acabó. Jesús fue un pelma suicida bienintencionado. Y para de contar. Nada más. Y eso en el caso de que realmente existiera. Ha llegado la hora de nuevos superhéroes de dibujos animados.

El *Weekly World News* se autoproclama «El periódico más excitante de Estados Unidos». Mientras escribo esto, la portada del número actual de la revistucha de supermercado presenta dos titulares con su inimitable tipografía chirriante:

«¡ALIENÍGENA CAPTURADO ADVIERTE DE UNA

INMINENTE INVASIÓN EXTRATERRESTRE!»

&

«¡BIGFOOT HEMBRA SALVA LA VIDA

DE UN BEBÉ HUMANO!»

A modo de verificación, el *News* muestra una «foto Polaroid real» de la heroica hembra Bigfoot y una «fotografía oficial de la CIA» de un alienígena esposado mientras está «siendo introducido por dos agentes estadounidenses en un coche». Los alienígenas del espacio y los Bigfoot son estrellas invitadas familiares para los lectores del *Weekly World News* , un grupo por el que orgullosamente siento una gran lealtad. El crucigrama semanal de este periódico borroso y en blanco y negro se llama BIGFOOT® , y una de las portadas más populares de la publicación fue la del marciano genérico, lampiño y desnudo, estrechándole la mano al presidente junto al titular ¡ALIENÍGENA APOYA LA CAMPAÑA DE CLINTON!

Es probable que el *News* obtuviese su máxima publicidad cuando dio la primicia de que Elvis Presley había sido visto en un Burger King de Kalamazoo, Michigan. Sabiendo perfectamente de dónde sacar provecho, los editores, desde entonces, nos han convidado con una larga sarta de avistamientos de Elvis. Mi favorito es el de la foto de un Presley panzudo secretamente escoltado a la salida de un hospital en muletas.

El número del *News* de esta semana incluye un publirreportaje autocomplaciente en el que preguntan a cuatro presuntos expertos estas contundentes cuestiones:

«¿Qué es lo que hace que el *Weekly World News* sea el periódico más cautivador de la tierra? ¿Por qué más de cinco millones de lectores de cuarenta y cinco países aguardan cada nuevo número con una expectación tan salvaje?».

El que mejor responde a las preguntas es un psiquiatra australiano:

«El *Weekly World News* nos confirma lo que en nuestros corazones sabemos que es cierto: que hay más cosas en el mundo de las que la prensa institucional de mente estrecha nos deja ver. En lo más hondo todos sabemos que los alienígenas, el Bigfoot, los fantasmas, la percepción extrasensorial y las experiencias cercanas a la muerte son reales. Al cubrir esos fenómenos, el *News* confirma su realidad y apoya la propia verdad del lector».

El *Weekly World News* es una modalidad de escritura religiosa moderna de la basura blanca, y no es mi intención sonar simplista, hacerme el gracioso, ser impertinente ni ingenioso al afirmar tal cosa. En su paranoica certeza de vena palpitante de que nos queda un suspiro para que se desate el Armagedón, a lo que más se parece el *News* es al libro bíblico del Apocalipsis. Los desastres nucleares y los virus mortales y las invasiones alienígenas. Lagartos que se te cuelan por la boca y te devoran los intestinos. Una nueva especie de gusanos que se alimentan de masa encefálica humana.

De vez en cuando sale el tema cristiano, pero casi siempre se centra en Satán más que en Cristo. En números recientes, el viejo Satanás ha sido acusado de hacer que su rostro aparezca en las nubes momentos antes de que un avión de la TWA se estrellase en Long Island, de haber ganado el alma de un hombre en una partida de cartas y de haber manipulado a Alemania, Rusia y China para desatar una guerra que no tardará en volverse global. Un lector

escribe a Serena Sabak, la médium residente del *Weekly World News* con su bola de cristal, con un problema digno de *La Metamorfosis* de Kafka:

«Querida Serena: Mi problema es extremadamente serio. Esta mañana me levanté con un tatuaje de la cara del diablo en el pecho».

El *Weekly World News* es un centro comercial de venta por correo para aspirantes a místico de caravana. Te proporciona más alternativas que el cristianismo. Los anuncios de abogados de consolidación de deudas y los programas para hacerse rico en el momento, indican que no se dirige a un público acaudalado. Pero los anuncios de talismanes de la suerte y de videntes telefónicos careros muestran que los lectores están buscando respuestas. La Llave de la Fortuna. El Trébol de Cuatro Hojas y Treinta y Tres Deseos. El Anillo Místico de Ré. El Colgante Extra Poderoso de los «Jugadores Afortunados». Muñecas Mágicas Milagrosas. Remedios para las arrugas. Perfumes del zodíaco. «Haga el favor, me lo quitan de las manos, la Milagrosa y Mundialmente Famosa Cruz de Dios por solo 17,95 dólares más 2,05 dólares de gastos de envío y gestión». Anuncios de videntes telefónicos envueltos en bruma que afirman ser el mejor del mundo y te advierten que los demás son unos charlatanes. Y encima tienen los huevazos de decir: «Por solo 3,49 dólares el minuto». Pero el hecho de que haya tantísimos cobrando tantísimo dinero resulta revelador. Si los predicadores y los curas estuviesen haciendo bien su trabajo, esta suerte de misticismo telefónico no lo estaría petando.

La lectura atenta del *Weekly World News* revela que los editores están involucrados en la broma, aunque los que se mofan no. Los editores y sus anunciantes solo están rellenando los huecos del ansia de arcanos cuasiespirituales. La pregunta es: ¿por qué sus lectores necesitan a Elvis, al Bigfoot y a los marcianos?

Elvis Aron Presley puede que sea el chico blanco de campo más famoso de la historia, y solo eso es suficiente para cualificarle como máximo candidato a Mesías Redneck. Claro que entre los sofisticados es más bien un Anticristo musical, un emblema ridículo de la falta de tacto de la basura blanca. Un crítico cultural lo describió como «vulgar, ignorante, hortera, drogadicto, pervertido sexual y redneck […] El chiste cultural favorito de Estados Unidos, el epítome de todo lo que es más clase baja, basura blanca, residuo de parque de caravanas, hillbilly y cursilón[5] ». En cualquier caso, la mayoría de los críticos de rock rollo cretino que recurren al culo celulítico de Presley como pasto de broma, llevan vidas personales mucho más patéticas e insignificantes que la de Elvis en todos los sentidos imaginables. Necesitamos más bromas sobre críticos de rock y menos sobre Elvis. Elvis eyaculó un chorrazo de semen sobre las fauces del mundo mucho mayor del que tú o yo jamás podremos expulsar. Así que la broma es para nosotros.

A Elvis se le suele acusar por haber robado sin ayuda de nadie el rock'n'roll a los negros. «Los blancos robaron el rock'n'roll a los negros», corean las delicadas mariposas musicales una y otra vez. Seguro, las compañías discográficas dirigidas por blancos estafaron desvergonzadamente a incontables músicos negros, pero a los hillbillies también. El rock'n'roll era, esencialmente, música sureña en la que se entrelazaban influencias negras y blancas. Después de todo, hasta el bluesman de piel más oscura del Delta

cantaba sus canciones en inglés. Más ajustado sería decir que las discográficas británicas y del Norte robaron el rock'n'roll al Sur.

Si Elvis estaba intentando sonar negro, no hizo un trabajo muy bueno. Yo percibo más agitación hillbilly/wéstern swing (influencias BLANCAS) en su música que jazz negro o blues. La huella digital de la música negra parece mucho más evidente en los Beatles y en los Rolling Stones, pero a esos inglesitos indeseables no se les culpa, ni mucho menos, tanto como a Elvis. ¿Por qué? Me atrevería a decir que los Beatles y los Stones se escaquean sin problemas no porque sean más auténticamente «negros» que Elvis, sino porque son menos hillbillies de lo que fue él. Cebarse con Elvis no muestra sensibilidad hacia los negros, muestra odio a los hillbillies. Irónicamente, los Beatles y los Stones se libraron de la quema al tocar música sureña porque no eran sureños.

Cebarse con Elvis y Adorar a Elvis son dos corrientes que afluyen por separado, pero también tienden a nutrirse mutuamente. Cuanto más se difamaba su figura, más procuraban sus defensores reparar el daño. Y cuanto más fervorosamente se defendía a Elvis, más fácil resultaba mofarse de él. Al ridiculizarse más por un lado, se santificaba más por el otro.

Elvis Presley parece un candidato inverosímil para la santidad. Ni siquiera fue un ídolo adolescente apropiado. En aquella famosa fotografía en la que sale posando junto a Richard Nixon como parte de una campaña antidrogas, parece ir tan hasta las cejas que resulta asombroso que no le aleteen las patillas. Elvis no parecía un espíritu particularmente complejo. Amaba a su mamá y no mostró evidencia de delirios mesiánicos. Salvo por la rara puñalada de crítica social en canciones como «In the Guetto», su música estaba desierta de mensajes. Elvis casi parece un vacío moral/espiritual, ni moral ni inmoral. Un lienzo amoral. Parece libre de sustancia, pero ser un contenedor abierto facilita a la gente la tarea de rellenarlo con sus propios significados. Está tan vacío que uno puede embutir su base de masa con todo el relleno de canelones que quiera.

Las estrellas pop son los amuletos devocionales del culto moderno, de la misma idéntica manera en que se veneraba a los santos en la Edad Media. Las estrellas pop muertas lo son aún más. Pero a diferencia de casi todos los ídolos resucitados, Elvis ya empezó a pudrirse antes de morir. Si alguna vez interpretó el papel de chamán, de alguien que canalizaba energía espiritual hacia un público arrebatado, fue en sus primeros días como The Hillbilly Cat. Daba pie al ritual de la posesión, que es todo lo que puede pedírsele a un predicador.

Pero ya en los años setenta estaba anquilosado, una parodia de sus primeras actuaciones. Se había convertido en una figurita recortable de Elvis, más allá de la autoparodia. Un Elton John heterosexual. Un cerdo borracho y karateka con lentejuelas. Un Godzilla Elvis de tebeo con sus nunchakus y sus patillones como chuletas que siempre iba hasta el culo de pastillas. Devorar donuts y olvidarse de las letras de las canciones. Toda esa cosa de Hombre-Lobo Hawaiano y de Las Vegas en la que se metió me resulta inexplicable. Un misterio cultural. Quizá se trate de algún críptico simbolismo cabalístico que planea sobre mi cabeza. De haber seguido vivo, no habría sido hermoso. Elvis

con un racimo de uvas de hemorroides y un audífono. El Señor se lo llevó justo a tiempo. Elvis no estaba tan desfasado ni era tan viejo en el momento de su muerte como para que resulte imposible imaginarlo en el cielo con una buena erección. Allí arriba, a la diestra de Dios, Elvis puede seguir teniéndola dura por los siglos de los siglos.

Es interesante observar que es el último Elvis drogadicto de la Federación Mundial de Lucha el que concentra mayor devoción espiritual. Casi todos los imitadores de Elvis lo representan no como el Hillbilly Cat, sino con la pinta que se gastaba a mediados de la década de 1970, poco antes de caerse muerto de su retrete mientras leía *The Scientific Search for the Face of Jesus* , su cuerpo repleto de una farmacia en miniatura de pastillas. Del mismo modo, la mayor parte de la iconografía fanática de Elvis (posavasos de cóctel, platos de coleccionista, estatuillas, licoreras de whisky, cajas de música y lámparas de mesa) es de su última etapa.

Creo que existen dos motivos para esto. En primer lugar, como ya señalé, el Elvis de 1970 se ha convertido en una carcasa hueca ceremonial. Para capturar al Elvis de los años cincuenta necesitas una auténtica inspiración; para simular al Elvis de los setenta solo necesitas comprarte uno de esos flamantes trajes de fantasía tachonado de espejos. Elvis ha proporcionado a sus seguidores un formato fácilmente reproducible. Un concierto de un imitador de Elvis es como *Beatlemania* !, o la misa católica; la desabrida ritualización de algo que hace tiempo fue inspirado.

El segundo motivo es más importante: el Elvis de los años setenta era el que más precisaba ser redimido. Elvis ha sido un motivo de inmenso orgullo para muchos blancos sureños calumniados con frecuencia. Conquistó una industria del entretenimiento controlada por no sureños que solo se burlaron de él después de su muerte. A negar los sebosos excesos de tonel dopadísimo de los últimos años de Elvis en lugar de representarlo como una figura divina, los fanáticos de Elvis están oficiando su propio acto de redención. Al redimir a Elvis, juegan a ser Dios. Están reconstruyendo a este Hijo del Sur tan vilipendiado y redirigiendo la culpa hacia la despiadada industria del entretenimiento que emponzoñó su pureza hillbilly. Hay algo aleccionador en la saga de Elvis: que lo mismo la basura blanca pobre debería quedarse al otro lado de las vías.

El rechazo al Demonio Elvis y su transformación en el Ángel Elvis es una prueba de la necesidad que tienen sus fans de convertirlo en algo que él, obviamente, nunca fue. Expone el deseo de convertir a las estrellas del pop en algo más grande de lo que fueron, un anhelo de volver a poner las cosas en su sitio incluso después de que se hayan hecho añicos. La necesidad de una plantilla perfecta y eterna. Indica que el icono representativo es más importante que el original.

IMITADOR DE ELVIS NÚMERO UNO: «Elvis; es el mayor artista de todos los tiempos, y es el Rey del Rock and Roll, ahora y siempre».

IMITADOR DE ELVIS NÚMERO DOS: «Elvis fue la persona más carismática de la tierra, exceptuando a Jesús».

IMITADOR DE ELVIS NÚMERO TRES: «Su nombre seguirá entre nosotros hasta el fin de los tiempos».

IMITADOR DE ELVIS NÚMERO CUATRO: «Para mí solo habrá un Elvis y nadie podrá seguir sus pasos ni actuar como él».

IMITADOR DE ELVIS NÚMERO CINCO: «Elvis, con diferencia, es la mejor persona que ha caminado sobre la faz de la tierra. Nadie, y cuando digo nadie digo nadie, podrá jamás reemplazarle».

IMITADOR DE ELVIS NÚMERO SEIS: «De haber seguido vivo, Elvis habría traído la paz al mundo».

Sus fans salmodian «Elvis es el Rey» y hablan sin parar acerca de mantener su memoria viva con una determinación semejante a una plegaria, como si Elvis pudiera desvanecerse en el momento que cesasen de pronunciar su mantra. Y no se equivocan, así sería. Así que por eso continúan con su salmodia. Seguid pensando en él y él jamás se irá. Un Elvis inmortal significará de alguna manera que ellos también son inmortales. Si Elvis vive eternamente, también la basura blanca, EL REY VIVE… ELVIS NO HA MUERTO, SOLO SE HA MUDADO A UNA MANSIÓN MÁS GRANDE… Y AL OCTAVO DÍA, DIOS CREÓ A ELVIS. Es una manera de codificar, de reivindicar y de ritualizar, una experiencia muy específica de la Norteamérica blanca. Es más *pertinente* para un sureño blanco rezar a Elvis, nacido en Mississipi en 1935, que a Jesús, nacido en Nazaret en el año 0.

Al igual que Jesús, Elvis se ha mantenido vivo a través de la memoria, una memoria exageradamente embellecida. Los que espiritualizan a Elvis dan muestras de una resistencia ciega a creer que este chico hillbilly con retención de líquidos y colon irritable, devorador de sándwiches de plátano y mantequilla de cacahuete, está muerto. Para ellos, Elvis vive a través de las teorías de la conspiración y la numerologia. De su hermano nonato Jesse. De la misteriosa falta de ortografía del apellido de Elvis en la lápida de Graceland. Y de cómo la fecha de su fallecimiento, 16/8/1977, «suma» 2001, y no es una coincidencia que sus conciertos de mediados de los setenta siempre empezasen con el tema de *2001: Una Odisea del Espacio* . Elvis vive en las visiones, sueños y profecías que manda a través de sus adeptos más fanáticos. Vive en reliquias como los supuestos viales de «¡Sudor de Elvis!» y las bolsitas de tierra de Graceland que se venden en las tiendas de souvenirs. Sigue vivo al revelar su rostro en las nubes o en el cristal cubierto de hielo de una ventana. Sigue vivo en las velas encendidas en su memoria el día de su cumpleaños, el día de su muerte y el de cada día sagrado que hay en medio. Sigue vivo en los reportes susurrados de curaciones milagrosas a través de la invocación de su nombre. Sigue vivo a través de la gente que declara ser hijo suyo, que se cambia el apellido por el de Presley o que se hace una cirugía estética para parecerse más a él. Yo tengo un amigo que ha llamado a su hijo Elvis. Hay incluso un Elvis Goad que vive en Illinois.

Y según numerosos testimonios, la religión funciona. Al loro:

IMITADOR DE ELVIS NÚMERO SIETE: «De manera indirecta, me salvó la

vida. Yo me hallaba sumido en una profunda depresión, casi al borde del suicidio».

FRANKIE «BUTTONS» HORROCKS, UNA FANÁTICA DE ELVIS DE MEDIANA EDAD Y FUMADORA COMPULSIVA, RUBIA DE BOTE Y CON UN ACENTO DE ESTROPAJO OXIDADO DE JERSEY. FRANKIE SE MUDÓ A MEMPHIS EN CUANTO SE ENTERÓ DE LA MUERTE DE ELVIS. DICE QUE SI ALGUNA VEZ SE ENCONTRARA CON ELVIS, PREFERIRÍA FOLLÁRSELO A OÍRLE CANTAR SOLO PARA ELLA. CUANDO UN DEPREDADOR SEXUAL ASESINÓ A SU HIJA, FRANKIE ENTERRÓ A LA CHICA CON UNA COPIA DEL SINGLE DE 45 RPM *BURNING LOVE* EN SU ATAÚD: «Ahí tienes a alguien [Elvis] que ocupa el noventa y nueve por ciento de mi tiempo, y mi dinero, y aun así el pensamiento de quitarme la vida nunca me ha pasado por la cabeza. *Nunca* . Y no puedo entenderlo».

JESCO WHITE, DE BOONE COUNTY, VIRGINIA OCCIDENTAL, ESNIFADOR DE GASOLINA, BAILARÍN DE ZAPATEO, LADRÓN REFORMADO E IMITADOR DE ELVIS. EN CIERTA OCASIÓN, JESCO LE PUSO UN CUCHILLO A SU MUJER EN EL CUELLO PORQUE LE SIRVIÓ UN PLATO DE HUEVOS POCO HECHOS. SUS ACTUACIONES COMO EL REY SE LIMITAN A LA «HABITACIÓN ELVIS» DE SU CASA REMOLQUE, QUE ESTÁ ABARROTADA DE CACHIVACHES Y CHORRADAS RELACIONADAS CON ELVIS: «Y como te digo, de no haber sido por esta colección de Elvis, supongo que ahora estaría muerto, o encerrado en un loquero hasta el día de mi muerte… En realidad soy un [sic] animal. Me refiero a que soy una mala bestia. Un animal nada bueno que mataría a cualquiera solo por un trago de agua. Por puro placer. Tengo esa clase de sentimientos. Pero esta colección de Elvis me aparta de eso. Ya no me tengo que sentir así más. Porque, como te decía, tal cual, se me ha quitado un gran peso de encima».

El propio Elvis parecía altamente autodestructivo (Elvicida), así que sus aptitudes como consejero de suicidas son algo turbias. Obviamente, no es el propio Elvis quien da esperanza (está muerto), es la imagen mental que tiene el creyente de un Elvis redimido. La *idea* de Elvis ha salvado vidas, es posible que al menos tantas como ha matado la manipulación de serpientes. Solo este hecho califica el culto a Elvis como una religión.

Junto a la continuidad en el tiempo de la fe de la basura blanca, Elvis significa el presente. Se ha ido, pero sigue siendo relativamente contemporáneo; están los apóstoles de primera generación que han tocado el dobladillo de su vestidura cuando El Rey seguía vivo. Mirando hacia atrás en el tiempo en busca de imaginería inspiradora están los Fetichistas del Bigfoot. Su ídolo, también conocido como el Sasquatch, el Yeti, Momo, Yowie y el Abominable Hombre de las Nieves, representa un pasado idealizado.

De repente, todo el bosque huele como si hubiese sido barrido por una insoportable halitosis. Una mezcla flatulenta de limo estancado y heces almizcladas de gorila que te provoca arcadas. Se unta en su propia hediondez. No se echa desodorante. Es libre como el viento. Musgo entre los dedos de los pies, fango seco y sangre incrustada en los greñudos pelos del culo. Higiénicamente, Bigfoot es un desastre. *Très gauche* . Oscar Madison[95] . Pero una vez que te acostumbras al hedor, lo tienes chupado.

Y además es un tiarrón. Dos metros ochenta y cuatrocientos cincuenta kilos. Puede cruzar una carretera de dos carriles en dos zancadas. Pelo que va de un blanco cremoso a un negro carbón, pasando por un rojo zanahoria. Dotado de una fuerza capaz de arrancar troncos, lanzar rocas y levantar bidones de combustible. Puedes oír sus agudos chillidos, tipo Rodan[96] , durante kilómetros.

«Y había gigantes en la tierra en aquellos días…».

Génesis 6:4

Muchas culturas del mundo cuentan con una variante del mito del Gran Hombre Mono Peludo. Y puede que exista una base literal. Los arqueólogos que se pusieron a excavar en China han descubierto los huesos de un *Gigantopithecus* extinguido, un metalero peludo fanático que oscila entre los dos metros y medio y los tres metros setenta de altura. Casi todos los mitos de las tribus nativoamericanas admiten algún personaje diabólico de la montaña. La palabra «Sasquatch» deriva del término *saskehavas* de los indios Salish, que significa «hombres salvajes». Una tribu del Noroeste del Pacífico se refiere a él como «Hombre Libre», el que no puede ser domado.

Aunque presuntamente se ha visto al Bigfoot en los cincuenta estados, donde más se ha propagado su mito es entre los altos árboles del Noroeste del Pacífico. Allí arriba tiene un montón de espacio para esconderse. Los auténticos creyentes afirman que pueden haber hasta dos mil Bigfoots ocultos en esos imponentes bosques del norte.

La Sociedad Occidental del Bigfoot tiene su sede en una librería de segunda mano localizada precisamente en el corazón del divertidísimo St. Johns, Portland, Oregón. Esta sociedad cuenta con una afiliación de cerca de ciento cincuenta creyentes, de los cuales alrededor de cincuenta afirman haber visto al Bigfoot en carne y hueso. La Sociedad Occidental del Bigfoot une sus redes (¿sus pinreles?) a las de otros grupos de búsqueda del Bigfoot como el Centro Bigfoot de Kansas, el Centro de Información e Investigación del Bigfoot de Nueva Inglaterra, la Sociedad Sureña del Sasquatch de Nuevo México y el Proyecto de Investigación Occidental del Bigfoot.

Ray Crowe es el propietario de la librería de segunda mano que alberga en su sótano el Museo de la Sociedad Occidental del Bigfoot. Ray es también el fundador y el presidente de la sociedad. Es una versión más oronda y ligeramente más perturbada de El Barbero Floyd del programa de Andy Griffith. Un periódico local lo ha descrito como «desaliñado», y realmente me es imposible mejorar esa descripción. Ray es consciente de la «barrera sarcástica» que impide a la gente creer en el Bigfoot, y no parece preocuparle lo más mínimo. Ray, cuyas gafas siempre parecen estar un poco torcidas, hasta aconseja a quienes compran la literatura de su sociedad «ponerse los ESCÉPTICOS al leer».

Uno de los escaparates de la tienda de Ray es un santuario dedicado al Sasquatch. Un póster pintado a mano del Bigfoot en el que se parece a la

superestrella de la NBA Karl Malone. Hay muñecos del Bigfoot. Una camiseta en la que pone: BIGFOOT, SANO Y SALVO. Una gorra de béisbol de la Sociedad Occidental del Bigfoot. Un single de 45 rpm con «The Legend of Big Foot» de Kim Olson, en el sello Big Foot Recordings. Varios moldes de yeso de huellas gigantes que me recuerdan a Cynthia Plaster Caster y su colección de pollas de estrellas del rock de la década de 1960. Un vial del tamaño de un pimentero lleno de supuesta caca de Bigfoot, disponible por diez dólares en la tienda.

La puerta que conduce al museo/sala de reuniones del sótano tiene un cartel de PRIVADO y solo se abre al público el tercer martes de cada mes, cuando la sociedad se convoca a las siete de la tarde. Unas escaleras de madera descienden a un sótano frío y húmedo en el que da la impresión de que hasta el último centímetro de pared está cubierto con objetos de interés acerca del Bigfoot: numerosos artículos de periódico amarillentos, mapas de avistamientos, fotografías de turbias excursiones de la sociedad, supuestos pelos y huesos de Bigfoot, más moldes de yeso de pies, más dibujos, más presunta caca. Cerca de cincuenta sillas plegables frente a un estrado con un féretro de madera al fondo con un disfraz de gorila de tamaño natural. Aquí abajo el Bigfoot está por todas partes. Esta es la capilla. La cámara del ritual. Las catacumbas.

Yo tuve el privilegio de asistir a unos cuantos encuentros de la Sociedad Occidental del Bigfoot. En uno, hombres adultos llevaron a cabo reclamos ensordecedores de alce y explicaron en qué difería el sonido del gemido del Sasquatch. La premisa de otra reunión mensual fue algo así como «¿Qué Pasaría Si Le Mordiese Una Serpiente Venenosa al Bigfoot?», pero parece solo una excusa para que un amigo herpetólogo de Ray pasee una serie de serpientes desvenenizadas entre un público entregado como si se tratase de una ceremonia de manipulación de serpientes. Estos son creyentes. Un murmullo surge del grupo cada vez que se anuncia un nuevo avistamiento. Algunos miembros alegan que se ha visto al Bigfoot en las colinas de Forest Park, visible desde mi porche delantero. Otro tío piensa que el Bigfoot sigue evitando ser capturado porque es un maestro del viaje en el tiempo.

Por mucho que admita estar del lado de las risitas de la «barrera sarcástica», me quedé impresionado con la amistosa sinceridad del grupo. Ninguno estaba loco en apariencia; simplemente parecían estar comprometidos en una cruzada. Todo era tan inofensivo como si lo que estuviesen buscando fuesen las llaves perdidas del coche. Bigfoot les proporcionaba algo en lo que creer, más allá de lo que sabían que era cierto.

Aparte del ritual de los encuentros mensuales, la Sociedad Occidental del Bigfoot tiene algo parecido a un período sagrado anual: un festival en verano que dura tres días y se llama Bigfoot Daze, en Carson, Washington. La localidad de Carson está en el condado Skamania, en el que existe actualmente una ley que penaliza a cualquiera que mate a un Sasquatch con una multa de quince mil dólares y un año en prisión. Las festividades del Bigfoot Daze incluyen un Baile Bigfoot y la coronación de la Reina Bigfoot. La comida que se sirve incluye Espaguetis Yeti y Ensalada Abominable de Patata.

Lo más cercano que tiene la Sociedad Occidental del Bigfoot a las escrituras

mitológicas son dos libros de ficción autoeditados por los miembros de la sociedad: *Children of a Lost Spirit* (*Hijos de un espíritu perdido*) de Nancy R. Logan y *The Bigfoot Bar & Grill (Bar y Asador Bigfoot)* del propio Ray Crowe. La novela épica de Logan parece tener cerca de mil páginas maquetadas en una diminuta tipografía de frasco de medicina. La obra de Ray es más bien una novela corta, solo treinta y dos páginas mecanografiadas y encuadernadas en espiral. Pero los dos libros esbozan historias notablemente similares.

En ambas novelas salen clanes de Sasquatchs cuyos miembros poseen nombres estrambóticos. En *Hijos de un espíritu perdido* , los Bigfoot se hacen llamar Baa, Geh, Walat y Haelwa. En *Bar y Asador Bigfoot* conoceremos a Poooz, Plaaax, Skaaaz y Sraaar. Sendas familias Bigfoot son Separatistas Sasquatch que advierten a sus miembros de que interactuar con humanos solo puede acarrear problemas. Sendos libros mencionan el karma persistente por el robo de tierras que perpetró el hombre blanco a los nativoamericanos.

Los dos libros los protagoniza un ama de casa de raza caucásica insatisfecha y errante: *Hijos de un espíritu perdido* relata la historia de Camille, una mujer maltratada que se aleja demasiado de donde ha acampado con unos amigos. *Bar y Asador Bigfoot* se centra en Goldie, una camarera que vive en el Parque de Caravanas Sasquatch y no logra que su exmarido leñador le suelte su pensión. Mientras hace autoestop por la zona salvaje de Wind River, Goldie se topa con más naturaleza de la que se esperaba.

En sendas novelas, Bigfoot es todo un mujeriego. Un amante infatigable. Almizcleño, peludo y cachas. Un Príapo de dos metros y medio. Con toda la pinta de cumplir en la cama. Como ese chico de los recados que sabe muy bien dónde dejar la compra. Pies grandes. Manos grandes. Cuerpo grande. En serio, ¿necesitáis más señales para rellenar el resto?

«Ella miró más de cerca a la Criatura sentada y vio que era, en efecto, un macho […] Geh era con diferencia el más grande, y ella no pudo evitar observar que su virilidad coincidía en tamaño con su cuerpo».

Hijos de un espíritu perdido

«Pero su polla […] al principio del tamaño de un hombre grande normal, pero luego se hinchó hasta que me dolió por dentro […] No puedo imaginarme nada igual».

Bar y Asador Bigfoot

Los dos libros contienen escenas gráficas de Sasquatchs macho violando a las heroínas blancas. *Bar y Asador Bigfoot* amontona cuatro violaciones en sus treinta y dos páginas escasas; tres a la protagonista, Goldie (pensaríais que se mantendría alejada de los bosques), y una cuarta a su amiga.

«Poooz […] le introdujo su órgano por detrás. Ella tosió y se atragantó, luego siguió gritando y retorciéndose para escapar. Él movimiento excitó más a la criatura, y la abrazó con más fuerza, hundiéndose aún más dentro de ella […] cada vez más grande […] aquel monstruo diabólico que la estaba violando […]

A los cuarenta y cinco minutos […] había un charco blancuzco junto a su entrepierna […] Le dolía tanto que vestirse fue un suplicio».

Bar y Asador Bigfoot

El villano violador Poooz suelta el chorro de su espeso material genético como si fuese Silly String[97] . Hasta llega a descubrir por accidente cómo conseguir una mamada. Y cuando no está violando mujeres humanas, se dedica a golpear a su esposa Sasquatch y a negarle el sexo.

En *Hijos de un espíritu perdido* , el malvado Otta viola a Camille:

«Se dejó caer de rodillas al tiempo que se impulsó dentro de su cuerpo, y ella gritó de dolor […] Él la golpeó y cayó sobre ella en la nieve sin dejar de embestirla violentamente, una y otra vez, hasta finalmente chorrear su esencia vital en su interior y aullar de perverso placer».

Hijos de un espíritu perdido

Al final Camille es salvada de la ulterior depredación sexual de Otta por un valiente y sensible Sasquatch tipo Alan Alda/Phil Donahue llamado Geh. Le hace un masaje en la espalda y participa jubilosamente en combates de bolas de nieve con ella. Al final la deja preñada (consentidamente, por supuesto) y Camille está segura de que el bebé se parecerá más al Bigfoot amante de la naturaleza que al monstruo humano. Abraza las enseñanzas de la religión Sasquatch, una clase matriarcal de animismo que propone que los humanos y los Bigfoot pertenecieron en el pasado a la misma tribu pero sufrieron una trágica escisión en la que los humanos quedaron más débiles físicamente y moralmente vacíos. El título, *Hijos de un espíritu perdido* , hace referencia a los Sasquatchs que finalmente encontraron sus almas en lo más profundo de las montañas. Camille se aprende oraciones Sasquatch como esta para los muertos:

«Gran Espíritu Madre de Todas las Cosas

Deja que la ardilla le indique el camino

Hasta que alcance la gran montaña».

Con riesgo de ofender a las feministas (como si me preocupase), las fantasías de violación podrían leerse como un anhelo simbólico de una posesión espiritual completa. En última instancia ¿qué diferencia hay entre rezar «Llena mi cuerpo con tu amor, dulce Jesús» y rogar «Tómame aquí mismo sobre la alfombra, chicarrón»? Bigfoot representa la naturaleza como el Violador Vengador. Al igual que el hombre blanco profana el territorio del Bigfoot, este, a cambio, profana a sus mujeres. Las fantasías de violación de un Bigfoot ponen al descubierto el despliegue de un complejo de culpa.

Tanto *Hijos de un espíritu perdido* como *Bar y Asador Bigfoot* terminan con las protagonistas envalentonadas y con sus examantes blancos humillados. ¿Cuánto de todo esto es alucinación nerviosa? Se calcula que un noventa y

cinco por ciento de los avistamientos de Bigfoots son de Sasquatchs machos. ¿Hasta qué grado representa el Bigfoot la ansiedad tácita por el varón negro? ¿Cuánto de todo esto es envidia de pie? Bigfoot es la extensión lógica de alto, oscuro y atractivo. Es un chuloputas supermachote del cine blaxploitation de los años setenta con un establo de zorras de piernas larguísimas a su cargo. Bigfoot es un atleta de almizcleña potencia sexual. Puede que no sea Wilt Chamberlain[98] , pero se acerca. Si estas fantasías de violación no son un claro anhelo de un tío negro, desvelan el deseo de un hombre más fuerte que aún no haya sido debilitado por la civilización.

Si alguna vez se capturara un Sasquatch ¿cuál sería su mensaje al mundo? Probablemente: «¡No disparéis!». Bigfoot no nos trae un mensaje, sigue huyendo de nosotros. Ese es su mensaje; largaos de Babilonia antes de que sea demasiado tarde. El bosque es un símbolo de las condiciones edénicas preindustriales. La búsqueda del Bigfoot es en realidad una persecución infructuosa en pos del Jardín del Edén. Es ir en busca del nirvana Sasquatch, donde todo es puro, aunque huela a rayos. El Bigfoot es una manera de examinar las propias ansiedades provocadas por la pérdida del entusiasmo primitivo en el canje por la comodidad moderna. Hay un poco del Ritual del Barro en todo este fetichismo del Bigfoot que trata de conectar con un pasado preindustrial.

La cubierta de *Hijos de un espíritu perdido* es un dibujo a todo color de un Sasquatch gigantesco que rodea con el brazo a una mujer blanca que apenas le llega al ombligo peludo. Ella va con el típico vestido andrajoso de una cavernícola y luce una sonrisa de radiante satisfacción. El Sasquatch tiene una expresión lasciva en la cara, una especie de traviesa sonrisa rollo «¿habéis visto a la pava que me he cepillado?». Mi ejemplar está firmado por la autora, que añadió una dedicatoria que a mí me suena bastante a religión:

«Para aquellos que desean saber».

Los contactados con el espacio exterior también desean saber, aunque dirijan su mirada a un futuro alienígena lampiño más que a un pasado de Bigfoot peludo. A diferencia del Bigfoot, los alienígenas no suelen tener sexo; más blancos que la persona blanca más blanca, casi tan blancos como los japoneses. Aparece una luz blanca cegadora y un hombrecillo sin polla emerge de un aerodeslizador. ¿O acaso se trata de la última gira de Michael Jackson?

Que los humanoides de piel gris se hayan estrellado de verdad en Roswell, Nuevo México… que el gobierno de Estados Unidos esté almacenando restos marcianos en el Área 51… o que los nazis hayan perfeccionado dispositivos antigravitatorios que algún día marcarán el comienzo del Cuarto Reich… no es aquí motivo de preocupación. Eso le corresponde decidirlo a la ciencia y al periodismo.

Lo que es relevante son las implicaciones religiosas de la experiencia de contacto con OVNIS. Los invasores interplanetarios normalmente interpretan el papel del Alien Bueno o del Alien Chungo; rara vez son las dos cosas. Cuando descienden como figuras angelicales benignas suele ser en calidad de

misioneros intergalácticos que eligen a terrícolas solitarios para propagar un mensaje de hermanamiento universal. Los Aliens Buenos describen a la gente de la Tierra como primitiva y violenta, una manada de lerdos en el medidor del progreso. Si los terrícolas se someten a una Nueva Era de efímera y sabia hermandad impuesta por alienígenas, se librarán de la calamidad; de lo contrario, los marcianos caritativos y pacíficos acabarán con todos y dejarán que Dios se ocupe de ellos.

El amor por los alienígenas del espacio exterior es multiculturalismo llevado a su extremo más lógico. La teología de la hermandad espacial es probablemente un gesto inconsciente hacia la unidad racial. El anhelo de OVNIS puede ser uno de los anhelos religiosos primarios, porque busca la unidad con el universo.

Luego están los Aliens Chungos. El lado más siniestro de la experiencia de la abducción suele implicar mutilación genital forzosa y cirugía sexual reconstructiva. En esos testimonios, los alienígenas suelen viajar con un solo objetivo: mutilar genitales humanos. Desean cortar, trocear, rebanar y hacer patatas fritas en juliana con los genitales terrícolas. Los alienígenas acostumbran a apuntar a la entrepierna. Alien CHUNGO. Alien SUCIO. Una pandillurria de pervertidos sexuales, eso es lo que son esos aliens. Si yo fuese un alien, iría a por la cartera de alguien, no a por sus genitales. Por otra parte, cuando llevas viajando por el espacio millones de años luz, es comprensible que estés más cachondo que un marinero de permiso.

Cierra los ojos bajo las luces blancas abrasadoras y ríndete a la humillación sexual ante los omniscientes marcianos de cráneo con forma de globo. No es que haya nada malo en la manipulación genital quirúrgica de los reticentes, pero se agradecerían unos preliminares, un jugueteo previo, yo qué sé. Puede que no sea la cicatrización testicular lo que duela tanto, sino el hecho de que nunca llamen al día siguiente. Es el sentimiento de haber sido utilizado por una calentorra criatura espacial. *Wham-bam, te rebané el pene, ahora ha llegado el momento de volverme para Venus* . ¿Quién iba a saber que los bichos del espacio iban a ser tan salidorros? ¿Qué clase de fiestas se están montando en lo más remoto del universo? ¿Viajan ocho billones de años luz solo para sondearte el ano? Qué anticlimático. Qué ordinariez.

La experiencia de la abducción OVNI es análoga al trance de la posesión espiritual. El personal clínico contemporáneo podría clasificarlo como enfermedad mental, pero también harían lo mismo con todas las experiencias de los supuestos visionarios religiosos que han venido poblando la historia. ¿De verdad se cree la peña que Moisés vio un matojo ardiente que se puso a conversar con él? ¿O es que simplemente se olvidó de tomarse su medicación? San Antonio tentado por los demonios en el desierto de Egipto no es algo muy distinto a un taxista alcohólico explorado analmente por alienígenas en algún lugar de Tucson. La señora de parque de caravanas que ve un OVNI en 1997 es posible que presente el mismo perfil psicológico de quien hubiese recibido visiones de la Virgen María de haber vivido en la Europa medieval. Ciertas formas de lo que se clasifica como esquizofrenia pueden provocar hiperclaridad y conocimiento profundo en lugar de esas desperdigadas experiencias disociativas. El truco está en diferenciar.

Yo tiendo a creer que los avistamientos de OVNIS más sinceros son seguramente observaciones de sesiones de pruebas de vuelo gubernamentales y ultrasecretas de aeronaves de tecnología avanzada. Me lo contó un hombrecillo verde.

Elvis es lo que es. Bigfoot es lo que fue. Y los alienígenas del espacio exterior son lo que será. La Santísima Trinidad de la religión de la basura blanca. Y una mención honorífica para la manipulación de serpientes, que es milagrosamente capaz de insuflar un poco de vida al cadáver del cristianismo. Todos estos sistemas de creencias parecen mucho más razonables para la clase obrera blanca estadounidense que cualquier otra religión importante. A estos credos no les ha succionado la vida la rigidez de una organización perfecta. De algún modo continúan abiertos a la interpretación personal y a la experiencia emocional directa. Sois solo tú y la serpiente. Tú y Elvis. Tú y el Bigfoot. Tú y ese equipo de alienígenas que te están operando los genitales. Puede que llegue el día en que las secreciones anales de Elvis acaben con el hambre en el mundo. En que las travesuras en la cama del Bigfoot curen la frigidez. En que nuestros hermanos del espacio interestelar nos ayuden a hacer nuestras tareas. Por lo que yo sé, mientras hablamos puede que Elvis y Bigfoot sean los copilotos de un platillo volante lleno de serpientes de cascabel. Todo esto son cosas hiperinverosímiles. Religión pura. Para una mente abierta no hay nada imposible, aunque casi todo sea bastante improbable. El Bigfoot vive. También Elvis, los alienígenas del espacio exterior y el Dios que te protege de las mordeduras de serpiente. Está todo en tu cabeza. Y más te vale hacértelo mirar.

La religión siempre ha sido una fregona de esponja para absorber las tensiones de clase. Es una válvula de escape. Sin ella, los asuntos de clase se revelarían de un modo más abrupto. Quienes menosprecian a los rednecks estúpidos de cara de cerdo y sus primitivas religiones de hombres de las cavernas deberían ALEGRARSE de que la basura haya sido aplacada con falsos credos y promesas. Porque si estos creyentes acérrimos centrasen alguna vez la mirada sobre la tierra, podrían darse cuenta de lo mucho que les han engañado y pasarían de la religión reaccionaria a la política radical.

8

¿QUÉ TIENEN DE MALO LOS INCITADORES

AL ODIO, LOS LOCOS POR LAS ARMAS

Y LOS EXTREMISTAS PARANOICOS QUE

SE NIEGAN A PAGAR IMPUESTOS?

Intro: la invasión de los rastreadores de milicias

Chaval, te aseguro que hay un montón de esas milicias neonazis de locos por las armas que odian los impuestos, «posse comitatus[99] », muy de moneda de plata y OVNIS, haciendo acopio de armas por ahí fuera, en el quinto pino, hablando de matar banqueros judíos, linchar negros y volar en pedazos los edificios del gobierno. Te aseguro que acojona. Me pregunto cuándo va el gobierno a montarse en su caballo blanco como uno de esos sementales a pecho descubierto que salen en las portadas de las novelas románticas de Harlequin, para arrebatarnos el corazón y protegernos de todo peligro. Puede que un día de estos.

Nos cuentan que el peligro está a la vuelta de la esquina. En los tiempos que vivimos, cada vez que estalla una bomba o se estrella un avión en Estados Unidos, la gente ha pasado a culpar a los hillbillies más que a los árabes. Y están seguros de que los violentos y memos rednecks, en lugar de tener una sola queja política legítima, se dedican a lanzar bombas debido a un odio infundado y a la paranoia. ¿Cómo ha llegado la gente a saber estas cosas sobre los aborrecibles y paranoicos rednecks arrojabombas? Los expertos se las han contado.

En el despertar de la Guerra Fría, la persecución del terrorismo doméstico emergió como una lucrativa industria casera. Brotó una clase de neófitos «expertos en extremismo», muchos de ellos antiguos perseguidores de Satán y cazadores de nazis. Rick Ross, que últimamente ha estado asomándose mucho por todos los canales de tu televisor como «experto en grupos extremistas», se ganaba la vida a finales de los ochenta como desprogramador de cultos satánicos. Fue una transición fácil. Al igual que los viejos exterminadores de Satán, los nuevos cazadores de odio se dedican a fisgonear ingenuamente en busca de la PURA MALDAD, cuando deberían centrarse mejor en la alienación humana. Así que como lo que intentan capturar es algo que no siempre está ahí, a esta gente he decidido bautizarla con el nombre de RASTREADORES DE MILICIAS.

Esos cíborgs Barbie-y-Ken tan «sensibles» y tan de polietileno que solo funcionan con apuntador de texto en la tele, la radio y los periódicos, desestiman las milicias alzando una ceja y con una risita cordial, lanzando

palabras vagas e incuantificables tipo «extremista», «bizarro» y «paranoico», haciendo eslalon entre los hechos como si fueran banderines de esquí. A pesar de todo el desprecio por las milicias que se está desplegando, se ve muy poco de lo que podría considerarse REFUTACIÓN de la retórica de las milicias hecho por hecho, punto por punto. En vez de eso, los expertos lanzan un golpe a traición, dan un golpe bajo, optan por el chiste del pedo y se ensañan con los «desdentados», los «endogámicos» y los «pirados». Si uno presta atención, notará que apenas se refieren a los asuntos de manera directa. ¿Qué es lo que dicen exactamente estos grupos antigubernamentales y por qué está mal? Me gustaría saberlo para poder decidir por mí mismo. Los «expertos» dirán que es «inusual» o «retorcido» o «extremista», pero esa será la única explicación que obtendrás. Es casi como si la mera existencia de esos alegatos constituyese una afrenta tan grosera para su bien entrenada experiencia, que no se merecen ninguna réplica fáctica.

Los «expertos» en milicias o «grupos de odio» son invariablemente contrarios a sus sujetos de estudio. Resumiendo, ODIAN a los grupos de odio. Por eso es erróneo llamarles «expertos». Son defensores hostiles más que reporteros objetivos. Aunque aparentan objetividad, esta no resulta muy convincente. Los únicos trabajadores que parecen preocuparles son los empleados federales, y los únicos impuestos que les parece bien despilfarrar son los que se gastan en procesar a quienes protestan contra los impuestos. Y parece que siempre viven en grandes ciudades, a cientos y a veces a miles de kilómetros de donde se concentra ese fenómeno sociopolítico. ¿No tendría más sentido que al menos unos cuantos de estos destacados «expertos» en tales grupos PROCEDIERA en realidad de uno de esos grupos?

Debido a que los rastreadores de milicias prefieren tomar partido a conocer realmente la verdad, las contradicciones abundan en su retórica como garrapatas retozantes en el culo de un sabueso. Pintan a lo que se conoce como «grupos de odio» como puerilmente supersticiosos por temer a un gobierno abusivo, malvado y peligroso. Eso es *wunderbar* [100] . Pero entonces los rastreadores de milicias revelan sus propias ansiedades de guardería a propósito de las milicias abusivas, malvadas y peligrosas. Acusan a los agitadores antigubernamentales de paranoia, aunque ellos no dejan de darle vueltas y de afirmar que las milicias se comunican con frases codificadas, que poseen fortines subterráneos y que conspiran en secreto para dominar el mundo y esclavizar a las minorías. Dicen que es de lunáticos afirmar que los hombres del Pentágono puedan conspirar, pero están seguros de que los granjeros de las llanuras están tramando algo mientras hablamos.

Representan a las Naciones Unidas como débiles e ineficaces, mientras retratan a los roñosos montañeses como la amenaza militar mejor organizada del mundo. Los rastreadores de milicias insisten en que el KKK sigue siendo políticamente poderoso en todo el país, aunque se mofan de la idea de que el Banco Mundial o la CIA sean influyentes. Pasan de puntillas sobre el hecho, muy de ogro durmiente, de que las milicias no son precisamente los «bravucones armados hasta los dientes» que, por sistema, se apoderan de cerca del cincuenta por ciento de la energía productiva de cada estadounidense bajo amenaza de encarcelamiento. No les gusta mencionar que las milicias, con todo su supuesto racismo, no son las que mandan estadounidenses a tierras lejanas para matar extranjeros.

Por lo general identificados por sí mismos como simpatizantes de la «izquierda», a muchos rastreadores de milicias, como era de esperar y con razón, les indigna que el gobierno se dedicase a espiar a los comunistas en la década de 1950. Pero luego hacen una pirueta y ruegan a los federales que aumenten la vigilancia de esos de «derechas» en los años noventa. Acusan a las milicias de emprender cazas de brujas a lo McCarthy, aunque adoran a grupos que mantienen en activo miles de archivos con bases de datos sobre sus enemigos ideológicos. Ni de lejos se sienten tan alarmados por las agencias privadas de espionaje bien financiadas como la ADL, que hace nada fue sentenciada por obtener ilegalmente informes privados de ciudadanos a través de sobornos a un policía de San Francisco(1) . Los rastreadores de milicias se burlarán de la NRA[101] por ser potentados del lobby de Capitol Hill, aunque los grupos a los que señalan como «de base» también están financiados desmesuradamente. Por ejemplo, el Centro Jurídico Sureño para Pobres es la segunda organización sin ánimo de lucro *más rica* de Estados Unidos(2) , aunque su líder con ojos de cachorrillo, Morris Dees, sobrevuele el país como Superman, protegiendo a los pobres norteamericanos del odio.

Los rastreadores de milicias consideran una horrible incitación al odio que el directivo de la NRA, Wayne LaPierre se refiera a los oficiales del ATF[102] como «matones abusadores», pero hasta llegarán a comparar a los miembros de milicias que se autoproclaman NO-racistas con tropas de asalto nazis. Maldecirán al locutor de radio «incitador al odio» G. Gordon Liddy por recomendar que les vueles la tapa de los sesos a los agentes federales que echen abajo tu puerta, pero no les importa que los agentes federales estén entrenados para volarle la tapa de los sesos a los ciudadanos. Y nunca parecen preguntarse por qué esos agentes federales echaron abajo tu puerta en un primer momento.

Esta es la clase de discrepancias que inevitablemente surgen con la polarización ideológica, sin importar en qué «lado» del balancín imaginario plantes tu pandero separatista. Cada vez que uno «se pone de un lado» en una discusión acaba negando al menos la mitad de la realidad.

Yo empecé a notar que mientras todos los «expertos» antimilicias tenían la tendencia a retratarse a sí mismos como tipos normales y corrientes que se limitan a ayudar a proteger al desvalido de la corriente racista prevaleciente, TODOS estos bromistas trajeados eran más ricos y estaban mejor conectados que los hicks que estaban dando cuerda a una «literatura del odio» antigubernamental en sus sótanos mohosos. Como siempre me quedo con el regustillo instintivo de que la mayor parte de los prominentes «expertos en odio» antimilicias que se ven por la tele son aireadores de escándalos bien pagados, parciales e inductores de miedo, decidí ponerme a investigar el tema por mi cuenta. Deseaba escuchar qué estaban diciendo los «extremistas» sin tener un asesor de publicidad altamente subvencionado actuando condescendientemente como guía turístico.

¿Estoy siendo paranoico? ¿Por qué no debería confiar en que sean los principales medios los que me proporcionen toda la historia de las milicias? ¿No será que un considerable coeficiente de lo que ha sido etiquetado como

literatura «de odio», en lugar de dedicarse a la caza-de-conguitos o a hornear-judíos, dirija en realidad su objetivo a la cultura INSTITUCIONAL? ¿Están a lo mejor los medios acobardados ante los asuntos reales porque las enormes empresas y sus anunciantes les tienen cogidos financieramente por los huevos? ¿Podría ser que a medida que los medios se van concentrando en cada vez menos manos, aumenta el miedo de los reporteros a perder sus puestos de trabajo si agitan demasiado las aguas?

Si nuestros medios no son parciales, dime por qué se nos mostró aquel EXHAUSTIVO CHORREO DE SANGRE INFANTIL cuando lo del atentado de Oklahoma City y ni una sola gota de sangre iraquí durante la Guerra del Golfo. En Iraq y en Kuwait, nuestras fuerzas armadas (pagadas con los dólares de tus impuestos) han matado recientemente alrededor de MIL VECES más humanos que los que se llevó por delante la bomba de Oklahoma City, pero nuestros medios «objetivos» no mostraron ni un solo bebé iraquí muerto. Eso es lo único que te pido que hagas para tranquilizarme, que me expliques esa inconsistencia. Si se me obliga a pagar impuestos para que se asesine a toda esa gente, al menos que se me autorice a verlo.

Al pincharte los ojos constantemente con alarmismo antiterrorista, los principales medios practican su propia versión de terrorismo psicológico. Si te han asustado cualquiera de esas imágenes, has sido aterrorizado. En el nuevo clima de «tolerancia» férrea, ya no es aceptable expresar el temor de la clase alta a la venganza de la clase baja en términos de Invasión Negrata. Pero está muy bien aterrorizar a la gente con una Ocupación Hillbilly. La cobertura ha sido tan vaga y tan tendenciosa que puede que casi todos los estadounidenses estén convencidos de que lo que pretenden las milicias es asesinar negratas, y lo dejan estar.

Hay un alto porcentaje de adultos norteamericanos funcionalmente analfabetos que son incapaces de situar Estados Unidos en un mapa del mundo. Así que no resulta muy complicado dirigir su atención y venderles ideas estúpidas. Los maestros de la confusión de los medios han vendido a toda una generación obsesionada por la televisión la idea de que si no puedes ver la matanza ni el saqueo, es que probablemente no ha tenido lugar. Por eso Charles Manson nos parece un asesino más prolífico que Norman Schwarzkopf[103] , y por qué los amotinados que saquearon los escaparates de Los Ángeles nos parecen más ladrones que los inversores bancarios.

La semántica es mortal. La definición de crimen por parte de cualquier gobierno debe excluir por necesidad sus propias acciones. Si está sancionado oficialmente, matar nunca contará como asesinato. Los impuestos no se considerarán robo. Incluso si el gobierno asesina a un cuarto de millón de extranjeros con la excusa del petróleo barato, eso, de alguna manera, nunca será «terrorismo». Parece como si el poder dominante hubiese definido el terrorismo como cualquier asesinato por motivos políticos que no se excuse con un libro de leyes. Si uno se pusiera de verdad a CONTAR el dinero robado y los cadáveres, las cosas pintarían muchísimo peor del lado del poder dominante que del de los pretendidos extremistas.

El odio lo explica todo

Entonces, ¿cuál es la verdad? ¿Las milicias son malignas? Los expertos te dirán que sí. Pero a pesar de sus millones de dólares invertidos en investigación de máximo nivel, son incapaces de dar mejores explicaciones para el ORIGEN de esa maldad que estas dos: el ODIO y la PARANOIA.

Con eso bastaría, si no hubiera nada que odiar y ningún motivo para estar paranoico.

La INCITACIÓN AL ODIO es el concepto más orwelliano que ha surgido del ocaso del siglo XX. Es especialmente engañoso porque se oculta tras una máscara de CARA FELIZ. Casi todo el mundo quiere estar del lado de amor, ¿no? Como todas las ideas peligrosas, la noción de la incitación al odio suena bien hasta que uno se pone a desmantelarla pieza a pieza. El primer problema está en la imprecisión del término. La incitación al odio, al parecer, se refiere a todo lo que *ellos* odian. Mediante una exposición incesante a una imaginería bienintencionada y jabonosa, se le ha lavado el cerebro a gente por otro lado inteligente hasta hacerles creer que el «odio» es una explicación satisfactoria para cualquier acción humana. Reducir luchas sociopolíticas complejas a un asunto de «odio» es tan simplista como culpar al «pecado», pero se lo tragan.

Un abogado de Manhattan que se describe a sí mismo como «el mayor experto de Estados Unidos en el movimiento de las milicias» escribe que abrazó a su hijo de tres años la noche del atentado de Oklahoma City. Le dijo a Júnior que aquello había sucedido «porque odiaban demasiado(3) ».

Por ahora aceptemos la premisa de que ciento sesenta y ocho humanos murieron en Oklahoma City porque la gente «odiaba demasiado». Creo que se trata de una afirmación idiota y simplista, pero vamos a aceptarla. Y ahora respóndeme a las siguientes preguntas, si eres tan amable: ¿El francotirador federal disparó a Vicki Weaver en la cara porque él odiaba demasiado? ¿Nuestro gobierno emprendió el Experimento Tuskegee con sífilis en los soldados negros porque odiaba demasiado? ¿Nuestro sistema judicial ignora un cuarto de millón de violaciones en prisión al año porque odia demasiado(4) ?

¿Mintió Lyndon B. Johnson sobre el incidente del Golfo de Tonkin causando las muertes de sesenta mil estadounidenses y cerca de medio millón de vietnamitas porque odiaba demasiado? ¿Los dólares de nuestros impuestos han financiado recientemente más de doscientos mil cadáveres en El Salvador porque nuestro gobierno odiaba demasiado? ¿Murieron 116 708 estadounidenses en la Primera Guerra Mundial porque nuestro gobierno odiaba demasiado? ¿Murieron 54 246 estadounidenses en el «conflicto» coreano porque nuestro gobierno odiaba demasiado? ¿«Nuestro» gobierno nunca va a confesar y a admitir que todas esas guerras fueron inútiles pérdidas de vida humana que solo beneficiaron a los ricos porque odiaba demasiado?

¿El gobierno de Estados Unidos internó a ciudadanos japoneses en campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial porque odiaba demasiado? ¿La policía inglesa sacó a rastras de la cama a miembros del IRA, los arrojó desde helicópteros, les aplicó electrodos en los genitales, los drogó, les

insertó objetos romos por el ano hasta que perdían el conocimiento porque odiaban demasiado? ¿La policía israelí mete bolígrafos por la uretra a los presos políticos árabes porque odian demasiado? ¿Stalin y Mao, cada uno por su parte, mataron a más gente que Hitler porque odiaban demasiado?

Espero tus respuestas el lunes que viene, por la mañana.

La primera ley americana sobre incitación al odio fue la Ley de Sedición de 1798. Apenas veinte años después de que la Declaración de Independencia abogara por derrocar al gobierno británico por la fuerza, Estados Unidos tipificó como delito abogar por derrocar al gobierno por la fuerza. Te presento al nuevo jefe, es igual que el antiguo jefe. Se convirtió en delito punible decir o publicar cosas que pudieran «incitar el odio popular» hacia los responsables del gobierno. Así que puede que todo este tinglado de golpearse el pecho con lo de la «incitación al odio» tenga menos que ver con el racismo que con la crítica al gobierno. Ahí queda el alboroto de la incitación al odio deconstruido.

Así que ahora el odio es el enemigo que temen los expertos. Como todo lo que se teme, es algo que no entienden. El problema con la mayoría de los «expertos» en odio es que parecen sinceramente desconcertados ante lo que lleva a la gente a odiar. Son conscientes de que el odio les rodea, pero no saben por qué. No parecen ser gente que alguna vez haya tenido una causa legítima para sentir un odio ardiente y frustrante en sus vidas. La gente de Irlanda del Norte sabe lo que es odiar. Los negros de Estados Unidos conocen el sentimiento. Pero los expertos se rascan la cabeza y exigen más subvenciones federales para resolver el problema.

Algunos quieren de verdad que nos gastemos millones de dólares para investigar la causa del odio humano. Te imploran que combatas el odio. Quieren que lo mates, que lo aplastes, que lo asfixies, que lo extermines. Ciegos como murciélagos, se les escapa que el problema no es el odio, sino la naturaleza humana. Sobre todo cuando la naturaleza humana se codea con la riqueza y el poder.

¿Por qué odia la gente? Es una emoción humana natural, no una aberración siniestra. Del mismo modo que el amor deriva de la satisfacción, el odio procede de la frustración. El odio es tan útil como el amor, y a menudo funciona mucho más rápido. La manifestación del odio suele ser más honesta que la manifestación del amor, y siempre es mejor que la ambigüedad. Algunas cosas parecen merecedoras de odio. La gente odia que se le mienta, sobre todo cuando pueden morir a causa de esas mentiras. La gente odia cuando los otros se muestran indiferentes a su situación. La gente odia al darse cuenta de que les están robando y no pueden hacer nada al respecto.

El ODIO viene de la impotencia, mientras que el DESDÉN (como el que los presuntuosos yoguis de los medios muestran por el etno-geo-ideológico mundo redneck de agitadores) suele reservarse más a menudo para las clases más acomodadas. La gente pobre odia, los ricos muestran desdén. Los poderosos siempre han contemplado a los impotentes con un desprecio arrogante que podría perfectamente calificarse de odio. Así que no están en posición de hacerse los santos con la llamada incitación al odio.

¿Cómo puedes protestar por la opresión (supuesta o real) y sonar acaramelado? La clase más importante de discurso que hay que proteger es el discurso del odio, porque suele contener verdades desesperadas que perderían su urgencia si se expresaran con calma. Casi todas las revoluciones a lo largo de la historia difícilmente podrían denominarse actos de amor.

¿Queréis saber qué considero yo incitación al odio? Palabras o frases que son falacias peligrosas, como por ejemplo «fuego amigo». Eso es odioso para mí. Paz con honor. Daño colateral. Programas de pacificación. Mantenimiento de la paz. Seguridad nacional. Intereses vitales. Mentiras descaradas que hacen que muera gente.

Cuando los sedientos de poder de D. C. acusan de terrorismo a los portadores de horquetas de Montana y montan un circo estridente en los medios, antes deberían limpiarse sus propios culos sucios. Cuando los perrillos de relaciones públicas del gobierno apuntan con los dedos y pontifican que «la libertad de expresión conlleva responsabilidad», deberían revisar sus propias palabras. El gobierno nunca se arredra al infectar a sus ciudadanos con el discurso del odio cada vez que entran en juego «intereses vitales» en algún lugar al otro lado del planeta. Mi hermano nunca había conocido a un vietnamita en persona hasta que los federales le armaron con un M16 y le dijeron que se cargara a todos los que pudiera. Cuando volvió a casa de permiso y nos contó lo mucho que deseaba «matar amarillos», no fue el Klan quien le puso la idea en la cabeza, fueron sus oficiales del ejército. Con seis o siete años recuerdo haber visto *Boinas Verdes* de John Wayne y convencerme de la meritoria misión de Estados Unidos en Vietnam. ¿Me influenció la incitación al odio? Es probable.

Quizá están lavando el cerebro a todo el mundo para que se amen los unos a los otros porque se han dado cuenta de que si no todos nos pelearíamos por el mismo trozo de pan.

El estigma de la raza

«Racista» se ha convertido en un término calumnioso que cumple muchas de las mismas funciones que tuvo «comunista» hace cuarenta años y «hereje» hace mil. El racismo es la nueva lepra social, convierte a su portador en intocable. Una vez que te llaman racista, pasas a ser un paria. Ya no hay razón para creer nada de lo que digas. Que te llamen racista puede arruinarte la carrera igual que estar en una lista negra de comunistas podía destruir a cualquiera en los años cincuenta. En cuanto una persona queda contaminada con EL ESTIGMA DE LA RAZA, la mancha es difícil de lavar, sin importar que la acusación tenga o no fundamento.

Los rastreadores de milicias saben cómo jugar la carta de la raza. UNA Y OTRA Y OTRA VEZ. Apuesto a que no teníais ni idea de que cualquiera que critique a los banqueros es un antisemita oculto con delirios esquizofrénicos. Y que cualquiera que cuestione las declaraciones de inocencia histórica del gobierno federal está en realidad ocultando su incompetencia sexual y su odio a los negros.

El mayor *faux pas* argumentativo de los rastreadores de milicias es lo que yo llamaría «el acoplamiento». Ensartan con tanta frecuencia cosas intrínsecamente inconexas que el lector sin criterio puede llegar a encontrarlas indistinguibles. Digamos que me pongo a hacer una lista de cosas así: «naranjas, manzanas, Adolf Hitler, esquizofrenia paranoide y sandías». O «melocotones, plátanos, el Ku Klux Klan, psicosis crónica y fresas». Si hago esto con la suficiente frecuencia, empezarás a equiparar la fruta fresca con el racismo y la enfermedad mental. Los que se ceban con las milicias vinculan constantemente las protestas antigubernamentales con el odio racial psicótico. Como buena parte del gobierno está compuesto de caucásicos pudientes, se trata de un alegato extraño. Los rastreadores de milicias, en apariencia, no pueden concebir un sentimiento antigubernamental que no nazca de la INTOLERANCIA ARDIENTE y de la DEMENCIA LATENTE. No les cabe en la cabeza que la ideología de las milicias pueda tener otra motivación que no sean las retorcidas y agusanadas patologías mentales de los hillbillies que moran en el bosque cagándose en los narizotas judíos. Cada vez que la cuestión deriva incómodamente hacia las manos posiblemente ensangrentadas del gobierno, dan un volantazo para dirigirse de nuevo hacia los supuestos corazones podridos de las milicias.

Como parte del ESTIGMA DE LA RAZA, alegan que los miembros de las milicias son, sin excepción, Negadores del Holocausto. En toda la «literatura del odio» que he leído, no he visto casi ninguna mención al Holocausto. Quizá dos o tres artículos entre cientos de números. E incluso ese porcentaje tan mísero no negaba la realidad del Holocausto, cuestionaba algunos hechos específicos. Aunque yo no estuve allí, no voy a negar que murieron seis millones de judíos en la Segunda Guerra Mundial. Y estoy seguro que los rastreadores de milicias no negarán que en esa guerra también murieron nueve millones de alemanes y veinte millones de rusos. Por no mencionar el millón de bajas estadounidenses. Y no me cabe duda de que agradecen que mi padre arriesgase su vida en esa guerra para liberar a los judíos de los campos de concentración. Y lo más probable es que sean los últimos en negar que los gobiernos marxistas proactivamente No racistas han asesinado a más de noventa y nueve millones de sus propios ciudadanos en este siglo[5] . Como tampoco negarán que en este siglo los programas agrícolas de sus respectivos gobiernos mataron de hambre deliberadamente a otros treinta millones de rusos y chinos. No quisiéramos olvidarnos de nadie. No seré un Negador del Holocausto. Pero hay gente que es, tal y como lo expresa Adam Parfrey en su libro *Cult Rapture* , Negadora Oficial[6] .

Se trata del mismo gobierno que difundió la supremacía blanca como una herramienta de control social; ahora impulsan la igualdad por las mismos motivos. Si extraes la intolerancia del gobierno, el gobierno permanece. ¿Está la pizarra demasiado borrosa para que distingas los garabatos de tiza, listillo?

¿Es posible expresar esta clase de sentimientos antigubernamentales, antifinanzas y antiglobalización sin el menor ASOMO de racismo? Desde luego que sí, y eso es algo que los rastreadores de milicias no quieren que sepas. El canoso y sumiso Phil Donahue quiso fustigar a las milicias dejándolas por los suelos tildando a sus miembros de blanquitos racistas de los bosques, así que sus productores televisivos salieron en busca del líder de

la Milicia de Ohio. Donahue se tuvo que cagar en sus pañales de adulto al descubrir que el tipo era NEGRO.

Relaja un poco y no te pongas paranoico

«En política nada pasa porque sí. Cuando pasa puedes estar seguro de que se planeó así».

FRANKLIN D. ROOSEVELT(7)

«Yo no sé nada, pero sospecho un montón de cosas».

JUNIOR SAMPLES, antigua estrella

del programa *Hee Haw* (8)

PARANOIA. PARANOIA. PARANOIA. Los rastreadores de milicias repiten la palabra con una frecuencia tan febril que uno no puede evitar tener la sensación de que se están emparanoiando un poco por el hecho de que no nos demos cuenta de que los grupos redneck izquierdistas antigubernamentales son unos paranoicos. Como todos los experimentados apologistas del poder, etiquetan a los disidentes políticos como enfermos mentales. Se equipara el escepticismo con la paranoia, la protesta antigubernamental con la psicosis. La cordura, en muchos casos, se mide por la proximidad con que uno se adhiere a los dogmas sociales en vigor. A mí me suena a Rusia. Cuando la gente empieza a ser psicoanalizada, diagnosticada y posiblemente hasta medicada, inyectada o encarcelada por sus puntos de vista políticos, la paranoia no parece tan descabellada.

Cuando la situación mundial es inquietante, no veo nada de malo en inquietarse. Se puede tratar la disidencia simplemente con la VERDAD, sin necesidad de agujas u hospitales. La paranoia es siempre una posibilidad, pero también cabe la posibilidad de que quien diga con condescendencia «te estás poniendo paranoico» esté ocultando algo.

En los momentos más tiernos de mi impresionable juventud, mis padres me decían que fui un bebé planeado, que lo cierto es que no fui un accidente consecuencia de un desliz en una ebria noche de viernes sin condón. Hasta el momento en que empezaron a reconfortarme con tanta insistencia yo ni siquiera me había planteado la posibilidad de que un bebé PUDIERA ser un accidente. Pero me lo repitieron tantas veces que empecé a sospechar. Del mismo modo, no empecé a emparanoiarme con el gobierno hasta que empezasteis a insistirme en que no debería.

Muhammad Ali dijo una vez algo así como: «no es fanfarroneo si es verdad». Por el mismo razonamiento, no es paranoia si es verdad. Cuando uno mira la historia con honestidad, ¿cómo no volverse paranoico? Cuando se trata de elegir entre la fe ciega y la paranoia, dame, dame, dame paranoia.

El asunto de los helicópteros negros es un buen ejemplo de la tendencia de los rastreadores de milicias a soslayar los hechos y limitarse a llamar loca a la

oposición. Casi todos los lumbreras de los medios y los «expertos» desestiman con suficiencia los helicópteros negros como fantasmagorías imbéciles de revistucha de supermercado. Me sorprende que todavía nadie haya sugerido que los miembros de las milicias están alucinando con Falos Negros Gigantes en el firmamento. Un autoproclamado sabihondo comparó los helicópteros negros con Elvis, Bigfoot y los avistamientos de OVNIS, añadiendo que «la gente razonable rechaza tales mitos(9) ». Otro que se describe a sí mismo como «experto en grupos extremistas» lo llamó «la mitología del helicóptero negro» en una aparición en el programa de la CNBC de Geraldo Rivera. Geraldo, con todo lo periodista de radio y televisión objetivo que es, añadió que los miembros de las milicias eran unos «dementes» por creerse semejantes disparates.

Entonces, los helicópteros negros, ¿hecho verificable o alocada ficción racista? Son un HECHO, y a ver si el demente vas a ser tú. La existencia de una base de helicópteros negros del gobierno de Estados Unidos en Fort Campbell, Kentucky, ha sido confirmada tanto por Sarah McClendon, del Gabinete de Prensa de la Casa Blanca, como por Harvey Perrett III, portavoz de las Fuerzas Armadas estadounidenses. El coste del programa de helicópteros negros es de tres mil millones de dólares de los contribuyentes al año. El propósito declarado de los helicópteros de ébano es «vigilancia del terreno en vuelo bajo(10) ». Quizá en lugar de tragarse todo lo que dicen los «expertos», un mayor número de estadounidenses tendría que estar preguntándose por qué el gobierno quiere vigilarnos desde el cielo.

En 1985 estaba viviendo en un sector de West Philly a tan solo veinte manzanas de donde aquel helicóptero del ayuntamiento dejó caer la bomba sobre el recinto de los nacionalistas negros del grupo MOVE. En los siete años que residí en Los Ángeles, me estuvieron despertando en mitad de la noche los blancos y ardientes reflectores y el estruendoso revoloteo de los helicópteros de un millón de dólares del LAPD[104] que patrullaban en busca de los crios mexicanos que vendían bolsitas de marihuana. Preguntad a los campesinos vietnamitas si el gobierno de Estados Unidos es o no capaz de aterrorizar a la gente con helicópteros. Preguntad a los plantadores de marihuana del condado de Humboldt, en California, si los federales usan o no helicópteros contra sus propios ciudadanos. Llamarlo mitología paranoide no es solo engañoso, es insultante.

¿Paranoia? ¿Nuestro gobierno no destina anualmente treinta y cinco mil millones de dólares de NUESTRO DINERO a servicios de inteligencia, operaciones psicológicas y campañas de propaganda? ¿Pretendéis decirme en serio que COINTELPRO[105] y MKULTRA[106] son solo inventos de nuestra imaginación? ¿La CIA no publicó de manera encubierta cerca de mil libros antes de 1967, según reveló el propio Comité de la Iglesia del gobierno? ¿La CIA no propagó bacterias en el sistema de ventilación del metro de Nueva York en los años sesenta? ¿No experimentó con lsd en cobayas humanos involuntarios? ¿No consintió el asesinato político terrorista, incluyendo varios intentos fallidos contra la vida de Castro?

¿Paranoia? ¿Las fuerzas del orden del gobierno no elaboran listas de ciudadanos por el mero hecho de tener creencias consideradas políticamente

indeseables? ¿Se EQUIVOCABA mi profesor de periodismo al decir que el FBI tenía expedientes de la mitad de la población estadounidense? ¿El gobierno no se infiltró en grupos como los Weathermen (de izquierdas) y los Minutemen (de derechas) en los años sesenta? ¿No llevó a cabo campañas de desprestigio tanto contra los Panteras Negras (de izquierdas) como contra el Ku Klux Klan (de derechas)?

¿Paranoia? ¿No hay nada turbio en el hecho de que George Bush fuese nombrado presidente después de haber sido previamente director de la CIA? ¿Nada raro en el hecho de que el hijo de Bush se viese enredado en el escándalo de S&L[107] ? ¿No hay absolutamente ningún indicio de que la CIA esté involucrada en el narcotráfico y de que puede que haya sido así desde principios de los años sesenta? ¿Nuestras tropas no invadieron Panamá y capturaron a Manuel Noriega porque estaba a punto de chivarse de las conexiones de Estados Unidos con el tráfico de estupefacientes internacional? ¿Estaba alucinando el *San Jose Mercury-News* cuando imprimió hace poco una serie de reportajes de investigación en los que se corroboraba la afirmación que se venía rumoreando desde hace tiempo de que la CIA suministraba crack a las bandas negras de Los Ángeles? ¿Es paranoico señalar que este narcotráfico de la CIA tenía lugar al mismo tiempo que nuestros políticos balaban sonoramente sobre la Guerra contra la Droga, invirtiendo miles de millones de nuestros dólares y arruinando millones de vidas, en la «lucha» contra ella?

¿No hubo nada extraño en los asesinatos de JFK y de MLK? ¿En el Watergate? ¿Whitewater? ¿Los Rosenberg? ¿Las audiencias de McCarthy? ¿Los Papeles del Pentágono? ¿Bahía de Cochinos? ¿Kent State? ¿Irán-Contra? ¿El comercio de bonos basura de Wall Street? ¿Absolutamente nada de todo esto os huele mal?

Lo mismo no seríamos unos PARANOICOS DE LOS COJONES si no nos hubiesen MENTIDO COMO CABRONES tantísimas veces. Es solo una idea.

Vendaos los ojos y poneos tapones en los oídos. De lo contrario pensarán que estáis paranoicos. Podéis decir que es de chalados dar crédito a CUALQUIER teoría de la conspiración; yo digo que es de más chalados aún tener una fe inquebrantable en que esos hombres tan agradables del gobierno, con sus piruletas y su chocolate caliente gratis, están velando por nuestro interés y no por el suyo propio. Si tienes una fe ciega en que los funcionarios públicos te aman y te respetan, yo te diría que eso es un salto mucho más supersticioso que creer en OVNIS, en el Bigfoot o en que Elvis está vivo. Si piensas que todo está requetebién no es que estés cuerdo, es que eres gilipollas. Si te crees que los que toman las decisiones que afectan a tu vida te permiten saberlo todo, yo te diría que no te vendría mal ser un poco MÁS paranoico. Como pasa con la medicina, la paranoia es algo que es mejor aplicar con moderación, porque si te pasas o te quedas corto, te puedes matar.

Aunque si los rastreadores de milicias son capaces de sacar a relucir a un par de imbéciles de este «movimiento» nebuloso, ya pueden contar con la certeza de haber desacreditado toda la plataforma ideológica. Si Timothy McVeigh[108] creía que tenía un biochip implantado en el culo, se supone que

eso quiere decir que el gobierno jamás hizo daño a nadie. Esta táctica parece basada en la creencia de que si muestras al público suficientes teorías chifladas de la conspiración (y hay para dar y tomar) hay que asumir que TODAS son chifladuras. La propia palabra «conspiración» ha sido desacreditada como imposible.

POR SUPUESTO es una conspiración. Pero no se trata de Mau Mau ni del Klan. Ni de los nazis ni de los judíos. No es la extrema izquierda ni la ultraderecha, ni cualquiera de los don nadies sin definir que se acobardan en medio. Ni siquiera son los italianos. Es el PODER, estúpido. Es la tendencia de la naturaleza humana, cuando se la deja sola, a tratar de salirse con la suya en todo lo que pueda. El gobierno es el mayor embustero porque tiene el MAYOR motivo para mentir. Es absolutamente comprensible. Quienes detentan dinero y poder quieren protegerlos. No es de locos, es de sentido común. Es el modo en que fluye el dinero. «Conspiración» es un término tendencioso; ¿qué tal si lo llamamos mejor «tendencia aparentemente inextirpable de los poderosos a intentar influir en los acontecimientos con vistas a su máximo beneficio y su prolongado afianzamiento»? ¿Suena más sensible? No estoy hablando de Redes Como Telarañas Mundiales Satánicas Bolcheviques Kosher Extraterrestres Psicóticas y Malignas, ¿de acuerdo? Estoy quejándome del hábito históricamente demostrable de los poderosos a pasarse más tiempo intentando SEGUIR SIENDO poderosos que ayudando a quien sea. Los que no conspiran no se mantienen mucho tiempo en el poder porque siempre hay alguien por ahí ansiando ser más despiadado. Eso no es milicia, es Maquiavelo.

Tengo edad suficiente para recordar todo aquel MIEDO psicótico, paranoico y escatológico a la Bomba-H que el gobierno incrustó en nuestras mentes a lo largo de la Guerra Fría. Era tan aterrador como cualquiera de las cosas que me enseñaron los católicos a propósito de Satán y el infierno. En la escuela primaria me forzaron a ingerir propaganda anticomunista FUERTE. Recuerdo la diapositiva de una viñeta que representaba a un Soviet supermalvado a lomos de un caballo blanco salvaje que iba derramando sangre comunista roja por todo un blanco planeta. Los propagandistas de nuestro gobierno nos aterrorizaron lo bastante como para que construyésemos refugios antinucleares. Hacían pasar a los colegiales por delirantes simulacros de ataque nuclear en los que había que agacharse y cubrirse, como si esconderte debajo de la mesa del cole fuese a ser una defensa efectiva contra una explosión de veinte megatones. ¿Vinieron los rojos y violaron a nuestras abuelas? No. Así que ¿quién es el que está difundiendo rumores paranoicos? Por parte del gobierno es hipócrita crear todos esos falsos temores de alto voltaje y luego culpar a los estadounidenses de desarrollar una mentalidad paranoide.

¿Quién dice que buena parte de esa «paranoia» no es el propio miedo del gobierno a su obsolescencia implícita? Los responsables del gobierno y los inversores privados (y todos los lacayos y lameculos que cumplen sus órdenes en colmenas estructuradas herméticamente bajo sus pies) gastan mucho más dinero en propaganda de alta tecnología y guerra psicológica para desacreditar a las milicias que lo que se gastan las milicias en Kinko’s[109] tratando de avergonzar al gobierno. ¿El gobierno DIO CARPETAZO a su inmensa red de espionaje y enterró todas sus bombas al final de la Guerra

Fría? ¿Qué cojones pasó con todos aquellos misiles nucleares que señalaban a Moscú? Los federales no están ofreciendo calentar nuestros hogares con todo ese plutonio sobrante, ¿verdad? Están pintando símbolos de paz en todas esas cabezas nucleares, ¿o no? Estoy seguro de que el FBI y la CIA solo se dedican a ayudar a ancianitas a rescatar a sus gatitos de los árboles, ¿a que sí? Y poseen bombas inteligentes, satélites espaciales y tecnología de microondas, de biochips y sónica solo porque, me cago en la puta, esos bosnios, o iraquíes, o somalíes, o granadinos, o panameños, o vietnamitas, o coreanos es muy probable que lleguen remando en sus canoas a nuestras costas en cualquier momento… ¿verdad?

¿Quién tendría más razones lógicas para ponerse a husmear en busca de amenazas internas, los habitantes de las cabañas de Idaho o la mayor máquina de matar del mundo a la que ya no le quedan extranjeros a los que disparar?

Escuchad, imbéciles: los que os traen el Miedo al Terrorismo en los años noventa, son los mismos que os trajeron el Miedo Rojo en los cincuenta. Están retratando a estos grupos «terroristas» de cosecha propia tan malvados y amenazantes, tan bidimensionales, como en su día retrataron a los comunistas. Los Chicarrones no han cambiado de parecer, solo han cambiado de estrategia. El gobierno tiene que reinventar continuamente motivos para justificar su existencia, de lo contrario se quedaría sin negocio.

Puede parecer que lo único que tiene que hacer uno para aplacar esta desbocada e infundada paranoia pseudoreligiosa, lo único que se necesitaría para calmar las panzas de las milicias, es refutar sus acusaciones con HECHOS, más que añadiendo calumnias personales. Cuando los llamáis racistas lunáticos, lo único que conseguís es cabrearles aún más por pasar por alto los hechos. Pero a esa rabia la llamaríais ODIO, ¿verdad? Lo único que tenéis que hacer para ayudarnos a dormir por las noches es mandar un correo masivo a todos los estadounidenses con un recuento PORMENORIZADO del modo en que la CIA se gasta los treinta y cinco billones de dólares que le pagamos cada año para que nos espíe. No creo que sea una petición irrazonable, dado que estamos pagando la cuenta de esta vigilancia que no hemos pedido. Simplemente haced eso y ya veréis cómo se nos va la paranoia.

Almacenamiento

Cuando los rastreadores de milicias no pueden acojonarte con alegatos de odiosa paranoia racista, te acojonan con armas. Los rastreadores de milicias ODIAN las armas. Insisten en que los Padres Fundadores NUNCA pretendieron que los ciudadanos particulares tuviesen armas para defenderse de la intrusión gubernamental. ¿Es asín, señor? ¿Son las milicias revisionistas de la Segunda Enmienda? ¿Por qué no se lo preguntamos a los Fabulosos Putos y Peludos Padres Fundadores en persona?, [las mayúsculas son mías]:

«Los americanos tienen el derecho y el beneficio de estar armados, A DIFERENCIA DE LOS CIUDADANOS DE OTROS PAÍSES CUYOS GOBIERNOS TIENEN MIEDO A CONFIAR ARMAS A SU PUEBLO […] Una milicia bien regulada, compuesta por el pueblo, adiestrada en el uso de las

armas, es la mejor y más natural defensa a la que puede aspirar un país libre».

JAMES MADISON

«Las armas de fuego igualan en importancia a la propia Constitución […] Para asegurar la paz, la seguridad y la felicidad, el rifle y el revólver son igualmente indispensables. La misma atmósfera generada por la presencia de armas de fuego por todas partes refrena la interferencia del mal; se merecen un lugar de honor entre todo lo que es bueno».

GEORGE WASHINGTON

«El gran objetivo es que todos los hombres estén armados […] Todo hombre capaz puede tener un arma».

PATRICK HENRY

«La Constitución NUNCA se interpretará para impedir que el pueblo de Estados Unidos, conformado por ciudadanos pacíficos, posea sus propias armas».

SAMUEL ADAMS

«Lo mejor que podemos esperar a la larga con respecto al pueblo es que todos estén debidamente armados».

ALEXANDER HAMILTON

«Desarmar al pueblo es el modo más efectivo de esclavizarlo […] Yo se lo pregunto, señor, ¿QUIÉNES SON LA MILICIA? AHORA LA MILICIA ES TODO EL PUEBLO».

GEORGE MASON

«A ningún hombre libre se le prohibirá el uso de armas […] Las leyes que prohíben llevar armas […] desarman solo a quienes no sienten la inclinación ni la determinación a cometer crímenes […] LA RAZÓN MÁS PODEROSA PARA QUE EL PUEBLO CONSERVE EL DERECHO A TENER Y LLEVAR ARMAS ES, EN ULTIMA INSTANCIA, PROTEGERSE A SÍ MISMO CONTRA LA TIRANÍA DEL GOBIERNO».

THOMAS JEFFERSON(11)

Siempre escondiéndose de estas citas, los rastreadores de milicias, nerviosos, dirán que la Constitución fue hecha para otros tiempos, que Jefferson jamás habría podido imaginarse a los ciudadanos particulares con misiles nucleares. Eso es cierto. Pero Jefferson tampoco se habría imaginado al GOBIERNO con misiles nucleares. Los controladores de armas tartamudearán al decir que la única razón de las pistolas es matar gente. De acuerdo, os sigo el juego. ¿Podéis entonces, por favor, explicarme por qué poseen armas los agentes del

gobierno si no es para matar a la gente?

Desesperándose, los controladores de armas me saldrán con la explicación de la compensación fálica, que los que están a favor de las armas solo pretenden ocultar su impotencia o sus micropenes. Sin duda este estereotipo es aplicable a muchos casos tragicómicos. Pero el pene puede apuntar a ambos lados. ¿Por qué al gobierno, que posee muchas más armas en forma de polla que las milicias, raramente se le acusa de tener complejo de pito? ¿No es factible que los oficiales del Pentágono practiquen compensación fálica a gran escala? Me he dado cuenta de que los mismos fanáticos del control de armas que lanzan estas acusaciones tipo las-pistolas-son-penes suelen inquietarse cuando el gobierno da muestras de debilidad o cuando parece que le están intimidando. Cada vez que un alborotador desdentado del campo critica al gobierno, hay siempre algún estirado neoconservador que no puede esperar a que los federales se «pongan firmes» y metan «mano dura» a esos advenedizos insolentes. Quienes se identifican con el gobierno como una figura paternal viven perpetuamente con la inquietud de que castren a papá. Los rastreadores de milicias hablan mucho de la inquietud del varón blanco a perder sus privilegios de raza, pero no mucho del miedo del gobierno a perder su dominio. A Nixon le preocupó que Estados Unidos se convirtiera en un «gigante impotente». ¿Queréis que hablemos de alguien con una retorcida patología sexual que endosaba sus odios mezquinos a las grandes masas? ¿Qué tal J. Edgar Hoover?

Inevitablemente, de manera predecible, cuando todo lo demás falla, como último recurso, los rastreadores de milicias dirán que los sentimientos en pro de las armas no son más que una tapadera para lo que en realidad es una sed de sangre racista. Intentarán hacerte creer que la única razón por la que una persona pobre de un vecindario pobre puede llegar a desear tener una pistola propia es para MATAR NEGRATAS Y JUDÍOS. Ignoran el hecho de que el rey Enrique IV de Alemania desarmó a los judíos en 1096, lo que llevó a su brutal persecución. Ignoran que a los esclavos negros no se les permitía tener armas en el Sur. Ignoran que Hitler tampoco era muy entusiasta de la posesión de armas privadas. Resulta extraño que los Cazadores del Odio, estos absurdos Policías Keystone[110] Revienta-Nazis, no recurran a *der Führer* como argumento contra el vegetarianismo. Nunca dicen que Hitler es la prueba de que nadie debería poseer perros como mascotas. O que el artista de un solo testículo y bigote raro represente un buen argumento contra un gobierno fuerte y centralizado, o contra la censura, o incluso contra los proyectos de obras públicas. No, es solo racismo, racismo, racismo. Raza, raza, raza. Y para mí que eso es racista.

Avivando el miedo, los rastreadores de milicias alegan que los descerebrados de las pistolitas están «almacenando» armas en «arsenales» gigantescos. La pura verdad es que el poder militar se inclina EXTREMADAMENTE en favor del gobierno. Los pistolitas no tienen bombas inteligentes. Los pistolitas no tienen bombas de neutrones. Los pistolitas no tienen bombas-H. Los pistolitas no tienen bombarderos de combate invisibles. Los pistolitas no tienen acorazados ni portaaviones. Los pistolitas no tienen helicópteros policiales. Los pistolitas no tienen tanques. Los pistolitas no tienen submarinos, ni de los nucleares ni de los otros. Los pistolitas no tienen sistemas de radar sofisticados ni redes mundiales de inteligencia muy bien financiadas.

A los animadores del gobierno les jode mucho que Randy Weaver[111] le vendiera dos escopetas de cañón recortado a un oficial federal encubierto. ¿Por qué? Es suficiente artillería para desatar una guerra racial, ¿no? Mientras tanto, oficiales federales facilitan armas (a veces nucleares) a casi todo el PLANETA, y no siempre legalmente. No os iréis a creer que lo que suministraba Ollie North a los iraníes eran caramelillos. Así que ¿quién es el que está precipitando violentos conflictos armados?

Cuando la gente se pone a lloriquear por los ciento sesenta y ocho cadáveres de Oklahoma City (y no estoy diciendo que no tendrían que hacerlo) sería sensato poner las cosas un poquito en perspectiva. Se calcula que la muerte patrocinada por el gobierno, ya sea a través de guerras o asesinando a sus propios ciudadanos, se ha llevado por delante a ciento sesenta y nueve millones de personas solo en este siglo(12) . Eso es casi exactamente un millón de veces las víctimas de Oklahoma City.

¿Qué son la docena o así de cartas bomba de Unabomber en comparación con Hiroshima, Nagasaki, Bagdad y Dresde? ¿Qué son los presuntos cuatrocientos cincuenta kilos de fertilizante de Timothy McVeigh comparados con la mierda que hemos dejado caer por todo el mundo? Solo en Vietnam, hemos lanzado más tonelaje que el que dejaron caer los dos bandos en la Segunda Guerra Mundial. ¿Y quién decíais que era el terrorista? Es un asunto sucio, comparar recuentos de víctimas como si fuesen resultados de fútbol. Pero la perspectiva distorsionada de los medios de noticias estaba pidiendo a gritos todas estas preguntas.

En medio de toda esta cháchara atemorizante sobre milicias, lo que no se escucha es que los dólares de tus impuestos son los que han financiado milicias ilegales por todo el planeta cuando a nuestro gobierno no le gustaba quién estaba en el poder.

Dólares, impuestos

La gente que cotorrea sobre todo lo «bueno» que hace el gobierno tiende a evadir el asunto de DÓNDE saca el gobierno la pasta para infligir toda esa dorada benevolencia. En cierta época yo pensaba que era genial que el gobierno estuviese ayudando a tantísima gente y no podía entender por qué cualquier Scrooge de turno querría «cortar» violentamente los programas sociales como quien apuñala carne humana. Luego, al mirar las deducciones de mi salario, me di cuenta de que no era el gobierno el que estaba pagando un solo centavo de esas cosas, era yo. En definitiva, el gobierno no es mucho mejor que un revendedor de entradas. Si tú me das diez dólares para comprar comida y yo vuelvo con comida por valor de dos dólares, te sentirás robado, no como si yo te hubiese ofrecido mi «ayuda». En casi todos los casos, los diez pavos se habrían quedado mejor en tus manos. El gobierno actúa como una agencia de caridad que absorbe casi todas las donaciones en «gastos operativos». Es como ser obligado a punta de pistola a que contribuyas al telemaratón de Jerry Lewis.

Los impuestos son ahora mucho más altos que los que provocaron una

revolución en 1776. Son más altos que el «tributo» que los señores feudales exigían a sus siervos, que solía ser un tercio de sus cosechas. Cuando uno suma los impuestos federales, estatales, condales, municipales, sobre ventas, sobre pecados y los ocultos, es posible que el promedio ronde el cuarenta por ciento de la renta de cada estadounidense. Imaginaos que os censurasen el cuarenta por ciento de vuestras palabras. O que os robasen el cuarenta por ciento de vuestro tiempo. O que te arrebatasen de golpe el cuarenta por ciento de todo lo que te pertenece. Porque ocurre de manera gradual (y porque te lo sustraen del sueldo antes de que te dé tiempo a poner las zarpas encima) no parece tanto una extorsión.

Imaginaos una vista aérea de la ciudad por la noche. Millones de luces. Toda esa gente. Y a cada uno de ellos le están arrebatando casi la mitad de sus ingresos a través de impuestos. Toda la gente que verás mañana, en las calles, en coches y autobuses, por la tele, está igualmente obligada a pagar «tributo» al gobierno. Imaginaos lo impotente que sería el gobierno si todos nos negásemos.

Aunque protestar contra los impuestos se tilde de extremismo, es probable que casi todos los estadounidenses engañen en sus declaraciones. Esta es una forma de protesta contra hacienda, y está tan a la voz del día como los batidos. Henry David Thoreau se manifestó en contra de los impuestos y fue encarcelado porque se negó a darle al César lo que el César afirmaba que era suyo. Thoreau decía que no podía pagar con la conciencia tranquila impuestos que financiaban la esclavitud negra y la invasión estadounidense de México. Thoreau, como todos sabemos, era un auténtico hillbilly lunático, racista y extremista redneck partidario de las milicias y los petardos. Incluso esos enclenques y flojuchos Beatles de la paz y el amor tienen una canción sobre el malvado fisco.

¿Se considera racista preguntar por qué la deuda se hincha sin parar? ¿Van a intentar argumentar que todos esos impuestos están siendo utilizados en la lucha contra el racismo? Y una mierda. Y una mierda de BALLENA. Hay más impuestos que van a parar a los intereses de los banqueros que a ayudar a cualquier minoría. E incluso la ínfima porción presupuestaria destinada a la ayuda de las minorías es absorbida en su mayor parte por los costes administrativos. La fiscalidad no tiene nada que ver con la etnicidad y sería un golpe bajo muy cínico convertirla en un asunto racial.

Es un asunto económico. Dado que el gobierno exige que todo el mundo pague los impuestos con billetes de la Reserva Federal (es decir, con dólares), la literatura del odio de la protesta antihacienda a menudo se dirige contra el sistema bancario. Los rastreadores de milicias, reduccionistas raciales como son, vinculan TODA la retórica antibancaria al antisemitismo. Aunque esto es cierto en algunas de las teorías conspirativas antijudías más ocultistas, me resulta difícil creer que cada vez que alguien critica al sistema bancario está, secretamente, criticando a los judíos. Casi parece una consecuencia defensiva inconsciente que un porcentaje desproporcionado de banqueros sean judíos, afirmación que nunca seré tan tonto como para hacer en público.

Si el objetivo de alguien era engendrar odio hacia los judíos en lugar de despertar sospechas sobre el Fondo Monetario Internacional, ¿no

malgastarían menos aliento diciendo simplemente «judíos»? ¿Si de verdad odiaban a los negros más que al gobierno no habrían bombardeado el gueto en vez del edificio federal? ¿Y no podría ser posible, aunque solo fuese remotamente, que al menos ALGUNOS de esos tipos evitasen los epítetos racistas por la sencilla razón de que el racismo no era lo que les motivaba?

Los rastreadores de milicias afirman que las milicias proponen planes de divisas con «dinero falso» destinados a arrebatar el poder de la expedición de moneda al gobierno. Esto está equivocado de cabo a rabo. En todo lo que he leído de «incitación al odio» contra los bancos se afirma sistemáticamente que el gobierno DEBERÍA imprimir su propia moneda y que los contribuyentes podrían así ahorrar unos trescientos mil millones de dólares al año en intereses bancarios. Esos trescientos mil millones de dólares serían suficientes para construir cinco millones de casas, crear diez millones de puestos de trabajo o alojar a más de cuarenta millones de personas en apartamentos[13] . A mí me parece que las minorías raciales no sufrirían, sino que se BENEFICIARÍAN de esta clase de ahorro.

El hecho es que la Reserva Federal no es una agencia federal; es una organización de banqueros privados, muchos de los cuales ni siquiera viven en Estados Unidos. Tal y como dijo un protestón «extremista»: «La Reserva Federal, al contrario de la creencia popular, no es más federal que Federal Express[14] ». La propia Reserva Federal te dirá que es una entidad privada. Esto lo he sacado de un anuncio del Banco de la Reserva Federal de San Francisco:

«Hay quien sigue pensando que somos una rama del gobierno. No lo somos[15] ».

Sorprendentemente para muchos, los dólares estadounidenses no los expide el gobierno estadounidense. Los retóricos antibanca siempre sostienen que el principal problema de nuestra moneda es que el gobierno NO la imprime, pide prestado papel moneda (con intereses) a los bancos privados. Si el gobierno imprimiese sus propios billetes, afirman, no habría necesidad de tantos intereses.

He aquí algunas citas que no salen de boca de nadie que responda al nombre de Joe o Bob, mutantes crueles, malvados, rurales, acumuladores de armas y antijudíos con sus radios de onda corta y sus cenas congeladas, sino de los mismísimos padres de la banca internacional. Y dime tú si no te suenan arrogantes y borrachos de poder:

«Dejadme que controle la emisión del dinero de un país y lo mismo me dará quién haga las leyes».

MAYER AMSCHEL ROTHSCHILD

«Los pocos capaces de entender el sistema [de los talonarios y los créditos] estarán tan interesados en sus beneficios, o dependerán tanto de sus favores, que no habrá ninguna oposición por su parte, mientras que, por otro lado, la gente mentalmente incapaz de comprender las tremendas ventajas que el

capital deriva del sistema, soportará sus cargas sin quejarse y puede que hasta sin llegar a sospechar que el capitalismo va en detrimento de sus intereses».

CARTA DE ROTHSCHILD BROS. DE

LONDRES A UN GRUPO DE BANQUEROS DE

NUEVA YORK, 25 DE JUNIO DE 1863

«La banca fue concebida en iniquidad y nació en pecado. Los Banqueros son los dueños del mundo. Podéis quitárselo, pero dejadles el poder de crear depósitos y con un simple movimiento de sus bolígrafos crearán suficientes depósitos para volver a comprarlo […] Mientras el público y los gobiernos sigan legalizando tales cosas, sería de tontos no hacerse banquero».

JOSIAH STAMP, PRESIDENTE DEL BANCO DE

INGLATERRA EN LA DÉCADA DE 1920(16)

Otro problema básico de los rastreadores de milicias es que la «retórica» que ellos etiquetan de «extremista» a menudo ha sido expedida por gente mucho más convencional e históricamente más famosa que los «expertos». A continuación os presento unas cuantas muestras de ese discurso del odio redneck, antibanquero y psicótico, codificado en un críptico antisemitismo y pronunciado por unos racistas enfermizos que ya han sido refutados a fondo por mentes más sensibles:

«Las entidades bancarias son más peligrosas que los ejércitos listos para el combate […] El poder de la emisión [del dinero] hay que arrebatárselo a los bancos y devolvérselo al gobierno y al pueblo, a quienes pertenece. Si el pueblo americano permite un día que los bancos privados controlen su moneda, los bancos y todas las entidades que florecerán a su alrededor, privarán a los ciudadanos de toda posesión, hasta que un día sus hijos se despertarán sin casa y sin techo sobre la tierra que sus padres conquistaron».

THOMAS JEFFERSON

«Todas las perplejidades, la confusión y la angustia de América no surgen tanto de los defectos de la Constitución ni de la Confederación, ni de la falta de honor o virtud, como de la franca ignorancia de la naturaleza de la moneda, el crédito y la circulación».

JOHN ADAMS

«Banqueros, sois un nido de víboras y os voy a sacar a la luz. Si el pueblo americano llega a descubrir cómo os manejáis, la revolución estallará antes del amanecer».

ANDREW JACKSON

«La gente que no va a echar una sola palada de tierra [para la construcción de la presa de Muscle Shoals] y que no va a contribuir ni con un solo gramo del material, será la que recaude más fondos de Estados Unidos, mucho más que los que van a facilitar todo el material y van a ocuparse de todo el trabajo […] Es absurdo decir que nuestro país puede crear bonos pero no moneda. Ambas son promesas de pago, pero una engorda a los usureros y la otra ayuda a la gente».

THOMAS EDISON(17)

Así que estoy aquí sentado, a las tantas de la noche, bajo la luz de una bombilla inventada por el señor Edison y, por primera vez en mi vida, todo este alucinante discurso del odio a los banqueros me tiene preocupado por la deuda nacional. En los pliegues más apestosos de mis intestinos siempre he sentido que había algo esencialmente malo en nuestro sistema monetario y crediticio, pero confié en los «expertos» cuando me dijeron que no me preocupase.

Pero hay MOTIVOS para preocuparse. Varios economistas respetados predicen una inminente crisis monetaria. El interés acumulado en la deuda nacional ahora significa que los estadounidenses NACEN debiendo. Esto me recuerda de manera inquietante el concepto del pecado original. Yo no he faltado nunca al trabajo, he pagado mis impuestos y, aun así, hay una camarilla de hijos de puta sin rostro que no dejan de hundirme cada vez más en la deuda porque no han sabido administrar bien dichos impuestos. ¿ES ODIO FANÁTICO Y SANGUINARIO pedir simplemente un recuento del dinero que han desviado de mi sueldo? No me importa si son semitas, monopatinadores o unos putos marcianos (inyectadme suero de la verdad si no me creéis), pero me preocupa que me puedan estar robando.

¿Es una delirante psicosis inspirada por el odio PREGUNTAR simplemente quién la ha jodido de tal manera que hayamos pasado de ser la mayor nación prestamista del mundo a la mayor nación deudora del mundo? ¿Es de algún modo hitleriano PREGUNTARSE simplemente por qué el índice de inflación global de 1792 a 1913 era solo de un UNO por ciento(18) , pero ha subido más de un MIL por ciento desde que se instituyó la Reserva Federal? ¿Es una obscenidad de odio al inmigrante CUESTIONAR por qué la deuda nacional era de menos de mil millones de dólares antes del establecimiento de la Reserva Federal(19) y ahora es de más de seis BILLONES? ¿Es racismo críptico y rebosante de odio preguntar por qué la deuda nacional es en la actualidad más de TREINTA Y SEIS VECES el TOTAL de efectivo que existe en Estados Unidos(20) ? ¿Es una excentricidad de azotador de judíos cuestionarse por qué a los banqueros privados que exclaman: «¡despreciable papel moneda!» cada vez que alguien dice que el gobierno tendría que emitir su propia moneda, solo se les exige tener alrededor de tres centavos en bienes tangibles por cada dólar que prestan?

¿Es un soñador babeante y empapado en odio alguien que se limita a PREGUNTAR por qué el IRS[112] , que aterroriza a los ciudadanos estadounidenses por el impago de impuestos, nunca ha sido objeto de una

auditoría[21] ? ¿Es de lunáticos aficionados a quemar cruces preguntar por qué casi todos los estadounidenses trabajan desde el 1 de enero hasta más o menos el 26 de mayo solo para pagar impuestos[22] ? ¿Es palabrería segregacionista aturdida preguntar, como quien no quiere la cosa, por qué el impuesto federal sobre la renta era solo de un dos por ciento en una fecha tan reciente como 1950[23] ? ¿Es demencia racista de bobos preguntar por qué la clase obrera y la clase media pagan impuestos, mientras los ricachones del mundo los evitan a través de fideicomisos privados y fundaciones libres de impuestos? ¿Es la excéntrica rabia xenófoba de raíz europea lo que me lleva a preguntarme por qué se me exige que pague dos quintas partes de mis ingresos para financiar programas y políticas que yo nunca he aprobado?

Cuidadito con quienes te insultan de mala manera cuando te da por hacer preguntas.

Los rastreadores de milicias quieren hacerte creer que el antecedente histórico directo de las milicias fue el Ku Klux Klan. Muy predecible. Por lo poco que yo sé del Klan, no recuerdo haberles oído mencionar jamás los impuestos. Yo sugeriría otros antepasados de los actuales palurdos que se resisten a pagar impuestos y cargan con mosquetes: los Rebeldes del Whisky de 1794 y todos los destiladores forajidos que desde entonces siguieron su sangriento camino.

La Revolución Americana de 1776, si recordáis, fue supuestamente una protesta armada contra la fuerte carga impositiva de los ingleses en artículos como los sellos y el té. Cuando Washington llamó a las tropas, algunos de los primeros hombres que se alistaron eran granjeros pobres del oeste de Pennsylvania, que por aquel entonces se consideraba el «Oeste Americano». Muchos de estos voluntarios pobremente vestidos eran recientes inmigrantes escoceses e irlandeses sin el menor afecto por la opresión inglesa. Se dijo que se contaron entre los mejores combatientes de la Revolución y Washington en una ocasión reconoció públicamente su contribución para ayudarnos a salir del yugo de la Corona.

Pero para pagar una deuda de guerra de veintiún millones de dólares, el nuevo Secretario del Tesoro, Alexander Hamilton, sugirió un impuesto especial para todo el alcohol que se destilase dentro de las fronteras de Estados Unidos. Fue la primera ley contributiva interna de la joven nación. Y fue un bofetón en la cara de los granjeros pobres que regresaron al oeste de Pennsylvania después de batir a los ingleses. Buena parte de su economía estaba basada en el whisky. El alcohol era a menudo el sustituto del dinero. En una zona aislada de los mercados del Este, con el whisky se obtenía mucho más beneficio que con el maíz. El nuevo impuesto acabaría con todo el beneficio. Acababan de arriesgar sus vidas para evitar impuestos (y ganaron la guerra) ¿y ahora tenían que rendir sus beneficios al fisco? EL DISCURSO DEL ODIO fermentó en la frontera, junto a los ahora ilegales alambiques de cobre.

La Rebelión del Whisky estalló el 16 de julio de 1794 cuando un grupo variopinto de destiladores de poca monta que detestaban los impuestos rodearon la mansión de John Neville, el supervisor federal destinado a la zona

oeste de Pennsylvania. Se abrió el fuego e hirieron a unos cuantos rebeldes. Un grupo más numeroso y más rencoroso volvió a presentarse ante la casa de Neville al día siguiente y tras un nuevo tiroteo, los Rebeldes del Whisky incendiaron su plantación. Ganaron impulso en las siguientes semanas. El 1 de agosto se encaminaron a Pittsburgh con una fuerza de entre cinco a siete mil anarquistas borrachos.

Mientras los nobles de Pittsburgh supieron aplacar sabiamente a los Rebeldes del Whisky con whisky gratis, George Washington convocó una milicia compuesta en su mayor parte por gente pobre del Este. Irónicamente, algunos de los pobres del Este que habían luchado mano a mano con los pobres del Oeste para protestar contra los impuestos ingleses, no lucharían CONTRA ellos en nombre de los impuestos americanos. De hecho, la autoridad fiscal propuesta por Hamilton era MUCHO MAYOR que nada de lo que el Rey Jorge había impuesto en su día a sus súbditos coloniales. Y los trece mil soldados que el presidente George llamó a filas para aplastar a los Rebeldes del Whisky constituían una fuerza numéricamente SUPERIOR a las tropas que utilizó Washington para vencer a los ingleses.

Los comentaristas de la prensa del Este (los «expertos» de entonces), pensaban que los Rebeldes del Whisky eran unos chiflados paranoicos que no debían tratar de ascender por encima de su posición. Un escritor los llamó «hombres de mente estrecha cuyos puntos de vista, como los de las hormigas, se limitan al montículo donde viven». Alguien que firmaba con el seudónimo de «Orden» dijo que era «realmente divertido oír a pequeños y recónditos focos de gente» desafiar al poderoso nuevo gobierno.

La Rebelión del Whisky fue sofocada por un armamento superior, no por consenso popular. Durante el altercado, George «Soy Incapaz de Mentir» Washington le dijo a su hermano Charles que no se le ocurriese soltar prenda sobre el hecho de que George poseía una enorme extensión de tierra en la zona oeste de Pennsylvania. Una vez que la Rebelión fue aplastada, con muchos Rebeldes del Whisky desposeídos y empobrecidos, el valor de las propiedades fronterizas de Washington se disparó en un cincuenta por ciento. Al final llegó a tener unos doscientos cincuenta mil metros cuadrados por toda la zona de los Apalaches. Y el puto hipócrita estuvo destilando su propio whisky desde el principio.

La Rebelión del Whisky tuvo simpatizantes por todo el Sur y en las zonas fronterizas de Norteamérica. Los más curtidos destiladores de whisky casero trasladaron sus operaciones a lo más profundo de las colinas. Sus descendientes se convertirían en algunos de los moonshiners forajidos más legendarios de Estados Unidos, que siguieron ejerciendo su comercio ancestral al amparo de la oscuridad. Para la gente de las colinas no se trataba del derecho a emborracharse, se trataba del injusto reclamo del gobierno sobre sus cosechas; si lo sembrabas en tu propia tierra, no podían meter las narices y arrebatarte una parte. Si se podía comer maíz en una mazorca, también se debería poder beber maíz en una jarra.

Corn Squeezin’. White Lightnin’. Mountain Dew. Panther’s Breath. Bust Head. Forty-Rod Whiskey. Moonshine[113] . Ilegal solo porque algún político cercano a la costa quería imponer una retribución injusta que dejaría sin negocio al

destilador ilegal. Muchos de estos destiladores ilegales eran los descendientes de los siervos de cumplimiento forzoso, expulsados hacia algunas de las tierras de cultivo más mierdosas de Estados Unidos, cumbres y valles pedregosos en los que era imposible ganarse la vida con el cultivo. Hacer whisky casero, una tradición de hondas raíces culturales en las colinas de Escocia e Irlanda, era el único modo que tenían muchos montañeses de evitar el hambre.

En 1884 el impuesto del whisky representaba casi dos tercios de la recaudación federal. En muchas zonas del Sur después de la Guerra de Secesión, el moonshine se estaba vendiendo por menos de la base impositiva que exigían los inspectores. Y para duplicar el dolor, a los moonshiners se les impuso un impuesto para sufragar los gastos de una guerra que habían perdido. Pero los federales no lo expresaron de esta manera. Se presentaron con perros y armas. Muchos hombres (de ambos bandos) murieron jugando a recaudadores y moonshiners. Muchos agentes federales se perdieron en las colinas, a otros los cocieron en alambiques. Los «bloqueadores» desafiantes a los que no mataron ni enchironaron se convirtieron en héroes locales burlando a la ley, aun cuando siempre les superaron en armas, número y financiación. Y dicen que hay cuevas en la zona oriental de Kentucky que los federales aún no han descubierto, lugares en los que se sigue haciendo un moonshine de primera después de cientos de años de burlar al fisco. Los últimos reductos de la libertad, como los define alguna gente.

Muchos descendientes de moonshiners del este de Kentucky se han pasado en los últimos tiempos a una cosecha ilegal más rentable: la marihuana. Se estima que al precio actual de la calle, la Marihuana Con Raíces en el Infierno es el cultivo comercial más rentable de Estados Unidos, más que el maíz, el trigo y todas las demás cosas aburridas que se pueden plantar en la tierra. Y el Tío Sam no ve ni un centavo de las tasas por su venta, aunque probablemente lo compense con todos los fondos que destina a poner a los fumetas entre rejas.

Los marihuaneros de ojos rojos se cuentan por millones. Aparte de los que engañan en la declaración de la renta, los maníacos de los porros puede que sean el grupo de protestantes contra los impuestos más grande de Estados Unidos. Imagínate los fumetas pacifistas y las milicias redneck con algo en común. Una escena alucinante, colega.

Cállate y vota

«La única idea que han manifestado alguna vez acerca de lo que ha de ser un gobierno de consenso es lo siguiente: un gobierno en el que todo el mundo consiente o se le mete un tiro».

LYSANDER SPOONER, *No treason* (1868)

Los apologistas gubernamentales nos cuentan que el proceso político funciona y que deberíamos canalizar nuestra furia «dentro del marco del sistema». ¿Esto es verdad? ¿Votar puede marcar la diferencia? ¿Nuestros deseos están verdaderamente REPRESENTADOS por los políticos? ¿De verdad AHORRAMOS pasta permitiéndoles que nos la quiten? Guau. Eso es lo

mismo que me decía mi profesor de primaria. Y yo le creí.

Bueno, ahí va mi historia electoral, que se reduce básicamente a las elecciones presidenciales: en 1980 eludí al salvajemente inútil titular del cargo Jimmy Carter y a su contrincante con peinado a lo Drácula Ronald Reagan, optando por un renegado de melena blanca llamado John Anderson. En el 84 y en el 88 hice palanca por un bobo llamado Mondale y un lastre llamado Dukakis. En el 92 voté por el progresista, aunque tuviese un apellido francés. A quienes voté, sin excepción, perdieron. En 1996 ni me molesté. Quizá hubiese votado a Ralph Nader, pero es que es demasiado ñoño para ser presidente.

La única vez que voté y gané algo fue la Propuesta 103 de California, en 1988, que establecía una bajada de la tasa del seguro del coche del veinte por ciento e incluía algunos reembolsos retroactivos. Cuando se aprobó la Propuesta 103 me sentí por fin como parte del proceso político. ¡BIEN! ¡El sistema funciona! Poco después de las elecciones se nos prometió a los conductores del Estado Dorado que no tardaríamos en recibir los cheques de reembolso. Los cheques nunca llegaron. Y a los pocos meses el saliente comisionado de seguros de California nos lanzó un beso de despedida permitiendo a las compañías de seguros que aumentasen sus tasas astronómicamente. Yo llevaba arrojando 575 dólares al año al gigantesco pozo negro de las aseguradoras. A tan solo unos meses de haberse aprobado la Propuesta 103, mis tasas se dispararon a 1050 dólares al año, y sigo sin tener multas ni accidentes.

Recapitulemos, la única cosa por la que he votado en mi vida que cantó ¡BINGO! (que ganó) se suponía que iba a reducir las tasas de mi seguro del coche en un veinte por ciento. En seis meses mis tasas casi se doblaron. En vez de BAJAR un veinte por ciento, SUBIERON casi un doscientos por ciento.

Así que no me vengáis con vuestras mierdas a propósito de que el proceso político funciona. Yo nunca tuve nada que decir, ni directamente ni de ninguna otra forma, sobre el modo en que se gasta el gobierno aunque solo sea un dólar del dinero que me sangra (a mí y a todo el mundo) al año. Por el «privilegio» de no haber elegido a nadie, de no haber tenido nunca la menor influencia en el proceso de la toma de decisiones, he pagado miles y miles de dólares sin ninguna devolución discernible de mi inversión. ¿Y me dices que esto es libertad? Cómeme el nabo. A tomar por culo la Gran Mentira de la democracia participativa.

La política norteamericana se ha convertido en el juego de a ver quién es capaz de recabar dinero suficiente para explotar suficiente propaganda televisiva que logre que suficientes televidentes se identifiquen con suficientes imágenes vagas, simples y reconfortantes para levantarse de sus destrozados sofás y votar por ellos; «suficiente» se define por lo general como al menos un cincuenta por ciento de los pocos que en realidad votan, pero una mayoría relativa también puede valer. A los candidatos se les escudriña por el corte de pelo, por el traje, por su comprensibilidad mediática, por el modo con que atienden a los bebés y a las multitudes, por lo que piensan de la lucha entre el bien y el mal…, resumiendo, por cualquier cosa menos por sus IDEAS. Queda reducido a un cliché, una apariencia vagamente inspiradora,

todo salvo una pura honestidad redneck. Los anuncios políticos son bloques de treinta y dos segundos de mojigatería sensiblera editada con prisas y plagados de referencias proferidas solemnemente a los «valores», la «justicia» y el «cambio». El cambio, inevitablemente, saldrá de nuestros bolsillos.

Nuestro sistema político es caca apestosa, esquizofrénica y dual, de burro y elefante, el uno o el otro, y de «oposición leal». Las campañas políticas son poco más que dos millonarios discutiendo sobre quién ama más a la gente común. Me sorprendió que más de cinco o seis votantes acudiesen a las urnas en las últimas elecciones[114] . Bob Dole, a quien no parecía importarle haberse mutilado grotescamente la mano en un combate *real* , estaba preocupado por la violencia de las películas de Hollywood. Bill Clinton, que no esnifa, favoreció penas más duras para las infracciones de tráfico de estupefacientes.

Los republisaquedores y los ruinócratas son gente que ha convertido el compromiso en tal hábito, que ya no tienen ni rostro, solo una neblina sonrosada en lo alto de unos trajes grises de negocios. ¿Estoy tratando de deshumanizarlos? No. No es necesario. Ya se deshumanizan solos. ¿Se supone que me tengo que sentir de alguna manera privilegiado porque el politburó del partido elige a los candidatos por mí? ¿Una elección entre Lamb Chop[115] y el Señor Wences[116] me debería hacer sentir lo bastante agradecido como para soltarles toda esa lana? De eso nada, no lo creo.

Da igual a quién votes, el gobierno sigue siendo elegido. Así que si no voto para cosas, no tendría que pagar por las cosas. Si no me BENEFICIO de cosas, CON MÁS RAZÓN no debería pagar por las cosas. ¿Es eso tan radical? Yo no quiero pagar para mantener al bebé de otra persona, me da igual de qué color sea. No quiero hinchar la cartera de ningún banquero, me da igual de qué color sea. No quiero pagar a unos burócratas para que me espíen y restrinjan mis derechos naturales, me da igual de qué color sean. No quiero dar mi apoyo a la CIA, ni a las Naciones Unidas, ni a la «ayuda» extranjera, ni a las bombas nucleares. No es que no quiera que mi dinero se vaya a las minorías, no quiero que mi dinero se vaya *a ninguna parte* .

Cada cuatro años nos dan a «elegir» entre un pedazo de tostada quemada y un bollo rancio. En Rusia solían tener un solo partido político. Aquí, tenemos dos. Para eso, amigos míos, es para lo que ha servido toda la lucha: para ese partido extra.

Buen gobierno

«El gobierno no es razón; no es elocuencia; es fuerza, y al igual que el fuego, es un siervo peligroso y un amo temible».

GEORGE WASHINGTON

«Gobierno», por supuesto, es una palabra antigua que significa «la pandilla más grande de la ciudad». ¿Cómo surgen los gobiernos? ¿Cómo conservan el poder? Mientras los políticos hacen alusiones insinceras al «bien común»,

gobiernan con una sola cosa: EL MIEDO. En cuanto se erradique el miedo, se acabó el gobierno.

Es BUEN gobierno cuando los políticos temen al pueblo, no al revés. ¿Qué demonios le pasó a la noción de «siervo público»? La auténtica jerga moderna, el «discurso en clave» real, es la idea de los agentes gubernamentales como siervos públicos. ¿El gobierno es un siervo público? Eso es lo que proclama con orgullo. Pero, veamos, ¿un siervo tiene poder para meter entre rejas a su amo por desobediencia? ¿Un siervo desvía entre el cuarenta y el cincuenta por ciento de la producción de su amo? ¿Un siervo manda a su amo a morir por los intereses vitales del siervo? ¿Un siervo le dice a un amo lo que puede y lo que no puede decir y creer? Me encantaría ver al gobierno humillado, desafiado, resistido, debilitado y verdaderamente reducido a una entidad que se dedicase a cubrir todos mis caprichitos; al fin y al cabo, lo estoy pagando, ¿no? Y si es el siervo, yo debo ser el jefe. Tendría que ser capaz de sentarme en bata de baño en la mesa de mi cocina y gritarle al gobierno que me preparase un cafetito. En caso contrario, olvídate de la mierda semántica y llámate por lo que en realidad eres: el amo de la población.

La moralidad deja de ser moralidad cuando se impone a otros. Casi siempre se asemeja más a la inmoralidad. Cuando te obligan a aceptar protección, el lustre paternalista se atenúa bastante. Podría parecer que la libertad significa libertad para negar la participación en la idea de «sociedad» de otro. Pero esa libertad no se nos permite. Poco importa lo que creas «con libertad», seguirás teniendo que pasar por su puerta y pagar el peaje del bandido. Entonces, ¿qué define nuestra libertad? ¿Que se nos «permite» ver la tele? En Estados Unidos tenemos libertad teórica, y punto. Ni de coña gozamos de libertad económica. La mano suave y magnánima del gobierno sobre tu hombro siempre va a tener un precio. Declarar que el dinero va destinado a una «buena» causa no altera la naturaleza involuntaria de la transacción.

¿Se supone que tenemos que sentirnos bien porque otros países tengan menos derechos y le quiten el dinero a sus ciudadanos con tasas aún más elevadas? ¿Dónde he oído esta lógica antes? Oh, sí, cuando los esclavistas sureños les decían a sus esclavos que los trabajadores lo tenían peor en todas partes. Es como un policía estatal diciéndote durante tu examen de conducir que conducir es un privilegio, no un derecho.

Antes me molestaban los que no pagaban impuestos porque, me cago en la puta, yo bien que pagaba los míos. Ahora están empezando a molestarme los recaudadores de impuestos. ¿Por qué he nacido debiendo pasta al gobierno? ¿Por qué tengo que pagar no solo por una deuda en la que yo no incurrí, sino además por los intereses que lleva encima esa deuda como un pegote de Cool Whip[117] ? ¿Pagar mi cuota de QUÉ? ¿Y qué tienen que ver estas cuestiones con el racismo? Me molesta pagar las cagadas de otras personas. Estáis solos, chavales, igual que lo he estado yo toda mi vida. Sobreponeos con vuestros propios medios, tal y como nos habéis estado aconsejando todos estos años. No habéis logrado convencerme de por qué le debo nada a nadie. Y si me vais a FORZAR a pagar, la carga jurídica de la prueba me temo que os corresponde a vosotros. Si queréis etiquetar mi resentimiento como «odio», por mí de puta madre. Pero no me cobréis el favor.

¿Sabéis? Yo nunca había odiado tanto.

Nunca quise pensar en estas cosas, porque eran demasiado enojosas de ponderar. Creo que una de las razones por las que evitaba las llamadas teorías conspirativas es que tenía miedo de que alguna pudiera ser cierta. La misma razón por la que evitaba pensar en los impuestos, porque me daba cuenta de que si empezaba, acabaría mosqueándome. Yo siempre decía que el IRS me daba más miedo que la CIA, el FBI, el Congreso, el presidente, la Mafia y las bandas callejeras. Suponía que todos los estadounidenses se sentían probablemente igual. Pagaba mis impuestos porque quería que me dejaran en paz; ahora estoy empezando a preguntarme a dónde va a parar el dinero y por qué he sido tan ciegamente dócil. Nunca he cedido ante nadie que pretendiese sacarme la pasta en la calle, ¿por qué tengo que tolerarlo del mayor ladrón de todos? La muerte es inevitable; de la inevitabilidad de los impuestos ya no estoy tan seguro.

¿Cuándo va el gobierno a saber lo suficiente sobre mí y cuándo se me permitirá a mí saber más sobre ellos? No confío en un gobierno que me «representa» mientras me monitoriza; son dos actividades contradictorias. Enseguida sospecho cuando alguien me dice que están haciendo lo que sea por mi propio bien. Dejadme que sea yo quien determine mi propio bien.

Cada año, siento que el gobierno responde menos a mis necesidades y se interesa más por mi vida privada. Estoy a cinco mil kilómetros de Washington D. C., pero me siento a millones de kilómetros. Si te *sientes* aislado de la estructura del poder, lo más probable es que lo estés. Sospecho que la mayoría de la gente se da cuenta de que algo va profundamente mal, pero están demasiado ocupados y se sienten demasiaaaaaado impotentes para poder llegar a cambiar las cosas en algún momento. Y hay tal avalancha de información que resulta agotador vadear a través de las anfetamínicas minucias fácticas de la literatura conspirativa, cribar las denuncias descabelladas de los hechos aterradores. Así que a la gente no le gusta pensar mucho en ello. Se limitan a pagar y a obedecer.

Pues os traigo noticias tristes: los Chicarrones te despreciarán lo mismo tanto si te rebelas como si te sometes. Así que, mejor, rebelarse.

Os digo que ha llegado el momento de que la chusma despierte. La televisión y las falsas promesas la han mantenido dormida durante demasiado tiempo. No me da tanto miedo que la gente se «revuelva» como que derive hacia la docilidad. La desobediencia civil acojona a los Chicarrones, porque todo el sistema depende de la obediencia. Yo no quiero seguir obedeciendo. ¿Qué pasaría si la gente no lanzase bombas, pero simplemente dejase de obedecer? Sería un golpe pacífico acojonante. Quizá más que almacenar armas, deberían almacenar implacablemente PREGUNTAS. Las preguntas bien dirigidas destruirán este gobierno sin que haya que malgastar una sola bala. Si eso es discurso del odio, entonces ¡VAMOS A ODIAR TODOS JUNTOS, NORTEAMÉRICA! ¡COMPARTAMOS el odio!

No tiene nada que ver con el racismo. Yo no tengo ningún problema con la idea de un solo mundo. YA es un solo mundo, genios. Es el *gobierno* de un

solo mundo lo que plantea problemas. Deshaceos del gobierno y seguirá siendo un solo mundo.

Estoy harto de la confianza ciega. Más os vale que se os ocurran algunos buenos motivos por los que yo pueda llegar a sentir la necesidad de ser gobernado. No NECESITO liderazgo. No NECESITO sentirme parte de ninguna nación. QUE LE DEN POR CULO a un nuevo amanecer en Estados Unidos. No QUIERO mil puntos de luz[118] . PREFIERO no construir un puente hacia el siglo XXI. Largaos. Ya.

Nos han estado engañando para que creamos que quienes mejor manejan los asuntos políticos son los políticos. Al igual que el clero afirma conocer a Dios sin haber quedado nunca con Él, los políticos hacen mucho ruido sobre la justicia sin haberla practicado jamás. Casi ninguno de esos hijos de puta ha estado jamás en la cárcel, aunque son ellos los que dictaminan la política penitenciaria. Jamás han estado en una guerra y aun así son ellos los que mandan a otros a morir en ellas. La mayor parte no sufre la necesidad de dinero, así que presumen que todos los demás estamos deseosos de desprendernos de casi la mitad de nuestros ingresos. Cuando ves a los políticos resoplar santurronamente cuando hablan de la obscenidad, el control de armas o el fraude a la asistencia social, es obvio que se sienten por encima de todo eso, que ellos han mantenido su moralidad bajo control mientras los nativos andan por ahí fuera desmadrándose. Yo diría que los ciudadanos, sean del color que sean, se han comportado de un modo más responsable que el gobierno. Devolvednos nuestro dinero. Ya.

Cuando Joe Sixpack salte al ruedo político con su camiseta mugrienta, con un sonrosado y abultado michelín asomándose por encima de sus costrosos pantalones de trabajo, el pelo enmarañado y la barba desaseada, la gente caerá en el prejuicio y dirá que ese no es el aspecto que debería tener un pensador político. Existe la suposición elitista de que los rednecks deberían estar tirados debajo de un viejo coche deportivo cambiando el aceite, no pensando en política. Es el equivalente a: «el lugar de la mujer está en la casa». Pero la verdad es que el gobierno necesita a Joe Sixpack más que lo que el bueno de Joe necesita al gobierno. Y la principal tarea del gobierno siempre ha sido impedir que Joe Sixpack se dé cuenta.

No te preguntes qué puede hacer tu país por ti. Tampoco te preguntes qué puedes hacer tú por tu país. Empieza a preguntarte qué es lo que te está haciendo tu país a TI.

9

YO Y LOS NEGROS

He intentado ajustar la antena de mi televisor, pero el problema persiste. Cada vez que enciendo la tele no pasan ni cinco minutos sin que alguien mencione el racismo. Fealdad étnica omnipresente glaseada con un denso engrudo seboso de pestañeo santurrón. Otro par de policías blancos procesados por estrangular a otro niño negro hasta matarlo. La palabra que empieza por «N». Un candente disturbio racial nocturno en algún lugar de Florida. Ninjas nazis que acumulan cabezas nucleares en silos de grano de remotas tierras de cultivo. Mark Fuhrman se muda a Idaho. James Earl Ray dispara cien mil veces a Martin Luther King. La cara ensangrentada e hinchada de Rodney King te salpica la alfombra. Rosa Parks lucha por quitarte tu sitio en el sofá. Una partida de linchamiento llama a tu puerta. George Wallace bloquea la entrada. Las mangueras contraincendios de Birmingham y los perros ladradores de Bull Connor atraviesan tus ventanas. Y eso solo en los anuncios. Luego Jerry Springer se va a hacer esquí acuático con los supervivientes del Holocausto. Rolonda entrevista a Pedófilos Blancos y Arios. Ricki Lake con el tema de las citas interraciales de enanos. AL MENOS una vez al día sale por la tele una cruz en llamas, un neonazi o un miembro del Klan. Intenta hacer zapping durante una hora, a cualquier hora del día o de la noche, y dime luego si puedes evitar toparte con el racismo. Dudo que sea posible aquí, en cualquier lugar de Estados Unidos.

Como espectadores, los estadounidenses parecen tener un apetito insaciable por la atrocidad racial. El hecho de que se lleven la mano a la nariz y hagan como que apesta no significa que no se sientan fascinados hasta un punto que bordea la perversión. Rebosantes de santidad, algunos nos dicen que tenemos que encarar el pasado. Si seguimos mirando hacia atrás, vamos a acabar estrellándonos contra una pared. Constantemente se oye que los estadounidenses necesitan hacer frente y sellar el racismo. Escuche, señor Cartero, no solo lo hemos sellado, hasta le hemos puesto un código postal. Dicen que necesitamos empezar a abordar estas cuestiones. Lo mismo es que han estado en coma los últimos treinta años. Estados Unidos tiene Fiebre Racial. No se trata de una guerra racial en activo, sino más bien de una Guerra Fría racial. Una agotadora guerra de nervios. Y resulta imposible escapar. Una guerra racial, llegados a este punto, sería decepcionante. Ya está bien. Llevemos al bebé a la cuna. Y calmémonos un poquito. No necesitamos MÁS sensibilidad. Como nos hagamos más sensibles acabará saliéndonos un sarpullido.

Recuerdo a un profesor del instituto que decía que si alguien nos pedía que no pensásemos en un plátano durante los siguientes diez segundos, los plátanos invadirían nuestra mente. Es posible que las vastas legiones de focos de los medios, telescopios de alta potencia y megáfonos ensordecedores, hagan que sea más difícil que nunca para los estadounidenses imaginarse un mundo sin racismo. Cuando en cada canal de radio y televisión suena una

oxidada tuba flatulenta anunciando un nuevo espectáculo de los horrores del prejuicio, casi parece un intento acumulativo de mantener a todo el mundo OBSESIONADO con la raza. La solución parecería simple: si quieres superar el racismo, DEJA DE DARLE COBA. Si deseas trascender lo negro y lo blanco, deja de expresarlo todo en esos términos. Bombardear a todo el mundo con interminables imágenes raciales es en sí mismo una forma de racismo. Provoca una especie de segregación mental. El silencio no va a hacer que el problema desaparezca, pero la sonoridad tampoco es que esté funcionando. ¡RACISMO NO! ¡RACISMO NO! ¡RACISMO NO! ¿No se os ocurre otra cosa?

Estados Unidos sigue llevando pañales raciales. Su debate etnosocial ronda el nivel de guardería. Las advertencias de escuela dominical sobre posesiones demoníacas tienen más profundidad intelectual. Coño, no somos más que una gran caja de lápices de colores, ¿verdad? No más que una bolsa gigante de M&M's. Un arcoíris que va del marrón al rosa con una relativa dotación de melanina. Una bolsa de colostomía rebosante de amor.

Por favor, despertadme cuando la guerra racial haya terminado. Ya no es que sea exactamente valiente decir que uno está en contra del racismo. Ha pasado a ser una manera autocomplaciente de mostrar lo buenísima persona que se es. En cierto momento fue valeroso. Ahora es casi una cobardía. Es el último gesto del conformismo. El último refugio de los sinvergüenzas. Se ha marcado el camino y ahora parece trillado. Decir que no eres racista puede ser el comentario más seguro en estos tiempos que corren. La gente se ha vuelto prejuiciosa contra los racistas. En muchos círculos se considera más atroz mantener puntos de vista raciales impopulares que asesinar de verdad a alguien. «Racista» estará en un escaño superior al de «abusador de menores», pero le va a la zaga. Por mucho que a los antirracistas de primera división a los que tanto les gusta boxear con su sombra nos quieran hacer creer que están luchando contra el poder establecido, está claro que ellos SON el poder establecido.

No os creáis todo lo que dicen. Hay muchísima más HISTERIA racial en esta buena tierra que racismo demostrable. El país entero tiene un caso de síndrome premenstrual racial. Es una excusa nacional para sentirse tenso. Una obsesión malsana. Solo porque algo sea una buena idea no quiere decir que no puedas lavarle el cerebro a alguien con ella. Soy consciente de que nuestra sociedad considera el asesinato en serie como algo malo, pero no necesito que me lo recuerden cada puto día. Después de un tiempo, me entrarán ganas de matar al mensajero.

Estoy harto del racismo, aunque se ve que los medios no. Raza, raza, por todas partes. Te la meten por los oídos. Te la restriegan por la cara. La cobertura es constante. Constante. Puaj. YO DESEÉ llevarlo bien hasta que lo hicisteis sonar tan repugnante y tan empalagoso. Como vea otra puritana parábola racial por la tele, voy a lanzar una pota en colores. Ya he visto suficientes telecomedias de Norman Lear a lo largo de los años para saber que juzgar a una persona por el color de su piel NO ESTÁ BIEN, ¿DE ACUERDO? Sí, solo han hecho falta unos SIETE BILLONES de películas de serie-B de Simon Legrees para enterarme de que no es agradable fustigar a la gente en la espalda desnuda hasta hacerles sangrar. Si la gente continúa necesitando que se les aporree la cabeza con el mensaje de que «el racismo

es malo», no creo que jamás llegue a asimilarse. Si todavía no han pillado el punto de que la esclavitud negra fue una cosa mala, mala, mala, mala, MALA, no creo que lo pillen nunca.

Os aseguro que, en lo que a mí respecta, no necesito más imágenes mocosas de manos blancas y negras entrelazadas; no más anuncios de revistas con afros y euros riéndose al unísono alrededor de un piano; no más violines almibarados y miradas a cámara lenta y empapadas de sabiduría de viejas matriarcas mulatas arrugadas como pasas; no más imágenes de crios negros y blancos chillando alegremente juntos en parques infantiles; no más trabajadores blancos de cadena de montaje con gafas protectoras sonriendo a su compañero de trabajo negro entre una lluvia de chispas, dándole palmaditas en la espalda por el trabajo bien hecho; y no más anuncios de refrescos sudorosos e interraciales de partidos de baloncesto de barrio en los que los blancos de algún modo son capaces de dar la talla. Pensé que íbamos a alcanzar la iluminación, pero solo hemos obtenido más vodevil. Un avance social habría sido grato, pero en su lugar conseguimos a Al Jolson cantando un bis de «Mammy».

Las sociedades se organizan en torno a tabúes como si se tratase de santuarios religiosos, y el racismo es en la actualidad el tabú *número uno* [119]. A la gente, especialmente a mis parientes y amigos caucásicos, le da tanta vergüenza y se pone tan colorada con el tema de la raza como antes le pasaba con el sexo. El racismo es el nuevo porno, calificado Triple Malcolm XXX. Pero aunque la gente odie pensar en ello, no parece poder parar de hacerlo. La marquesina parpadeante es demasiado atrayente. Cuando uno hace que algo sea absolutamente intocable, le otorga un poder que en condiciones normales no tendría. Casi tienta a las almas más malévolas de entre nosotros a gritar palabras obscenas como aquejados por el síndrome de Tourette.

¿Cómo puedo saber si soy un racista? ¿Hay algo que pueda comprar en la farmacia local, como un test de embarazo portátil? ¿Si la franja de tornasol se pone blanca quiere decir que soy racista? Al igual que hay gente que ve a Satán por todas partes, u obscenidad en cada esquina, hay gente que ve racismo hasta en la sopa. «¿Eres racista?» es una pregunta tan cuantificable como «¿Eres una bruja?». ¿Bajo la definición de quién? Es difícil de precisar. Según algunas definiciones, da igual lo que haga, yo soy un racista; nací así, chico blanco. Según otras definiciones soy racista porque, de algún modo, he alimentado el abrevadero de cerdos de la supremacía blanca. Para algunas personas, mi simple rechazo a sentirme culpable por el color de mi piel ya me califica como racista. Para otros, soy un racista porque no me disculpo efusivamente cada vez que veo una persona negra. Por favor, ayuda; es tan difícil estar al día con lo que es ser racista y lo que no lo es. Al cabo de un rato, todo parece estúpido e irreal. Es como, «Yo no soy racista, pero interpreto a uno en la tele».

La sensibilidad suele surgir en proporción inversa a la lógica. Este es el punto que ha alcanzado la locura. Si una persona negra o un judío dice que los europeos blancos estuvieron involucrados en el tráfico de esclavos (lo que es cierto), nadie se molesta. Pero si una persona negra o blanca dice que los judíos estuvieron involucrados en el tráfico de esclavos (lo que también es cierto), es un antisemita constructor de hornos. Y si un europeo blanco dice

que los reyes guerreros africanos estuvieron involucrados en el tráfico de esclavos (lo que también es cierto), es un jabalí verrugoso racista sobredimensionado. Guau, eso sí que es sensibilidad. Quizá tengamos igualdad cuando aprendamos a propagar un poco la culpa.

Orgullo negro bien. Orgullo hispano bien. Orgullo asiático bien. Orgullo samoano bien. Orgullo malgache bien. Orgullo blanco MAL. ¿Cuánto tiempo hasta que esto empiece a causar problemas? ¿Cuándo será suficiente? ¿Cuándo marcaremos en nuestros calendarios la hora de la venganza? ¿Hay un estatuto de limitaciones para la culpa intergeneracional? Quiero decir, ¿cuándo dejó todo el mundo de odiar a los vikingos por saquear Escocia?

La actual oleada de identidad negra rompe contra una costa blanca, seca y vacía. A los euroamericanos, más o menos, se les PROHÍBE mencionar que son blancos a no ser que sea en un tono arrastrado de «Sí, Amo» arrepentido. Mientras los negros cantan himnos sobre la Madre África, a los blancos apenas se les permite admitir que están relacionados entre sí. El blanquito flota en un limbo libre de identidad. Se le ordena que camine por la calle desprovisto de bravuconería cultural. Nuestro espectáculo de moda étnica da la bienvenida a la Nación del Islam, a las Naciones Nativas, a la Nación de Aztlán y a la Nación Marica, pero a las naciones arias se las envía a hacer las maletas. ¿Por qué a todos los negros se les deja verse a sí mismos como una hermandad mística y a los blancos no? Yo ni siquiera QUERÍA ser blanco hasta que me dijisteis que no podía. He oído a varias personas negras mencionar la «comunidad blanca», pero ninguna persona blanca que yo conozca se considera a sí misma miembro de algo así. ¿Dónde está la Comunidad Blanca? ¿Es un pueblo perdido en algún lugar de Nebraska?

Blanquito silencioso. Asustado y callado. Sonríe y actúa nervioso. Chimpancé albino comemierda. Asume la culpa. Trágate la píldora. Discúlpate por el pasado. Suda el presente. Renuncia al futuro. Hábito de penitencia durante el resto de tu vida. La gente blanca no dice ni pío. Solo picotean en su alpiste y se apiñan en sus jaulas. No llego a entender el modo en que una dieta mental de culpa y autoflagelación podría llegar a ser sana para el grupo étnico que sea. Mostrarse dócil y arrepentido es tan impropio de los blancos como de cualquiera.

La política de orgullo racial de este país siempre ha sido separada y desigual. El orgullo étnico solía ser solo cosa de blancos. Ahora es solo para los no blancos. El orgullo negro, como todas las tonalidades de orgullo, no es inherentemente bueno o malo; es el modo en que se usa. Lo que resulta curioso desde el punto de vista sociológico es que está floreciendo en un clima en el que la autoestima étnica se prohíbe a los blancos. La sociedad no parece equipada para tratar con el orgullo UNILATERAL. En el momento en que la supremacía blanca se estrelló contra el suelo, la supremacía negra pareció surgir de las llamas. ¿Cuál es este mecanismo social que permite el orgullo en un grupo solo a expensas del orgullo de otro?

En el fondo, creo que el orgullo étnico es una soplapollez. Yo solo me atribuyo el mérito de lo que he hecho, no de lo que haya podido hacer «mi gente». El orgullo étnico me recuerda a esos fofos teleadictos fanáticos del deporte que se sienten responsables cada vez que sus equipos ganan. Si yo fuera rey, me

libraría por completo del orgullo.

Y abofeteadme con lo de blanco, pero seguro que en estos días hay un montón de retórica extremista, pronegra, radical, racista, nacionalista, fascistoide y apocalípticamente beligerante obstruyendo nuestros foros públicos. Para mis demoníacos ojos azules la mayor parte de la Norteamérica negra existe en un estado de aparente hiperidentidad. Mujeres negras en lavanderías con camisetas de REINA AFRICANA. Tipos negros en paradas de autobuses que empiezan frases diciendo: «Como hombre negro, yo…». Algunas personas negras tienen tal conciencia racial que es como si se hubiesen pintado la cara de negro. Llega un momento en que no puedo evitar preguntarme si no se estarán aplicando su negritud con una espátula.

Al convertirse en intolerantes, mucha gente negra ha probado por fin su igualdad. Algunos dicen que los negros no pueden ser racistas porque no tienen el poder de toma de decisiones para imponer el racismo institucional. Bueno, casi todos los muchachos de tierra adentro tampoco tienen esa clase de poder, aunque han sido señalados como los principales instigadores de la intolerancia global. Aclaraos.

Sé todo lo negro que te salga de los cojones ser. Sé tan negro como para provocar un eclipse solar. Me la suda. Pero deja de mirarme. Y devuélveme mi reloj. Es broma. En serio. Mira, o me devuelves el reloj o llamo a la policía.

Puede que sea el odio lo que genera el odio. Puede que sea un odio emprendedor autodidacta. Lo desolador es que las nuevas tolerancias a menudo se parecen a las viejas intolerancias. Buena parte de la gente negra no está hablando de justicia, está hablando de venganza. O equiparan ambas cosas.

En muchos casos, la amargura de haber sido «el oprimido» parece ser poco más que celos por no haber sido el opresor. Muchos portavoces pronegros dan la impresión de que si se les diera la oportunidad se convertirían en furiosos dictadores. Un grupo que se hace llamar los Israelitas Negros afirman ser los Auténticos Judíos y predican que todos los blancos son «maricones» que se enfrentan a una segura esclavitud por parte de unos negros refulgentemente heteros y vengativos. El rostro acalambrado de Sharazad Ali dice que O. J. debería quedar en libertad tanto si es culpable como si no. La hermana Souljah sugiere que a los negros norteamericanos se les debería asignar una semana para matar a gente blanca. Los Zebra Killers de San Francisco pensaban que asesinando diablos blancos estaban ganando puntos con Alá. El doctor Frances Cress Welsing dice que los blancos padecen envidia de melanina. El doctor Leonard Jeffries, Jr. habla sobre cómo el «Espíritu Santo Africano» hablaba por su boca y cómo los «sucios europeos» y «esos putos judíos» conspiraron para destruir a la hermosa y cien por cien inocente raza negra. Yo me lo paso de puta madre con la desafiante teatralidad de todas estas Superestrellas Racistas Negras. ¡Bravo! Pero apreciarlos como algo más que pitufillos intolerantes es peligroso. Y considerarlos diferentes en esencia a los supremacistas blancos es deshonesto.

He oído que Louis Farrakhan era un buen cantante de calipso, y por lo que

tengo entendido podía ser un excelente bailarín. Y tiene toda la razón cuando asevera que los negros tendrían que actuar colectivamente en su propio interés económico. También está en lo cierto cuando dice que el gobierno federal continúa oponiéndose sistemáticamente a los negros. Es la monserga sobre los diablos blancos de ojos azules creados hace seis mil años por un malvado científico llamado Yakub lo que me preocupa. Y es la doctrina sobre un enorme platillo volante pilotado por negros llamado Rueda Madre que se dispone a aniquilar a todos los blancos lo que me inquieta un poco. A Farrakhan se le va la olla en algunas cosas, y da en el clavo en otras. Pero no es más mensajero de Dios que el mayordomo Rochester[120] .

Teniendo en cuenta la historia, toda esta avalancha melosa de neorracismo negro es comprensible. Cuando enseñas a la gente a odiarse a sí misma, al final es lógico que respondan con una cepa virulenta de autoestima. Diles que no son nada y ya verás como al final rebotan afirmando serlo todo. Mi principal objeción a la mayor parte del nacionalismo negro de comida basura es su falta de especificidad. Se ponen a hablar de matar a los blancos, pero no están siendo muy específicos. Cuando ciertos fogosos portavoces negros hablan sobre la «gente blanca» es como si todos nos moviésemos en tándem como un banco de pececillos. El problema cuando alguien como Farrakhan habla de que la CIA se dedica a destruir los guetos negros introduciendo crack no es la alegación en sí misma, dado que muy probablemente es cierta. El problema es que parece implicar que todas las personas blancas forman parte de la conspiración. Algunos negros tienen tendencia a amontonar a todos los blancos en el mismo saco. Es una forma moderna del «a mí todos me parecen iguales». ¿De verdad piensan honestamente que todos los blancos se sientan a una mesa y se ponen a planear toda esa mierda? Bueno, si hay una conspiración contra la gente negra, a mí nunca me han invitado a sus reuniones.

Cuando los blancos se conviertan en una minoría en el próximo medio siglo, cosas como la Black Entertaiment Televisión[121] ¿se verán como etnocéntricas y racistas? ¿Cuándo conseguirá la gente negra la suficiente identidad cultural como para que no necesiten comportarse como ojetes prejuiciosos? La gente se piensa que para los negros es importante tener una identidad cultural, pero pocos parecen haberse parado a reflexionar hasta qué punto ese etnocentrismo se convierte en algo tan parecido a la supremacía blanca. ¿Cuándo el «nacionalismo negro» se volvió indistinguible del Nacional Socialismo? Con el tiempo, ¿cuál es la diferencia entre el puño del Poder Negro y el saludo *sieg heil* ? ¿Cuándo madurará todo el mundo y se dejarán de todas esas gilipolleces de la conciencia tribal? Nadie ha intentado «establecer límites», como les gusta decir a los psicólogos modernos. Aunque hay quien insiste en que los negros necesitan condiciones especiales para «recomponerse», nunca se ha definido exactamente qué es eso de recomponerse ni cuándo se obligará a ciertos negros a retirar su intolerancia. Son insistentes con el principio general, pero extremadamente vagos en los detalles. Y quienes afirman que los dobles raseros deben aplicarse hasta que los negros consigan la paridad económica son incapaces de conciliar el hecho de que los negros norteamericanos ya disfrutan de unos ingresos per cápita mayores que el de cualquier otra población nativa negra del planeta.

Portland, Oregón, es demográficamente una de las ciudades más blancas de Estados Unidos. Y desde el publicitadísimo asesinato de un etíope por parte de unos skinheads con bates de béisbol de hace casi diez años, Portland se ha ganado la reputación de ser una especie de reducto nazi. Si esto es así, todos los nazis deben estar durmiendo cuando yo salgo a la calle. Yo no veo más que punkis pacifistas, leñadoras lesbianas y «gente de color» agresivamente etnocéntrica. Os podríais pensar que la televisión por cable de acceso público de Portland estará emitiendo al menos un programa de tintes nazis, aunque solo sea como alivio cómico. En su lugar, de principio a fin se trata de un yabba-dabba doo-doo de nacionalismo negro. El proveedor local de acceso público es Paragon Cable, pero a mí me gusta llamarlo Farrakhan Cable. Paragon lleva cuatro cadenas locales de cable, y una norma no escrita parece dictar que al menos un programa de Poder Negro se esté emitiendo en todo momento.

Toquetea el mando a distancia y engánchate al racismo postmoderno a la inversa. Grabado bajo focos inductores de sudor en el estudio local de cable, un grupo de rap de Portland llamado Da Rida & O. D. está amenazando con asesinar a los caucásicos:

«Al infierno, paletos, estoy listo para quemar como el alcohol…

Estoy listo para cargarme a uno, y va en serio».

¿Por qué matar solo a uno? Vamos a ver, imagínate que una banda de heavy metal blanca… bah, olvídalo. Siento que una vez que un tipo negro se refiere a los blancos como «Caspers, diablos, paletos de rostro pálido, crackers, rednecks, basura blanca» es que ha renunciado al derecho de molestarse con la palabra que empieza por «N». Pero hablo por mí.

Te pasas a otra cadena pública y un grupo de estudiantes de una facultad local negra comparten sus pensamientos sobre las relaciones raciales:

«Pronto el hombre negro se extinguirá porque no deja de enredar con la mujer blanca».

«Las chicas blancas […] se rozan contigo y eso […] No es que yo lo busque y tal, sino que ellas se te echan encima».

«Los hombres negros van a por las chicas blancas porque las chicas blancas se respetan a sí mismas menos y se entregarían a cualquiera».

«Como hombres y mujeres de raza negra, espero que nunca perdáis de vista que la sangre es más densa que el agua […] Porque no me importa con cuántos chicos blancos o chicas blancas salgáis, seguiréis siendo negros».

«Sed negros, seguid siéndolo, y podremos ascender todos juntos».

«Negro era al comienzo de todo, y negro será al final».

«¿Negro será al final?». ¿Significa eso que van a matar a todos los blancos?

Porque de lo contrario, quizá los blancos deberían disfrazarse para que los negros sepan a quiénes matar. Me alegra que puedan compartir sus sentimientos. Y me parto de risa negra al ver que después de haber pedido con éxito que la gente blanca deje de referirse a ellos como «chicos» y «chicas», muchos negros hayan adquirido el hábito de referirse a la gente blanca con la mierda esa de «chicos» y «chicas». Honestamente, nada de lo que dicen me molesta. Lo que me infla las narices es que esos mismos chavales alocados parece como si se fuesen a poner a gritar: «¡RACISMO!» en el mismo instante en que a una persona blanca se le ocurriese decir esas mismas cosas pero intercambiando los colores.

En otro canal por cable de Portland, un hombre negro invoca el vagamente hitleriano «Arriba, arriba, raza poderosa» de Marcus Garvey. Otro hombre negro esboza las Negroidestupendas raíces de Egipto. Una mujer negra insta a los afroamericanos a transportarse mentalmente en el tiempo y a imaginarse que están en los barcos negreros. ¿No es eso guardar un poquito de resquemor? ¿Qué se gana conjurando un dolor que jamás has experimentado, sobre todo si no es relevante para mejorar tu situación actual? Ay, por Dios (léase con marcado acento irlandés), yo no me quedo sentado a meditar sobre la Gran Hambruna Irlandesa de la Patata.

Cuando veo a un tío negro con un dashiki me pregunto cómo se sentiría si me viese andando por la calle vestido de druida.

El racismo, según la definición por defecto de nuestra sociedad, significa racismo BLANCO. ¿Pero las estadísticas de crímenes de odio son lo bastante significativas para justificar toda la conmoción? ¿Y quién está perpetrando en realidad la mayoría de los llamados crímenes de odio en Estados Unidos? Con el bullicio de olla hirviente de fango a propósito del odio racial y la abrasadora violencia redneck, a la gente rara vez le da por citar estadísticas. Eso es porque las estadísticas revelan un Belén muy diferente al que sale en las pelis de John Grisham o en los especiales de Oprah. Si la gente negra (una minoría) estuviese siendo tan desproporcionadamente maltratada y aterrorizada, las cifras lo mostrarían. Odio condimentar tu ensalada de col con arsénico, pero las estadísticas no van en esa dirección. Nueve de cada diez víctimas del crimen interracial son blancas[(1)] . Aunque representen menos del quince por ciento de la población, los negros cometieron más de la mitad de los asesinatos por motivos raciales de 1994[(2)] . Los criminales negros eligen víctimas blancas más de la mitad de las veces, mientras que los criminales blancos eligen presas negras solo en un tres por ciento de sus crímenes[(3)] . Más negros norteamericanos se matan entre sí al año que los que se asesinaron a lo largo de toda la historia del linchamiento en el Sur[(4)] . Todo esto son HECHOS. ¿Los hechos pueden ser racistas? Casi toda la gente que insiste en que tenemos que «hacer frente al racismo» elude invariablemente estadísticas como estas. Y es porque si de verdad hiciesen frente al racismo se verían cara a cara con conclusiones diferentes a las que hoy consideran sagradas.

Ocurrió en 1995, en Guthrie, Kentucky, durante el fin de semana de las festividades de homenaje a Martin Luther King. Michael Westerman, de diecinueve años, y su mujer habían salido a cenar para celebrar el reciente

nacimiento de sus gemelos. En la parte trasera de la camioneta de Westerman ondeaba una pequeña bandera confederada, que más tarde saldría a la luz que era el logo del equipo de fútbol de su instituto. Un grupo de adolescentes negros vio la bandera y lo interpretó como un signo de provocación racial. En un convoy de tres coches persiguieron a Westerman y arrinconaron su camioneta. Asesinaron a Westerman con una bala en el corazón. ¿Por qué esta historia no atrajo la atención nacional? Es una buena pregunta. Si Westerman hubiese sido un hombre negro al que le hubiesen volado la tapa de los sesos por llevar una gorra con una «X», los medios se hubiesen cebado con su cadáver como pirañas. En el futuro, ¿el poder establecido apartará silenciosamente la vista mientras linchan a los rednecks?

¿Cuándo empezó todo? ¿Cuándo empezó esta sangrienta disputa genocida e intergeneracional a lo Hatfield & McCoy? Hace cuatrocientos años casi todos los europeos y africanos desconocían la existencia del otro. No eran enemigos naturales, eran ignorantes naturales del otro. Así que ¿quién nos metió en todo este embrollo, Stanley? ¿Quién colocó las piezas de ajedrez negras y blancas y les ordenó que marchasen las unas contra las otras?

Seguro que no fue la basura blanca, por mucho que se les haya echado casi toda la culpa. Quienes erigieron los pilares del apartheid racial en Estados Unidos NO fueron los antepasados de los actuales blancuchos paletos de choza desvencijada y perro de presa. Los actuales descendientes de los esclavistas son más dados a conducir un Mercedes-Benz que una camioneta. Aunque la guerra racial siempre parece estar librándose entre las clases bajas, ha sido orquestada sistemáticamente desde arriba.

En las tierras salvajes aullantes y silvestres de la América colonial del siglo XVII, la clase elitista de los hacendados se veía en brutal inferioridad numérica frente a los siervos blancos, los siervos negros y los nativos rojos. Fueron capaces de conservar intactos sus pescuezos por el simple mecanismo de manipular a aquellos tres grupos para enemistarlos entre sí. Armaron a los esclavos negros para combatir a los indios y trajeron a los indios para aplastar los levantamientos de esclavos. A los blancos les facilitaron armas para hacer la ronda en grupos de siervos negros, y a los negros a veces se les facilitaron armas para supervisar equipos de blancos intratables[5] . Cuando comenzó a bullir una inminente rebelión contra la Corona entre los colonos, los ingleses armaron a los indios para aterrorizar a los blancos, lo que constituiría uno de los motivos de queja que se enumerarían luego en la Declaración de Independencia. Y el genocidio masivo de indios de las llanuras en el siglo XIX fue cometido por tropas federales, una parte sustancial de la cual era negra[6] . Así que desde los albores de la intromisión europea en América, las órdenes de los de arriba enviaron a blancos, negros y rojos a morderse el culo los unos a los otros en una sanguinaria opereta homicida.

Durante la mayor parte del siglo XVII los esclavos/siervos negros y blancos ocuparon un estatus legal similar. Trabajaron juntos, jugaron juntos y se trataron como iguales *cuando se dieron cuenta de que su situación era similar* . Y a lo largo de todo ese siglo conspiraron para fugarse juntos de sus amos. Muchos, si no la mayoría, de los levantamientos de las clases bajas del siglo XVII fueron interraciales. La Rebelión de Bacon, que prendió una breve

llamarada de alzamiento en Virginia en 1676, fue encabezada por un combo potencialmente revolucionario de esclavos negros aún no liberados y exesclavos blancos a los que habían engañado con lo de las concesiones de tierras.

Aquella volatilidad de las clases bajas hizo que los aristócratas se mearan de miedo. Labios temblorosos moviéndose nerviosamente detrás de pelucas empolvadas advirtiendo que los elementos más pendencieros de entre los blancos de clase baja van a conspirar con sus homólogos negros que viven en la misma situación. La Rebelión de Bacon y muchos otros estallidos de cruce racial habían demostrado que los capataces de los hacendados no estaban siendo paranoicos; la amenaza era real.

Así que los señoritos hacendados comenzaron a garabatear leyes desesperadamente para separar a las razas. Hubo leyes que establecían latigazos si dormías con una persona negra; leyes que prohibían el matrimonio interracial; leyes que impartían la pena de muerte a cualquier siervo blanco que huyese con un siervo negro. Y lo más importante es que estos códigos, precursores de las leyes Jim Crow, crearon un sistema de castas racial escalonado. Los negros que cometían los mismos crímenes que los blancos recibían castigos mucho más severos. A los conspiradores blancos de la Rebelión de Bacon se les garantizó la amnistía, mientras que a sus coorganizadores negros los castigaron. Por primera vez, los blancos y los negros pobres ocuparon escalones separados al pie de la Escalera Hacia el Cielo. A los negros se les hundió en la esclavitud más abyecta y se animó a todos los blancos a sentirse orgullosos del color de su piel, aunque fuesen extremadamente pobres y se estuviesen muriendo de hambre.

El resentimiento que se derivó inevitablemente de tales situaciones fue puesto en marcha por la clase alta. La basura blanca pobre fue la herramienta, más que el artesano, de la segregación. Tal y como lo expuso el historiador Kenneth Stampp: «La clase de los amos, para sus propios propósitos, introdujo la propiedad de esclavos, el sistema de castas y los prejuicios raciales en las leyes y las costumbres norteamericanas[7] ».

Aunando fuerzas, los siervos negros y blancos pudieron haber derrocado fácilmente los pequeños focos de hacendados ricos y haber cambiado radicalmente la historia de América. No lo podrían haber hecho sin apoyarse mutuamente. Al separarlos, no pudieron. Este país se habría convertido en una utopía multirracial. O en una tierra desolada, reseca y cubierta por una costra de sangre. Nunca lo sabremos.

Cuando se marchitó la servidumbre blanca de cumplimiento forzoso, muy pocos crackers encontraron su camino dentro de la economía de las plantaciones sureñas. A quienes lo lograron se les reservó el trabajo sucio: patrulleros esclavistas, espías, capataces y «revientanegratas». Los blancos pobres sirvieron como los camisas pardas de la supremacía blanca. Su papel como matones a sueldo desvió casi todo el rencor negro de las clases altas hacia ellos. Los rednecks desfavorecidos se convirtieron en los amortiguadores del resentimiento negro, un papel que aún hoy siguen desempeñando. La mayor parte de los testimonios de la época de la esclavitud sugieren que la hostilidad negra se centró más en la basura blanca pobre que

en los esclavistas blancos ricos. Hay bastantes pruebas de que el Amo alentó abiertamente a los negros a burlarse de la mayoría blanca que por lo visto era demasiado estúpida para poseer sus propios esclavos. Y el rencor de los blancos pobres se dirigió hacia los esclavos, mano de obra barata que se utilizaba cínicamente para socavar y empobrecer a los trabajadores blancos. Nadie parecía culpar a los esclavistas.

La siguiente gran oportunidad para el reajuste racial fue la Guerra de Secesión. Aquel conflicto empapado de sangre es uno de nuestros más preciados mitos sociales. Tal y como me contaron la historia, Lincoln intentó liberar a los esclavos y el obsceno Sur racista intentó impedírselo. El Norte era una niñera bienintencionada y el Sur un mocoso malcriado que se negaba a tomarse su medicina.

Joder, me la metieron doblada. Resultó que Lincoln era un payaso torpe con barba, halitosis y una esposa a la que se le iba la pinza. También era un supremacista blanco sin la menor intención de acabar con la esclavitud hasta 1863 (a los dos años de haber estallado la Guerra de Secesión), cuando se dio cuenta de que sería una buena forma de acabar socialmente con el Sur. Su «liberación» de los esclavos sureños fue más un burdo cálculo militar que un gesto altruista, tal y como evidenció su declarada estrategia bélica de «emancipación y el resto de tácticas calculadas para debilitar la moral y las fuerzas físicas de la rebelión[8] ». ¿Os creéis que Lincoln amaba a sus chocohermanos? Echadle un vistazo a estas citas:

LINCOLN SOBRE LOS NEGROS

«Debo decir, entonces, que no estoy, ni lo he estado nunca, a favor de propiciar de ninguna manera la igualdad social y política de las razas blanca y negra [aplausos]; que no estoy, ni lo he estado nunca, a favor de convertir a los negros en votantes o miembros de un jurado, ni de capacitarlos para que desempeñen un cargo público, ni de que contraigan matrimonio con gente blanca; y añadiré a esto que existe una diferencia física entre las razas blanca y negra que creo que siempre impedirá que las dos razas vivan juntas en términos de igualdad social y política. Y habida cuenta de que no pueden vivir de tal forma, mientras hayan de permanecer juntas habrá de ser en posición de superior e inferior, y yo, tanto como cualquier otro hombre, estoy a favor de asignar la posición superior a la raza blanca».

Debate con Stephen Douglas, Charleston,

Illinois, 18 de septiembre de 1858

«Existe un disgusto natural en las mentes de casi toda la gente blanca ante la idea de una fusión indiscriminada de las razas blanca y negra […] Al juez Douglas le horroriza especialmente pensar en la mezcla de la sangre de las razas blanca y negra; por fin estamos de acuerdo en algo, mil veces de acuerdo […] Una separación de las razas es la única prevención perfecta para la integración […] Tal separación, si llegara alguna vez a efectuarse, debería ser a través de la colonización […] Yo no estoy a favor de la ciudadanía negra [aplausos] […] Y eso es todo lo que tengo que decir al respecto».

Debate con Stephen Douglas, Springfield,

Illinois, 22 de junio de 1857

«¡Igualdad para los negros! ¡¡Paparruchas!! ¿Durante cuánto tiempo, bajo el gobierno de un Dios lo suficientemente grande como para hacer y mantener este universo, seguirá habiendo bellacos que vendan un pedazo de demagogia tan barata como esta y tontos que se la traguen?».

De *Fragmentos: Notas para discursos* , septiembre 1859

¿Seguís creyendo que Lincoln libró la Guerra de Secesión para acabar con la esclavitud? Piénsatelo otra vez, Charlie McCarthy[122] .

LINCOLN SOBRE LA GUERRA ENTRE ESTADOS

«No tengo el menor propósito de interferir, ni directa ni indirectamente, en la institución de la esclavitud en los estados en los que ya está impuesta. Creo que no tengo ningún derecho legítimo a hacerlo, y tampoco estoy dispuesto a hacerlo».

Discurso Inaugural, marzo 1861

«Mi objetivo primordial en esta lucha es salvar la Unión, no salvar ni destruir la esclavitud».

De una carta a Horace Greeley

«¿Dejar que el Sur se vaya? ¿Dejar que el Sur se vaya? ¿Y dónde obtendremos nuestros ingresos?».

Atribuido a Lincoln en el libro

Memorias de servicio a flote

Al menos Abe fue honesto. Yo soy mejor amigo de los negros que Abe Lincoln en su día. Y cuanto antes se dé cuenta la gente negra, mejor será este país.

Pero primero tenemos que superar algunos malentendidos esenciales. En el famoso discurso «Yo tengo un sueño», Martin Luther King esperaba que «los hijos de los antiguos esclavos y los hijos de los antiguos esclavistas» algún día se llevasen bien. Yo también. Pero la fraseología de King implica que todos los blancos son descendientes de esclavistas. Esto, con mis más sinceras disculpas al doctor King, es imposible. En el Sur en 1860 (el momento álgido de la esclavitud negra) solo UNO de cada QUINCE blancos era esclavista(9) . Irónicamente, es a los otros catorce a quienes ahora se les está pidiendo que paguen indemnizaciones.

Los chicos blancos ricos, tanto del Norte como del Sur, fueron capaces de evitar la Guerra de Secesión a través de un fácil pago al contado a sus respectivos gobiernos. En el Sur esto significó que casi ningún esclavista fue

a la guerra. Se calcula que el NOVENTA POR CIENTO de las fuerzas rebeldes jamás poseyó esclavos[10] . La mayoría de los blancos sureños se habían empobrecido y habían quedado condenados al ostracismo a causa de la economía esclavista, así que es absurdo afirmar que sacrificaron sus vidas por una clase esclavista con la que estaban profundamente resentidos. El blanco sureño promedio, peón de trinchera, en cuyo suelo se libró casi toda la Guerra de Secesión, se imaginaba más bien a sí mismo defendiendo su tierra de un superpoder industrial que se negaba a permitir que su gente se marchase. La pregunta de si la Unión se preocupó más de los negros o de extender su poder puede responderse con otra pregunta: ¿Quién es más poderoso y próspero en el Sur actual, la gente negra o el gobierno federal?

Pero si sigues empeñado en pensar que la Guerra de Secesión se luchó por la esclavitud, estás en tu derecho, Dunkin Munchkin[123] . Si tal fuera el caso, entonces tendrías que decir que los blancos pobres del Norte y los blancos pobres del Sur se masacraron entre sí para liberar a los esclavos negros. Contando solo las bajas del Norte, eso significaría que al menos trescientos mil caucásicos de clase baja murieron para liberar a cuatro millones de esclavos negros. Estamos hablando de un blanco muerto por cada trece negros liberados. En todo el puerco griterío estridente que se genera al considerar las reparaciones raciales, se extiende un palpable silencio sobre el hecho de que tantísima basura blanca pobre y yanqui muriera en la supuesta lucha para acabar con la esclavitud negra. No estaría mal escuchar un «gracias».

La guerra del señor Lincoln devastó el Sur. Cada tres hogares perdieron un miembro de la familia. Tras ser pulverizado, el Sur, como es natural, tuvo que ser reconstruido. Los esclavos habían sido liberados y la Reconstrucción fue una oportunidad para que toda la humanidad se mantuviese unida bajo la luz del sol y los arcoíris, atrapando caramelitos de menta para después de cenar de todos los colores, como si fuese maná caído del cielo. En lugar de eso, fue lo más cerca que ha estado este país de una guerra racial a gran escala.

La Reconstrucción suele retratarse como una época gloriosa de enaltecimiento universal solo interrumpida por hordas en estampida de miembros encapuchados del Klan que robaban el voto a la gente negra sin otro motivo aparente que el de, bueno, porque los del Klan eran una pandilla de despiadados miserables.

Ojalá la vida fuera tan sencilla y encantadora. Una vez más, el racismo surgía no de un mal individual, sino como respuesta a la manipulación social. El Norte victorioso estaba representado por el partido republicano. Aún dolidos por el asesinato de Lincoln, los republicanos tenían ánimo vengativo. Y como estrategia social su venganza se expresó en buena medida en términos de provocación racial:

«Trataremos al Sur como a un enemigo vencido […] Colgar a los líderes, machacar al Sur, armar a los negros, confiscar la tierra».

THADDEUS STEVENS, congresista

de Pennsylvania(11)

«Si tuviera el poder armaría […] hasta al último negro del Sur […] y se los soltaría a los rebeldes del Sur y exterminaría a cada hombre, mujer y niño que quedase al sur de la línea Masón-Dixon. Me gustaría ver tropas de negros, bajo el mando del general estadounidense Benjamin F. Butler, arrinconar a cada rebelde hasta el Golfo de México y ahogarlos en el mar como hizo el Diablo con los cerdos en el Mar de Galilea».

PARSON BROWNLOW, gobernador

«carpetbagger[124] » de Tennessee(12)

Después de librar una guerra literal contra el Sur que duró cuatro años, el Norte fomentó la guerra racial en el Sur durante otros doce. La Ley de Reconstrucción de 1867 privó del derecho al voto a todos los exconfederados, se calcula que alrededor de ciento cincuenta mil varones blancos(13) . Lo mismo se estableció con cualquier varón adulto negro que quisiera registrarse. Aunque los negros constituían una minoría numérica en el Sur, la privación total del voto a los blancos convirtió a los negros en mayoría electoral. Y el partido republicano, a ver si podéis digerirlo, fue el partido del hombre negro. Las legislaturas y los gobernantes republicanos asumieron el poder en los once estados exconfederados. Los republicanos, que no habían obtenido un solo voto electoral en el Sur en 1860, fueron los DUEÑOS de Dixie en 1868. El gobernador republicano de cada estado desarmó a los blancos y estableció milicias negras como fuerzas policiales. Las legislaturas estatales predominantemente negras presentaron proyectos de ley para desarmar a todos los blancos y abastecer al mismo tiempo a los negros con armas de fuego. Incluso se propusieron leyes tipo te-pago-con-la-misma-moneda-corto-y-pego que habrían obligado a los blancos a quitarse el sombrero ante los negros y a observar otros serviles rituales sociales. En 1875, un asistente del gobernador Ames de Mississipi, informó a un público negro de que los republicanos iban a ganar las siguientes elecciones aunque tuvieran que «matar a todos los blancos, hombre, mujeres y niños, del estado(14) ».

Una cosa os digo, de haber sido un exesclavo con una pistola en la mano, yo me habría convertido en una máquina de venganza. No creo que sea racista afirmar que los antiguos esclavos, después de haber sido machacados, fustigados y ridiculizados, iban a actuar con tiránica venganza una vez liberados. Tiene sentido que los negros emancipados estuviesen un pelín enojados. Lo que hay que entender es que la estructura de poder del Norte victorioso, representada por el partido republicano, utilizó a los negros sureños pobres como tropas terroristas de asalto para enfrentarse y castigar a TODOS los blancos sureños, incluyendo el noventa y cuatro por ciento que jamás poseyó esclavos. Fue algo casi idéntico al modo en que la estructura de poder derrotada del Sur, representada por los Demócratas del Bourbon, utilizaría al Ku Klux Klan como fuerza terrorista contra todos los negros sureños.

Por muy difícil que sea de creer, los demócratas fueron en el Sur el partido de la supremacía blanca y de la justicia de pandilla linchadora. A finales del siglo XIX se hicieron llamar los Redentores, con la misión de salvar a la raza blanca del «Régimen negro». Al igual que los Republicanos Oportunistas, los Demócratas Redentores recurrieron a las palizas, el asesinato y el rampante fraude electoral. Y su coalición de blancos pobres y ricos, unidos bajo el casi religioso mito de la supremacía blanca, destruyeron finalmente la frágil coalición de «carpetbaggers» blancos y negros sureños. Resulta irónico que la supremacía blanca se hiciese más fuerte en el Sur DESPUÉS de la Guerra de Secesión que antes. Las élites blancas que previamente habían enseñado a sus esclavos negros a despreciar a la basura blanca pobre, de pronto encontraron que semejantes residuos humanos eran excelentes aliados.

Para el blanco sureño promedio habitante de chozas, la promesa de la supremacía blanca rara vez fue más que eso, una promesa. A los blancos pobres se les convenció con la idea de que todos los hombres blancos eran hermanos, aun cuando algunos viviesen en chabolas y otros en mansiones. La clase baja sureña, tanto negra como blanca, permaneció más degradada y empobrecida que la mayor parte de los grupos campesinos del mundo. El paternalismo con guiño de poder blanco a lo millonetis Jefe Hogg[125] era a menudo indistinguible del modo en que antes había tratado a sus esclavos. Una mano le daba palmaditas en la cabeza al cracker mientras con la otra lo tenía bien agarrado con una correa.

La gente blanca gobernó el Sur a finales del siglo XIX, pero solo un puñado de gente blanca. El poder se concentraba en los banqueros, los terratenientes y la gente del ferrocarril, y no es que estuviesen ansiosos por compartirlo con sus «supremos» hermanos blancos pobres. El estatus del don nadie promedio, sin importar el color, se hundía aún más en las arenas movedizas. Fue entre semejante sangrienta desesperación que el Partido del Pueblo, también conocido como los Populistas, prendió fuego a la América rural. Fruto político del sindicato exclusivamente blanco Farmers Alliance y de su hermano el Colored Alliance, los Populistas instaron a la guerra de clases en Estados Unidos. A diferencia de los republicanos y los demócratas, los populistas hicieron un llamamiento a una coalición interracial de trabajadores:

«Se os mantiene separados para poder desplumaros de vuestras pertenencias separadamente. Se os hizo odiaros entre vosotros porque sobre ese odio descansa la piedra angular del arco de despotismo financiero que os esclaviza a ambos. Se os engaña y se os ciega para que no podáis ver que este antagonismo de raza perpetúa un sistema monetario que os empobrece a partes iguales».

TOM WATSON, populista de Georgia(15)

Durante un breve instante de la década de 1890, los populistas amenazaron seriamente el control hegemónico de los blanquitos demócratas en el Sur. Los demócratas contraatacaron con más violencia de pandilla justiciera. Más fraude. Más terror del KKK. Y erigieron un sistema de impuestos electorales y pruebas de alfabetización que, en efecto, privó del derecho al voto a toda la clase baja sureña, tanto negra como blanca. En el colegio me enseñaron que

la privación del derecho al voto solo afectó a los negros; es más apropiado decir que afectó a los pobres. Este obstáculo electoral no especificaba la raza; discriminaron a quienes tenían pocos ingresos y educación escasa. El populismo fue más un movimiento de clases que racial, y el objetivo de la privación del voto de finales del siglo XIX fue silenciar al pobre, sin tener en cuenta el color de piel.

Y funcionó. La privación del derecho al voto acabó con el populismo. La supremacía blanca reafirmó su estrangulamiento. En 1904, el expopulista Tom Watson se había metamorfoseado en un antisemita y en un azote-de-los-negros que hacía campaña para los demócratas. En 1907, la revuelta racial de Atlanta fue iniciada por un aristócrata llamado John Temple Graves que alentó a los blancos pobres a linchar negros (incluso a negros inocentes) para proteger la santidad, casi un santuario, de las vaginas caucásicas.

Para 1910 los negros pobres conformaban una tercera parte de la población sureña. La clase compuesta por la basura blanca sucia y pobre constituía otro tercio. Juntos habrían sido suficientes para derrocar a los que mantenían a ambas clases segregadas y en la pobreza. Pero la conciencia racial les había cegado por completo para poder desarrollar una identidad de clase.

Y así sigue siendo hoy. La raza se menciona diez mil veces por cada vez que uno oye la palabra «clase». Las diferencias culturales ahogan las similitudes económicas.

El favoritismo suele ser quisquilloso. Con la creciente urbanización y la emigración negra del Sur, la tendencia se apartó del paternalismo supremacista blanco hacia el paternalismo del estado de la asistencia social negra. Las bayonetas federales ayudaron a, eh, digamos que a dar un empujoncito para el avance del proceso. En determinado momento, las clases profesionales del Sur debieron darse cuenta de que la segregación era un barril de pólvora. Su poder siempre había sido más importante para ellos que su blancura. Así que empezaron a mantenerse alejados de la justicia a lo pandilla de linchamiento, fingiendo que era competencia exclusiva de la basura blanca. El Jefe Hogg se puso a fingir que era amigo de los mismos negros pobres a los que previamente había dado orden al KKK de matar. La coalición social dominante hoy en el Sur es entre la clase profesional blanca y la clase baja negra. Estos grupos, por lo general, votan juntos políticas que alienan a los blancos pobres. Las élites siempre han dirigido el Tango del Resentimiento; se limitan a cambiar una y otra vez de pareja de baile. Es como un padre enfermo que vacila entre favorecer a uno u otro hijo para detrimento psicológico de ambos críos.

A la basura blanca pobre se la dejó en la estacada. Se les incriminó por los pecados de un sistema social basado en la raza que ellos no crearon. Durante décadas, los negros habían sido el pueblo invisible de Estados Unidos y la basura blanca solo tenía identidad a costa de su blancura. Ahora la basura blanca es invisible y los negros han sido apaciguados temporalmente por un clima psicológico que permite que la identidad negra cause estragos. La basura blanca ha sido ofrecida como chivo expiatorio para aplacar el resentimiento negro. La han arrojado a los lobos.

Tampoco es que a los negros les vaya como la seda. La mayor parte de las «reparaciones» que se hicieron a los negros parecen haber venido solo en forma de placas, monumentos y fuentes públicas. Esta clase de contemporización no económica es casi un premio de consolación. Como mucho es una marca simbólica de «empoderamiento». Por lo que yo he visto, no hay nada que indique que los negros estén financieramente mejor ahora que hace veinticinco años. De hecho, el ÚNICO sitio en el que lo tienen mejor es la tele. En vez de exigir algo parecido a una compensación económica, los blancos se dedican a ofenderse por el uso de la palabra que empieza con «N». Es como matar a alguien y luego mandarle una tarjeta de pésame.

Así que ahora los expertos en caridad de la zona residencial actúan con toda inocencia y hacen como si no les cupiese en la cabeza el atolladero que ellos mismos han creado. La alta sociedad se lavó las manos hasta no dejar ni el menor rastro de supremacía blanca en cuanto vio que ya no resultaba lucrativo. Puede que las clases blancas más ricas no puedan entender los conflictos raciales porque SUS trabajos, SU estatus y SU posición nunca han corrido peligro. Nunca se han visto en la necesidad de gritar: «¡no en mi jardín!» porque su jardín estaba protegido por arbustos elevados y vallas electrificadas. La gente rica puede mantener la rabia negra alejada de sus vecindarios sin tener que ponerse racista.

Los medios emitirán juicio sobre un vecindario de clase obrera «segregado» como Bensonhurst, en Brooklyn, ignorando el llamativo hecho de que los enclaves de buen tono donde la mayoría de los zurullos de la industria de la comunicación posan sus cabezas sobre almohadas de plumas están más segregados racialmente que cualquier vecindario de clase obrera en Estados Unidos. Los edificios de apartamentos que rodean Central Park están mejor vigilados y segregados socialmente que Bensonhurst, pero los medios de Nueva York nunca demonizarán esa zona porque es donde duermen.

Mientras los blancos más acaudalados postulan piadosamente las virtudes de la integración, son siempre los rednecks los que se ven obligados a llevar a cabo la susodicha integración y a hacer casi todos los sacrificios fiscales. A los dirigentes de empresas no les jode la discriminación positiva, a los obreros blancos sí. A los congresistas no les recortan el sueldo, a todos los demás sí. Y no se espera que sean los banqueros quienes hagan sacrificios en pro de la esclavitud, sino los rednecks. En muchos casos uno se topa con la situación surrealista de unas élites blancas que chasquean la lengua porque los blancos pobres no indemnizan a los negros. ¿Por qué esos blancos ricos nunca parecen asumir la carga del hombre blanco? Según el derecho civil, una persona que CAUSA el problema ha de ser la misma que pague los daños. Para que se haga justicia, la discriminación positiva tendría que discriminar a los blancos RICOS. No os hagáis ilusiones.

Con toda la simpatía fanfarrona que las clases media y alta blancas despliegan ante el sufrimiento negro, no se puede decir que pierdan mucho tiempo viviendo o trabajando codo con codo con sus oprimidos hermanos selváticos. El camionero redneck y el gasolinera negro comparten más experiencias vitales entre sí que las que cualquiera de los dos pueda compartir con el profesor de universidad de chaqueta de pana o la dama de

alta sociedad apestosa a perfume cuyos conductos lacrimales chorrean puro melodrama autocomplaciente por nociones abstractas de injusticia. Los rednecks (sí, esa asquerosa basura blanca intolerante a la que le apestan las uñas de los pies) son el grupo de caucásicos que, históricamente, ha vivido y trabajado más cerca de los negros norteamericanos.

Las luchas raciales nunca son solo raciales. Es más, ni siquiera son fundamentalmente raciales. Casi siempre, la raza es solo una excusa para enmascarar lo que en realidad es una batalla por la tierra o por el botín que esta oculta. Alguien, en alguna parte, con una enorme cantidad de poder, ha visto claro que, desde el punto de vista social, resulta estratégico asignar a gente con historias y situaciones similares el papel de opuestos beligerantes. Velando por su propio interés, hay que mantener la rabia negra enfocada hacia los crackers, no hacia los banqueros. Más con el punto de mira en Ciudad Chabola que en la Urbanización Medias de Seda. En los parques de caravanas más que en los clubs de campo. Y creo que es por esto por lo que siempre se retrata la ira negra como revolucionaria y la ira blanca como reaccionaria. La verdad es que tanto los rednecks como los negratas odian fuerte al gobierno en los tiempos que corren. Condenar a un grupo por «incitación al odio» mientras se permite a otro grupo ENCOLERIZARSE por ello, es una manera muy efectiva de reforzar la impresión de que son grupos separados con quejas distintas. Dividid y conquistaréis, idiotas testarudos.

Tanto a Martin Luther King como a Malcolm X se los ventilaron rapidito en cuanto dieron la impresión de estar trascendiendo la estrecha división blancos/negros y comenzando a plantear la batalla en términos de lucha de clases.

¿Y soy yo el único tío en Estados Unidos que piensa que tanto los *schwartzes* como los *goyim* tienen derecho a estar cabreados? ¿Soy el único que piensa que la mayor parte de la furia —de ambas partes— es legítima pero está mal encauzada? ¿Hay alguien ahí? ¿Hola? ¿Podrías descolgar el teléfono si andas por ahí? La furia negra y la furia blanca parecen opuestas; así que puede que estén apuntando en la dirección equivocada.

Si los rednecks y los negros llegasen alguna vez a dejar de lado sus diferencias, el único enemigo que quedaría sería el que está por encima de ellos. Considerad lo de «blancos vs. negros» como una teoría de la conspiración que nunca ha sido probada más allá de la duda razonable. El chulo negrata grasiento con rizos Jheri, cadena de oro, chandal, deportivas de cien pavos, rollo hermano gangsta y fumador de crack y el rostro pálido sin culo, labios finos, heavy metal, basura blanca, espantajo esnifador de pegamento puede que tengan más en común de lo que os hayan podido hacer creer hasta ahora. El colega redneck y el negro se odian por una razón muy sencilla: siempre han tenido que competir entre sí por las sobras de la economía. No son enemigos naturales; lo que pasa es que llevan enfrascados en esta lucha tanto tiempo que *parece* natural. Con mucha frecuencia, los enemigos son solo hermanos que luchan por las mismas prendas andrajosas. Los rednecks y los negros parecen extraños compañeros de cama, pero puede que no sea así. «We shall overcome» fue originalmente una canción sindicalista blanca. Y a Harriet Tubman[126] le faltaban unos cuantos dientes, igualito que a los hillbillies.

Varias cosas, sin embargo, mitigan la posibilidad de que los rednecks y los negros se lleven bien. Una es el eterno juego divisorio de «¿Quién ha estado más jodido?». Hay gente muy posesiva con su victimización que alega que la basura blanca no tiene ningún motivo de queja porque no tienen ni puñetera idea de lo que es ser negro. Al final es como unos pacientes de cáncer discutiendo sobre quién tiene el tumor más chungo. Un tema mortalmente serio transformado en una pelea de cafetería sobre quién ha sufrido más.

Un segundo obstáculo es la ilusión de la culpa universal blanca. Yo creo que la mayor parte de los negros de Estados Unidos tienen todo el derecho a estar enfadados. Y creo que la mayor parte de los blancos de Estados Unidos tienen todo el derecho a no sentirse culpables por ello. Yo nací en medio de una guerra racial que no inicié. Puede que haya heredado esta cloaca social, pero no fui yo quien la creó. No soy más responsable de la esclavitud en América que de la servidumbre en Rusia o la prostitución en Tailandia. Si me culpáis del imperialismo europeo yo os culpo de ser gilipollas. Cualquiera que piense que soy un «diablo blanco» es un retrasado mental supersticioso. Yo nunca os he llamado «trasgos negros», así que basta.

¿Habría que culpar a todos los negros de las depredaciones de Idi Amin? ¿De las atrocidades de Haití? ¿De Somalia? ¿De Etiopía? ¿De Ruanda? ¿Deberían poner caretos de autodesprecio por todas esas cosas? ¿No? Entonces, ¿por qué se me tiene que echar a mí en cara lo que hicieron otros blancos? Si vosotros no abrazáis mi pasado no veo ninguna razón para tener que acercarme yo a abrazar el vuestro. Yo no puedo apreciar la historia de otro si se me obliga a rechazar y a sentirme avergonzado de la mía. Si no os interesa escuchar lo que sufrieron mis antepasados, lo mismo estoy un poquito hasta los huevos de escuchar lo que sufrieron los vuestros.

¿Qué queréis decir con lo de que fue mi gente la que os hizo eso? Yo ni siquiera sé dónde vive mi madre, por amor de Dios, así que decir que tengo algo de control sobre «mi gente» es un poco exagerado.

Cualquiera que me culpe de la esclavitud tiene un dominio de la historia muy de telefilm. Si me culpas, que te jodan. Si me odias por ser blanco, que te jodan otra vez. El odio a uno mismo es un sacrificio que no estoy dispuesto a hacer. Yo ya he pagado suficientes impuestos, no vais a lograr exprimirme ni una sola gota de culpa. Si alguien se piensa que le debo algo, que se ponga en la cola y siga esperando. El cheque está en camino.

En caso contrario, os quiero a todos.

He pensado largo y tendido en cómo relatar algunas de mis experiencias positivas con los negros sin que suene demasiado a eso de «algunos de mis mejores amigos son negros». También le he dado vueltas a cómo declarar la admiración que siento por cosas de la cultura negra sin que parezca que estoy diciendo eso tan cacareado de que son unos «magníficos artistas». Y he llegado a la conclusión de que no hay manera de decir nada de esto sin que suene condescendiente y como a la defensiva. Solo diré que yo ya era pronegro antes de que se pusiera de moda y que a lo largo de los años he tenido que tragar mucha mierda de gente blanca por no querer nadar en una

reserva genética de un estricto color crema. Hasta hoy, la persona más sabia e independiente que he conocido en mi vida es un tío negro. La única persona que he conocido en cuya presencia era imposible cabrearse. Y ha habido incontables personas negras que me han tratado con una generosidad increíble en situaciones en las que no tenían la menor necesidad de mostrarse tan amables. Gracias.

Los Ángeles en 1994 era una ciudad enferma de tensión racial. Como la bruma tóxica, hacía que te llorasen los ojos y te dejaba un maligno regusto a quemado en las encías y en las fosas nasales. Solo unos días antes de que se emitiese el veredicto del segundo juicio de Rodney King, todo el mundo parecía estar listo para una nueva ronda de disturbios. Y mientras esperaba sentado en mi coche en un semáforo en rojo para cruzar Sunset Boulevard, noté que un hombre negro cabreado se me venía encima. Alto y cubierto por unos harapos andrajosos como de taller mecánico, mucho aleteo de labios y cejas fruncidas, parecía un guerrero sahariano de la carretera dispuesto a matarme. Genial, pensé, me ha tocado un pequeño adelanto de la guerra racial unos días antes que a los demás. Se paró en seco a un metro de la ventanilla y me fulminó con la mirada durante unos segundos. Le devolví la mirada sin estar muy seguro de qué iba a suceder a continuación. Entonces el tipo levantó un trozo de cartón en el que había garabateado la palabra SONRÍE. Me hizo el signo de la paz y se largó partiéndose la caja de risa. Y que me parta un puto rayo si no sonreí yo también, a mi pesar.

Pues bien, son los negros hijosdeputa como ese los que dan esperanza a los gilipollas blanquitos como yo.

Casi todos los blancos que le tienden la mano a los negros acaban quedando como torpes zoquetes paternalistas. Así que aquí me tenéis, un tipo EXTREMADAMENTE blanco dirigiéndose a los treinta y dos millones de negros norteamericanos a la vez. Ejem, gente negra, ¿me prestáis atención un momentito? En términos más realistas, me gustaría dar la bienvenida a las tres o cuatro personas negras que hayan adquirido este libro a pesar de su título. Vamos, pasad. Quitaos los zapatos. Sentaos un rato.

Me va vuestro rollo guay, mis queridos cohabitantes del planeta tierra teñidos de cacao. Antes de nada, términos como «negro» y «blanco» provocan desencuentros. Yo no soy blanco literal. Mi piel es de un enfermizo gris tiburón. Y la mayoría de la gente «negra» es de ese rico color terroso de un higo maduro. Siento que soy el hombre que puede unirnos a todos porque soy tan raro que nadie quiere contarme entre los suyos. Yo puedo curar nuestras divisiones porque me puedo llevar bien con cualquiera. Me gustaría llegar a conocer a todas las personas negras de Estados Unidos, una a una. Si pudiera achucharos individualmente, no lo dudaría ni un instante. De puerta en puerta, por toda la manzana, por toda la nación. Me gustaría invitar a todas las personas negras de Estados Unidos a cenar a mi casa. Espero que os guste el pan de molde con mayonesa y la soda con menta. ¿Por qué no formamos un gran círculo y le damos un masajito en la espalda a la persona que tengamos a la izquierda?

Aunque yo sea un hombre blanco, mi mierda es igual de marrón que la de todos los demás. Tan *très cliché* como suena, intento tratar a la gente desde

la individualidad. No soy ni negrófilo ni negrófobo; estoy a favor de la negroimparcialidad. No os llevéis los guisantes de mi huerto y yo no robaré ruibarbos en el vuestro. No aparquéis en mi plaza y yo no os robaré los tapacubos. No soy fan de la supremacía blanca; todo el mundo sabe que los judíos y los chinorris son superiores. Las parejas interraciales no me molestan, aunque el concepto de pareja sí. No me importa tanto que me llamen diablo como me molesta el hecho de que la gente crea en la existencia de diablos. Y no tengo ningún problema con nadie que no tenga ningún problema conmigo.

Para buena parte de Estados Unidos que se encuentra a tan solo una nómina de rebuscar entre los cubos de basura, sería prudente considerar la fuerza de la basura organizada. Si sumamos las «minorías» a los rednecks nos da como resultado: la mayoría. Siempre ha sido así. Y los jinetes del poder siempre lo han sabido, así que siempre han procurado enfrentar a esos grupos como adversarios. Imaginaos un montículo multicolor de basura. Todo el espectro de la mierda social. Sueño con el día en que gentes de todas las razas puedan odiarse entre sí por lo gilipollas que son, no por el color de la piel. Sueño con el día en que un millón de hillbillies marche a Washington para exigir igualdad de derechos. Yo tengo un sueño, un día los blancos y los negros pobres se alzarán juntos y serán capaces de decir: «Es una cuestión de clase; no lo entenderíais».

Así que puede que los de la nuca roja y los de la nuca negra, los crackers y los negratas, los Abner y los Sambo, Homer y Jethro junto a Amos y Andy, los blanquitos de las colinas con los negritos de la jungla, la basura de parque de caravanas y la escoria del gueto, los hicks y los spooks[127] , los honkies y los darkies[128] , los bumpkins y los minstrels, los de la horqueta y los de la pica, los pobres diablos blancuchos y los machos negratas, los «good ol'boys» y los homeboys[129] , los Archie Bunker[130] y los Fred Sandford[131] , los Jim-Bob[132] y los jigaboos[133] , decidan hacer una tregua en esta contienda de siglos y prueben un modo distinto, para variar. Siempre podemos volver a la guerra racial, si la hora y el tiempo lo permiten.

«Voy a hacer una cruzada para que algún día los negratas, los polacos, los judacas, los chinorris, los blancos, quien sea, pueda tomarse a risa sus nombres. Si tienes algo en el armario que apesta, sácalo y airéalo».

O. B. «COWBOY DE CHOCOLATE» MCCLINTON(16)

«Hermanas, negratas, blancuchos, judíos, crackers… no os preocupéis. Si hay un infierno ahí abajo, allí nos veremos todos».

CURTIS MAYFIELD(17)

Algunos pesados bienintencionados parecen creer honestamente que la cura para la tensión racial es MÁS tensión racial. Me da que no están entendiendo ni jota. Océanos de sensibilidad racial solo han logrado tensar aún más a la gente. La sensibilidad no cura la tensión, la magnifica. Cuando logras que la gente esté tensa, nerviosa y frustrada, comienzan los problemas. ¿Y cuál es

uno de los mejores reductores de la tensión? El HUMOR.

El racismo se ha convertido en una maldad tan pura que al final resulta hasta desternillante. Por suerte, toda esta hipersensibilidad racial se apreciará algún día por su valor en el campo de la diversión. El horror tenso es la base de la mejor comedia. Que le den por culo al orgullo racial, vamos con la sátira racial. Habrá paz cuando todo el mundo esté tan agotado de reírse que no tendrá ni fuerzas para cabrearse. Todos seremos capaces de llevarnos bien cuando seamos capaces de reírnos de todo esto. Creo que los estadounidenses tenemos una opción entre la guerra racial sin cuartel y la comedia racial sin cuartel. Sin chistes, jamás habrá paz. Creo que la televisión debería rebosar del racismo más espantoso. Librémonos de él. El racismo no se debería convertir en Satán, hay que convertirlo en el payaso Bozo. Haced de él un hazmerreír, no un Hombre del Saco. A principios de la década de 1970, Mel Brooks y Richard Pryor se dedicaron a hacer cosas por las que hoy les habrían llovido pleitos por difamación. Por tanto, sugiero que sea obligatorio que los profesores hagan chistes racistas en el colegio. Actualizar los espectáculos de caras pintadas de negro puede ser la mejor manera de sanar nuestras heridas raciales. Cuando Estados Unidos pueda soportar una telecomedia del Ku Klux Klan (*¿Los Ku Kluchufletas?*) sabré que hemos progresado. Que todo el mundo entre en contacto con su racismo interior puede ser el mejor mecanismo para garantizar la paz mundial.

En los viejos tiempos, el hombre blanco se llamaba a sí mismo hombre blanco. En la actualidad, la única persona que no llama al hombre blanco «hombre blanco» es el hombre blanco. Nótese el cambio desde lo autorreferencial y el autobombo a la referencia ajena y acusatoria. En el mismo terreno de juego, el hombre negro puede llamarse a sí mismo hombre negro, pero a los no negros no se les permite llamarle hombre negro. En cuanto a la mujer blanca y la mujer negra, hemos de suponer que estaban haciendo la colada mientras tanto. Quizá si, yo qué sé, si el hombre blanco, el hombre negro y las mujeres blancas y negras quedasen un día para salir juntos a cenar agradablemente, podríamos resolver todos los problemas que se nos plantean.

«Pásame la sal», diría el hombre negro al hombre blanco.

«Claro, aquí la tienes, ¿y podrías pasarme tú la pimienta?», le respondería el hombre blanco con solícita diligencia.

Estaría bien.

10

VARIOS ARGUMENTOS DE PESO

PARA LA ESCLAVIZACIÓN DE TODOS

LOS PROGRESISTAS BLANCOS

«A lo que intentamos llegar con este debate sobre la izquierda es que no se trata tanto de un movimiento o una ideología como de un tipo psicológico, o, mejor dicho, de una colección de tipos relacionados […] Aquellos que son más delicados sobre lo “políticamente correcto” no son el negro promedio habitante del gueto, el inmigrante asiático, la mujer maltratada o las personas incapacitadas, sino una minoría de activistas, muchos de los cuales no pertenecen a ningún grupo “oprimido”, sino que provienen de estratos sociales privilegiados […] Los izquierdistas pueden pretender que su activismo está motivado por la compasión o por principios morales […] Pero la compasión y los principios morales no pueden ser los principales motivos para su activismo. La hostilidad es un componente demasiado distinguido del comportamiento izquierdista, de igual manera que el impulso por el poder […] Si nuestra sociedad no tuviera ningún problema social, los izquierdistas tendrían que INVENTAR problemas con objeto de proporcionarse una excusa para organizar alborotos».

La sociedad industrial y su futuro , por «FC» más

(conocido como «El Manifiesto de Unabomber»)

Seré el primero en admitir que soy gilipollas casi bajo cualquier definición convencional del término. No me creo igual. Me creo MEJOR que casi todo el mundo, da igual la raza, el género o la sexualidad. Soy un cínico. Un escéptico. Un epiléptico a ratos. Soy sádico, pero me veo incapaz de disfrutarlo. Soy un mestizo cultural, un bastardo ideológico. Soy un psicópata solitario en lo alto de un puente que se niega a saltar porque todo el mundo aplaudiría.

Soy una mosca en la sopa. Un Goad en la máquina[134] . Un pegote de esperma en el fondo de tus palomitas. Puede que sea una célula cancerígena flotante que se dedica a infectar el *corpus collectivus* . Quizá solo soy un cracker canijo descarriado que espolea a un caballo muerto. No soy Juan el Bautista, soy Jim Peligro en Potencia. No soy una persona malvada. Solo soy un poco extraño. No soy un nazi. Lo que pasa es que tengo la tripa descompuesta. No os quiero matar. Solo necesito alejarme. Y no os odio, simplemente os tengo calados. Así que, por favor, aire.

Basura Yanqui Pródiga, puede que eso sea lo que soy, pero no queda bien como título de un libro. Existo en una especie de purgatorio cultural, parte

redneck y parte paria perturbador. Puede que el término apropiado para mí sea Escoria Engreída Blanca. Soy un choque desastroso de beligerancia rural y cinismo urbano. Un estofado nauseabundo de psicosis tabú católico romana, hillbilly de Vermont y excremento de perro suburbial de Philly. Y que padezca Trastorno de Personalidad Ocasionalmente Explosiva no invalida en absoluto todo lo que les he ido enumerando, señoras y tíos blandengues del jurado. Me enorgullece tener una pizca de esa sangre bárbara en mis venas. Así que me identifico con la clase obrera blanca, aunque ellos seguro que no se identifican conmigo. Lo que sea que soy, está definitivamente más cerca de la basura blanca que del progresista blanco. La llamada del redneck es mucho más fuerte. Así que demandadme.

Es un planeta confuso. Yo no tengo el monopolio de la verdad. Ni siquiera estoy seguro si me pertenecen la Avenida del Báltico y la del Mediterráneo[135] . Me veo políticamente inclasificable. La gente me pregunta de qué lado estoy, y yo les digo: «Del lado que no seáis vosotros». No soy muy entusiasta de la naturaleza humana. Pienso que cualquiera, en cuanto se le da el poder, actúa como un opresor. Creo en la igualdad de la corruptibilidad. No es que yo sea puro. Soy corruptible. ¿Qué te habías pensado? Algo me dice que la Parca no es progresista, aunque a la hora de dar empleo no discrimina a nadie. Espero estar equivocado con todo esto. E incluso si estoy en lo cierto, sospecho que me tocará pagar.

Muchas veces me he preguntado cómo se acredita uno para ser crítico social. Casi todos los escritores poseen habilidades sociales extremadamente pobres. Por eso se dedican a escribir. Es cierto que casi todos los críticos sociales tienen vidas sociales lamentables. Yo no soy una excepción. En mi caso, es crítica social de un sociópata. Yo propongo la Sociopatía Ilustrada. Quizá ese sea mi programa político.

Parte de mi trabajo es garantizar que este libro se malinterprete de la manera CORRECTA. Así que voy a predecir algunas de las formas más obvias en que los críticos del libro descontextualizarán mis palabras para que encajen en sus esquemas. Para ahorrarles a todos esos críticos baratos sin imaginación la tarea de noquearme con inteligencia, ya les he confeccionado una lista de frases publicitarias que les hará más fácil tergiversar mis palabras:

«Este libro es un peñazo psicótico, autocompasivo, parcial y revisionista. Vaya logro, hacer que la gente vuelva a SENTIRSE BIEN con el racismo».

«Odia tanto a los medios corporativos yanquis de la élite progresista, que les ha permitido que le publiquen su libro. Estoy seguro de que donó todo el dinero del adelanto a los camioneros en paro de Alabama».

«Más lloriqueos de las sabandijas que inventaron las pandillas de linchamiento y la panza cervecera. El último pedo lánguido del Varón Blanco Cabreado, los últimos patéticos jadeos de un vencedor ahora vencido».

«Asombroso. Ahora los INTOLERANTES se sienten perseguidos. Este libro intenta argumentar que el origen del racismo está en el racismo inverso. Solo más excusas para que los varones blancos privilegiados se sigan

compadeciendo de sí mismos».

Cuando no me acuse de ser un zoquete tocapelotas sin talento, la crítica girará sobre mi «privilegio», mi «intolerancia» o mi «miedo». Me llamarán extremista, pero eso no está tan mal, considerando lo que hay en medio. Tratarán continuamente de alinearme con el «ala derecha», por mucho que yo proclame categóricamente no tener alas. En esto soy un pistolero solitario, no un ejército. Se me acusará de creerme mejor que la gente pobre. Dirán que la basura de parque de caravanas no lee y que, aunque lo hiciera, no le gustaría este libro. Abrochaos la bragueta, porque os asoma el prejuicio de clase.

Tratarán de actuar como si nada. Y a la semana siguiente seguirán sin inmutarse. Y a la otra. Dirán que solo pretendo ofender. ¿Por qué tendría que pretenderlo? La mayoría de la gente se levanta ofendida todas las mañanas. Se van a dormir ofendidos. Pretender ofenderles sería como pretender que respirasen. Tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo. Me doy cuenta de que les va a encabronar, y aun así culpo más a su sensibilidad que a mi odiosidad.

Recurrirán a cualquier etiqueta que les haga sentir que he sido desactivado, encasillado, compartimentado y desacreditado de un modo seguro. Se sentirán más a salvo si encajo a la perfección en una de sus fiambreras de escuela primaria. Me atribuirán toda suerte de motivaciones siniestras y demoníacas, cosas tan inteligentes que jamás se me habrían ocurrido. Me verán como emblema de algo mucho más amenazante de como yo me veo. Me verán como un Varón Blanco Cabreado psicópata reincidente malvado y nazi. Lo que sea. Siempre que no tenga que quedar con vosotros. No me importa que me odiéis, pero al menos sed creativos. Probablemente odien mi tono tanto como yo odio el suyo. Perfecto. Parece que no nos intercambiaremos tarjetas de Navidad. Pueden odiarme hasta que no quede de ellos más que una cerilla quemada. No tengo que gustarles, siempre y cuando me dejen en paz. Que corra el aire entre nosotros y nos llevaremos estupendamente.

El único riesgo, tal y como yo lo veo, es que pueda llegar a gustarles. Eso puede ser un problema.

Putos progres.

Soooo, sujetad vuestros caballos; ya sé que la costumbre es cebarse a rodillazo limpio con la palabra «progresista» de un modo bastante reaccionario. Cuando yo digo «progresista» no estoy hablando en clave para referirme en realidad a «gay», «judío», «negro» o «mujer». Vuestras preferencias sexuales, vuestra religión, vuestro país de origen y vuestros genitales me aburren a muerte. Si os pensáis que cualquiera de esas cosas me quitan el sueño, siento mucho decepcionaros. La palabra «progresista», tal y como yo la uso, no pretende implicar otra cosa que alguien que se identifica a sí mismo o misma como progresista. Y dado que no creo en la existencia tangible de la «izquierda» y la «derecha», en realidad no creo que existan los progresistas. El problema es que los progresistas sí se creen que existen.

El progresismo, como la obscenidad, está en el ojo del que mira. Por criticar a los progresistas hay algunos cerebros binarios que automáticamente me

registran como conservador. Si la bolita no cae a la izquierda, TIENE que caer a la derecha. Lo que ni los progresistas ni los conservadores entienden es que cualquiera pueda ser otra cosa que no sea progresista o conservador. Los progresistas y los conservadores son dos nalgas que rodean el mismo ojete peludo. Conservaestreñidos. Progrediarreicos. Se necesitan mutuamente.

El conservadurismo es un cuento para dormir que solo se creen los osos pardos gordos y viejos. Yo no me identifico para nada con los conservadores. Son maniquíes varicosos. Muñecotes para pruebas de choque. Animales atropellados en mitad de la carretera. Gente que camina por ahí como si se les hubiese olvidado quitarle la percha a la chaqueta. ¿Habéis mencionado al tipo engatusador a lo pastel de arándanos, chapado a la antigua, rollo Burl Ives, Choo-Choo Charlie[136] , psicoevangélico, retentivo anal, amante-del-juez-de-la-horca, con miedo al sexo y amor a los misiles que vive obsesionado con Satán, es xenófobo, respetuoso de la ley, partidario de bombardear las clínicas de aborto, muy de poner la bandera, matar en nombre de Cristo, deportar a los árabes y apalear a los maricas? No soy yo. La gente piensa que si atacas al progresismo es que eres un viejo soplo de flatulencia con sombrero de paja y traje de sirsaca. Yo no lo veo así. Para mí, Limbaugh[137] es queso Limburger. Reagan fue un actorucho atontado que a punto estuvo de devastar el planeta. Pat Robertson y Ralph Reed son tan inútiles como el requesón de polla. No me gustan las iglesias ni las quemas de libros ni las cazas de brujas. No me gustan las multitudes, punto. Odio tanto a los progresistas como a los conservadores. Tengo odio de sobra para dar y tomar.

Habrá gente que lo mismo dé por sentado que soy un paleto mierdero de nacimiento y que nunca me he limpiado las botas. Supondrán que nunca he sopesado la gloriosa sabiduría de la plataforma progresista y que vería la luz en cuanto abriese los ojos SOLO POR UNA VEZ. Lo gracioso es que hubo un tiempo en que me identifiqué como progresista. Fui uno de ellos. Ya se me ha pasado. Eso es lo que me convierte en semejante ser escurridizo. Si parezco extremadamente cabreado con el progresismo estadounidense es porque me siento traicionado por él. Me enfurece el progresismo blanco como me enfurece el cristianismo; porque es una mentira en la que llegué a creer. En estos días odio el progresismo con la ferocidad de un examante vengativo. Soy un ACOSADOR del progresismo blanco.

Después de un tiempo… no, no tuve las mismas lacrimosas reservas inagotables de compasión que tenían ellos. Yo ya tenía mis propios problemas.

Pero, solo por joder, fui progre a lo largo de toda la década de los ochenta. En aquella época no parecía existir otra opción. Todo el mundo era conservador, así que viré hacia el lado contrario. La de los ochenta será recordada como una de las peores décadas de la historia de Estados Unidos. Todo el mundo fingía. El estatus aparente era más importante que la realidad. *Vidas de los ricos y los famosos* y teletienda. Codicia y vacío. Multicines, centros comerciales, flores secas perfumadas y cajeros automáticos. Una época fría. Gélida música de baile de sintetizador, ondear patriotero de banderas y Mayoría Moral[138] . Activos ciegos/ciclos de deuda. Cocaína y Valium. Michael Milken. Imelda Marcos. Ivan Boesky. El príncipe Carlos y Lady Di.

Leona Helmsley. Donald Trump. Esa pestilencia sin rostro conocida como el yuppie. Odiaba todo eso. Después de mi turno de noche en Manhattan pasaba por delante de los pósteres de LA POBREZA APESTA y de los niñatos sonrientes y relamidos de la alta sociedad que posaban en las portadas de las revistas de Nueva York en los quioscos. El sótano de la terminal de autobuses de Port Authority a las dos de la madrugada, era un mundo aparte. Mujeres sin hogar arrastrando harapos, oliendo a tonel de mondas de patata podridas. Un hombre encendiéndose con toda calma una pipa de crack mientras espera el autobús a Jersey. Un tipo corriendo de un lado a otro blandiendo una jeringuilla en la mano, amenazando a la gente con el SIDA. En cuanto me di cuenta de que detrás de toda la pretensión yuppie anidaba el caos social, ni de coña iba a comprar las gilipolleces de la línea conservadora. Al fijar como objetivo a los pobres, el conservadurismo señaló con el dedo a quienes no tenían culpa de nada. Pero los progresistas al final también me perdieron. Me señalaron con el dedo a mí y yo tampoco tenía la culpa de nada.

Empecé a perder la fe en el progresismo cuando comencé a percibir que todos los progres que me acusaban de privilegio blanco parecían proceder de un fondo socioeconómico mucho más privilegiado que el mío. Me harté de su hipocresía de clase media que derramaba lágrimas por la «lucha» negra al tiempo que se reía de mis raíces de basura blanca. Si las tribus indígenas del Amazonas eran víctimas de la lluvia ácida, los progresistas se sentían emocionalmente devastados. Pero si en el parque de caravanas lleno de basura blanca del otro extremo de la ciudad todo el mundo contraía cáncer por vivir encima de un vertedero tóxico, no era más que una broma. He oído a marxistas ideológicos poner el grito en el cielo por la explotación capitalista mientras explotaban alegremente la generosidad económica de sus padres. Niños de ciudad viviendo de los fondos fiduciarios de sus papas abogados diciendo a voz en grito que los rednecks rurales son los opresores. Me cansé de los «anarquistas» a los que sus mamaítas les pagaban las facturas. Ni siquiera eran capaces de dejar su adicción a la coca y aun así afirmaban saber lo que era mejor para el mundo. Continúan llevando los baberos del derecho cultural, por mucho que intenten ocultarlo. A pesar de todos los cereales de lavado intestinal que ingieren, SIGUEN actuando como si tuviesen algo atascado en el culo. ¿Cabe la posibilidad de que sea la CLASE lo que se les ha atascado ahí dentro?

Echemos un vistazo al interior de una cafetería llena de progresistas blancos. Hipsters de espresso. Radicales aburguesados. Conformistas despreciables vestidos de arpillera y calzado Earth Shoe[139] . Totalitarios del brote de soja. Corazones sensibles. Goteo postnasal. Pudín diarreico. Mendigos comedidos y macrobióticos con pelo ratonesco. Sufridores insufribles. Rostros contraídos que sorben manzanilla. Anos apretados con suficiente fuerza para cortar diamantes. Tan estirados que resulta asombroso que no se les desprenda la cabeza de los hombros y salga volando. Víctimas de primera división. Vómitos autocompasivos. Moralistas inmorales. Pacifistas mezquinos. Zánganos engreídos de ojos saltones. Ideológicamente, más rígidos que una tabla de planchar. Vamos, un bodrio.

CONCIENCIACIÓN. *Cerrar bien los ojos y negarlo todo* .

EMPODERAMIENTO. *Quejarse más fuerte de lo normal* .

NEW AGE. *La vieja superstición* .

LA DIOSA VIENE. *Más vale que esta vez se haya duchado* .

VISUALIZAR LA PAZ MUNDIAL. *Una lobotomía global* .

GENTE DE COLOR. *¿Te refieres a gente de colores?*

PONER FRENO AL ODIO. *Querida, ni siquiera he EMPEZADO a odiar.*

Es el Pentecostés progre; todos los clientes de la cafetería tienen una llama sagrada bailando sobre sus cabezas. Pequeños gusanos dóciles retorciéndose en un anzuelo de sensibilidad. Una delicada tela de aterrorizados arácnidos. Conejitos de Pascua mutilados desangrándose en la cuneta. Skaters por la igualdad racial. Surferos contra el hambre. Cruzados propietarios de mansiones contra la indigencia. Todo es hojaldre y queso fino. Burgueses haciéndose pasar por oprimidos. Sus pequeñas marchas, sus ceremonias a la luz de las velas y sus boicots. Su falso y autogenerado sentido de la opresión estilística. Ahí sentados con el pulgar metido en el culo, convencidos de que están marcando la diferencia.

Cerca de un enorme frasco de vidrio con granos de café recubiertos de chocolate hay una pila de semanarios alternativos gratuitos. Me apuesto lo que quieras a que en tu ciudad hay al menos un semanario alternativo gratuito; son idénticos desde San Diego a Maine, desde Seattle a Miami. Es como si todos los editase la misma compañía. La misma mente. El semanario alternativo condensa todo lo malo del progresismo. Al tiempo que la tinta se restriega en tus dedos y se filtra en tu riego sanguíneo, puedes leer lo de todas las toxinas que contaminan el medio ambiente. En papel de periódico que ha talado incontables bosques, puedes leer lo de salvar a los árboles. Esta semana (como la anterior) a los editores les indigna que las mujeres trabajadoras solo ganen setenta centavos por cada dólar que gana el hombre. Pero en ningún momento mencionan que los trabajadores rurales sufren desigualdades económicas similares con respecto a los habitantes de las ciudades. Ni que los ingresos en el Sur siempre han sido muchísimo más bajos que en el Norte.

El semanario *Arbeit macht frei* [140] . Es un semanario gratuito, y no tiene desperdicio. Estos semanarios alternativos se nutren de la publicidad, porque lo de la escritura no es lo suyo. Precios reducidos de futones y fraternidad universal. Lavado de colon con proyección astral. Consoladores de cerámica de oferta y cómo averiguar si eres sexista. Pezones con piercings y cerebros perforados. La rebelión del tatuaje aburrido. Anuncios clasificados de cruceros gays y mobiliario para lesbianas. Retiros de fin de semana para nudistas, incluye cama y desayuno. Entrenamiento Reiki para hombres. Un sentido ahogado del bienestar. Isométrica anal. Hipnoterapeutas que encauzan tu espíritu para que dejes de fumar. Experimentos voluntarios con crema para los herpes. Clínicas veterinarias holísticas. Los efectos terapéuticos de la marimba para personas con SIDA. Fundaciones de las Artes con muchos recursos y libres de impuestos. Gigantescos patrocinadores

empresariales difundiendo su benevolencia.

Ballet. Performance. Danza contemporánea. Cursos de cerámica impartidos por una señora mayor de Guadalajara. Cereales a granel en inmensos toneles de cartón. Encierro forzoso, rollo ataúd, en un tanque de flotación de agua salina con veinticuatro horas de música folk feminista bombeada a ciento veinte decibelios. Velas aromáticas, mentes cerradas. Incensarios en forma de unicornio y un cuchillo en la garganta. Remedios naturales homeopáticos y una bala en el cerebro. Terapia shiatsu de pies y fragmentos de cristal restregados por tu piel. Renacimiento y una mancha sanguinolenta de placenta.

Están tan ahítos de su propia mierda que resulta asombroso que no les broten margaritas. Tan fuera de lugar, que ningún radar puede detectarlos. Tan equivocados que casi han tomado la última curva hacia la derecha. Con tanto poder que acabarán electrocutándose. Tan sensibles que tienen que vivir en una cámara de oxígeno. Tan iluminados que tienes que apartar la vista si no quieres quedarte ciego. Tan pretenciosos que nunca llegan al plato fuerte. Tan irónicos que es como si estuviesen perdidos en una sala de espejos. Tan asquerosamente guays que ni siquiera son capaces de pronunciar sus propios nombres.

Los artistas están en Babia. Nunca tienen ni la más remota idea de cómo funciona el mundo. Por eso son artistas. Es la «revolución» tal y como la conciben los rapaces de Hollywood, no la clase obrera. Cigarrillos de clavo, aceite de pachuli, lápiz de labios negro y látigos de caucho. Sobacos malolientes y aliento vegetal. Piercings en la lengua y comentarios irónicos sobre los dibujos animados del sábado por la mañana. Las chicas con mochilas y gafas de pasta a lo Edith Prickley[141] . Los chicos con pelo rubio y sucio a lo Julio César y jerséis viejos llenos de pelusas. Engendros de la cultura pop holgazanes y con dificultad para expresarse. Papel de aluminio arrugado y una costra en el labio. Autismo tartamudeante vendido como genio. Compasión como moda. Vacío significativo. Postureo de rasca y huele. Todo mantequilla, sin patata. Todo glaseado, sin tarta. Los hipsters se han visto enteramente integrados en la *Über* -cultura. Su «rebelión» es pura pose de anuncio de moda, un millón de cráneos con pelo verde al rape y sin nada de seso dentro. Su «cultura» no es más que un revoltijo sincrético de imágenes captadas en los medios. Su idea de la «libertad» es como un desfile de moda: libertad para chupar pollas, para fumar crack y para vestir ropa chillona. Los enemas consensuales, el pelo púrpura y los aros de hierro en la polla están de puta madre, pero son un poco difíciles de disfrutar cuando no te dan de comer.

Sí señor, Buffalo Bob[142] , al final han domado a los chavalines post-Woodstock con pan y circo. Desde hace mucho más tiempo del que merece la pena recordar, la «contracultura» ha sido un desfile vacío de modelos de pasarela con jeringuillas incrustadas en los brazos. Holgazanes malcriados con nada que decir y un montón de ropa para decirlo. El producto podrido de la prosperidad que siguió a la Segunda Guerra Mundial, sacándole el dinero a sus padres con una mano mientras con la otra les hacen la peineta. Mientras el segmento más cabreado de la sociedad (y, por tanto, el más desilusionado,

abierto a nuevas ideas y potencialmente más creativo) se pudre en la cadena de montaje partiéndose el cuello, los artistillas frikis de la clase ociosa lanzan frívolas bombas satíricas cargadas de ironía y cien por cien libres de contenido. Y esta contracultura se felicita a sí misma por su simpatía inflexible para con los pueblos oprimidos de todas partes, de todas partes, claro, menos del parque de caravanas que hay al otro lado de las vías en las afueras de la ciudad.

Los progresistas blancos reciclarán lo que sea, menos la basura blanca. Sus «estilos de vida alternativos» jamás incluyen ser un redneck. A los punk rockers, cuya rutina consiste básicamente en hacer enfermar a la gente, les dan náuseas los hillbillies. En 1978, después de la gira por el Sur de los Sex Pistols, el guitarrista Steve Jones se lamentó diciendo que la experiencia había sido «muy *Deliverance* ». La automutilación de Iggy Pop y la coprofagia de G. G. Allin son, de algún modo, aceptables, pero es que los rednecks son demasiado repugnantes. Aunque las blancas y progres Punky Brewsters[143] propusieran lo grotesco como paradigma de lo estético, la basura blanca resulta demasiado repulsiva para sus estómagos.

El progre se queda a mitad de camino. El progre dribla. Fideos blandengues. Dibujillos alegres. Caniches franceses. Huevos sin yema. El progresista blanco quiere ser contundente, pero sin ofender a los anunciantes. Quiere subirse a la montaña rusa, pero sin arruinarse el peinado. Hace como que disfruta de la basura, pero no piensa ensuciarse las manos. Ansia la emoción, pero no quiere que le dé un ataque al corazón. El progresista blanco evita toda forma de extremismo. Ya es demasiado chungo tener que vivir en un mundo extremo. Me pregunto cuándo se los llevará por delante un buen viento de ocho kilómetros por hora.

Hijos del sufrimiento. La consagración de la víctima. La víctima pinchada en un cartón cubierto de terciopelo como una mariposa en un proyecto de un concurso de ciencias, incapaz de volver a zafarse y volar libre. Compadezco al joven blanco progresista que intenta dormir sobre una pila de veinte colchones, agitándose y sacudiéndose, atormentado por problemas del tamaño de *La princesa y el gigante* .

Y es la gente así la que trenza el mito del Varón Blanco Cabreado y me acusa a mí de quejarme. Cierto, los progresistas blancos estadounidenses, una de las clases más quejicas y más protegidas de la historia del planeta, tienen los santos cojones, del tamaño de las montañas Rocosas, de acusar al cavador de zanjas que come carne enlatada de quejarse. Mira, Bucky Beaver[144] , soy consciente de que cualquiera puede quejarse, incluidos los Varones Blancos Cabreados. Yo me he quejado. Puedo soportar escuchar mis propios quejidos durante un rato, pero ni siquiera yo lo aguanto mucho tiempo. Y por eso este es el último capítulo. Pero los progresistas blancos no están ni mucho menos en posición de poder emitir juicio sobre el quejiquismo. Nunca se cansan de oírse lloriquear.

Los muralistas progres retratarán al «quejica blanco» arquetípico con una caña de pescar y una gorra de tractores CAT. Interesante que no hayáis oído hablar mucho del abogado de la farándula quejica o del activista de derechos

civiles llorón. O del quejumbroso escritor de semanarios alternativos. O del propietario de galería de arte llorica. Solo a las minorías se les permite gruñir bajo los latigazos. Y, curiosamente, a los blancos aburguesados con las simpatías políticas apropiadas. No creen que los artistas escénicos puedan quejarse porque se les nieguen las subvenciones NEA[145] para meterse boniatos por el culo, pero los Varones Blancos Cabreados no paran de cogerse berrinches por los impuestos y por tener que trabajar hasta la muerte. Al menos los chicos blancos se «quejan» de la pérdida de empleo y de la explotación económica más que de las palabras malsonantes y los errores en la forma de vestir. En apariencia, los progresistas blancos no se quejan de la economía porque les va de puta madre.

Quejarse ya es de por sí bastante malo. El buenismo dogmático progre es imperdonable. El progre blanco es un híbrido indeseable de Stalin y la Madre Teresa. Demasiadas normas mezcladas con demasiada rectitud. No hay por dónde cogerlo. Sensibilidad por la fuerza. Entendimiento a través del adoctrinamiento. Hermanamiento a punta de pistola. La izquierda, como la derecha, ha trazado una línea de partido claramente perceptible, y separarte de ella te convierte inmediatamente en sospechoso. Te muestras en desacuerdo con cualquier trivialidad y de golpe y porrazo eres el Rey Kleagle[146] . Los adversarios ideológicos del progresista blanco no están simplemente en desacuerdo con él, son unos «enfermos». Los progresistas blancos no son librepensadores, son ideólogos. Y no poseen la sabiduría para establecer la diferencia.

De algún modo se han convencido a sí mismos de que si no son miembros de la «derecha cristiana» les será imposible actuar de mediadores, rectos e hipercríticos, en los asuntos de otros. El progresismo, con todo su cohibido distanciamiento de los fanáticos de la Biblia, satisface la misma clase de impulso masoquista que el cristianismo clásico. Las intenciones del típico progresista puede que sean ni más ni menos puras que las del típico cristiano idiota y, prácticamente, están igual de equivocadas. Los progresistas tienen sus propios tabúes, sus propias vacas sagradas y sus propias «líneas» que no deberías cruzar. En este punto, el Catecismo Progre puede ser incluso más voluminoso que la Sagrada Biblia. Los progresistas viven tan estúpidamente aterrados (y de un modo tan iluso) por el racismo, el sexismo y la homofobia como los cristianos por el satanismo, el comunismo y la pornografía. Sus terroríficas historias de violaciones y de crímenes raciales les provocan unas taquicardias tan sensacionalistas como los rumores de posesiones satánicas a los cristianos. Su miedo a lo «horrible» es tan palpable como el de cualquier fundamentalista, aunque los fundis tienen una imaginación más vívida. Las creencias de los progresistas, como las de los freaks de Jesús, se basan en la justicia, el bien y la igualdad. Resumiendo, en nada que se pueda probar.

Los progresistas tienen razón en una cosa: «Lo políticamente correcto» es una expresión deteriorada que implica que solo los de izquierdas pueden ser ideólogos sin sentido del humor. Así que en lugar del manoseado «políticamente correcto» yo prefiero «mojigato» o «ideológicamente estreñido», porque estos términos pueden adjudicarse a cualquier gilipollas del cosmos. Pero como el resto de ingenuos Cretinos Piadosos, los progresistas blancos dirán que no están siendo mojigatos, que se limitan A

HACER LO CORRECTO. Así que haced lo correcto. Marchaos a casa. Vuestra vida es un desastre. Limpiad vuestro propio nido antes de intentar salvar al búho moteado.

Facilitaría las cosas si los progresistas blancos fuesen, de verdad, CORRECTOS. Pero culpan a la ira cuando tendrían que culpar a la frustración. Culpan a la blancura cuando tendrían que culpar a la codicia. Culpan a la masculinidad cuando tendrían que culpar al poder. En lugar de desmantelar la verdadera arquitectura de la intolerancia, se limitan a darle una nueva mano de pintura. Su respuesta a la cultura pitocéntrica es la teología de la Diosa y el culto a la vagina. Su refutación de la supremacía blanca es la supremacía negra. Su réplica al desprecio a los gays es la demonización de los «sementales» hetero. Dicen que quieren trascender el sexismo, y aun así condenan cualquier cosa que consideren demasiado «masculina». Quieren acabar con el racismo, pero rehuyen cualquier cosa que sea demasiado «blanca». Están en contra de la homofobia, pero aun así no quieren que los rednecks salgan del armario. Su respuesta al fascismo es su propia variedad de dictadura ideológica. Solo parecen ser capaces de alzarse pisando la cara de otro. Lo achacan todo a la ira del hombre blanco, como si jamás hubiesen existido regímenes políticos corruptos en Asia, África o Latinoamérica. Como si jamás se hubiese expuesto nada parecido al sexismo, la homofobia, la intolerancia racial, la agresión territorial o la brutalidad policial en cualquiera de esos sitios.

Lo más divertido de analizar el progresismo es ver cómo se maneja a la hora de enfrentarse a un conflicto de intereses; ¿qué hacen con el sexismo negro? ¿La homofobia de los latinos? ¿Las lesbianas que maltratan a sus parejas? ¿Los gobiernos socialistas que asesinan a sus ciudadanos? ¿La pedofilia se incluye como estilo de vida? En el asunto de O. J. ¿os ponéis del lado del «racismo» o del de la «violencia doméstica»?

Las buenas intenciones a menudo conducen al mal humor. A pesar de toda su dulzura retórica, los progresistas blancos son la gente más amargada que he conocido en mi vida. Sentenciosos. Intolerantes. Tan estirados que habría que recurrir a una cizalla para doblegarlos. Como individuos (*tête-à-tête, mano a mano*) buena parte de los progresistas vocingleros que he conocido son los cretinos más malos, rastreros, mezquinos y de puñalada trapera que jamas hubieras deseado encontrarte. La razón por la que son tan irritables es que se enfrentan constantemente a un mundo que no encaja en sus creencias. Es igual que cuando los cristianos se acaloran y les dan sofocones cuando te pones a agujerear a tiros sus argumentos. Cuando te pones a rebanar el frágil celofán de la ideología progresista, su verdadera maldad interior (difícilmente progre) sale a la luz.

Podría parecer extraño que un centollo como yo reprenda A CUALQUIERA por su mezquindad. No es la mezquindad de los progresistas en sí misma, es el hecho de que no parezcan ser conscientes de ella en absoluto. O en el caso de ser conscientes, el intento de enterrarla bajo cualquier excusa ennoblecedora. Mi objeción va hacia su pretensión de dulzura. Si llegasen a un acuerdo con su mezquindad podrían acabar siendo hasta divertidos. Pero al igual que una charca estancada rebosa de lodo, el progresista esta LLENO de odio, porque su ideología no le permite expresarla y liberarla. Hay un

montón de cosas que los progresistas odian, lo que pasa es que no son capaces de utilizar esa horrible palabra. El principal problema del progre no es que sea un gilipollas, es que no acaba de llevarlo bien.

Los progresistas no son malvados, simplemente son seres humanos descarriados que se adhieren a un código que les niega su humanidad. En medio de toda esta sofocante igualdad, la necesidad humana fundamental de sentirse superior queda insatisfecha. A pesar de todo lo que le dan a la sin hueso a propósito de la igualdad, casi todos los progresistas blancos actúan como si se sintiesen superiores a la basura blanca. Mientras acusan a los rednecks de deshumanizar a otros, los progresistas se refieren a los rednecks como «escoria», «cieno», «plaga» y «puercos infrahumanos». Si los blancos no son ni siquiera iguales entre sí (una premisa establecida en la misma idea de basura blanca) ¿cómo van a ser iguales a otros? Si la igualdad no existe *dentro* de una misma raza, ¿cómo va a existir *entre* razas?

El Varón Blanco Cabreado se ha transformado en un receptáculo aceptable sobre el que verter todos los instintos prejuiciosos del blanco progre. El Varón Blanco Cabreado cumple para él todas las funciones psicológicas de la degradante caricatura del Negrata de la Sandía. Los progresistas deshumanizan, marginan, demonizan y satirizan al Varón Blanco Cabreado y aun así se siguen preguntando por qué está cabreado. Pero, aparentemente, no es la furia lo que perturba a los progresistas blancos, sino el hecho de que esté unida a un pene caucásico. Sin pestañear, los progresistas celebrarán a las feministas radicales cauterizadoramente iracundas y a los raperos negros de personalidad tipo-A. La furia solo evoca los prejuicios de clase latentes en los progresistas blancos cuando surge de un varón blanco de aspecto rústico.

¿Varón? ¿Blanco? ¿Cabreado? CULPABLE de los tres cargos. Estoy cabreado porque cada vez que abro la boca escupo sangre. Soy blanco porque los negros no tienen pecas en la espalda. Soy varón porque soy capaz de utilizar un urinario. Estoy cabreado porque la gente se piensa que soy un demonio, cuando la mitad de las veces no puedo encontrar mi ropa interior. Soy blanco porque mi nariz se parece más a una cuchara que a una pala. Soy varón porque mis testículos se expanden y encogen según las fluctuaciones de la temperatura. Estoy cabreado porque la gente que acusa furiosamente a otros de ser furibundos nunca admite que está furiosa. Soy blanco porque mis labios se parecen más a lombrices de tierra que a sanguijuelas. Soy varón porque mis pezones no tienen ninguna función explicable. Estoy muy cabreado, soy extraordinariamente blanco e insoportablemente varón. Mejor un Varón Blanco Cabreado que uno con sentimiento de culpa, digo yo. Mejor ser malinterpretado que autoengañarse. Prefiero mandar en el infierno que asistir a vuestra aburrida fiesta en el jardín.

Litros de veneno de serpiente color pus se han vertido sobre el Varón Blanco Cabreado. Así que hablemos de su polo opuesto, el Varón Blanco Culpable. Como soy EXTREMADAMENTE sensible a las acusaciones de sexismo, dejaremos fuera a las chavalas progres bocazas. Solo me ocuparé de los tíos progres en aras de la paridad. Innumerables progresistas ingeniosas han hecho carrera escudriñando de manera condescendiente los «miedos» y las «ansiedades» del Varón Blanco Cabreado. A modo de revancha parcial, permitidme que analice los traumas del Varón Blanco Culpable. Es lo justo.

Ojo por ojo. Como muchos progresistas diagnostican a los disidentes como «fóbicos» de esto o de lo de más allá, yo les devuelvo el favor. Los progres son redneckfóbicos.

Hay más cosas que el Varón Blanco Culpable teme de los rednecks. Creo que es vagamente consciente de que hay más en la historia; pero le da miedo tratar con ello. El Varón Blanco Culpable teme que el redneck pueda tener quejas legítimas después de todo. Teme que buena parte de las más espantosas manifestaciones de la cultura de la basura blanca no sean signos de degeneración, sino reacciones a un entorno desesperado. Teme la cruda honestidad del redneck y su falta de pretensión. Le dan miedo las armas porque le da miedo la rabia proletaria.

El Varón Blanco Culpable teme al redneck que anida en su interior. Le acojona poder degradarse en basura blanca si no se mantiene constantemente alerta. Le da miedo el hecho de que los rednecks estén VERDADERAMENTE conectados con lo primitivo de un modo que los progresistas blancos solo pueden experimentar de forma indirecta a través de los negros. Con todas esa imágenes de Jethros de apetito insaciable y de Abners megafornidos, puede que el Varón Blanco Culpable tema la destreza sexual tosca y sin echar a perder del redneck. Los progresistas blancos alegan con cinismo que los rednecks odian a los negros porque, secretamente, desean ser negros. ¿Entonces por eso mismo los hipsters odian a los hillbillies?

«Puede que me equivoque» es una frase de cuatro palabras que jamás se le ocurrirá decir a un Varón Blanco Culpable. En el fondo, no tiene pruebas de la igualdad. Ninguna prueba consistente de cómo o por qué este pícnic social multicultural sin precedentes podría llegar a funcionar. No puede explicar la violencia del mundo más allá de la palabra «odio». No puede rendir cuentas de las motivaciones de sus oponentes más allá de la palabra «maldad». No puede hacer frente a la agresión. No puede hacer frente a la biología, a la genética ni a la lógica. No puede hacer frente a la muerte. No puede explicar casi nada de la historia. No puede culpar honestamente de toda la pobreza del Tercer Mundo a la blancura. No puede explicar las desigualdades naturales. No puede negar el cruel sentido del humor que se gasta la naturaleza. No puede decir qué es lo que gobierna la tierra más allá de la fuerza. No puede eludir el hecho de que todos sus privilegios los adquirió a través de la sangre. El Varón Blanco Culpable es un bienintencionado Osito de Azúcar que está hibernando de la realidad. Sus buenos deseos se restriegan una y otra vez contra un mundo podrido. Así que finge. Sueña con un mundo distinto.

A pesar de todo el bombo que da a su ilustración y a su educación superior, el estilo argumentativo del Varón Blanco Culpable favorece la ilusión antes que la precisión de los hechos. Su plato de judías es una mezcla de buenas intenciones y mala comprensión. De retórica edificante y sueños imposibles. De buenos deseos enturbiando observaciones fundadas. El Varón Blanco Culpable encuentra nobleza en la disfuncionalidad, poder en la debilidad y fuerza en la deformidad. Reza por los finales felices. Espera algo diferente de lo que el mundo puede ofrecer. No hay cielo. No hay justicia. No hay fraternidad universal. Un deseo no hará que se cumpla. Un sueño acaba cuando te despiertas. No hay razón para ser optimista. Todo el mundo se muere y cae en el olvido. Ser humanista es ignorar la mayor parte de lo que

ha hecho la humanidad. Si la historia nos ha enseñado algo, es que la gente no mola nada de nada.

La única esperanza del progresismo es una reprogramación quirúrgica del cerebro humano. También estaría genial que los coches costasen un dólar y que los hámsteres nunca se muriesen. Y ya ni te cuento tener un poni. Siempre he querido también un trineo con renos. Y sería la hostia que el chocolate no engordase o poder desarrollar alas de pterodáctilo y salir volando hasta Maui. La repera si el cáncer de próstata se curase con un chicle y si todo el sufrimiento humano pudiese cortarse de raíz poniendo más pegatinas en la parte trasera de las furgos VW.

El Varón Blanco Culpable tiene miedo de admitir DÓNDE acaba exactamente su sincera compasión y empieza su instinto de preservación. Porque sabes que está en alguna parte. El Varón Blanco Culpable sabe que lo único que le protege de los amotinados es la ventanilla de su coche. No más que una cerradura frágil en la puerta principal. Sabe que el mundo es un lugar peligroso. Y aun así proyecta ese miedo a la violencia potencial hacia el Varón Blanco Cabreado.

En la base de todo, el Varón Blanco Culpable teme enfrentarse al hecho de que los rednecks existen principalmente en una clase social inferior a la suya. Ser moderno es un lujo. Ser basura blanca no. Incluso recurriendo a las reglas del progresismo (las víctimas son sagradas), el redneck vence al progre blanco.

Ideológicamente, el Varón Blanco Culpable está en el programa; materialmente, sigue siendo una hiena yanqui imperialista asquerosamente rica. Su «vergüenza por ser blanco» es más una especie de juego de rol de ñoñería atávica que algo tangible. Escribirá artículos de todo corazón sobre los sin techo, pero no les ofrecerá su habitación de invitados. Le tortura la culpa por su prosperidad y su relativo esparcimiento en comparación con la mayoría de los pueblos indígenas del planeta, pero no tiene ninguna prisa en empeñar su acogedor apartamento y su chip Pentium para desembarcar desde el aire harina de maíz sobre los campos de los campesinos paquistaníes que se mueren de hambre. Le indigna la opresión de los negros, pero no tiene intención de mudarse a los barrios bajos negros, no al menos este año. Se siente fatal porque se les robó la tierra a los indios, pero no tiene pinta de ir a devolvérsela en los próximos días.

¿Por qué el señor Multicultural no le devuelve todos sus juguetes molones a los indios? Porque eso le liberaría de su sentimiento de culpa, y le gusta vivir con la culpa. La culpa ejerce para él un propósito psicológico muy claro, y jamás deseará deshacerse de ella. El Varón Blanco Culpable se enorgullece de su propia vergüenza. Pero la culpa solo sirve al culpable. ¿Alguna vez os habéis preguntado por qué los acomodados progresistas blancos de ciudad sienten semejante sentimiento de culpa por la historia y los rednecks rurales no? Las punzadas de culpa del progresista blanco tienen poco que ver con el noble arrepentimiento; su culpa refleja un incómodo sentido del lugar que ocupa en el orden histórico. Si tan culpable se siente… bueno, quizá sea por algo. Puede que su culpa sea real. Puede que por eso los rednecks y los negros no sientan culpa, mientras los progresistas se ven afligidos por ella.

Harriet Beecher Stowe, la autora de *La cabaña del tío Tom* , de estar viva en la actualidad, habría sido una progre blanca. El problema con ella no era que criticase la esclavitud negra en el Sur, sino que era una chavala pudiente de la alta sociedad de Nueva Inglaterra que ignoraba a todos los obreros blancos mutilados de las fábricas y a los niños trabajadores blancos y lastimados que se amontonaban a las puertas de su puesta de largo. Era una aristócrata norteña que reprendía a los aristócratas sureños por el modo en que trataban a sus clases desfavorecidas, aunque ella defecaba sobre las clases desfavorecidas de su propia tierra natal.

Stowe se fue de gira a Gran Bretaña en 1853 auspiciada por la Duquesa de Sutherland, otra señora blanca de salón abominablemente adinerada que solía organizar tés y bollos en favor del negrodesarrollismo y la afrocaridad. Tras su viaje, Stowe se refirió a la familia Sutherland como «ilustrada[1] ». Debía referirse a esto: retrotrayéndonos a 1811, los Sutherland iniciaron la expulsión sistemática de los campesinos escoceses que llevaban siglos viviendo en las tierras comunales. De los ochocientos mil acres en disputa, los Sutherland reclamaron setecientos noventa y cuatro mil. Contrataron a la policía inglesa para expulsar por la fuerza a los escoceses aborígenes e incendiar sus hogares. A una anciana la quemaron viva en su choza. Apalearon a los campesinos y los abandonaron a su suerte. Muchos murieron de hambre. La variedad de ilustración de los Sutherland creó quince mil personas sin hogar que fueron reemplazadas por ovejas. Fue muy altruista por parte de la Duquesa de Sutherland derramar lágrimas por la esclavitud negra en el Sur de Norteamérica después de haber esquilmado a su propio campesinado. Ella también habría sido hoy una progre blanca.

Karl Marx se refirió al estilo de caridad de la Duquesa de Sutherland como «filantropía que escoge sus objetivos lo más lejos posible de casa, y mucho mejor si es al otro lado del océano». Charles Dickens se refirió a las sociedades británicas de apoyo al Negro como «filantropía telescópica[2] », dado que se concentraban en ultramar e ignoraban la muerte y la hambruna que anidaba bajo su propio techo.

El progresista blanco moderno es igual. No puede llevarse bien con los oprimidos de su propia raza, pero quiere demostrar lo abierto de mente que es llevándose bien con los negros. Es el sufrimiento visto a través de la lente gruesa del monóculo de una matrona de alta sociedad. No es más que mecenazgo de ganchillo, como siempre ha sido. En su afán por ayudar a los pueblos oprimidos al otro lado del océano, se saltan la basura blanca de su propio lodazal. Niños muertos de hambre en la India. Niños muertos de hambre en África. Niños muertos de hambre en todas partes, menos en los Apalaches. Piensan globalmente, ignoran a la basura blanca localmente. Hay una extraña esquizofrenia de clase alta con respecto a qué sufrimiento parece más urgente. Los apuros de los indígenas excavadores de ñame a dieciséis mil kilómetros de distancia les provocan más lágrimas que los traumas apestosos de la basura del parque de caravanas que está a quince kilómetros de la ciudad. La primera norma del progresismo blanco parece ser que la caridad nunca empieza en casa.

En cierto momento, durante al alzamiento de la sociedad de clases en Europa,

los nobles blancos y la basura blanca debieron separarse hasta alcanzar un punto en que empezaron a verse como razas alienígenas. Hay una fraternidad perdida, una caída en desgracia, un cisma ancestral entre la basura blanca y el dinero blanco. Estuvieron dando por culo a la basura blanca durante al menos setecientos años antes de ponerse a explotar a los negros. La basura blanca les trae a la memoria algo en lo que prefieren no pensar. Es demasiada culpa. No les gusta tener que enfrentarse a su exhermano ignorante. Con toda la abundantísima simpatía progre que destila Hollywood, me apuesto lo que queráis a que muy pocos progresistas de limusina emplean a criadas y mayordomos blancos. No pueden tolerar la imagen de una persona blanca actuando como un siervo, al menos no estando ellos delante.

Oh, esos chavales progres con su opresión indirecta. Océanos de compasión desde los corazones sin grasa de los bebés ricachones. Su amor por los nativos americanos se extiende a comprar bolsos y joyería navajo. Sus indemnizaciones por el Holocausto consisten en tomarse un bialy[147] con mantequilla los domingos por la mañana. Su empatía con los negros se representa con una buena colección de CDs de la Motown.

El Varón Blanco Culpable da la impresión de creer que los negros apreciarán su benévola sonrisa, su actitud conciliadora y lo mucho que odia su propia piel. El Varón Blanco Culpable se piensa que los pósteres de Michael Jordan y los libros de Maya Angelou son lo único que se necesita para la contemporización. Su negrofilia no parece ir más allá de marcar tendencia, casi una especie de accesorio. Es orgullo negro sin haber tenido jamás que padecer los inconvenientes de ser negro. Al final, para los blancos anodinos es una forma de sentirse en conexión con los oprimidos. No de ESTAR en conexión, sino de sentirse en conexión. Una forma segura y envasada de negrofilia. Negrofilia de café instantáneo liofilizado. Es conveniente. Se puede degustar a modo de aperitivo. Pero no duraría ni cinco minutos en un gueto negro.

La verdad pura y dura es que los progresistas blancos culpables y los orgullosos negros norteamericanos no tienen casi NADA en común. Nada culturalmente. Nada económicamente. No viven en los mismos vecindarios. Tienen distintos sistemas de creencias. Diferentes sensibilidades. Encuentran graciosas cosas diferentes. Ni siquiera respiran el mismo aire la mayor parte del tiempo. La verdad amarga es que mientras puede que los progresistas blancos amen a la gente negra, difícilmente puede decirse que sea cierto al revés. Es el típico chiste del progresismo blanco: la persona blanca que se niega a sí misma y se rasga las vestiduras dirigiendo burdas súplicas a una multitud de negros que no simpatizan con los negrófilos y hasta puede que le llamen a la cara blanquito de mierda. Cuidado con quién desees enaltecer, porque siempre cabe la posibilidad de que se enaltezcan por sí mismos. Muchos radicales negros distinguen correctamente el tono autocomplaciente de la mayor parte de la «filantropía» progre. Están cansados de que los progresistas blancos les digan cómo ser negro. Y yo estoy cansado de que los progresistas blancos me digan cómo no ser blanco.

En argot hipster, «blanco» ha pasado a significar «vacío», del mismo modo que «negro» solía connotar «malvado». Parado en una esquina, el Varón Blanco Culpable recuerda a gritos a todo el mundo que los blancos no

TIENEN cultura. Pronuncia la palabra «blanco» con más odio que cualquier persona negra. ¿Qué hacer con su curioso autodesprecio? ¿Por qué lo confunde con iluminación? Parece no ser consciente de que su despreocupada doctrina de venganza antiblanca el día menos pensado se le puede volver en contra.

El Varón Blanco Culpable ha visto quién es, no puede soportar la idea de serlo y aun así pretende hacernos creer que puede cambiarlo. El Varón Blanco Culpable es el más desalmado de todos los blancos. Y es por eso que intenta de un modo tan desesperado conectar con la aparente congoja de los negros. Pero a pesar de toda la tunda que le mete el Varón Blanco Culpable a la blancura jamás podrá cambiar el hecho de ser blanco. Utilizará lo de «blanco níveo» en sentido peyorativo, pero el espejo no miente. Si pudiese cambiarse de color de piel, probablemente lo haría, pero por ahora está atorado. Al deshumanizar la blancura, se engaña a sí mismo creyendo que él ha de ser otra cosa.

El chico camaleón racial. Es digno de mención que los progresistas blancos se identifiquen solo como progresistas, casi nunca como progresistas BLANCOS, aunque les encante remarcar el tono de piel del Varón Blanco Cabreado. Están intentando exorcizar su propia blancura, regodeándose en la culpa para adquirir un bronceado cultural. Buena suerte. Por el modo en que utilizan burlonamente el término «blanco» (mente estrecha, nacidos con privilegios económicos, malos bailarines) la mayoría de los progresistas blancos que conozco son más blancos que yo. Lidiad con ello.

Históricamente, el Varón Blanco Culpable ha sufrido muchísimo menos que el Varón Blanco Cabreado. Así que ahora le toca al Señor Culpable. Gimotea tanto a causa de una opresión que parece no existir ni por asomo en su vida que casi te entran ganas de oprimirle. Estar liberado y facultado parece hacerle solo más picajoso. ¿Por qué no castigar al Varón Blanco Culpable con toda la angustia que tan profundamente desea sentir?

El progresista blanco anhela un dolor cinematográfico. Un sufrimiento literario. Yo creo que se merece algo mejor. Un poco de auténtico dolor que complemente sus fantasías. Del que yo conozco de toda la vida. A mí el dolor no me afecta en absoluto. Golpeadme todo lo que queráis, yo ya me limpio solito y me largo. Pero el dolor es algo que los progresistas blancos o temen (cuando está cerca) o idealizan (cuando es el otro el que lo padece). Yo propongo darle a probar un buen bocado de esa opresión que tanto ansia. Arrastrarle por toda esa belleza progresista que encuentra en la experiencia del Tercer Mundo. Así todo el mundo se quedará contento.

Por tanto, sugiero que se obligue a todos los progresistas blancos a recolectar algodón y tabaco. Encadenadlos y amontonadlos en las bodegas de un barco negrero. Mandad a todos los progresistas blancos a África para que trabajen en las plantaciones. Deberán soportar todos los padecimientos de la vida del esclavo salvo la violación por la fuerza, porque eso solo validaría sus fantasías feministas. Sugiero que los progresistas blancos sean conducidos en manada a campos de concentración en los que se les obligue a NO ducharse. En un campo de prisioneros para progres blancos todos podrán sentir juntos el dolor (y el hedor corporal) del otro. Les encantará.

O simplemente, para variar, obligadles a TRABAJAR. Ponedles unos monos de curro de la Iglesia de la Unificación y que se pongan a recoger basura por las carreteras. Me gustaría ver progresistas blancos ejerciendo de porteros de edificios de apartamentos o de conserjes de escuela primaria. Progres blancos como limpiabotas, botones o trabajadores inmigrantes. A los editores del *Village Voice* currando en una cadena de montaje. Obligar a todos los artistas escénicos a trabajar de aparceros y de leñadores. Haced que las drag queens se pongan a trabajar en una mina de carbón, en el auténtico subsuelo. Que los progres de Hollywood CONDUZCAN las limusinas, para variar. Se les tendría que obligar a vivir en las colinas durante un año sin electricidad ni agua corriente, a ver si se seguían riendo de los hillbillies. Que se pongan a arar en una granja durante un año, a ver si luego nos salen con chistes de bestialismo. Lo mismo se debería mandar a los progresistas blancos a morir en la guerra mientras los rednecks se quedan en casa y se manifiestan. Establezcamos un curso de sensibilización que tenga algo de sentido.

Y quizá alguna humillante inversión de roles para completar el tratamiento. Tengo en mente una versión noventera de *Watermelon Man* o de *Black Like Me* [148] : un yuppie progre de la ciudad se despierta una mañana convertido en un hillbilly rural desdentado y descubre que no puede hacer nada al respecto. Lo mismo habría que forzar a los progresistas blancos a actuar con la cara pintada de negro, humillándose para el deleite de un público exclusivamente negro. Me gustaría ver un minstrel show en el que progresistas blancos penitentes interpretasen «Puff the Magic Dragon» y otras canciones folk de los años sesenta mientras negros provocadores y pendencieros les arrojan fruta podrida a la cara. No tengo nada contra los progres blancos. Todo el mundo debería tener uno.

Puede que esté mal desear que sufran. Puede que eso sea justo lo que quieren. Puede que la cosa más sádica sea desearles una vida larga y feliz. Quizá no deberíamos asesinarlos. Quizá solo deberíamos soltarlos a caminar ensillados con el conocimiento vivo de lo muy grano en el culo que son. No habría que matarlos, pero no descartemos unas buenas correas de perro. No deberían ser exterminados. Pero sí esterilizados.

Dado que son tan cuadriculados como el típico miembro fundamentalista de vuestro Club Elk Republicano[149] , seguramente se pensarán que estoy haciendo un llamamiento a la captura y el arresto de cualquiera que apeste a política progresista. Puede que se piensen que mis palabras constituyen un auténtico discurso del odio que incita a la brutalidad contra los progresistas blancos. Un hombre puede soñar, ¿no?

En su encarnación hippie de finales de la década de 1960, el progresismo resultó a menudo divertido e irreverente. Ahora es irreverente hasta un punto que bordea lo cómico. No estoy muy seguro de cuándo perdieron exactamente su humor los progres, pero la pérdida parece irreversible. Al igual que a veces el pene de un hombre bascula de un lado al otro del pantalón, el péndulo ha oscilado hacia el otro lado. Con todo lo sensibles que son los progres para todo, se han vuelto completamente insensibles al humor. Oh, dirán que pueden apreciar la comedia, pero que hay ciertos temas que NUNCA SON GRACIOSOS. Han llegado a dominar la fisión nuclear y la teoría del caos,

pero siguen sintiéndose incómodos con las palabras. ¿Cómo vas a confiar en gente que ni siquiera se da cuenta de cuándo estás de coña? Cuidadito con las caras sonrientes que no aguantan una broma. Y no solo es que sean incapaces de aguantar una broma, es que además te demandarán por difamación.

La película *Easy Rider* parece definir la lucha cultural de una generación: dos moteros hippies drogatas se alían con los oprimidos del mundo contra EL ESTABLISHMENT, extrañamente representado por dos hayseeds de la Louisiana rural que van en camioneta. Pero las sensibilidades culturales han cambiado tanto desde 1969 que yo sugiero una nueva versión contemporánea con los héroes y los villanos cambiados. Siguiendo el espíritu del antiestatismo de la derecha radical, la película se titularía *Freedom Rider* . En lugar de Billy y el Capitán América, los protagonistas serían Hillbilly y el Soldado Milicia. Los muchachos intentan colar plutonio de contrabando en los tanques de gasolina de sus motos desde un campamento religioso radical de culto al Bigfoot situado en el Oregón rural hasta un grupo paramilitar de protesta contra los impuestos oculto en las llanuras orientales de Montana. Se quedan dormidos por la noche en un parque público de Olympia, en Washington, donde son apaleados salvajemente por chicabreadas amotinadas que les increpan a voz en grito por ser unos gilipollas racistas, sexistas y homófobos. Más tarde se despiertan en la cárcel junto a un abogado de acento sureño que en lugar de ser Jack Nicholson es Morris Dees, del Centro Jurídico Sureño para Pobres. Dees se hace colega de Hillbilly y de Soldado Milicia con la intención de desprogramarles sus hábitos racistas. Pero una noche en torno a una fogata, los muchachos engañan a Dees arrancando una página de una revista de literatura del odio y se lían un porro con ella. Se fuman el Porro del Odio con Dees. Al envenenársele la mente tras dar unas cuantas caladas a esa superpotente literatura del odio, Dees se convierte de pronto en un racista de tomo y lomo y se pone a soltar lindezas como: «Antes este era un país de putísima madre… hasta que los NEGRATAS se apoderaron de él». Luego lo mata un travestí negro a puñaladas por rechazarle para un puesto de secretaria. Soldado Milicia y Hillbilly parten hacia un Oktoberfest a las afueras de Coeur d’Alene, en Idaho, donde esnifan crank y realizan actos sadomasoquistas con un par de putas nazis. Al marcharse del Oktoberfest, una camionera lesbiana radical se los carga a tiros. Los tiempos han cambiado.

Los progresistas han olvidado el valor de la muerte. A principios de la década de 1970, el crecimiento nulo de la población fue un puntal firme de la plataforma progresista. Ahora lo han abandonado, presumiblemente porque pensaron que era racista andar preocupándose por la superpoblación. Craso error. Quedaos por aquí otros cincuenta años, si no sabéis a lo que me refiero.

¿No os habéis dado cuenta de lo abarrotado que se está poniendo? El individualismo redneck aumenta con más dificultad a medida que el país se expande en un único suburbio consolidado de espesos tentáculos. Resulta cada vez más difícil escapar del pulpo. La vida rural se convertirá en una cosa del pasado, como el aire limpio. La ciudad no es lugar para que las personas piensen. Así que me largo a los bosques de pinos. Al corazón del país. Al otro lado de las vías del ferrocarril. A pasarme de la raya.

Vosotros os podéis quedar en la ciudad y seguir huyendo de quienes sois. Yo

me largo a las colinas y me mantendré fiel a mí mismo. Los muros de la ciudad siempre ostentan el poder. Nada hay que me parezca de mal gusto en los progres blancos que mil kilómetros de distancia no puedan curar. Os podéis quedar con Sodoma y Gomorra. Green Acres es donde hay que estar. Quiero alejarme lo bastante de la ciudad para no poder volver a ver nunca las llamas. Uno sabe que ya ha tenido más que suficiente de la vida en la ciudad cuando la endogamia te empieza a parecer mejor que el hacinamiento.

Quiero estar

Donde la tierra esté libre

De ironía.

Hay peña que simplemente no quiere creer la verdad, no importa lo fuerte que le abofetees la cara con ella. No importa lo hondo que sumerjas su cabeza en el retrete con ella. No importa lo brutalmente que le aplastes el cráneo con tu bastón de Buford Pusser[150] . El progresista blanco norteamericano es obstinadamente incapaz de entender que es una criatura transitoria. Una metedura de pata enorme de cada generación es asumir con total miopía que ha alcanzado la etapa final de la iluminación y que sus más sagradas creencias no se refutarán en menos de cincuenta años, si no mucho antes. Los progresistas blancos norteamericanos parecen pensar que hemos alcanzado el satori cultural en algún momento de 1966 o 1967, y quieren establecer el Reich del Año Mil de Haight-Ashbury.

Pero no es el redneck el que está huyendo de sí mismo, es el progresista blanco. Y tarde o temprano, se va a cansar. El autodesprecio puede ser agotador. Un complejo de culpa puede verdaderamente llegar a dejarte hecho mierda. Sería tan fácil dejar atrás la vergüenza, simplemente exhalar y liberar la tensión. Unos cuantos años más y los progres ya no se sostendrán en sus creencias, se aferrarán desesperadamente a ellas. El progresista blanco es un diente de león sobre un vertedero tóxico que no se da cuenta de que hay un bulldozer arrastrándose colina arriba. El progresista blanco se quemará a sí mismo. El progresismo se marchitará en su propia bulla insignificante. En su propia abrumadora ingravidez. Se estrangulará hasta matarse con la fuerza de su propia bondad. Perderá la perspectiva porque en realidad nunca la tuvo. De hecho, comenzó a morir hace ya mucho tiempo. Yo solo he venido a patearla aprovechando que se ha caído. El mal no existe. Un día, los progresistas tampoco existirán. Nada quedará de la izquierda.

El redneck nunca ha perdido su alma. El progresista blanco nunca ha sido capaz de encontrar la suya. A los progresistas blancos les encanta retratar al Varón Blanco Cabreado como una especie en peligro de extinción, pero durará muchísimo más que el Varón Blanco Culpable. Las raíces de la Secuoya Redneck son mucho más profundas que las del Bonsai Progre Blanco. El redneckismo no es un partido político, es una herencia histórica. No es una filosofía, es un legado. La basura blanca ha existido desde que surgió la estructura de clases en Europa, hace miles de años. El progresista blanco lleva por aquí, veamos… unos cuarenta años. ¿Queréis apostar quién va a durar más? A mi parecer, una cepa resistente que ha sobrevivido a las

invasiones bárbaras, al feudalismo, a la Peste, a la servidumbre forzosa, a la pobreza agrícola, a la muerte industrial y a la guerra de trincheras puede sobrevivir al progresismo blanco. El gen responsable de la basura blanca es de una cepa bastante más dura que el virus que produce a los progresistas blancos. El progresismo fenecerá antes que la furia, la blancura y la masculinidad. Los rednecks son para siempre.

¿Y qué propongo para quitar la manta aceitosa de incomprensión cultural que cuelga entre la mayor parte de Estados Unidos y esta cosa maravillosa llamada basura blanca? Mierda, pensé que bastaría con EXPONER el problema y punto. Umm, claro… vamos a ver… lo mismo una fiesta nacional del hillbilly. Puede que igual que cuando todo el mundo se convierte en irlandés en el Día de San Patricio, la gente debería tener la oportunidad de ser redneck durante veinticuatro horas. Lo mismo hasta les gusta. Quizá debamos animar a los endogámicos a formar sus propios grupos de derechos de víctimas y sus propios clubs antidifamación. Por supuesto, estoy de broma. Doy por culo. Aguijoneo. Lo último que necesita este país es que la zurda estrangula-pollos de los códigos de expresión fascistoide-universitarios apriete con más saña la palabra «redneck». Hay problemas más grandes que el lenguaje soez. El mundo se está colapsando en una apestosa montaña de mierda y a las moscas que zumban por encima les preocupa herir los sentimientos de la gente.

El chorreo de grasa cultural de los años sesenta ya no es aplicable en el siglo XXI. Pero la política de clases sí. En antiindustrialismo también. El individualismo rural redneck, que en cierto momento se consideró un signo inequívoco de retraso mental, parecerá sensato de cara a la desbordante superpoblación. Hay un montón de filósofos de primera clase ocultos en las colinas, demasiado inteligentes para volver a acercarse siquiera a la ciudad. Hace mutis el progre blanco. Entra en escena el redneck. La vanguardia es la vieja guardia. El East Village es zona muerta. San Francisco es el cráter de un bombardeo. La Orilla Izquierda se ha hundido en el río. La bohemia es tierra quemada. Pero las colinas siguen en pie.

Arriba, arriba, poderoso parque de caravanas. Las colinas reviven con el sonido de los mosquetes. Un hedor se alza de Norteamérica como estiércol de caballo humeante que flota a través de los maizales. ¿Lo hueles, amigo mío? Un aullido rebelde resuena desde las colinas hasta la verdosas cañadas. ¿Lo oyes, amigo mío? Llegará el día en que la mierda se levante. La basura solo ha empezado a contraatacar.

La niebla se disipa. El sol arde a través de las nubes. Las nucas crepitan lentamente hasta volverse rojas.

MONTANI SEMPER LIBERI

Bibliografía

—Abbey, Edward. *Abbey's Road* . New York: Plume, 1991.

—Allen, Gary. *Beware the Trilaterals; The C. F. R.: Conspiracy to Rule the World; Federal Reserve: The Trillion-Dollar Conspiracy, Labor Leaders Must Learn From American Workers; Your Home: Big Brother Wants Control of Housing* (panfletos distribuidos por CPA Book Publisher, Boring, OR; no constan los años).

—Ankerberg, John y John Weldon, *The Facts on UFOs and Other Supernatural Phenomena.* Eugene, OR: Harvest House Publishers, 1992.

—Appy, Christian G. *Working-Class War: American Combat Soldiers and Vietnam* . Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1993.

—Bailyn, Bernard, *The Peopling of British North America: An Introduction* . New York: Vintage Books, 1988.

—Baumann, Elwood D. *Bigfoot: America's Abominable Snowman* . New York: Dell, 1975.

—Binzen, Peter. *Whitetown USA.* New York: Vintage Books, 1970.

—Bloch, Marc. *Feudal Society* . Chicago: University of Chicago Press, 1974. (*La sociedad feudal* . Ediciones Akal S. A., Madrid, 1988).

—Blount, Roy, Jr. *Crackers* . New York: Ballantine Books, 1982.

—Boissonnade, P. *Life and Work in Medieval Europe: The Evolution of Medieval Economy form the Fifth to the Fifteenth Centuries* . New York: Harper Torchbooks, 1964.

—Butler, Smedley D. *War Is a Racket* . Costa Mesa, CA: Noontide Press, 1991 (publicado originalmente en 1935).

—Cahill, Marie, ed. *I Am Elvis: A Guide to Elvis Impersonators* . New York: Pocket Books, 1991.

—Cantor, Norman E, ed. *The Medieval World: 300-1300* . New York: Macmillan, 1964.

—Capp, Al. *Li'l Abner Dailies, Volume One: 1934-1935* . Princeton, WI: Kitchen Sink Press, 1988.

—Cash, W. J. *The Mind of the South* . New York: Vintage Books, 1991 (publicado originalmente en 1941).

—Caudill, Harry M. *Night Comes to the Cumberlands: A Biography of a Depressed Area* . Boston: Little, Brown & Co., 1963.

—Cheyney, Edward P. *The Dawn of a New Era: 1250-1453* . New York: Harper Torchbooks, 1962.

—Comparet, Bertrand L. *The Mark of the Beast: Part One and Two* . San Diego, CA: Your Heritage (no se indica el año).

—Cook, Peter. *Capitalism (and Its Secrets)* , Wickliffe, OH: Monetary Science Publishing, 1994. También *Capitalism: Bane to Freedom and Security* . Wickliffe, OH: Monetary Science Publishing, 1994. También *Capitalism (Socialism for Banks and the Affluent) Unmasked.* Wickliffe, OH: Monetary Science Publishing, 1988.

—Crowe, Ray. *The Bigfoot Bar & Grill* . Portland, OR: Ray Crowe, 1991.

—Dalton, Humphrey, ed. *Will America Drown?: Inmigration and the Third World Population Explosion* . Washington, D. C.: Scott-Townsend Publishers, 1993.

—Douglass, Frederick. *My Bondage and My Freedom* . New York, 1855.

—Duby, Georges. *The Three Orders: Feudal Society Imagined* . Chicago: University of Chicago Press, 1982.

—Eaton, Dian. *Is It True What They Say About Dixie?: A Loving Look at a Colorful, Romantic, and Prideful People, The Southerners* . Secaucus, NJ: Citadel Press, 1988.

—Ekirch, A. Roger. *Bound for America: The Transportation of British Convicts to the Colonies, 1718-1775* . Oxford, UK: Clarendon Paperbacks, 1987.

—Emry, Sheldon. *Billions for the Bankers and Debts for the People* . Sandpoint, ID: Americas Promise Ministries (no se indica el año).

—Epstein, Steven A. *Wage Labor and Guilds in Medieval Europe* . Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1991.

—Flynt, J. Wayne. *Dixie’s Forgotten People: The South’s Poor Whites* . Bloomington, IN: Indiana University Press, 1980.

—Foster, R. F. *Modern Ireland: 1600-1972* . London: Penguin Books, 1988.

—Frankl, Viktor E. *Man’s Search for Meaning: An Introduction to Logotherapy. Boston: Beacon Press, 1959. (El hombre en busca de sentido.* Herder, Barcelona, 2015).

—Genovese, Eugene D. Roll, Jordan, *Roll: The World the Slaves Made* . New York: Vintage Books, 1972. También *The World the Slaveholders Made* . New York: Vintage Books, 1971.

—Grayson, Andrew. *The Horrors of Reconstruction, I and II* . Memphis, TN: The Southern National Party (no se indica el año).

—Grissom, Michael Andrew. *Southern by the Grace of God* . Gretna, LA: Pelican Publishing Company, 1995.

—Halbert’s Family Heritage. *The World Book of Goads* . Bath, OH: Halbert’s Family Heritage, 1996.

—Hamrick, Charles L. *Antient White Slaves* . 1996 (via internet).

—Helper, Hinton Rowan. *The Impending Crisis of the South* . New York: Collier Books, 1963 (publicado originalmente en 1857).

—Higginbotham, A. Leon Jr. *In the Matter of Color (Race and the American Legal Process: The Colonial Period).* Oxford, UK: Oxford University Press, 1978.

—Hill, Christopher. *The World Turned Upside Down: Radical Ideas During the English Revolution* . London: Penguin Books, 1972.

—Hoffman, Michael A. II. *The Were White and They Were Slaves: The Untold History of the Enslavement of Whites in Early America* . Dresden, NY: Wiswell Ruffin House, 1992 (cuarta edición).

—Hofstadter, Richard. *America at 1750: A Social Portrait* . New York: Vintage Books, 1973.

—Hoy, Michael, ed. *Loompanics’ Golden Records* . Port Townsend, WA: Loompanics Unlimited, 1993.

—Ignatiev, Noel. *How the Irish Became White* . New York: Routledge, 1995.

—Kelley, Robin D. G. *Hammer and Hoe: Alabama Communists During the Great Depression* . Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1990.

—Kellner, Esther. *Moonshine: Its History and Folklore* . New York: Weathervane Books, 1971.

—Kennedy, Walter Donald y James Ronald Kennedy. *The South Was Right!* Gretna, LA: Pelican Publishing Company, 1995 (publicado originalmente en 1991).

—Kephart, Horace. *Our Southern Highlanders: A Narrative of Adventure in the Southern Appalachians and a Study of Life Among the Mountaineers* . New York: Macmillan, 1913.

—Killian, Lewis M. *White Southerners* . New York: Random House, 1970.

—Kimbrough, David L. *Taking Up Serpents: Snake Handlers of Eastern*

Kentucky . Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1995.

—Kirby, Jack Temple. *Media-Made Dixie: The South in the American Imagination* . Baton Rouge, LA: Louisiana State University Press, 1978.

—Leyburn, James G. *The Scotch-Irish: A Social History* . Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1962.

—Logan, N. R. *Children of a Lost Spirit* . Mercer Island, WA: Kideko House Books, 1991.

—Lutton, Wayne y John Tanton. *The Inmigration Invasion* . Petoskey, MI: The Social Contract Press, 1994.

—McManus, John E *«A New World Order» Means World Government* . Appleton, WI: The John Birch Society, 1990.

—Martin, Len. *Black vs. White Equals Slavery: The Color Bomb* . Boring, OR: CPA Book Publisher, 1994.

—Marx, Karl y Friedrich Engels. *The Communist Manifesto* . New York: International Publishers, 1948 (primera traducción al inglés de 1850). (*Manifiesto comunista* . Alianza Editorial, Madrid, 2011).

—Marx, Karl. *The Duchess of Sutherland and Slavery* . London, 1853.

—Miller, Wilbur R. *Revenuers and Moonshiners: Enforcing Federal Liquor Law in the Mountain South, 1865-1900* . Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1991.

—Monetary Science Publishing. *Keys to Financial Wisdom* . Wickliffe, Ohio (no se indica el año).

—Nash, Gary B. *Class and Society in Early America* . Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, Inc., 1970. También *Red, White, and Black: The Peoples of Early America* . Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall, Inc., 1974.

—Newberry, Mike. *The Yahoos* . New York: Marzani and Munsell, 1964.

—Parenti, Michael. «Hidden Holocaust, USA» De *Dirty Truths* , Vida Communications y Michael Parenti, 1996 (via internet).

—Parfrey, Adam. *Cult Rapture* . Portland, OR: Feral House, 1995.

—Patterson, Richard. *Historical Atlas of the Outlaw West* . Boulder, CO: Johnson Publishing Co., 1985.

—Paul, Ron. *Ten Myths About Paper Money (and One Myth About Paper Gold).* Lake Jackson, TX. The Foundation for Rational Economics and Education, 1983.

—Perkins, Edwin J. *The Economy of Colonial America* . New York: Columbia University Press, 1980.

—Pirenne, Henri. *Economic and Social History of Medieval Europe* . New York: Harvest Books, 1933. (*Historia económica y social de la Edad Media* . Fondo de Cultura Económica, México, 1969).

—Popp, Dr. Edward E. Money: *Bona Fide or Non-Bona Fide* . Port Washington, WI. Wisconsin Education Fund, 1970.

—Reed, John Shelton. *Southern Folk, Plain & Fancy: Native White Social Types* . Athens, GA: University of Georgia Press, 1986. También *The Enduring South: Subcultural Persistence in Mass Society* . Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1986 (publicado originalmente en 1972).

—Riese, Randall. *Nashville Babylon: The Uncensored Truth and Private Lives of Country Musics Stars* . New York: Congdon & Weed, 1988.

—Schor, Juliet B. *The Overworked American: The Unexpected Decline of Leisure* . New York: Basic Books, 1992.

—Shapiro, Henry D. *Appalachia on Our Mind: The Southern Mountains and Mountaineers in the American Consciousness, 1870-1920* . Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1986 (publicado originalmente en 1978).

—Slaughter, Thomas P. *The Whiskey Rebellion: Frontier Epilogue to the American Revolution* . New York: Oxford University Press, 1986.

—Spooner, Lysander. *No Treason* . Colorado Springs, CO: Ralph Myles Publishers, 1990 (publicado originalmente en 1868). (*Sin traición* . Editorial Innisfree, 2013).

—St. Johns Review. *Spanning the Decades: St. Johns Bridge Diamond Jubilee* . Portland, OR: Portland Rose Festival, 1991 (publicado originalmente en 1931).

—Steinfeld, Robert J. *The Invention of Free Labor: The Employment Relation in American Law and Culture 1350-1870* . Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1991.

—Stern, Kenneth S. *A Force Upon the Plain: The American Militia Movement and the Politics of Hate* . New York: Simon & Schuster, 1996.

—Strasbaugh, John. *E: Reflections on the Birth of the Elvis Faith* . New York: Blast Books, 1995.

—Styner y Cist, impresores. «Observations on the Slaves and the Indented Servants, Inlisted [*sic*] in the Army, and in the Navy of the United States». Philadelphia, 1777 (vía internet).

—Swift, Jonathan. *Gulliver's Travels* . New York: Washington Square Press,

1961 (publicado originalmente en 1726). (*Los viajes de Gulliver* . Valdemar, Madrid, 2003).

—Tullos, Allen, ed. *Long Journey Home: Folklife in the South* . Chapel Hill, NC: Southern Exposure, 1977.

—Waddell, L. A. *The Phoenician Origin of the Britons, Scots & Anglo-Saxons* . Hawthorne, CA: Christian Book Club of America, 1983.

—Wade, A. M. *Homes: A Casualty of Inflation* . Wickliffe, OH: Monetary Science Publishing, 1974.

—Waller, Altina L. *Feud: Hatfields, McCoys, and Social Change in Appalachia 1860-1900* . Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1988.

—Wertenbaker, Thomas J. *The First Americans: 1607-1690* . Chicago: Quadrangle Books, 1971 (publicado originalmente en 1927).

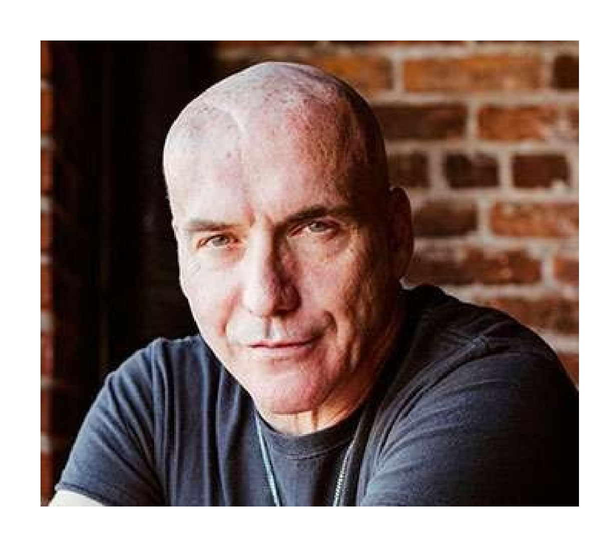
—Whitelock, Dorothy. *The Beginnings of English Society* . London: Penguin Books, 1991 (publicado originalmente en 1952).

—Wilcox, Laird, ed. *Spectrum: A Guide to The Independent Press and Informative Organizations* . Olathe, KS: Editorial Research Service, 1991.

—Williamson, J. W. *Hillbillyland: What the Movies Did to the Mountains & What the Mountains Did to the Movies* . Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1995.

—Woods, Daniel B. *Sixteen Months at the Gold Diggings: An Account of a Journey to the Newly Discovered Gold Regions of California* . Provo, UT: Triton Press, 1989 (publicado originalmente en 1851).

—Zinn, Howard. *A People's History of the United States* . New York: Harper-Perennial, 1990 (publicado originalmente en 1980). (*La otra historia de Estados Unidos* . Argitaletxe HIRU, S. L. Colección Las Otras Voces. Hondarribia, 1999).



JIM GOAD (1961) sobrevivió a una adolescencia solitaria, misántropa y de bicho raro, con padre violento y monjas abusivas, en Clifton Heights, Pennsylvania, un barrio de lo más *redneck,* del que suele decirse que, como no te largues a tiempo, a los veinte años estás acabado. En cuanto puede huye a Nueva York, estudia interpretación con Stella Adler y conoce a Debbie, una chica judía de Coney Island, en un concierto de Johnny Thunders. Por problemas con un casero se marchan a Los Ángeles (se casan en Las Vegas) y juntos fundan la mítica revista de culto *ANSWERMe!* , de la que, entre 1991 y 1994, salen cuatro números (el último, dedicado a la violación, es retirado de las tiendas por obscenidad). Entrevistas con Russ Meyer, Timothy Leary, Public Enemy, Iceberg Slim y artículos satíricos y muy cabrones sobre la masturbación en la literatura, la pedofilia en la obra de Steven Spielberg, los asesinos en serie, los 100 mejores suicidios de la historia o la música country racista. Se dice que Kurt Cobain andaba leyendo el número del suicidio antes de sacarse el carnet del Club 27. También inspiraría el suicidio de tres neonazis británicos. Francisco Martin Duran, el tipo que se lio a tiros desde la verja de la Casa Blanca con su carabina semiautomática en el 94, llevaba recortes de la revista en el bolsillo… La relación de Jim con Debbie y, luego con Anne «Skye» Ryan, «la dulce chica Drácula», fue bastante tormentosa; el asunto acabaría con Jim cumpliendo dos años en la prisión estatal de Oregón, preso n.º 12800236, por agresión. Allí escribiría sus memorias, *Shit Magnet* (*Imán para la mierda*). Se declara miembro orgulloso de la Nación de la Basura Blanca y ha girado con Hank III. No hay ni una sola minoría que no le odie. Él se ríe. Ellos no. Él piensa que sin humor estamos perdidos. Y lo estamos. Actualmente no vive en un parque de caravanas, pero se lo está pensando.

Notas

[*] Para no convertir el texto en un basural de asteriscos y cruces hemos optado por numerar y referenciar las notas que, como editores, hemos considerado necesarias para la comprensión del texto (sobre todo, notas de referencias culturales), con números entre corchetes[00], y las notas del autor, puramente bibliográficas, con números entre paréntesis (00) . <<

[1] Programa federal del gobierno de Estados Unidos destinado a financiar la limpieza de zonas contaminadas con sustancias nocivas y contaminantes. (*N. de los E.*). <<

[2] Tira de la prensa satírica estadounidense que narra las andanzas de una familia rural en la empobrecida localidad de Dogpatch, Kentucky. Escrita y dibujada por Al Capp. en España no tuvo mucha suerte. Solo se publicaron algunos episodios en la revista *El Globo* de Buru Lan Ediciones en 1973 y una edición posterior en cuadernos monográficos de Ediciones Eseuve entre 1991 y 1992, que solo alcanzó los seis números. (*N. de los E.*). <<

[3] Personajes de una serie de películas de Universal Studios que se rodaron a finales de los años cuarenta y a lo largo de la década de los cincuenta. Son una pareja hillbilly con quince hijos cuyas vidas cambian radicalmente en el momento en que ganan un concurso y abandonan la granja para mudarse a vivir a la casa que les dan como premio. (*N. de los E.*). <<

[4] *Easy Rider* (1969), dirigida por Dennis Hopper. (*N. de los E.*). <<

[5] *Deliverance* (1972), dirigida por John Boorman, basada en la novela de James Dickey. (*N. de los E.*). <<

[6] El estereotipo que alcanzó notoriedad en 1898 a través del libro infantil *The Story of Little Black Sambo* , de Helen Bannerman, en el que se retrata a los negros como gente muy alegre, vaga, irresponsable y despreocupada. (*N. de los E.*). <<

[7] Nombre artístico del actor y comediante afroamericano Lincoln Theodore Monroe Andrew Perry (1902-1985), «el hombre más perezoso del mundo». Fue el primer intérprete negro en lograr que su nombre apareciese en los títulos de crédito. Sus caracterizaciones siempre fueron motivo de controversia y se consideran ejemplo de estereotipo negativo de los afroamericanos. (*N. de los E* .). <<

[8] James Albert Varney, Jr. (1949-2000), actor y cómico estadounidense que se hizo célebre por el personaje de Ernest P. Worrell, un idiota con gorra, estereotipo de basura blanca, creado originalmente por una agencia de

publicidad de Nashville. Murió tres años después de la publicación de este libro. (*N. de los E.*). <<

[9] «Po’bucker», expresión afroamericana para referirse peyorativamente a la basura blanca. Resulta de unir la palabra inglesa «poor» (pobre) con «buuker» o «buckra», término con el que en África occidental se denomina al diablo, al hombre del saco o al hombre blanco. (*N. de los E.*). <<

[10] Exitosa comedia de situación basada en estereotipos racistas que comenzó su andadura como programa de radio en 1928 antes de dar el salto definitivo a la televisión. *(N. de los E* .). <<

[11] Serie de animación de la MTV. Sus dos protagonistas, basura blanca adolescente de la peor calaña, obsesionados por el sexo y deficientes mentales, comentan las peripecias de sus lamentables vidas mientras ven videos musicales. *(N. de los E).* <<

[12] Serial de la CBS emitido desde 1982 basta 1990 (184 episodios de media hora) que transcurre en una pequeña localidad rural de Vermont llena de personajes extravagantes, entre los que se encuentran los hermanos Larry, Darryl y Darryl. Estos dos últimos no hablaron hasta el último episodio. (*N. de los E.*). <<

[13] El actor Ted Danson tuvo muy mala prensa cuando el 8 de octubre de 1993 apareció con la cara pintada de negro en el Friars Club en una fiesta en honor a su pareja de por aquel entonces, Whoopi Goldberg, interpretando un monólogo en el que soltó más de doce veces la palabra «negrata» mientras se comía una sandía. Goldberg le defendió diciendo que le había ayudado a escribir el guión. Marge Schott, presidenta del equipo de béisbol de los Cincinatti Reds que estuvo envuelta en una polémica tras ser acusada de haberse referido a dos de sus jugadores como «negratas de un millón de dólares». Mark Fuhrman, exdetective del Departamento de Policía de Los Ángeles (LAPD). Célebre por su participación en la investigación de los asesinatos de Nicole Brown Simpson y Ronald Lyle Goldman en el caso de O. J. Simpson. Muy aficionado al lenguaje racista y sospechoso de haber plantado pruebas falsas en el caso. (*N. de los E.*). <<

[14] Comenzó en los años cincuenta como una manifestación de la cultura chicana, a la que más tarde se acabaría uniendo la cultura afroamericana. Consiste en la manipulación de coches clásicos como forma de vida y afirmación social. (*N. de los E.*). <<

[15] Bandas afroamericanas rivales de Los Ángeles. (*N. de los E.*). <<

[16] Familias rivales de la región fronteriza entre Virginia Occidental y Kentucky. Su mítica enemistad, que duró años y estuvo a punto de desencadenar una guerra, ha pasado a formar parte del folclore estadounidense. El trasfondo del conflicto puede rastrearse, por ejemplo, en la serie de dibujos animados *Los Osos Montañeses* (1965), de Hanna-Barbera, en la que la familia protagonista vive en perpetuo enfrentamiento armado con

«los malditos Mojarras» en la zona rural más profunda de Estados Unidos. (*N. de los E.*). <<

[17] «Anschluss» es una palabra alemana que, en un contexto político, significa «unión», «reunión» o «anexión». Fue usada para referirse a la incorporación de Austria a la Alemania nazi el 12 de marzo de 1938 como provincia del III Reich. (*N. de los E.*). <<

[18] Camionetas modificadas con ruedas gigantes y suspensión neumática que se utilizan en exhibiciones, carreras destructivas de obstáculos, etc…, muy populares en la «América profunda». *(N. de los E.)* . <<

[19] Vehículos que disputan la segunda categoría más potente, por detrás de los Top Fuel, de las carreras de «dragsters» de la NHRA (National Hot Rod Association). En esta, dos competidores corren sobre una recta pavimentada de un cuarto de milla (poco más de cuatrocientos metros). Los «funny cars» son copias modificadas de alto rendimiento de coches último modelo con un motor V8 que puede llegar a alcanzar los 8000 CV de potencia y recorrer 330 metros en cuatro segundos. (*N. de los E.*). <<

[20] Del programa de la cadena de televisión ABC en los años setenta *Donny & Mary* . Dúo pop que se formó en el célebre grupo familiar The Osmonds. (*N. de los E.*). <<

[21] Apodo coloquial de la ciudad de Filadelfia, también conocida como la Ciudad del Amor Fraternal. (*N. de los E.*). <<

[22] Pueblo montañoso ficticio donde habita el clan de hillbillies de la tira cómica de Al Capp *Li'l Abner* (1934-1977), localidad habitualmente descrita como el lugar más miserable e innecesario de la tierra. (*N. de los E.*). <<

[23] Nombre con el que se conoce a los siete grandes proyectos suburbanos creados en Estados Unidos por William Levitt y su empresa Levitt & Sons después de la Segunda Guerra Mundial para dar residencia a los veteranos y sus nuevas familias, aunque limitado exclusivamente a veteranos de «raza caucásica». Seguían el modelo de una cadena de montaje, miles de casas similares o idénticas de construcción fácil y rápida, con su valla blanca, su parcelita de césped y sus electrodomésticos. (*N. de los E.*). <<

[24] El término utilizado por el autor es «ruffneckism», derivado del término «roughneck», que se refiere a los obreros de trabajos manuales pesados. La connotación de trabajo duro ha hecho que el término haya pasado a formar parte de los logos y los nombres de varios equipos deportivos. Un trabajo duro que, por otro lado, endurece y brutaliza. Johnny Cash escribió una canción en honor de esta clase obrera embrutecida, «Born To Be A Roughneck», casi un himno redneck. (*N. de los E.*). <<

[25] *Pagliacci* es un drama en dos actos. Música y libreto del compositor Ruggero Leoncavallo. Relata la tragedia de un esposo celoso y su esposa en una compañía teatral de la comedia del arte. (*N. de los E.*). <<

[26] El «scrapple» es un pudín de despojos y tiras de cerdo mezclados con maíz molido, harina y especias que se corta en rodajas y se fríe. Típico de los estados de la zona atlántica de Estados Unidos: Delaware, Pensilvania, Nueva Jersey y Maryland. Procede de los holandeses y probablemente sea una receta menonita o amish. Se vende en los supermercados de toda la zona, tanto fresco como congelado. (*N. de los E.*). <<

[27] Sello editorial de cómics dirigido por William Gaines que vivió su época dorada entre los años cuarenta y cincuenta. Se especializó en cómics de ciencia ficción, crímenes, guerra y, sobre todo, terror. De estos últimos, sus series más destacadas fueron *Tales from the Crypt, The Vault of Horror y The Haunt of Fear* . Finalmente, debido a la presión de la censura, cerró todas sus publicaciones para concentrarse en la revista de humor *Mad. (N. de los E.).* <<

[28] La canción «Great Green Gobs of Greasy, Grimy Gopher Guts» es una canción infantil muy popular en Estados Unidos. Data de mediados del siglo XX, es de dominio público y se canta con la melodía de «The Old Gray Mare». Habitual en comedores y campamentos de verano, su letra expone cómicamente horrores macabros relacionados con el aseo y el comportamiento en la mesa. Existen varias versiones, pero en todas suele hacerse referencia a fluidos y partes del cuerpo de animales que los estadounidenses, por lo general, no consumen: «carne mutilada de mono», «ojos fritos nadando en una piscina de sangre», «patas de loro desgarradas» o, como dice el propio título de la canción: «toneladas de verdes, grasientas y asquerosas tripas de topo». Todas las versiones acaban diciendo: «y yo sin una cuchara». (*N. de los E.*). <<

[29] «Hootenanny» es una palabra escocesa que significa «celebración» y/o «fiesta» que ha acabado convirtiéndose en un coloquialismo típico de la región de los Apalaches. Hoy día se utiliza generalmente para referirse a fiestas de música folk con micrófono abierto en las que todo el mundo participa. (*N. de los E.*). <<

[30] Serie de televisión estadounidense de los años sesenta sobre una familia de montañeses que tras descubrir petróleo en sus tierras se va a vivir a Beverly Hills, California. En países de habla hispana se conoció como *Los nuevos ricos* o *Rústicos en Dinerolandia. (N. de los E.). <<*

[31] Revista feminista y progresista estadounidense cofundada en 1971 por las activistas Gloria Steinem y Dorothy Pitman Hughes. (*N. de los E.*). <<

(1) Tad Friend, «White Trash Nation» *The Oregonian* (publicado en tres partes), 6/11/94-8/11/94. <<

[32] Edsel fue una marca de automóviles vendida por Ford. Se considera uno de los mayores fracasos automovilísticos de todos los tiempos. En sus tres años de existencia causó unas pérdidas a Ford de doscientos cincuenta millones de dólares. (*N. de los E.*). <<

[33] Resultado de la unión de «white» (blanco) y «nigger» (negrata). Es de uso peyorativo y se considera un insulto racial. (*N. de los E* .). <<

[34] Resultado de la unión de «nude» (desnudo) y «redneck». Cuello al aire, al desnudo, al descubierto. (*N. de los E.*). <<

[35] Típicos nombres redneck, como Billy Bob. (*N. de los E.*). <<

[36] Marca estadounidense de queso procesado de consistencia sólida, similar a la de una salsa o queso para untar, introducido en el mercado por Kraft Foods en 1953. Suele emplearse para untarse sobre crackers. En Estados Unidos es una marca icónica. (*N. de los E.*). <<

[37] El patriarca viudo de la familia protagonista de la serie *The Beverly Hillbillies* , interpretado por el cantante y actor Buddy Ebsen. (*N. de los E.*). <<

[38] Término del argot estadounidense para referirse a los buenos chicos del sur rural. (*N. de los E.*). <<

[39] Término del argot estadounidense para referirse al «amiguismo» de los poderosos y adinerados. (*N. de los E.*). <<

[40] El término que utiliza el autor es «bathtub crank», metanfetamina de calidad ínfima producida normalmente en una bañera bastante cutre. (*N. de los E.*). <<

(1) Cantor, *The Medieval World* , pp. 67-69. <<

(2) La información sobre los pictos procede de Waddell, *The Phoenician Origin of the Britons, Scots & Anglo-Saxons* . <<

(3) Bloch, *Feudal Society* , p. 9. <<

(4) Boissonnade, *Life and Work in Medieval Europe* , p. 29. <<

(5) Pirenne, *Economic and Social History of Medieval Europe* , p. 17. <<

(6) Boissonnade, *Life and Work in Medieval Europe* , p. 151. <<

(7) *Ibid* ., p. 326. <<

[41] El Domesday Book (también conocido como Domesday, Doomsday o Libro de Winchester) fue el principal registro de Inglaterra, completado en 1086 por orden del rey Guillermo I. Se trata de un registro similar a los censos nacionales que se realizan hoy en día. (*N. de los E.*). <<

(8) *Ibid* ., p. 123. <<

(9) *Ibid* ., p. 117. <<

(10) Duby, *The Three Orders* , p. 278. <<

(11) *Ibid* ., p. 136. <<

(12) Bloch, *Feudal Society* , p. 136. <<

(13) Duby, *The Three Orders* , p. 136. <<

(14) *The Oregonian* , 28/5/96, p. Cl. <<

(15) Boissonnade, *Life and Work in Medieval Europe* , p. 263. <<

(16) *Ibid* ., p. 262. <<

(17) Duby, *The Three Orders* , p. 352. <<

(18) Schor, *The Overworked American* , p. 61. <<

(19) Boissonnade, *Life and Work in Medieval Europe* , p. 148. <<

(20) Duby, *The Three Orders* , p. 288. <<

[42] Personaje del programa televisivo para niños *Captain Kangaroo* interpretado por Hugh Brannun. El señor Green Jeans se ganó el mote por su atuendo, un overol de granjero de color verde. (*N. de los E.*). <<

[43] El origen de este término está relacionado con un mote derivado de la palabra «brother» (hermano) que suele darse a los hermanos mayores dentro del círculo familiar, aunque se utiliza también fuera del mismo para referirse cariñosamente a un amigo. Su aparición en el Sur de Estados Unidos parece proceder de la lengua creole de los afroamericanos de las islas de Carolina del Sur, de la expresión Krio «bohboh» (niño) que entre los gullah aparece como «buhbuh». Bubba suele utilizarse fuera del Sur de Estados Unidos de manera peyorativa para referirse a una persona de bajo estrato económico y de educación limitada. Muy relacionado con el término «good ol’ boy». (*N. de los E.*). <<

(21) *Ibid* ., p. 334. <<

(22) Cheyney, *The Dawn of a New Era* , p. 133. <<

(23) Epstein, *Wage Labor and Guilds in Medieval Europe* , p. 254. <<

(24) Hill, *The World Turned Upside Down* , pp. 50-52. <<

[44] En Inglaterra, desde 1931, se denominaba «workhouse» a la institución donde iban a vivir y a trabajar los pobres que no tenían con qué subsistir. (*N. de los E.*). <<

(25) *Ibid* ., pp. 41, 34, 64, 76, 186, 100, 39 y 21 respectivamente. <<

(26) Foster, *Modern Ireland* , pp. 136-37. <<

(27) Leyburn, *The Scotch-Irish* , p. 125. <<

(28) *Ibid* ., p. 131. <<

[45] Destilación ilegal de alcohol. (*N. de los E.*). <<

[46] Macho cabrío, cabrón. (*N. de los E.*). <<

[47] Billy es un diminutivo de William. (*N. de los E.*). <<

(1) Bailyn, *The Peopling of British North America* , p. 61. <<

(2) Zinn, *A Peoples History of the United States* , p. 46; también Ekirch, *Bound for America* , p. 58; Leyburn, *The Scorch-Irish* , p. 176; Nash, *Class and Society in Early America* , p. 82; Hofstadter, *America at 1750* , p. 34. <<

(3) Wertenbaker, *The First Americans* , p. 33. <<

(4) Leyburn, *The Scotch-Irish* , p. 178. <<

(5) Kellner, *Moonshine: Its History and Folklore* , p. 34. <<

(6) Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , p. 62, citando a George Novack, «Slavery in Colonial America», *America's Revolutionary Heritage* , p. 142. <<

(7) Eric Williams, *From Columbus to Castro* , citado en Uneset news-group soc.genealogy.uk+ireland. <<

(8) Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , p. 11, citando «Some Observations on the Island of Barbados», Calendar of State Papers, Colonial Series, p. 528. <<

(9) Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , p. 68, citando a Jill Y. Sheppard, *The «Redlegs» of Barbados* , p. 18. <<

(10) Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , pp. 62-63. <<

(11) *Ibid* ., pp. 90-91. <<

(12) Clinton V. Black, *History of Jamaica* , p. 37, citado en Uneset news-group so.genealogy.uk+ireland. <<

(13) Hofstadter, *America at 1750* , p. 37. <<

(14) Nash, *Red, White, and Black* , p. 217. <<

(15) Caudill, *Night Comes to the Cumberlands* , pp. 5-6. <<

[48] De «kid» (niño) y el verbo «nab» (agarrar, pillar, pescar…). Algo así como «pesca de críos». *(N. de los E* .). <<

[49] Secuestro, rapto. (*N. de los E.*). <<

(16) Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , p. 15, citando el cálculo del escritor inglés Francis Trollope de doscientos mil, o más, niños británicos secuestrados y forzados a trabajar en fábricas. <<

(17) Cash, *The Mind of the South* , p. 7. <<

(18) Wertenbaker, *The First Americans* , p. 63. <<

(19) Steinfeld, *The Invention of Free Labor* , p. 199. <<

(20) *Ibid* ., p. 247. <<

(21) Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , p. 72, citando a Robert C. Johnson, «The Transportation of Vagrant Children from London to Virginia 1618-1622» en *Early Stuart Studies* , p. 139. <<

(22) *Ibid* ., p. 70, citando el Manuscrito Egerton, British Museum. <<

(23) Nash, *Red, White, and Black* , p. 217, citando a Peter Gouldesbrough, «An Attempted Scottish Voyage to New York in 1669», *Scottish Historical Review* , 40 (1961), p. 58. <<

(24) Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , p. 55, citando a Edward Channing, *History of the United States* , Vol. II, p. 369. <<

(25) *Ibid* ., p. 77, citando un panfleto de M. Godwyn, Londres, 1680. <<

(26) Genovese, *Roll, Jordan, Roll* , p. 5. <<

(27) Kennedy y Kennedy, *The South Was Right!* , p. 67. <<

[50] Antigua moneda alemana de plata. (*N. de los E.*). <<

(28) Cita de Mittelberger tomada de Zinn, *A People's History of the United States* , p. 43, y Hofstadter, *America at 1750* , pp. 39-40. <<

(29) Hofstadter, *America at 1750* , p. 38. <<

(30) *Ibid* ., p. 42. <<

(31) Ekirch, *Bound for America* , p. 104. <<

(32) *Ibid* ., p. 104. <<

(33) Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , p. 80. <<

(34) Hofstadter, *America at 1750* , p. 48. <<

(35) Ekirch, *Bound for America* , p. 103. <<

(36) *Ibid* ., p. 103. <<

(37) Hofstadter, *America at 1750* , p. 42. <<

(38) Ekirch, *Bound for America* , p. 102. <<

(39) Zinn, *A People's History of the United States* , p. 44. <<

[51] Gomer Pyle fue un personaje televisivo interpretado por Jim Nabors que comenzó a aparecer en la tercera temporada de *The Andy Griffith Show* . Mecánico de coches simplón e ingenuo que llegaría a popularizar muchas expresiones. Entre ellas: «¡Shazam!», «Gawwww-leeeee!», «shame, shame, shame!» y «Sur-prise, sur-prise, sur-prise!». (*N. de los E.*). <<

(40) Nash, *Red, White, and Black* , pp. 53-54. <<

(41) Hofstadter, *America at 1750* , p. 34. <<

(42) Ekirch, *Bound for America* , p. 123. <<

(43) *Ibid* ., p. 129. <<

(44) *Ibid* ., p. 129. <<

(45) Steinfeld, *The Invention of Free Labor* , p. 88. <<

(46) Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , p. 40. <<

(47) Steinfeld, *The Invention of Free Labor* , p. 88. <<

(48) Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , p. 99, citando a H. White, *Life and Services of Matthew Lyon* , p. 6. <<

(49) *Ibid* ., p. 53, citando a Richard Ligon, *A True and Exact History* (1657). <<

(50) *Ibid* ., p. 53. <<

(51) Nash, *Red, White, and Black* , pp. 53-54. <<

(52) Steinfeld, *The Invention of Free Labor* , p. 89. <<

(53) Ekirch, *Bound for America* , p. 146. <<

(54) Zinn, *A People's History of the United States* , p. 44. <<

(55) Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , p. 89. <<

(56) *Ibid* ., p. 89. <<

(57) *Ibid* ., p. 89. <<

(58) *Ibid* ., p. 89. <<

(59) *Ibid* ., p. 91. <<

(60) Wertenbaker, *The First Americans* , p. 227. <<

(61) Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , p. 107. <<

(62) Zinn, *A People's History of the United States* , p. 44. <<

(63) Wertenbaker, *The First Americans* , p. 227. <<

(64) Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , p. 107. <<

(65) *Ibid* ., p. 108. <<

(66) *Ibid* ., p. 113, citando la Public Record Office, Londres, High Court of Admiralty. <<

(67) Ekirch, *Bound for America* , p. 159. <<

(68) Hamrick, *Antient White Slaves* . <<

[69] Higginbotham, *In the Matter of Color* , p. 156. <<

[70] Ekirch, *Bound for America* , p. 147. <<

[71] Steinfeld, *The Invention of Free Labor* , p. 46. <<

[72] Higginbotham, *In the Matter of Color* , p. 214. <<

[73] Steinfeld, *The Invention of Free Labor* , p. 134. <<

[74] Ekirch, *Bound for America* , pp. 196-97. <<

[75] Hamrick, *Antient White Slaves* . <<

[76] Wertenbaker, *The First Americans* , p. 230. <<

[77] Hofstadter, *America at 1750* , p. 55. <<

[78] *Ibid* ., p. 55. <<

[79] Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , p. 88. <<

[80] *Ibid* ., pp. 88-89. <<

[81] Higginbotham, *In the Matter of Color* , p. 22, citando a John Hope Franklin. <<

[82] *Ibid* ., p. 28. <<

[83] *Ibid* ., p. 459. <<

[84] *Ibid* ., p. 280. <<

[85] Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , p. 11, citando a Thomas Burton, *Parliamentary Diary: 1656-59* , Vol. IV, pp. 253-74. <<

[86] Higginbotham, *In the Matter of Color* , p. 411. <<

[87] Ekirch, *Bound for America* , p. 227. <<

[88] *Ibid* ., p. 122. <<

[89] «Observations on the Slaves», etc. <<

[90] Caudill, *Night Comes to the Cumberlands* , p. 18. <<

(91) Steinfeld, *The Invention of Free Labor* , p. 101. <<

(92) Ekirch, *Bound for America* , p. 160. <<

(93) Zinn, *A People's History of the United States* , p. 37. <<

(94) Genovese, *Roll, Jordan, Roll* , p. 57. <<

(95) Leyburn, *The Scotch-Irish* , p. 178. <<

(96) Hofstadter, *America at 1750* , p. 46. <<

(97) Genovese, *Roll, Jordan, Roll* , p. 23. <<

(98) Kennedy y Kennedy, *The South Was Right!* , p. 97. <<

(99) Ignatiev, *How the Irish Became White* , p. 42. <<

(100) *Ibid* ., p. 109. <<

[52] *Blazing Saddles* (1974), dirigida por Mel Brooks. (*N. de los E.*). <<

(101) Ekirch, *Bound for America* , p. 20. <<

(102) *Ibid* , p. 226. <<

(103) *Ibid* ., p. 136. <<

(104) Hofstadter, *America at 1750* , p. 49. <<

(105) Ekirch, *Bound for America* , p. 139. <<

(106) *Ibid* ., p. 27. <<

(107) *Ibid* , p. 38. <<

(108) *Ibid* ., pp. 1-2. <<

(109) *Ibid* , p. 223. <<

(110) *Ibid* ., p. 31. <<

(111) *Ibid* ., p. 64. <<

(112) *Ibid* ., p. 58. <<

[113] Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , p. 66. <<

[114] Ekirch, *Bound for America* , p. 67. <<

[115] *Ibid* ., p. 29. <<

[116] *Ibid* ., p. 28. <<

[117] Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , p. 71, citando a Edward Burt, *Letters from a Gentleman* , Vol. II, pp. 54-55 <<

[118] Higginbotham, *In the Matter of Color* , p. 394. <<

[119] Caudill, *Night Comes to the Cumberlands* , p. 5. <<

[120] Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , p. 79, citando a William Stevenson dirigiéndose a James Cheston, 12 de septiembre de 1768 y 30 de diciembre de 1769, Cheston-Galloway Papers, Maryland Historical Society. <<

[121] Hofstadter, *America at 1750* , p. 45. <<

[122] *Ibid* ., p. 45; también Nash, *Red, White, and Black* , p. 53. <<

[123] Nash, *Class and Society in Early America* , p. 41; también Ekirch, *Bound for America* , p. 133. <<

[124] Bailyn, *The Peopling of British North America* , p. 28; también Wertenbaker, *The First Americans* , p. 23. <<

[125] Perkins, *The Economy of Colonial America* , p. 72. <<

[126] Ekirch, *Bound for America* , p. 202. <<

[127] Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , pp. 85-86. <<

[128] Hofstadter, *America at 1750* , p. 60. <<

[129] Ekirch, *Bound for America* , p. 125. <<

[130] Hofstadter, *America at 1750* , p. 60. <<

[131] Nash, *Red, White, and Black* , p. 220. <<

[132] Zinn, *A People’s History of the United States* , p. 47. <<

(133) Ekirch, *Bound for America* , p. 183. <<

(134) Wertenbaker, *The First Americans* , p. 193. <<

(135) Genovese, *Roll, Jordan, Roll* , p. 641. <<

(136) Nash, *Class and Society in Early America* , p. 47. <<

[53] El término «hoe» significa tanto «azada» como «prostituta» en argot. (*N. de los E.*). <<

[54] El término procede de la «Teoría del Durmiente» de James Henry Hammond, hacendado que llegaría a ser gobernador de Carolina del Sur y senador de Estados Unidos, uno de los mayores defensores de la esclavitud antes de la Guerra de Secesión. Recurrió a este término de la construcción para decir que tenía que existir, y siempre ha sido así, una clase baja sobre la que se sustente la clase alta. La esclavitud como pilar básico de la sociedad. (*N. de los E.*). <<

[55] Embutido de hígado típico de la cocina alemana, en el Sur de Estados Unidos y en el Medio Oeste suele servirse con rodajas de pepino agridulce. La expresión sería algo así como el «cortar el bacalao» en versión redneck. (*N. de los E.*). <<

(1) *Encyclopedia of Southern Culture* , pp. 1126-27, 1398. <<

(2) Leyburn, *The Scotch-Irish* , p. 191. <<

(3) Bailyn, *The Peopling of British North America* , p. 117. <<

(4) Nash, *Red, White, and Black* , p. 235. <<

(5) Ekirch, *Bound for America* , p. 193, citando a Anthony Stokes, *A View of the Constitution of the British Colonies* . <<

[56] «Jimmy Crack Corn», también conocida como «Blue Tail Fly», es una canción estadounidense que se hizo popular en la década de 1840, en las actuaciones de los Virginia Minstrels. En la superficie, la canción es el lamento de un esclavo negro por la muerte accidental de su amo blanco cuando iba a lomos de su caballo, pero hay un claro subtexto de celebración de esa muerte en la que los esclavos han contribuido con deliberada negligencia. (*N. de los E.*). <<

(6) Helper, *The Impending Crisis of the South* , p. 318. <<

(7) *Ibid* ., p. 322. <<

(8) Hundley citado en Reed, *Southern Folk, Plain & Fancy* , pp. 43-44. <<

(9) Williamson, *Hillbillyland* , p. 37. <<

(10) Swift, *Gulliver’s Travels* , p. 272. <<

(11) Leyburn, *The Scotch-Irish* , p. xvi. <<

(12) Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , p. 111. <<

(13) Del hilo «Rednecks» en Usenet newsgroup alt.appalachian, citando a D. H. Fisher, *Albion’s Seed* , p. 758. <<

(14) Del hilo «Rednecks» en Usenet newsgroup alt.appalachian, citando a la OED. <<

(15) Del hilo «Rednecks» en Usenet newsgroup alt.appalachian. <<

[57] Género teatral musical estadounidense que tuvo su esplendor entre 1840 y 1900. Se caracterizaba por el hecho de que siempre era interpretado por actores blancos que se pintaban las caras de negro para interpretar canciones y bailes en los que imitaban a los negros de manera cómica y condescendiente. (*N. de los E.*). <<

[58] Eddie Haskell, personaje de ficción de la comedia de situación de los años cincuenta *Leave It To Beaver* , interpretado por Ken Osmond, que ha acabado convirtiéndose en referencia cultural como arquetipo del falso adulador. (*N. de los E.*). <<

(16) Flynt, *Dixies Forgotten People* , p. 19. <<

[59] De la tira cómica *Li’l Abner. (N. de los E.).* <<

[60] La pareja hillbilly de la serie de películas basada en la novela *The Egg and I* de Betty MacDonald. *(N. de los E* .). <<

[61] Matrimonio hillbilly de «moonshiners» que aparece en la tira cómica *Barney Google and Snuffy Smith* , de Billy DeBeck, que se comenzó a publicar en 1919. (*N. de los E.*). <<

[62] De la serie *The Beverly Hillbillies. (N. de los E.).* <<

(17) *Encyclopedia of Southern Culture* , p. 885. <<

[63] *Los Tres Chiflados* , Moe, Larry y Curly, trío que llegaría a protagonizar ciento noventa cortometrajes entre 1934 y 1958. (*N. de los E.*). <<

[64] En castellano en el original. (*N. de los E.*). <<

(18) Helper, *The Impending Crisis of the South* , p. 332. <<

(19) *Encyclopedia of Southern Culture* , p. 864. <<

(20) Reed, *The Enduring South* , p. 83. <<

(21) Shapiro, *Appalachia on Our Mind* , p. xvi. <<

(22) *Ibid* ., p. 80. <<

(23) *Ibid* ., p. 3. <<

(24) *Ibid* ., p. 17. <<

(25) *Ibid* ., p. 79. <<

(26) Kephart, *Our Southern Highlanders* , p. 18. <<

(27) *Encyclopedia of Southern Culture* , p. 948. <<

(28) Blount, *Crackers* , p. 244. <<

(29) *New York Times* 1/1/12, p. 12:6, citado en Shapiro, *Appalachia on Our Mind* , p. 329. <<

(30) Del folleto informativo *Hate Whitey: The Cinema of Defamation* , de Michael A. Hoffman II. <<

(31) *New York Times* , 9/2/94, p. A21. <<

[65] Nombre para referirse al Sur de Estados Unidos. (*N. de los E.*). <<

(32) Reed, *Southern Folk, Plain & Fancy* , p. 66. <<

(33) *Ibid* ., p. 100. <<

[66] Libro publicado en 1994 por los profesores Richard J. Herrnstein y Charles Murray en el que se analiza la importancia de la inteligencia en la vida norteamericana. El libro fue famoso por el debate que generó acerca de la relación entre raza e inteligencia. *(N. de los E.)* . <<

[67] Programa de sketches cómicos de la televisión canadiense. *(N. de los E.)* . <<

[68] Película de 1991, mezcla de terror, fantasía y comedia dirigida por John Cherry, en la que el susodicho Ernest libera a un troll muy feo que planea transformar a los niños de un pueblo de Missouri en muñecos de madera. (*N. de los E.*). <<

(34) Kephart, *Our Southern Highlanders* , p. 297. <<

[69] Jeffrey Marshall Foxworthy, cómico estadounidense conocido sobre todo por sus chistes que comienzan diciendo: «Lo mismo eres un redneck si…». Entre su bibliografía están los libros *You Might Be a Redneck If…* (1989), del que existe hasta un juego de mesa, y los tres volúmenes de su Diccionario Redneck: *Jeff Foxworthys Redneck Dictionary: Words You Thought You Knew the Meaning Of* (2005), *Jeff Foxworthy's Redneck Dictionary II: More Words You Thought You Knew the Meaning Of* (2006), *Jeff Foxworthys Redneck Dictionary III: Learning to Talk More Gooder Fastly* (2007). (*N. de los E.*). <<

(35) Shapiro, *Appalachia on Our Mind* , p. 306. <<

[70] En la comedia de situación de los años sesenta, Green Acres, el letrado de Nueva York Oliver Wendell Douglas se muda con su mujer a vivir en una granja en la localidad de Hooterville. (*N. de los E.*). <<

(36) Capp, *Li'l Abner Dailies* , Vol. I, p. 5. <<

[71] Gotham, es uno de los motes con que se conoce a la dudad de Nueva York, utilizado por primera vez por Washington Irving en su periódico satírico *Salmagundi* (1807), popularizado a partir de 1940 como la ciudad de los cómics de Batman. (*N. de los E.*). <<

[72] Uno de los más grandes fraudes de la historia de la paleontología, se creyó verdadero durante más de cuarenta años. (*N. de los E.*). <<

(37) Reed, *Southern Folk, Plain & Fancy* , p. 45. <<

(38) Blount, *Crackers* , p. 108. <<

[73] Que en inglés, «Auntie Semitic», suena a «antisemitic», «antisemita». (*N. de los E.*). <<

[74] Personaje televisivo interpretado por el humorista Red Skelton que acabó convirtiéndose en el arquetipo del hayseed ignorante de Estados Unidos. *(N. de los E.)* . <<

[75] Expresión muy típica del Sur de Estados Unidos para significar asombro o frustración. La tierra de Gosén aparece mencionada en la Biblia en dos ocasiones; en una como provincia de Egipto y en otra como una zona de Canaán rebautizada. Después de que Moisés saque a los judíos de Egipto (de Gosén) y Josué los conduzca a Canaán, bautizan con ese mismo nombre una

parte de la Tierra Prometida. De ahí que la frase se use tanto como una exclamación de asombro como de frustración, pues empezó siendo tierra de cautiverio para acabar siendo un lugar en la Tierra Prometida. (*N. de los E.*). <<

[76] Literalmente, el cinturón del óxido, también conocido como el Manufacturing Belt (el cinturón industrial), región de Estados Unidos que engloba zonas de los estados de Delaware, Illinois, Indiana, Maryland, Michigan, Missouri, Nueva Jersey, Nueva York, Ohio, Pennsylvania, Virginia Occidental y Wisconsin, así como algunos centros industrializados del sur de Ontario, Canadá. (*N de los E* .). <<

(39) Adamic, Louis. «The Hill-Billies Come to Detroit». *The Nation* , 13/2/35, citado en Killian, *White Southerners* , p. 98. / Maxwell, James. «Down From the Hills and Into the Slums». *The Reporter* , 1956, citado en Killian, *White Southerners* , p. 99. / Votaw, Albert N. «Hillbillies Invade Chicago». *Harper's* 2/58, pp. 64-67, citado en Tullos, *Long Journey Home* , p. 199. / Bruno, Hal. «Chicago's Hillbilly Guetto». *The Reporter, 4/6/64* , pp. 28-31, citado en Tullos, *Long Journey Home* , p. 199. / Adams, James. «Appalachia Transplanted». *Cincinatti Post* , 7/71, citado en Tullos, *Long Journey Home* , p. 199. / Janson, A. «Displaced Southerners Find Chicago an Impersonal Haven». *New York Times* , 31/8/63, citado en Killian, *White Sotherners* , p. 101. <<

(40) Killian, *White Southerners* , pp. 103-7. <<

(41) *Ibid* ., p. 99. <<

(42) «Hillbillies Invade Chicago». <<

(43) Killian, *White Southerners* , p. 98. <<

(44) «Hillbillies Invade Chicago». <<

(45) Killian, *White Southerners* , pp. 103-7. <<

(46) *Ibid* ., p. 101. <<

(47) *Ibid* ., p. 108. <<

(48) *Ibid* ., p. 97. <<

(49) *Encyclopedia of Southern Culture* , p. 1129. <<

[77] Película propagandística nazi dirigida por Leni Riefenstahl. (*N. de los E.*). <<

[50] Información proporcionada por Jessica Morgan, Nitro, WV. <<

[51] Goldstein, Richard. «My Country Music Problem-And Yours». *Mademoiselle* , 6/73, citado en Reed, *Southern Folk, Plain & Fancy* , p. 40. <<

[52] FBI Uniform Crime Reports 1988: de 9415 violaciones interraciales, solo diez fueron de blancos a negros. Estadística citada en American Dissident Voices Tape n.º 585, «Two Nations, Not One», National Vanguard Books, Hillsboro, WV. <<

[78] Expresión derivada de la popular «negrata en la pila de leña» («nigger in the woodpile»), que viene a significar un hecho de considerable importancia que no se da a conocer, algo sospechoso o incorrecto. El origen de la expresión procede de cuando los esclavos fugitivos se escondían en pilas de leña o muros de piedra en su huida al Norte, en lo que vino a conocerse como el «underground railroad» («el ferrocarril subterráneo»). (*N. de los E.*). <<

[79] *Fortune 500* es una lista publicada anualmente por la revista *Fortune* que presenta las 500 mayores empresas estadounidenses de capital abierto a cualquier inversor. (*N. de los E.*). <<

(1) Weber citado en *Nash, Class and Society in Early America* , p. 79. <<

(2) Genovese, *The World the Slaveholders Made* , p. 183. <<

(3) Cook, *Capitalism Unmasked* , p. 9. <<

(4) Binzen, *Whitetown USA,* p. 43. <<

(5) Zinn, *A People's History of the United States* , p. 192. <<

(6) Schor, *The Overworked American* , p. 192. <<

(7) *Encyclopedia of Southern Culture* , p. 1412. <<

(8) *Ibid* ., p. 45. <<

(9) Flynt, *Dixie's Forgotten People* , p. 67. <<

(10) Tullos, *Long Journey Home* , p. 217. <<

(11) *Encyclopedia of Southern Culture* , p. 1390. <<

(12) *Louisville Courier-Journal* , 12/2/1888, citado en Waller, *Feud* , p. 211. <<

(13) *New York Times* , 18/2/1888, citado en Waller, *Feud* , p. 214. <<

(14) Shapiro, *Appalachia on Our Mind* , p. 161. <<

[15] Waller, *Feud* , p. 233. <<

[16] *Encyclopedia of Southern Culture* , p. 1415. <<

[17] Zinn, *A People's History of the United States* , p. 272. <<

[18] *Ibid* ., p. 320. <<

[19] *Ibid* ., p. 373. <<

[20] Appy, *Working-Class War* , p. 7. <<

[21] Parenti, «Hidden Holocaust, USA». <<

[22] *Trucking'95* , 3/95, p. 24. <<

[23] Kelley, *Hammer and Hoe* , p. 174. <<

[24] Lutton y Tanton, *The Inmigration Invasion* , pp. 69, 139. <<

[25] Dalton, *Will America Drown?* , p. 32. <<

[26] *Ibid* ., p. 20. <<

[27] Zinn, *A People's History of the United States* , p. 78. <<

[28] Butler, *War Is a Racket* , p. 9. <<

[29] Estadística calculada a partir del cálculo documentado en US de 4739 linchamientos de negros «a principios de la década de 1950, época en la que los linchamientos prácticamente habían terminado *[Encyclopedia of Southern Culture* , p. 174]», y que al menos el diez por ciento de los 58 191 estadounidenses muertos en Vietnam fueron negros. <<

[30] Appy, *Working-Class War* , p. 6. <<

[31] *Ibid* ., p. 41. <<

[32] Schor, *The Overworked American* , p. 81. <<

[33] Jim Redden, «Death to the New World Order», *PDXS* [Portland, OR], agosto 9-22, 1996, p. 2, citando estadísticas de «It's the Global Economy, Stupid», en *The Nation* , 15/7/96. <<

[34] Schor, *The Overworked American* , p. 151. <<

(35) *Ibid* ., p. 152. <<

(36) *Ibid* ., p. 47. <<

(37) Redden, «Death to the New World Order». <<

(38) Zinn, *A People's History of the United States* , p. 6. <<

(39) *Ibid* ., p. 49. <<

(40) Redden, «Death to the New World Order». <<

(41) Tad Friend, «White Trash Nation», citando el Censo US 1990. <<

[80] San Juan es la traducción de St. John, el barrio se llama St. Johns, con esa «s» final que si fuera precedida de un apostrofe, indicaría un posesivo que se traduciría como «el [barrio] de San Juan». (*N. de los E.*). <<

(1) Patterson, *Historical Atlas of the Outlaw West* , p. 154. <<

[81] Palabra alemana que significa «negro» y fue incorporada a la jerga de los judíos estadounidenses como término peyorativo para referirse a la gente de color. *(N. de los E.)* . <<

[82] Johnny Appleseed fue John Chapman (1774-1845), un pionero y un héroe del folclore estadounidense que introdujo los manzanos en buena parte de Pennsylvania, Ontario, Ohio, Indiana e Illinois, así como en los condados del norte de la actual Virginia Occidental. El autor hace un juego de palabras cambiando el «seed» (semilla) del apellido por «speed». (*N. de los E.*). <<

[83] Brobdingnag es un país ficticio habitado por gigantes que aparece en la novela de Jonathan Swift *Los viajes de Gulliver* (1726). Hay ratas del tamaño de perros con colas de «dos metros de largo», y los mastines son «iguales a cuatro elefantes». *(N. de los E.)* . <<

[84] Paul Bunyan es un legendario leñador gigantesco que aparece en algunos relatos del folclore estadounidense. *(N. de los E.)* . <<

(2) RF VIDEO Promotional Flyer. <<

[85] Judith Martin (1938), periodista estadounidense experta en etiqueta y comportamiento social, más conocida por su seudónimo, «la señora Modales». (*N. de los E* .). <<

[86] Richard Blackwell (1922-2008), crítico estadounidense de moda, periodista y célebre personaje de la radio y la televisión, más conocido como «Mr. Blackwell». Fue el creador de la «Lista de las diez mujeres peor

vestidas». *(N. de los E.)* . <<

[87] Personaje ficticio del relato de James Thuber aparecido por primera vez en la revista *The New Yorker* en 1939, «La vida secreta de Walter Mitty» del que existen dos versiones cinematográficas, una protagonizada por Danny Kaye y otra, más reciente, por Ben Stiller. Cuenta la historia de un hombre dócil y apacible con una vivida vida imaginaria. *(N. de los E* .). <<

[88] Referencia a la serie de animación *Los Supersónicos* (*The Jetsons*) creada por William Hanna y Joseph Barbera. En los créditos finales de cada capítulo el señor Súper Sónico pasea tranquilamente al perro Astro sobre una cinta de correr hasta que aparece un gato y este salta a por él dejando a Súper Sónico atrapado en un bucle dando vueltas en la cinta y, en la versión original, gritando a su mujer, Jane, que pare la cinta. (*N. de los E.*). <<

(3) Estadística de Madres en Contra de Conducir Ebrio. 16 589 muertes provocadas por conducir vehículos motorizados bajo los efectos del alcohol en 1994 y 17 274 en 1995. <<

[89] Humorista y actor estadounidense (1924-2003). Se hizo célebre por sus actuaciones televisivas en la década de 1950 y 1960, y el papel por el que más se le recuerda es el que interpretó en la exitosa película de 1963 *El mundo está loco, loco, loco* . Ser mujer, incluso hombre, y parecerse a él no es, precisamente, un piropo. (*N. de los E.*). <<

[90] El «corn dog» es una especie de perrito caliente compuesto de una salchicha recubierta con una masa de pan de maíz que se fríe en aceite muy caliente. Suelen servirse insertados en un palo de madera. (*N. de los E.*). <<

[91] El Día V-J fue el 15 de Agosto de 1945, día de la victoria sobre Japón que marcó el fin de la Segunda Guerra Mundial en Asia. *(N. de los E.)* . <<

[92] Annunzio Paolo Mantovani (1905-1980) fue un compositor y director de música ligera británico. (*N. de los E.*). <<

[93] Jimmy Lee Swaggart, predicador pentecostal estadounidense y uno de los pioneros del «televangelismo». Se ha visto envuelto en un par de escándalos con prostitutas. *(N. de los E.)* . <<

(1) Zinn, *A People’s History of the United States* , p. 4. <<

(2) *Ibid* ., p. 34. <<

[94] Granville Oral Roberts (1918-2009), fue uno de los más conocidos y controvertidos televangelistas de Estados Unidos. (*N. de los E.*). <<

(3) Kimbrough, *Taking Up Serpents* , p. 37. <<

(4) *Ibid* ., p. 111. <<

(5) Strasbaugh, *E: Reflections on the Elvis Faith* , pp. 23, 32. <<

[95] Es el compañero de piso despreocupado y desastroso de *La extraña pareja* , la obra teatral de Neil Simón. Lo interpretó Walter Matthau, que volvería a encarnarlo en la adaptación cinematográfica de Gene Sacks. *(N. de los E.)* . <<

[96] Monstruo del género de cine daikaiju japonés. El kaiju más famoso es Godzilla. Rodan es el pteranodonte protagonista de *Los hijos del volcán* , dirigida en 1956 por Ishirô Honda. (*N. de los E.*). <<

[97] Más conocido como hilo de aerosol. Muy utilizado en bodas, cumpleaños y carnavales. Se trata de una lata de aerosol de la que sale un hilo de plástico flexible y de colores llamativos como un chorro líquido. También lo utilizan los militares para localizar cables trampa. (*N. de los E.*). <<

[98] Wilton Norman «Wilt» Chamberlain (1936-1999), jugador de baloncesto que militó en los Philadelphia/San Francisco Warriors, en los Philadelphia 76ers y en Los Ángeles Lakers. Es el jugador con más récords históricos de la NBA. (*N. de los E.*). <<

[99] Del latín «fuerza del condado». Movimiento estadounidense de ultraderecha y organización informal que se originó a finales de los años sesenta. Su ideario defiende teorías conspirativas de tinte antigubernamental y antisemita. Muchos de sus miembros practican el «supervivencialismo» y participaron en la creación de milicias ciudadanas en los años noventa. (*N. de los E.*). <<

[100] Maravilloso en alemán. (*N. de los E.*). <<

(1) Parfrey, *Cult Rapture* , p. 326. <<

[101] Asociación Nacional del Rifle. Su principal objetivo es proteger la Segunda Enmienda de la Constitución estadounidense, que reconoce el derecho a poseer y portar armas en defensa de la libertad. Se fundó en Nueva York en 1871 y se considera la organización de derechos civiles con más solera de Estados Unidos. Son alrededor de cinco millones de socios. Charlton Heston fue su presidente hasta 2003. (*N. de los E.*). <<

(2) *Ibid* ., p. 327, citando una serie de *Montgomery Advertiser en Dees* . <<

[102] Departamento de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos. Agencia federal de seguridad de Estados Unidos entre cuyas competencias se incluye la investigación y prevención de las infracciones federales derivadas del uso ilegal, manufactura y posesión de armas de fuego y explosivos, de los incendios provocados, los atentados con bombas y el tráfico ilegal de alcohol y tabaco. También regula, a través de licencias, la venta, posesión y transporte de armas de fuego, municiones y explosivos. (*N. de los E.*). <<

[103] Herbert Norman Schwarzkopf (1934-2012), general del ejército de los Estados Unidos que fue comandante de las fuerzas de la Coalición en la Guerra del Golfo de 1991. (*N. de los E.*). <<

(3) Stern, *A Force Upon the Plain* , p. 11. <<

(4) Estadísticas de Stop Prisoner Rape, Nueva York, NY. <<

(5) *The Nationalist Times* , 1/96, p. 18, citando a R. Rummel, *Death by Government* . <<

(6) Parfrey, *Cult Rapture* , p. 334. <<

(7) Martin, *Black vs. White Equals Slavery: The Color Bomb* , p. 9. <<

(8) Reed, *Southern Folk, Plain & Fancy* , p. 68. <<

(9) Stern, *A Force Upon the Plain* , p. 147. <<

(10) Parfrey, *Cult Rapture* , p. 316. <<

[104] Departamento de policía de Los Ángeles. (*N. de los E.*). <<

[105] Counter Intelligence Program (Programa de Contrainteligencia), creado por el FBI con el propósito de investigar y desbaratar las organizaciones políticas disidentes. (*N. de los E.*). <<

[106] El proyecto MKULTRA (también conocido como programa de control mental de la cía) fue el nombre en clave dado a un programa secreto e ilegal para la experimentación en seres humanos con el objetivo de identificar y desarrollar nuevas sustancias y procedimientos para ser utilizados en interrogatorios y torturas. Fue organizado por la División de Inteligencia Científica de la CIA en coordinación con el Cuerpo Químico de la Dirección de Operaciones Especiales del Ejército de Estados Unidos. (*N. de los E.*). <<

[107] El autor se refiere al bueno de Neil, que primero se vio involucrado en un escándalo bancario en Denver, utilizó su posición de hijo de Bush para conseguir contratos para la compañía Enron en Kuwait y luego contribuyó a acabar con el sistema de los bancos Savings and Loan (Ahorros y Préstamos), un sistema que gozó de una gran popularidad entre 1985 y 1990. Estos bancos, garantizados por el gobierno, empezaron a especular hasta producir un colapso nacional que todavía hoy los estadounidenses están pagando con impuestos. (*N. de los E.*). <<

[108] Timothy James McVeigh (1968-2001) fue el autor del atentado de Oklahoma City el 19 de abril de 1995, en el que fallecieron 168 personas (entre ellos diecinueve niños menores de seis años) y más de 680 resultaron heridas. Y aprovechamos esta nota para recomendar la lectura de «Patriota

Americano», de Carlos Arévalo, artículo en tres partes aparecido en los números 2, 3 y 4 de la revista *Agente Provocador* , editada por La Felguera, en el que se da buena cuenta de estas milicias que brotan en el corazón de Estados Unidos. (*N. de los E.*). <<

[109] FedEx Office (oficialmente FedEx Office Print & Ship Services, Inc., antes conocida como FedEx Kinko’s, y antes simplemente Kinko’s), es una cadena de tiendas minoristas especializada en envíos, impresiones y fotocopias. (*N. de los E.*). <<

[110] Los Keystone Cops, a menudo escrito «Keystone Kops», eran los policías incompetentes que salían en las películas mudas de principios del siglo XX producidas por Mack Sennett para su productora, la Keystone Film Company entre 1912 y 1917. (*N. de los E.*). <<

[111] Conocido por el caso Ruby Ridge, en agosto de 1992, en el que murieron tres personas. En 1989, Randy Weaver, seguidor de la identidad cristiana y miliciano de Idaho, vendió dos rifles de asalto a un agente encubierto del ATF (Alcohol, Tobacco and Firearms Bureau), y fue citado en un tribunal. Weaver no se presentó y se encerró en una cabaña con su mujer, sus cuatro hijos y un colega. Los agentes se presentaron y mataron a su perro. Entonces Weaver salió y se lio a tiros. De nuevo remitimos al lector al artículo de Carlos Arévalo, «Patriota Americano» mencionado en una cita anterior. (*N. de los E* .). <<

(11) La cita de James Madison procede del Documento Federalista n.º 46 y de los Primeros Anales del Congreso, 8 de junio de 1789. La cita de Washington es de su discurso al Primer Congreso. La de Patrick Henry es de la Convención de Virginia para la ratificación de la Constitución de Estados Unidos. La de Samuel Adams es de la Convención de la Commonwealth de Massachusetts. La de Alexander Hamilton de los Documentos Federalistas. La de George Mason es de Elliot, *Debates in the Several State Conventions* (1836), 425-26. Jefferson citado de *Thomas Jefferson Papers* (C. J. Boyd, ed., 1950) y de una carta de 1764 en la que cita un ensayo de Cesare Becca. <<

(12) Freedom Facts Number 7, 2/96, citando *Death by Government* de R. Rummel. <<

(13) Martin, *Black vs. White Equals Slavery: The Color Bomb* , p. 14. <<

(14) «Free the People» newsletter, Huntington Beach, CA. <<

(15) *Keys to Financial Wisdom* , p. 2. <<

(16) Mayer Amschel Rothschild citado en Martin, *Black vs. White Equals Slavery: The Color Bomb* , p. 10. Carta de Rothschild Bros, citado en Cook, *Capitalism: Bane to Freedom and Security* , p. 15, citando el Documento n.º 23 del Senado de Estados Unidos, Congreso n.º 76, Primera Sesión, p. 99. Josiah Stamp citado en Cook, *Capitalism (and its secrets),* p. 9. <<

[17] Jefferson citado en Emry, *Billions for the Bankers and Debts for the People* , p. 34, y Wade, *Homes: A Casualty of Inflation* , p. 12. Adams citado en Martin, *Black vs. White Equals Slavery: The Color Bomb* , p. 11. Jackson citado en Martin, *Black vs. White Equals Slavery: The Color Bomb* , p. 12. Edison citado en Emry, *Billions for the Bankers and Debts for the People* , p. 33. <<

[18] National Coin Exchange newsletter [Boring, OR], p. 2. <<

[19] Emry, *Billions for the Bankers and Debts for the People* , p. i. <<

[20] Conrad LeBeau, «Is Your Local Banker Involved in: Check Kiting, Mail Fraud, Racketeering?» [flyer distribuido por CPA Book Publisher, Boring, OR]. Estadística calculada dividiendo los seis billones de la deuda pública y privada entre los ciento sesenta y tres mil millones de dólares que circulaban en Estados Unidos en el tiempo estimado. <<

[112] Internal Revenue Services, (Servicio de Impuestos Internos), es la agencia federal del gobierno de los Estados Unidos encargada de la recaudación fiscal y de los cumplimientos de las leyes tributarias. (*N. de los E* .). <<

[21] Emry, *Billions for the Bankers and Debts for the People* , p. 29. <<

[22] Del 1 de enero al 26 de mayo es el cuarenta por ciento de un año. <<

[23] Estadística de Don McAlvany de la McAlvany Intelligence Advisor en la televisión pública de Portland. <<

[113] Distintos nombres con que se conoce el alcohol de destilación ilegal: Maíz Exprimido. Relámpago Blanco. Rocío de Montaña. Aliento de Pantera. Machaca Cabezas. Whisky de Cuarenta Palos. Luz de Luna. (*N. de los E.*). <<

[114] Se refiere a las elecciones presidenciales del año 1996. *(N. de los E.)* . <<

[115] Marioneta de la ventrílocua y titiritera Shari Lewis (1933-1998), que debutó con este muñeco en el programa infantil *Captain Kangaroo. (N. de los E.)* . <<

[116] Wenceslao Moreno Centeno, más conocido como Señor Wences (1896-1999) fue un ventrílocuo español que triunfó en el Show de Ed Sullivan, tío del también ventrílocuo y productor José Luis Moreno. (*N. de los E.*). <<

[117] Marca favorita en Estados Unidos de cobertura para postres que aparenta ser nata montada pero no contiene nata, ni leche, ni lactosa, sino caseína, un derivado de la leche. (*N. de los E.*). <<

[118] Frase popularizada por el presidente George H. W. Bush que luego daría nombre a una organización privada y sin ánimo de lucro lanzada por el propio Bush para apoyar al voluntariado. (*N. de los E.*). <<

[119] En castellano en el original. *(N. del T).* <<

[120] Personaje interpretado por Eddie Anderson (1905-1977), actor y humorista estadounidense. Era el ayuda de cámara de Jack Benny en el show radiofónico *The Jack Benny Program* . Anderson fue el primer afroamericano en obtener un papel regular en un programa de emisión nacional. Cuando la serie pasó a la televisión, Anderson continuó con su papel hasta finalizar el show en 1965. (*N. de los E.*). <<

[121] BET, canal de televisión por cable orientado al público joven de raza negra, proveedor líder de contenidos culturales y de entretenimiento para afroamericanos. Emite sobre todo videos musicales de rap y R&B y películas y series de orientación urbana. (*N. de los E.*). <<

(1) Cinta de American Dissident Voices, citando los FBI Uniform Crime Reports; también *The Nationalist Times* , 1/96, p. 3. <<

(2) *The Nationalist Times* , 1/96, p. 5. citando estadísticas del Centro Jurídico Sureño para Pobres. <<

(3) *Ibid* ., citando estadísticas de delitos federales. <<

(4) Ver la nota 29 del capítulo 5 para los cálculos de linchamientos. Los índices de asesinatos entre negros se han calculado a partir de las estadísticas de 1995 del Departamento de Justicia que estiman que el 93 por ciento de las víctimas negras de asesinato fueron asesinadas por negros. Según «Violencia Juvenil», un seminario de 1994 de la Universidad de Maryland en College Park, «más o menos la mitad de las víctimas de homicidio con arma de fuego entre 1968 y 1991 fueron blancos y la mitad negros». Suponiendo un desglose racial similar con otras formas de homicidio, y asumiendo un índice anual medio de unos veinte mil asesinatos, el número de asesinatos entre negros de cada año por separado entre 1968 y 1991 excedería fácilmente (y probablemente doblaría) el número TOTAL de negros linchados a lo largo de toda la historia del Sur. <<

(5) Kirby, *Media-Made Dixie* , p. 149. <<

(6) Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , p. 104, Citando al autor: «Los negros fueron admitidos en la milicia colonial responsable de mantener el orden entre los esclavos blancos. Los hacendados aristocráticos sintieron la necesidad de armar a parte de sus hombres negros». <<

(7) Genovese, *Roll, Jordan, Roll* , p. 31. <<

(8) Kennedy y Kennedy, *The South Was Right!* , p. 293. <<

[122] Uno de los muñecos del ventrílocuo y titiritero estadounidense Edgar John Bergen (1903-1978), padre, por cierto, de la actriz Candice Bergen. (*N. de los E* .). <<

(9) Se calcula que había 5,3 millones de blancos en el Sur en 1860, de los cuales 347 000 eran propietarios de esclavos. <<

(10) Grayson, *The Horrors of Reconstruction, I and II* , p. 14, citando al doctor G. R. Glenn. <<

[123] Es el buñuelo resultante de hacer el agujero a un donut. Una cosa sobrante y bastante malsana, en cualquier caso. (*N. de los E* .). <<

(11) Kennedy y Kennedy, *The South Was Right!* , p. 238. <<

[124] El término nació en el siglo XIX, como denominación política peyorativa aplicada tras la Guerra de Secesión a los norteños que se mudaron a los estados del Sur, entre los años 1865 y 1877. Simples oportunistas que trataron de aprovecharse de la victoria de la Unión para acaparar los cargos políticos que habían quedado vacantes en el Sur. (*N. de los E.*). <<

(12) Grayson, *The Horrors of Reconstruction, I and II* , p. 6. <<

(13) *Encyclopedia of Southern Culture* , p. 658. <<

(14) Grayson, *The Horrors of Reconstruction, I and II* , p. 6. <<

[125] Jefferson Davis «J. D.» Hogg, más conocido como «Jefe» Hogg, es uno de los personaje principales de la serie televisiva *The Dukes of Hazzard* . Comisionado codicioso e inmoral del Condado de Hazzard. Estereotipo de villano glotón, siempre con su camisa blanca, su sombrero cowboy y su enorme puro. Fue interpretado por el actor Sorrell Booke. (*N. de los E.*). <<

(15) Zinn, *A People's History of the United States* , p. 285. <<

[126] Nacida como Araminta Ross (1820-1913), luchó, por la libertad de los afroamericanos. Tras escapar de la esclavitud realizó trece misiones de rescate en las que liberó a cerca de setenta esclavos utilizando la red conocida como «ferrocarril subterráneo». Posteriormente ayudó a John Brown y tras la guerra luchó por conseguir el sufragio para las mujeres. (*N. de los E.*). <<

[127] Se puso de moda en la década de 1970 y es un término ofensivo para dirigirse a las personas de raza negra. Literalmente significa «fantasmas». *(N. de los E.)* . <<

[128] De «dark», oscuro. Igual de ofensivo que cuando un negro se dirige a un blanco con el apelativo «whitey», blanquito. (*N. de los E.*). <<

[129] También se utiliza en la versión abreviada «homie». Término de jerga de la cultura urbana para referirse a un viejo amigo de la tierra natal o a un miembro de la pandilla, muy presente en el hip hop donde se juega de manera irónica y paródica con la imagen que da el «mainstream» del afroamericano. (*N. de los E.*). <<

[130] Personaje de ficción de la serie de televisión estadounidense *All in the Family* (1971-1983), particularmente antipático. Un tipo bajo, blanco, bastante racista y conservador, a veces también duro de mollera, típico del barrio de Queens en Nueva York, que se ve forzado por las circunstancias a compartir techo con su hija y su yerno, ambos bastante comprometidos con los movimientos contestatarios de la izquierda norteamericana. Interpretado por el actor Carroll O'Connor. (*N. de los E.*). <<

[131] Personaje de ficción de la telecomedia de la nbc *Sandford and Son* (1972-1977), interpretado por el actor y cómico Red Foxx. Viejo afroamericano, viudo, sarcástico y cascarrabias, chatarrero del barrio de Watts, en Los Ángeles. (*N. de los E.*). <<

[132] El nombre más redneck posible. (*N. de los E.*). <<

[133] Otro término despectivo para referirse a las personas de raza negra. A veces también solo en la forma abreviada «jig». Por lo de «jig along», bailar dando brincos y no poder estarse quieto. (*N. de los E.*). <<

(16) Riese, *Nashville Babylon* , p. 257. <<

(17) Curtis Mayfield, «(Don't Worry) If There's a Hell Bellow, We're All Gonna Go», 1971. <<

[134] Con el apellido Goad, similar a God (Dios) el autor juega con la expresión latina *deus ex machina. (N. de los E.). <<*

[135] Las zonas de renta más baja del *Monopoly. (N. de los E.). <<*

[136] Personaje de dibujos animados que en 1950 anunciaba en la televisión los caramelos Good & Plenty. *(N. de los E.)* . <<

[137] Rush Hudson Limbaugh III, locutor de radio y comentarista político conservador estadounidense. (*N. de los E.*). <<

[138] Moral Majority, organización política ultraconservadora y fundamentalista cristiana. Fue fundada por Jerry Falwell en 1979. Vinculada a los telepredicadores evangélicos y apoyada por el ala derecha del Partido Republicano. Alcanzaría su mayor influencia en el gobierno federal durante

las presidencias de Ronald Reagan, George Bush padre y George Bush hijo. Se considera origen de movimientos posteriores como el Tea Party. (*N. de los E.*). <<

[139] Estilo de calzado inventado en la década de 1970 por la instructora de yoga y diseñadora de calzado de origen danés Anna Kalso. Por el diseño de la suela y la inclinación que proporciona al pie tiene, dicen, efectos benéficos para la salud. Se introdujeron en Nueva York el 1 de abril de 1970 tres semanas antes del primer Día de la Tierra. (*N. de los E.*). <<

[140] Frase alemana, cuya traducción al español es «el trabajo libera», que fue utilizada como lema en la entrada de numerosos campos de exterminio nazis. *(N. de los E).* <<

[141] Protagonista de la serie cómica canadiense SCTV, creada e interpretada por Andrea Martin. Siempre viste con estampado de leopardo, gorro y extravagantes gafas tachonadas con pedrería de imitación. *(N. de los E.)* . <<

[142] Buffalo Bob Smith (1917-1998), presentador del programa infantil *Howdy Doody. (N. de los E.)* . <<

[143] *Punky Brewster* , telecomedia estadounidense que trata sobre una niña llamada Punky Brewster criada por su padre adoptivo. *(N. de los E.)* . <<

[144] Mascota creada por Disney en los años cincuenta para los anuncios televisivos de la pasta de dientes Ipana. (*N. de los E.*). <<

[145] Siglas del National Endowment for the Arts. Organismo independiente del gobierno federal que ofrece ayudas y financiación a proyectos de excelencia artística. Recientemente, Donald Trump ha querido acabar con él. (*N. de los E* .). <<

[146] Un Kleagle es un oficial del Ku Klux Klan cuya principal tarea es reclutar nuevos miembros. (*N. de los E* .). <<

(1) Hoffman, *They Were White and They Were Slaves* , p. 123. <<

(2) *Ibid* ., p. 28, citando a Bleak House. <<

[147] El bialy, abreviatura de «bialystoker kuchen», «pastel de Białystok», una ciudad de Polonia, es un panecillo tradicional de la cocina asquenazí polaca. (*N. de los E.*). <<

[148] *Watermelon Man* es una película de 1970 dirigida por Melvin Van Peebles y escrita por Herman Raucher. Cuenta la historia de un vendedor de seguros blanco extremadamente racista que un día de la década de los sesenta se despierta transformado en un negro. La premisa se basa en *La Metamorfosis* de Kafka y la novela autobiográfica de John Howard Griffin *Black Like Me. (N. de los E.).* <<

[149] La «Benevolent and Protective Order of Elks» («Orden Benevolente y Protectora de los Ciervos») es una fraternidad fundada en el año 1868 en Estados Unidos. Una de las más importantes, cuenta con más de un millón de miembros, tanto hombres como mujeres. *(N. de los E* .). <<

[150] Buford Hayse Pusser (1937-1974) fue durante años el sheriff del condado de McNairy, conocido por su particular guerra personal contra la destilación de alcohol ilegal, la prostitución, las apuestas y demás vicios a lo largo de la línea que separa los estados de Mississipi y Tennessee. Su vida ha inspirado multitud de libros, canciones y películas. En el *Dirty South* (2004) de los Drive By Truckers hay dos canciones dedicadas a él: «The Buford Stick» y «The Boys From Alabama». (*N. de los E.*). <<